

# La noche de la viuda burlona

Carter  
Dickson



Selecciones del Séptimo Círculo

Lectulandia

En la aldea inglesa de Stoke Druid había aparecido un brote de anónimos. Todos en el pueblo habían recibido cartas de la Viuda Burlona, veneno puro en el que se mezclaban medias verdades e infundios. Y a la vista estaban los primeros resultados: la pobre solterona de miss Martin no pudo soportar las acusaciones y se tiró al río. Pero la Viuda Burlona no se sentía satisfecha y seguía mandando basura por correo. Sólo un investigador tan eficaz y tan excéntrico como *sir* Henry Merrivale podía desenmascarar a la Viuda y acabar con la plaga.

**Lectulandia**

Carter Dickson

# **La noche de la viuda burlona**

**Selecciones Séptimo Círculo - 48**

**Henry Merrivale - 20**

ePub r1.1

Akhenaton 22.11.14

Título original: *Night at The the Mocking Widow*  
Carter Dickson, 1950  
Traducción: Clara de la Rosa  
Selecciones del Séptimo Círculo nº 48  
Colección creada por Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares  
Dirigida por Carlos V. Frías

Editor digital: Akhenaton  
Retoque de portada: Orhi  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Cuando en una aldea inglesa hay un homicidio, suceso mucho más frecuente de lo que piensan quienes no se han preocupado de estudiar la historia del crimen, por lo general sus habitantes se preocupan mucho por lo que atañe al buen nombre de la aldea.

Véase, por ejemplo, el caso de Stoke Druid, en Somerset.

Esta vez otra clase de crimen (misterioso como una corriente subterránea) ultrajó el buen nombre de la localidad. Muchas personas se irritaron. Otras se aterraron. Pero transcurrieron seis semanas antes de que alguien lo mencionara o por lo menos pareciera haberlo notado. Para entonces las cosas habían ido ya muy lejos.

Stoke Druid, vieja y amodorrada aldea, está situada a un cuarto de milla de la carretera principal, entre Wells y Glastonbury. Años atrás el Baedeker la tenía marcada con asterisco por su iglesia del siglo xv, salvada de las «restauraciones» de 1840, y por el grupo de altas piedras, posiblemente druídicas, situadas en la pradera cerca del río, hacia el nordeste.

En el verano de 1938, el anterior a la guerra, la aldea descansaba olvidada en las laderas de sus profundas colinas verdes y esto satisfacía a sus habitantes.

En verdad, unas semanas antes se había producido un gran revuelo debido a la muerte del viejo vicario de la iglesia de St. Jude, a los ochenta y dos años de edad, y existía cierta intranquilidad respecto a su sucesor.

—¡Hum! —dijo con una mueca de incertidumbre el coronel Bailey, militar retirado del ejército de la India.

—Por favor, no te preocupes —contestó su sobrina Joan Bailey—. Estoy segura de que no nos enviarán a nadie demasiado anticuado que queme incienso, etc...

—¿Cómo se llama el sujeto?

—Se comenta que el reverendo J. Cadman Hunter, sobrino del obispo de Glastontor.

—¡Me huele a ceremonias! —refunfuñó el coronel.

Pero estaba equivocado.

El reverendo J. Cadman Hunter, conocido por sus amigos como Jimmy, resultó ser un joven servicial, afable y deportista, enteramente dedicado a su vocación y tan sencillo que no molestaba a nadie. Solamente el carnicero de la aldea mostró algún que otro reparo considerándolo demasiado joven, y todas las señoras estuvieron de acuerdo en que debía casarse.

Un episodio que el reverendo James siempre recordaría con desagrado hizo que buena parte de la clase media le tomara mucho aprecio, aunque él nunca lo hubiera imaginado.

Stoke Druid tenía (y tiene) sólo una calle bien empedrada, High Street. En un extremo, la antigua iglesia de St. Jude miraba al este, hacia el parque que rodea la mole de piedra gris de una residencia, a unos cinco minutos de camino. En doce generaciones de hacendados, allí siempre había habido un Tom Wyatt. Todos los aldeanos le llamaban Squire o «Tom». Y el actual Tom Wyatt, excelente propietario, no era ninguna excepción. Muchas de las personas de buena posición de Stoke Druid, o cuando menos los de la llamada clase media, ocupaban casas dentro de la propiedad del Squire. Detrás de la casa solariega, más allá de una huerta exuberante como el Jardín del Edén, había dos magníficas pistas de tenis que eran el orgullo de Tom Wyatt. Aunque había sido educado en Clifton, tenía en la sangre y en la médula los modales y el lenguaje de Somerset. Tirando a corpulento, rubicundo y de bigote gris cuidadosamente retorcido, Tom Wyatt acostumbraba girar sobre sus talones y utilizaba ese lenguaje excepto en ocasiones solemnes.

—¡Oye. Sam! —le diría a su mayordomo—, cuida que las pistas de tenis estén perfectas o recibirás un puntapié de cuidado.

¡Atención!

En una tarde abrasadora del mes de junio, cuando el río Lea brillaba inmerso en una verde modorra, el reverendo J. Cadman Hunter fue a jugar un doble mixto con el coronel Bailey, la joven y muy bien parecida Joan Bailey y por último una mujer risueña de pelo oscuro, miss Marión Tyler, a quien nadie se le ocurría aplicar el calificativo de «solterona».

El vicario y Joan Bailey formaban pareja contra el coronel y Marión Tyler. Ninguno, a excepción de Marión, era de esos jugadores perezosos a quienes no se puede obligar a correr. Los otros, incluyendo a Joan, iban a por todo. Los espectadores, vestidos de blanco, rodeaban la cancha bajo un sol ardiente.

«¡Bien!», se dijo el reverendo J. Cadman Hunter. Es posible que se sintiese muy atraído por la joven Joan, de ojos celestes y pelo castaño. Ella llevaba *shorts* y una blusa sin mangas que...; sin embargo, es posible que ni siquiera se fijara en ella, pero, como jugador de primera, cubría todo el campo igual que la rociada de insecticida y no pasó mucho tiempo sin que tuviese la oportunidad de ganar el tanto decisivo del set.

Al hacer Hunter un *over-arm-smash*, la pelota cruzó silbando la red y cayó justamente en el extremo de la pista. El *timing* era perfecto y la dirección correcta. Luego vio la polvareda que demostraba que había botado fuera.

—¡Demonios! —dijo el reverendo James, no precisamente en voz baja.

Hubo una pausa brevísima. Mister Hunter se sonrojó, abrió la boca y volvió a cerrarla. Nadie sonrió ni pareció haberle oído. Al final del partido el coronel Bailey se alejó. En sus oídos se veía un destello de placer, aunque hablaba por la comisura de los labios como un culpable.

—Me alegro de tenerle con nosotros, reverendo —dijo.

Quería decir que consideraba al reverendo James una buena persona. Era el

espaldarazo.

Las crónicas del episodio trascendieron. Dicho en forma muy exagerada, el nuevo párroco se había desatado en una sarta de imprecaciones que sobrepasaban las de Fred Cordy, el zapatero, y habían escandalizado a muchas personas de High Street. Escandalizó al carnicero, al verdulero, al dueño del colmado, pero encantó al Squire Wyatt. En cuanto a las señoras, estuvieron de acuerdo en olvidar el asunto con un encogimiento de hombros, diciendo simplemente, y con misterio, que siempre habían sabido la verdad.

—Debe de estar necesitando una novia explicó mistress Goldfish, mientras enhebraba una aguja en su comfortable sala sitúa da encima de la farmacia.

Míster Goldfish, el farmacéutico, hombre de una educación algo superior, vaciló antes de mirar por encima de sus lentes de montura de oro.

—Verdaderamente, vosotras las mujeres —protestó con suavidad— siempre queréis casar a todo el mundo. Ningún hombre se dejaría llevar por esa habladría, ni tampoco uniría el nombre de unos con otros.

En este punto, míster Goldfish calló para reflexionar.

—¿Crees que míster Hunter se casaría con miss Bailey? —añadió. Mistress Goldfish articuló una sonrisa despreciativa.

—¡Miss Bailey! —dijo—. ¡No seas bobo! Miss Bailey ha ido demasiado lejos... ¡Bueno! «Yo» no voy a nombrar como tú a las personas. Pero míster West es un hombre agradable y no le censuro en absoluto.

Míster Goldfish seguía pensando, con interés y simpatía, en las posibilidades matrimoniales del vicario.

—¿Y qué me dices de mistress Lacey?

Mistress Goldfish dejó su costura y adoptó una expresión maliciosa.

—Mistress Lacey —suspiró con peligrosa mansedumbre—. ¡Es muy de hombre decir semejante cosa! ¡Por Dios, mistress Lacey! ¡Una viuda con una hija mayor, de casi quince años! ¡Ah! Y ella de cuarenta, ni uno más ni uno menos.

—Eso puede ser verdad o no —replicó el farmacéutico con dignidad—. Pero te diré lo siguiente. Cuando mistress Lacey viene a la farmacia (y nunca encontrarás una señora más agradable) no parece tener más de treinta años. ¡Por San Jorge, iré un poco más lejos! —dijo indignado—. ¡No parece tener más de veinticinco!

Y mistress Goldfish, sudando de rabia, se dispuso a sermonearlo.

Estos eran los comentarios inocuos de la chismografía que podían escucharse en Stoke Druid o en cualquier otra parte. Pero era una desgracia que tanta gente hablara de Stella Lacey, pues la primera flecha malintencionada, la primera piedra cruel, fue arrojada contra mistress Lacey en la mañana del primero de julio.

Stella Lacey, que tenía exactamente treinta y cuatro años, era una mujer dulce y delicada, de pelo rubio ceniza y grandes ojos grises. No era una gran conversadora, pero cuando hablaba lo hacía con gracia. Mistress Lacey (al igual que el coronel Bailey, Joan Bailey, Marión Tyler y el novelista Gordon West) ocupaba, con su hija

Pamela, una de las cuatro casas edificadas dentro del parque del Squire.

En la mañana del primero de julio fue a la oficina de correos para comprar sellos. Entrar en esa pequeña y estrecha oficina de correos, que olía a madera vieja y a creosota, era con frecuencia una prueba para los nervios, a causa de la empleada que la atendía.

Se llamaba miss Ellie Harris, era de mediana edad y sorda como una tapia. Si se le hacía una pregunta, la leía en los labios y gritaba como un loro para dar una respuesta casi ininteligible. Ellie era, además, muy estricta en el cumplimiento de las ordenanzas. A veces, este pequeño local, con un mostrador y una reja de alambre en el lado derecho, se atestaba de gente mientras Ellie pasaba diez minutos gritando a un parroquiano que no había hecho el paquete como era debido y que tenía que rehacerlo.

Stella Lacey, con su sonrisa más insinuante, se acercó al mostrador y deslizó una media corona por debajo de la reja.

—Por favor, una hoja de sellos —pidió.

Ellie, detrás del mostrador, estaba clasificando la correspondencia de la mañana para que la distribuyera el cartero. En una circunstancia como ésta, por lo general, no hubiera hecho más caso a un parroquiano que a un mismísimo escarabajo. Pero Ellie estaba de buen humor.

—¡Una carta para usted, «miz» Lacey! —gritó.

—¿Oh? —murmuró Stella Lacey sorprendida. Todo el mundo en Stoke Druid sabía que, salvo cuando su hija estaba ausente en la escuela, no recibía carta alguna a excepción de un sobre largo que cada principio de trimestre le enviaba el apoderado de una firma de Londres.

Los ojos negros de Ellie pestañeaban de placer. Cuando se sonreía, los dientes parecían comerle la cara.

—¡Una carta para usted! —volvió a gritar, y la agitó en el aire—. ¿Quiere llevársela en vez de que se la entregue Joe?

—Oh, sí. Muchísimas gracias.

Ellie le pasó la carta por debajo de la reja. Era un sobre de papel común, con la dirección escrita a máquina, prolijamente, en tinta celeste. Mistress Lacey lo miró intrigada y casi con temor; luego lo abrió lentamente para enterarse del contenido de la única hoja doblada que contenía.

Uno o dos segundos después, Ellie Harris levantó la vista y lanzó un grito estridente.

—¡«Miz» Lacey! ¿Pasa algo malo?

El rostro de Stella Lacey empezó a ponerse rojo como ante un insulto o una indecencia. Luego se puso tan pálido que parecía envejecida. Los ojos grises, debajo del pelo rubio ceniza, parecían hundidos.

—Esa hoja no —dijo—. ¡Esa hoja no!

—¿Hoja, «miz» Lacey? ¿Una hoja de sellos?



Stella no parecía oírlo. Metió de prisa el sobre en su bolso, lo cerró y salió corriendo de la oficina. La puerta grande, con sus paneles de vidrio, largos y polvorientos, golpeó tras ella mientras Ellie Harris chillaba ininteligiblemente agitando la media corona olvidada.

Este fue el primer anónimo de la serie que, en semanas sucesivas, llovieron sobre los habitantes de Stoke Druid. Aun ahora, cuando los hechos son conocidos, la policía no puede calcular exactamente qué cantidad fue enviada, pues nadie dijo nada mientras el veneno se iba propagando. No se dijo una sola palabra.

Alguna persona habría leído (quizá brevemente) y con desprecio, arrojando la carta al fuego. Otra vacilaría, rompiendo la carta en pedazos y ocultándolos. No se trataba de que un gran crimen o pecado estuviese oculto tras de las pequeñas fachadas de piedra gris y de las cortinas de encaje; en absoluto. El anónimo empleaba el arma perversa por excelencia contra los inocentes.

«Esto no es verdad» —se decían a sí mismos—, «pero ¿y si la gente creyera que sí es verdad?».

Así aterrorizaba el anónimo. Muchas personas preferían morir en una aldea, antes que reconocer que habían recibido una carta semejante.

Durante esas semanas, el reverendo J. Cadman Hunter, que deseaba hacerse amigo de todo el mundo, se encontró con caías tan cerradas como postigos. A pesar de su aspecto juvenil y de su andar elástico, el reverendo James no carecía de experiencia. Había ocupado el puesto de párroco durante tres años en una parroquia de East End de Londres. Cuando su tío, el obispo, le proporcionó ese cargo con un estipendio de trescientas libras por año, lo que debía parecer principesco al más humilde de los clérigos, esperó suscitar entusiasmo y cordialidad. Y le dijo al coronel Bailey que no comprendía la actitud de los aldeanos.

—¿Qué es lo que ocurre? —exclamó éste aquella tarde, a finales de junio. El coronel Bailey tenía dos aficiones: la pintura a la acuarela y al óleo y el estudio del arte militar desde Aníbal hasta nuestros días. En aquel momento estaba tratando de hacer un bosquejo a la acuarela, en el fondo de su jardín

—No se trata solamente de que apenas me hablen —continuó el reverendo James—. Rara vez hablan entre sí y se miran unos a otros con el rabillo del ojo. No puede uno por menos que darse cuenta. Es como si algo fuese a..., a...

—¿Estallar? —sugirió el coronel Bailey

—Bueno, sí. Se podría decir eso. ¿Pero qué será?

—No lo sé —repuso el coronel Bailey, que todavía no había recibido anónimos. Frunció sus cejas desiguales, de color castaño grisáceo y de pelo alborotado—. Podría tratar de adivinar. Pero a fe que no lo sé.

—¿Puede entonces sugerir algo?

—Es mejor que no —dijo el otro, impasible, y volvió a empuñar el pincel. Cosa bastante extraña, el reverendo James no había visto a Joan Bailey desde el día del partido de tenis. Varias veces había tropezado con Marión Tyler, esa morena risueña y

rolliza que alegremente reconocía tener cuarenta y dos años de edad; pero ésta no parecía haber oído nada raro en la aldea. Cuando el vicario fue a visitar a Gordon West, se produjo un Incidente un tanto insólito.

West escribía únicamente novelas de aventuras truculentas y muy populares que encantaban al público británico. También conocía los secretos del escritor de guiones radiofónicos. Cuando escribía una serie de obras para la BBC, el jefe superior de programas se deleitaba y el inspector de radio escuchas informaba que la mitad de las Islas Británicas le escuchaba. Vivía solo en la casa más pequeña de la propiedad del Squire, un *cottage* de piedra gris sin pulir, de dos habitaciones, rodeado de árboles frutales.

El reverendo James, que había oído hablar de él como un hombre de maneras suaves, sonreía al llamar a la puerta del *cottage*. Se sintió sorprendido por la voz áspera que le respondió.

—¿Sí? ¡Adelante!

En un estudio de forma alargada, cuyas paredes estaban completamente cubiertas de libros, si se exceptuaban algunas exóticas curiosidades, West estaba sentado delante de una máquina de escribir, cerca de la ventana sombreada por los árboles, orientada hacia el norte. Se trataba de un hombre de estatura mediana, delgado, nervudo, de unos treinta y cinco años, de cabello castaño oscuro, ojos marrones y con hoyuelos debajo de los pómulos. Vestía un sweater viejo y pantalones de franela, y no se levantó.

—¿Míster West? —sonrió el vicario—. Soy Cadman Hunter —anunció a modo de disculpa, echando una mirada a la habitación—. ¿Creo que usted... este... escribe?

—Sí —admitió West y levantó la vista—. ¿Creo que usted... este... predica?

Una ligera pausa.

—¡Oh!, trato de hacerlo lo menos posible —rió el reverendo James—, salvo cuando estoy en público —hablaba con la mejor intención del mundo—. Sabe, creo que no he leído ninguna obra suya.

West hizo girar la silla para mirar de frente a su visitante, se recostó y cruzó los brazos detrás de la cabeza.

—Dígame, míster Cadman Hunter, ¿cómo contestaría a esa observación? —preguntó con interés.

—¿Dice usted?

—Bueno, me ocurre a menudo. «Creo que no he leído ninguna obra suya». Usted, por ejemplo, ¿murmuraría «lo siento», o diría «si no la ha leído, tenga entonces la educación de no decirlo»?

—¡Mi estimado amigo! Espero no haber...

—En absoluto. Perdóneme.

El reverendo James volvió a sonreír.

—Veo que ha viajado mucho míster West.

—Antes, sí. Ahora, ya no.

—¿Se puede preguntar por qué?

—Por supuesto. Porque era muy decepcionante. Las únicas descripciones interesantes —West tocó la máquina de escribir— salen de aquí.

El reverendo James rió una vez más. Ya que no se le había invitado a sentarse, se dirigió hacia la chimenea. Había observado que en el carro de la máquina estaba colocado un sobre abierto, con la dirección de West escrita con tinta azul. Pero el vicario no le prestó mayor atención.

En cambio, sobre la chimenea, reparó en un pequeño cuadro al óleo: una cabeza de Joan Bailey, pintada por un pincel mucho más experto que el de su tío. El efecto de la luz sobre el pelo castaño, enrollado alrededor de la cabeza según la moda del treinta y ocho, acentuaba el color de la piel y realizaba esa expresión de Joan, de inmensa simpatía combinada con bondad, que brillaba en los ojos azules y dibujaba una sonrisa en sus labios.

—¿Interesante? —observó West, haciendo una mueca.

Pero el reverendo James, por alguna razón, parecía no haber observado el cuadro. Apresuradamente, examinó el estante de abajo, en el cual se alineaban una reducida cabeza africana, el tocado guerrero de un indio comanche, dos dagas españolas del siglo XVI y una serpiente de cascabel embalsamada.

Si se tomaba en las manos la serpiente y se la sacudía, cierto dispositivo ingenioso le hacía emitir un maligno zumbido. El vicario lo descubrió.

—¡Caramba! —exclamó complacido—. ¡Caramba! —y se dio la vuelta.

«Dirr», zumbaba la serpiente de cascabel en ese pequeño *cottage* mal ventilado, situado en medio de los frutales. «Dirr, dirr». De pronto, el vicario, abriendo mucho los ojos, pareció recordar algo. El reverendo James, alto y delgado, con traje de franela gris y cuello de clérigo anglicano, volvió a colocar rápidamente la serpiente sobre la chimenea.

—Estoy en todo de acuerdo con usted —le dijo West con frialdad—. Y como tengo una mañana muy ocupada, estoy seguro de que sabrá disculparme.

El reverendo James, al alejarse a grandes zancadas del *cottage*, no estaba por demás extrañado en absoluto. Más de una vez había visitado a personas cuya hostilidad era debida simplemente al hecho de no frecuentar la iglesia. Pero tuvo poco tiempo para pensarlo, dado que al fin apareció una de las víctimas de los anónimos.

En el lado sur y «elegante» de High Street vivía una mujer taimada, pero no sin atractivo, miss Cordelia Martin, que era la organista de St. Jude y se ganaba modestamente la vida cosiendo. Y se dio el caso de que en la noche del 12 de agosto, miss Martin se ahogó en el río Lea.

La encontraron al amanecer, enganchada en la rama de un árbol caído. Colocaron el pobre cuerpo hinchado en un carro, lo cubrieron con sacos de arpillera y lo llevaron a pulso por las praderas del nordeste, en la parte baja de High Street.

—¡Qué desgracia! —masculló uno con voz cautelosa.

—Así es —dijo otro entre dientes. Eso fue todo.

Un sol rojizo aparecía detrás de la casa solariega, despejando la niebla. Mientras el carro iba dando tumbos por la pradera, a unos treinta metros de High Street, el fulgor del sol iluminaba el pico de aquel alto y estrecho montón de piedras (a veces parecía una sola) que estaba allí desde tiempo inmemorial. Parecía vagamente la figura de una mujer con un hombro inclinado. Un paseante, al ver la figura oscura, en la niebla rojiza, no necesitaba mucha imaginación para ver ojos y boca en esa cabeza.

A los peones que iban con el carro les resultaba tan familiar qué ni la veían, pero no faltó uno que levantara la vista.

—La estatua de la viuda —dijo.

El carro avanzaba dando tumbos y luego se deslizó suavemente sobre un lomo de piedra, de más de un metro, antes de llegar a High Street. El chirrido resonaba fuertemente en el silencio del amanecer y alguien declaró después que Fred Cordy, el zapatero ateo, había mirado por la ventana, sonriendo burlescamente.

El oficial de policía de la localidad, tembloroso él, se vio obligado a telefonar a Glastonbury. Colgó después de que le prometieran enviarle al inspector Garlick o por lo menos al sargento, pero a una hora más razonable. El Squire Wyatt no supo la noticia hasta las siete de la mañana, y echó maldiciones como uno de sus más oscuros antepasados. Pero el reverendo James no se enteró hasta la hora del té, cuando el inspector Garlick llegó a la vicaría, pues parecía que hubiese una conspiración para ocultar el drama a ese joven clérigo de rostro inocente.

El reverendo James tomaba el té en su estudio cuando mistress Honeywell, su anciana y muy respetable ama de llaves, hizo entrar al policía. Mistress Honeywell se demoró un momento en el vano de la puerta, para luego salir corriendo tan aprisa como pudo.

—¡Dios mío! —confesaría más tarde con voz que trasuntaba su respeto—. Hay veces en que se comporta como un verdadero clérigo, ¡y sin lugar a dudas!

Quería decir que no sabía que su cara pudiese volverse tan impávida y sus ojos tan implacablemente duros como la figura de piedra de Stoke Druid.

—Comprendo —observó el reverendo James cuando el inspector Garlick terminó su relato breve y circunspecto—. Conocía bien a miss Martin. Era nuestra organista. Ella... —apretó el puño que sostenía el lápiz—. ¿Puede explicar, inspector, cómo encontró la muerte miss Martin?

—Si me lo pregunta, señor, se trata de un caso muy simple de accidente.

—¿«Accidente»?

El inspector Garlick, hombre alto, con ojuelos impasibles y un lunar en la mejilla, desvió la vista.

—Bueno, señor, ¿qué insinúa?

Y el otro no pudo responder. Incluso un hombre razonablemente inteligente puede estar demasiado cerca de una cosa para verla. El inspector Garlick observó que el

vicario se reconcomía interiormente de ira. Insinuar un suicidio, relacionado con la pequeña y despierta miss Martin, era inconcebible.

—¿Señor? —instó el inspector.

—Es todo. Gracias. Puede retirarse.

—Me despidió como si él fuese un lord —dijo enojado Garlick al sargento, que había permanecido afuera—. ¡No importa! No nos queda mucho que hacer aquí.

El sargento pareció perplejo.

—¿En Stoke Druid? Pero creía...

—He dicho que no nos queda mucho que hacer aquí —repitió Garlick.

Por supuesto, el inspector Garlick no se hacía muchas ilusiones. Una breve visita a la casa de la mujer difunta, un trago o dos en el Nag's Head y en el Lord Rodney, un corto paseo al empezar el día, le había bastado para presentir los anónimos. Pero el inspector general, por no decir nada de esa deidad de fuertes garras llamada el inspector jefe, detestaba esa clase de asuntos. Los aborrecía. Ocurría con mucha frecuencia entre la gente venida a menos y la policía lo pasaba por alto, si le era posible.

«Así que no te metas con Dave Garlick —dijo para sus adentros el inspector—. Y no andes escudriñando a no ser que recibas órdenes de arriba, que no te llegarán».

El coroner de Glastonbury le ayudó. En realidad, el remitente de los anónimos debió reírse mucho en aquellos momentos.

Como el viejo doctor Spenlow estaba de vacaciones, la autopsia fue hecha por su sustituto en Stoke Druid, un teutón rechoncho y serio llamado Schmidt. Informó que miss Martin, aparte de ser virgo intacto, no padecía ninguna enfermedad crónica y había muerto únicamente por asfixia. Pero el fiscal sintió compasión. Creyendo que miss Martin se había suicidado por razón de amor no correspondido, y deseando salvar las apariencias en la indagación, instó a los jurados a que dieran un fallo de muerte por accidente y lo consiguió por unanimidad. El inspector Garlick regresó a Glastonbury silbando.

Y nadie objetó nada.

De no haberse interrumpido los anónimos durante unas semanas, la situación podría haber llegado a ser insoportable, especialmente después de la ceremonia del entierro, cuando la hermana de Cordelia Martin sollozó histéricamente ante la tumba.

La interrupción supuso una gran tranquilidad. El reverendo James, aunque todavía furioso, trató de dedicarse a su ministerio, en las cien pequeñas obligaciones que incumben al cargo de párroco de aldea. Luego fue cuando se produjo la verdadera explosión.

En la tarde del sábado 13 de setiembre, el reverendo James estaba otra vez tomando el té en la vicaría, cuyas ventanas de cristal estrecho daban al lado norte de la iglesia. Acá baba de preparar su sermón para el día siguiente, cuando mistress Honeywell trajo la bandeja del té junto con el correo de la tarde.

Había solamente dos cartas, la de arriba en un sobre común con la dirección

escrita a máquina en tinta azul. Mientras se servía el té, el reverendo abrió distraídamente la primera carta. La leyó lentamente, la volvió a leer. Luego agitó la campanilla con violencia para llamar a mistress Honeywell, que vino corriendo. «¡Dios mío!», se dijo la mujer al abrir la puerta.

El reverendo James estaba de pie delante de su escritorio, pálido y respirando con fuerza. Cuando se esclarece el entendimiento de un hombre, rara vez ocurre gradualmente; se produce de golpe, en todos sus detalles.

—Mistress Honeywell —dijo sin preámbulo—, ¿qué sabe usted sobre esas cartas anónimas firmadas «La Viuda»?

—¿Señor?

—Preferiría saber la verdad, mistress Honeywell.

Mistress Honeywell cogió el dobladillo inferior de su delantal y se lo llevó a los labios.

—Señor, no sé ni una sola...

—Estoy dispuesto a esclarecer este asunto —dijo el reverendo James, golpeando la mesa con el puño—. ¡Dios mediante sabremos «toda» la verdad!

Mistress Honeywell no contestó porque le atemorizaba. Era tan inflexible como el viejo párroco de Stoneaston. Pero el reverendo James, al mirar la carta y leer únicamente las primeras palabras, se sintió molesto por el deber que le tocaba cumplir.

«¡Sí! Usted y Joan Bailey...», —empezaba.

**L**a misma tarde del sábado, cuando el reverendo James había tomado ya su decisión, un taxi que venía de Bristol se detuvo frente a la puerta de la iglesia, en el extremo oeste de High Street. De él descendió un hombre corpulento, grueso como un barril, vestido con un traje de alpaca blanca muy elegante.

High Street, con su pavimento liso en buen estado, envuelta en la modorra de la tarde del sábado, bajaba en suave declive hasta la residencia situada en el otro extremo de la aldea. A excepción de unos pocos automóviles estacionados, estaba desierta. Dentro de las casas de piedra rústica o en el piso alto de los comercios pintados de vivos colores, las esposas, mientras se afanaban preparando la mesa para el té, llamaban a sus maridos para un breve descanso.

El obeso caballero, maniobrando para extraer su cuerpo del taxi, se quedó de pie con un puño apoyado en la cadera como Victor Hugo, observando la calle con un gesto señorial y altivo. Llevaba gafas de carey en la punta de su ancha nariz. La cabeza grande y calva quedó expuesta al aire fresco del otoño hasta que el conductor del taxi sacó de dentro un jipijapa y se lo colocó en la parte posterior de la cabeza.

—Así que esto es Stoke Druit, ¿eh? —preguntó *sir* Henry Merrivale con desdén.

—¡Ajá! —confirmó el conductor del taxi con acento de East Bristol—. Oiga, esta maleta suya es muy bonita —le costó reprimir su júbilo rabelesiano—. ¡Es estupenda! ¡Se sale de lo corriente!

—No se preocupe, hijo —repuso severa mente el hombre corpulento—. Baje esa maleta y póngala de pie, ¡fíjese!, exactamente como se lo he dicho antes.

—¡Ajá! Usted es quien manda.

Al otro lado de la calle, formando un grupo desanimado, se encontraban seis chicos de nueve a trece años de edad, acompañados por dos perros, un Scottish Terrier y un mestizo blanco y negro de patas largas. La juventud de la aldea había salido de su casa aquel día tan limpia y reluciente como el suelo de la cocina de sus hogares, pero, varones y hembras, no se diferenciaban de los ídolos vudú. Sabían que en cualquier momento los llamarían para tomar el té y los reprenderían si estaban desaseados. Al ver el taxi, una corriente eléctrica pareció estremecerlos.

—¡Cuidado, mucho cuidado! —rogó el robusto caballero con voz de trueno—. ¡Por el amor de Esaú, despacio!

Lo que salió del taxi parecía a primera vista una maleta corriente de cuero castaño, larga, pesada y rectangular. Pero cuando el conductor la puso de pie en la calle, como un cuadrilátero vertical, los chicos observaron (incrustadas en el cuero, en los cuatro lados inferiores) cuatro sólidas ruedecitas niqueladas.

Gracias, hijo —agregó el corpulento caballero, y le entregó dinero al conductor—. Enganchando dos dedos en el asa de cuero de la parte superior de la maleta, *sir*

Henry Merrivale cruzó majestuoso la calle caminando con las puntas de los pies para adentro. No levantaba peso alguno. Simplemente lo guiaba y la maleta rodaba a su lado silenciosa como un fantasma.

—¡Cuu! —gritó una voz—. ¡Oiga!

—¡Ejem! —dijo Henry Merrivale y tosió un poco. Consciente de las miradas que atraía, no observó los quince pares de ojos de adultos detrás de las cortinas de las ventanas. Guió la maleta despreocupadamente, con un dedo, como conduciendo al ganador del Derby.

Chicos y perros le siguieron por la calle, rodeándolo frente a la casa del barbero y estanquero.

—¡Señor! —suplicó una voz estremecida.

—¿Eh?

El interlocutor era un chico flaco, de unos trece años, que llevaba la gorra del colegio Marlborough y hablaba con acento ultrarrefinado.

—Por favor, señor —preguntó—, ¿por qué lleva esa maleta tan curiosa?

Henry Merrivale se sintió aguijoneado.

—¿Qué tiene esa maleta? —interrogó dirigiendo al ofensor una mirada tan maligna que los perros se pusieron a ladrar y retrocedieron—. Yo inventé esta maleta, ¡si, señor! No cargo ningún peso, ¿no es así? ¿Nunca se han deslomado por haber cargado una maleta grande durante setenta kilómetros?

Los chicos, al comprender, se impresionaron profundamente y durante casi un segundo permanecieron callados.

—¡Mirad! —intervino la voz áspera de un chico rechoncho—. Mirad, tiene ruedecitas en la parte inferior; ¡ah! Pero ¿por qué también tiene ruedecitas arriba?

Era verdad, en cada esquina de la parte superior tenía una ruedecita, como señaló el chico (hijo del carnicero), haciendo girar cada rueda y dibujando con el dedo sobre el cuero.

¡Oh, hijo! —exclamó Henry Merrivale—. Esto es para que la maleta pueda rodar siempre, de cualquier lado que se la agarre. También tiene un asa de cuero en la parte inferior. Todo cuanto hay que hacer es invertirla y queda igual que ahora.

—¿Quiere decir que usted pensó en todo esto? —dijo asombrada, con entonación admirativa una chica de once años que estaba chupando un caramelo de miel.

—Bueno... ¡vamos! —dijo Henry Merrivale con un modesto movimiento de mano.

El repentino grito endemoniado, proveniente del fondo del grupo y que asustó a Henry Merrivale, no significaba que nadie hubiese perdido la cabeza. El joven Tommy, el hijo del Squire Wyatt y el más sucio del lote, había tenido una inspiración.

Se lanzó hacia delante, tirando confiadamente de la chaqueta de Henry Merrivale.

—Escuche, señor —murmuró—. ¿Supongamos que tomase esa maleta y la pusiese de lado como una maleta normal?

—Está bien —dijo Henry Merrivale, que se jactaba de ser liberal—.



¿Supongamos que lo haces?

—Bueno, entonces tendría dos ruedas delante y detrás. Es pesada y «aerodinámica». Podría ir volando por el pavimento de High Street hasta la pared de la cerca de mi papá, a cuatrocientos metros de aquí, ¡como *sir* Malcolm Campbell en el Pájaro Azul!

¡Bueno... bueno! —meditó Henry Merrivale—. ¿Estarías pensando en una pequeña carrera? ¿Contra los perros?

¡Diablos! —susurró el joven Wyatt, asombrado por la clarividencia del forastero—. ¡Diablos! ¡Eso es! ¡Los perros!

Fue algo explosivo. El coro ensordecedor de alaridos hizo que Henry Merrivale comprendiese su situación.

—¡Le apuesto a que mi perro puede vencer a su vieja maleta!

—¡Qué! ¿Ese Scotch gordo? ¡Yo te apuesto a que «mi» perro vence a la vieja maleta!

—Cuidado, Tommy Wyatt —avisó una chica de nueve años—. Tu papá está de guardia hoy en North Field y dijo...

—¡Urr! —gruñó el mestizo blanco y negro. Ambos perros, crispados, observaban la maleta con una mezcla de sospecha y desagrado.

—¡Le apuesto mil libras!

—¡Yo le apuesto un millón de libras!

—Yo le apuesto...

—¡Cállense! —bramó Henry Merrivale, y se produjo un silencio mortal. Los chicos se agarraron a su chaqueta blanca a modo de súplica; podría significar una demostración de confianza, pero no mejoró la blancura de la prenda ni el humor de Henry Merrivale, que se calzó bien las gafas y pronunció un ultimátum.

—Vamos a hacer esta carrera —dijo—, os lo prometo.

—Lo que es más, si tenéis otros competidores que os gusten, excluidos los galgos, sacarlos a relucir, y la Vieja Firma dará una buena ventaja. Pero no podemos hacerlo ahora, ¿comprendéis?

—¿Por qué no?

—Veréis, muchachos. Tengo que embalar de nuevo esta vieja maleta para que no se haga pedazos. Porque, ¡caramba, ahora llevo dentro una botella de *whisky*! No querréis que se vaya a romper una buena botella de *whisky*, ¿no es así?

A pesar de las quejas de las chicas, hubo un melancólico acuerdo general. El chico del Marlborough, Harry Goldfish, tuvo otra idea.

—¿Tiene cigarrillos, señor?

Henry Merrivale, escandalizado, hinchó el pecho y miró fijamente a los cuatro chicos.

—No fuméis cigarrillos, ¿me oís? —gritó.

—No, señor —dijo el chico del Marlborough, descorazonado.

—«Ninguno» debe fumar cigarrillos; ¿entendéis? —todo entusiasmo desapareció.

—Fumar cigarrillos —expresó con desdén Henry Merrivale— es cosa de mujeres. Si queréis fumar... —sacó del bolsillo interior cuatro habanos excelentes, envueltos en celofán—, fumar puros como yo. Aquí tenéis uno para cada uno de vosotros.

El ánimo de los chicos alcanzó el colmo del éxtasis. Quince pares de ojos adultos, saliéndose de las órbitas, observaban desde detrás de las cortinas.

Pero la chica de nueve años, la del caramelo de miel, alzó un hombro, molesta, a la manera del eterno femenino.

—Está bien, preciosa mía —la tranquilizó Henry Merrivale—. Aquí tienes diez chelines para que os lo repartáis la otra niña y tú. Supongo que querréis comprar caramelos, carmín y otra cosa. Supongo...

Calló, lanzando una mirada hacia el lado sur de la calle. Unos quince metros más abajo, apoyada despreocupadamente la espalda contra una casa, había otra chica de unos catorce años. Vestía admirablemente, sin una mancha, y era una belleza en miniatura. Su pelo rubio ceniza caía en rizados sobre los hombros. Sus ojos grises, con expresión de altivez e indiferencia, podrían ocultar lágrimas. Al ver que era observada, se volvió y se alejó.

—Esa es Pam Lacey, señor —comentó el chico del Marlborough, un verdadero hombre de mundo—. La hija de mistress Lacey. Hay que verla, sin embargo.

—¿Ella? —exclamó el hijo del carnicero, de mente materialista—. No tiene papá —agregó despreciativamente.

—¡Vamos, no hables así! —gritó Henry Merrivale, amenazándolo con el dedo.

¿Qué quieres decir con que no tiene papá?

—¡Bueno! —dijo la chica del caramelo sacandoselo de la boca y haciéndolo girar—. Hay unos que dicen una cosa y otros dicen otra. Pam es demasiado «*intelectal*»...

—Intelectual —corrigió con desprecio el chico del Marlborough.

—Así es, míster Harry Goldfish —dijo la chica—. Demasiado «*intelectal*» para nuestros gustos. Pero «mi» papá dice...

—¿Quién es tu padre, preciosa?

—Míster Cordy, el zapatero —dijo la chica con orgullo—. Y es tan «*intelectal*» que no cree en nada. Papá dice que tiene un tornillo flojo —Miss Cordy observaba todo el rato la expresión de Henry Merrivale—. ¿Acaso estaría pensando en seguirla para darle los diez chelines?

—No sé de qué hablas —mintió Henry Merrivale—. Y de todos modos —hizo unos gestos complicados— ahora me voy. ¿Puede decirme alguno dónde encontraré a un hombre llamado Rafe Danvers?

—¿El viejo librero? —gritaron a coro—. ¿Para qué lo quiere?

—¡No os importa, demonios! (Y deja de decir palabrotas). ¿Dónde está?

—Siga derecho. A mitad de camino, al mismo lado de la calle.

Y allí se dirigió Henry Merrivale a pesar de las súplicas para que se quedara. Andaba decididamente, guiando con la mano la maleta, sin imaginar los estragos que provocaría en un futuro cercano.

En verdad se sentía harto de tanta virtud. Además de resistir a la tentación, había predicado una sana lección de moral a la juventud del país. A mitad camino, su vista descubrió las letras doradas Ralph Danvers: Libros en el escaparate alargado y polvoriento de una tienda que tenía en el exterior una mesa con libros de a dos peniques. Un curioso podría haberse preguntado por qué ese escaparate estaba protegido con una pesada reja de hierro al igual que las demás ventanas de la casa.

Si el nombre de Danvers nada significaba para los habitantes de Stoke Druid, a excepción de Gordon West y del coronel Bailey, mucho significaba para gran cantidad de coleccionistas de libros raros, de Londres y de Nueva York. Para ellos el comercio de Danvers en Bond Street había sido su Meca durante veinte años. Aun ahora echaban de menos las largas charlas en la tienda de Bond Street y muy a menudo se preguntaban con fastidio por qué se había ido a enterrar Danvers en esa aldea del Somerset.

—Me gustan la paz, y la tranquilidad —repetía Danvers una y otra vez—. Mi trabajo se hace principalmente por correspondencia. Con el Catálogo se puede pedir cualquier cosa que se desee en...

—¡Tiempo perdido! —dijo fastidiado uno de sus clientes más importantes—. A ver: ¿no es acaso verdad que oculta algunas maravillas que le gusta? ¿Y conservar para sí? ¿Y no se decide a ponerlas en el catálogo? Y ni siquiera sabemos de ellas si no venimos hasta aquí a acosarle.

—¡Ta, ta! —exclamaba con evasivas el comerciante, y rápidamente cambiaba de tema.

Así pues, en aquella tarde de sol de principios de otoño en Stocke Druid, *sir* Henry Merrivale apoyó cuidadosamente su maleta, para que no se escapara, contra la mesa de libros situada en el exterior. Entró en el comercio sin tener idea alguna sobre el asunto criminal.

Una campanilla sonó bruscamente sobre la puerta. El local era largo y oscuro, con un agregado al fondo para hacerlo más espacioso. En las paredes laterales sobresalían estantes para libros, y en medio también había mesas con libros. La habitación exhalaba esa fragancia de libros viejos que mucho más que las rosas u otras flores es el verdadero hálito del país de los sueños.

Justamente al fondo del local, en medio de altos estantes, protegidos con rejas y que contenían tesoros, una luz eléctrica con pantalla verde colgaba del techo sobre un escritorio de tapa enrollable que estaba abierto. El dueño del comercio, sentado, con los pies sobre el escritorio, leía «*Las Torres de Barchester*».

¡Ejem! —dijo *sir* Henry Merrivale carraspeando ruidosamente—. Se caló el panamá y avanzó con lentitud hacia el fondo del local.

Míster Danvers, dejando cuidadosamente *Las Torres de Barchester*, puso los pies en el suelo y se volvió para mirar al recién llegado.

—Hola, Rafe —dijo con aspereza el forastero.

Buenas tardes, *sir* Henry —repuso el comerciante con su voz suave, pero

enérgica.

Míster Danvers era un hombre regordete, de cierta edad, con escaso pelo cano que hacía pensar en la flor del cardo. Su cara parecía empolvada, pero un par de astutos ojos azul claro atisbaban por encima de los lentes que le caían sobre la nariz. Aunque su chaleco estaba manchado de ceniza, las manos eran pulcras.

—Es un placer volver a verle después de casi dos años —prosiguió Danvers con verdadero entusiasmo—. ¡Siéntese, siéntese! —le indicó un pequeño sillón desvencijado, con almohadón de cuero, en el que Henry Merrivale se dejó caer pesadamente—. ¿Y cómo está, mi estimado Henry?

—Muy mal —contestó Henry Merrivale al instante—. Tengo la tensión alta, como dicen en los hospitales para impresionarle a uno. Y espero, Rafe, que ahora no me pondré peor.

—Yo... este... no lo entiendo.

—¡Escuche! —dijo Henry Merrivale con solemnidad—. No hace mucho volví a Londres desde Cheltenham. En Cheltenham me enredaron en un caso de asesinato mientras estaba dictando mi autobiografía. ¡Créame, acabé deshecho! Hijo, no me ocuparía de otro caso criminal ni por todo el oro del mundo. De todos modos, regresé a casa esperando descansar y reflexionar durante un mes. ¿Y qué ocurre? Usted me envía un telegrama.

El librero, inquieto y mirando al suelo por encima de sus lentes, no contestó.

—Dice usted que tiene algo tan bueno que tengo que verlo en persona —continuó Henry Merrivale—. Dice que por tal motivo debo venir inmediatamente a esta desamparada aldea. Bueno, Rafe, tendrá que ser una elección acertada.

Danvers asintió con la cabeza. Miró a Henry Merrivale con sus ojos claros y luego volvió otra vez la vista al suelo.

—Creo —dijo— que está interesado por Joseph Fouché, el ministro de policía de Napoleón y buen embaucador antes de eso. Creo que hay un retrato de Fouché en su despacho del War Office.

—Ajá. ¿Y qué?

Danvers juntó las puntas de los dedos y las contempló.

—¿Tal vez no esté enterado —prosiguió— de que Fouché escribió unas memorias secretas? Las escribió por orden del emperador. Contienen secretos y mucho de la historia oculta de la corte de Napoleón, desde 1804 a 1812.

Henry Merrivale clavó la vista en el librero.

—¡Caramba! —exclamó.

—Así es —el viejo librero parecía estremecerse de pena con sólo mencionar la rareza que había encontrado—. Se imprimieron solamente dos ejemplares encuadernados en pergamino: uno para el emperador y otro para el propio Fouché. Se sabe que el ejemplar de Fouché fue destruido. Allí arriba... —señaló uno de los armarios enrejados— tengo el otro ejemplar único, con anotaciones de puño y letra de Napoleón. ¿Quiere verlo?

—Quiero comprarlo —dijo terminantemente Henry Merrivale, y colocó su sombrero detrás de él sobre una mesa cubierta de libros—. Siempre le ha desagradado regatear, Rafe, y a mí también. ¿Qué precio tiene?

—El libro no está en venta —dijo Danvers.

Sir Henry Merrivale cerró los ojos.

—Me lo imaginaba... —dijo después de una pausa prolongada—, es verdad cuando dicen que el propósito de los libreros de lance es dificultar la venta de libros —luego estalló—. ¿Entonces para qué diablos me ha hecho venir aquí?

—No me comprende —le dijo Danvers suavemente—. Quiero regalarle este libro si se aviene a resolver el misterio de quién escribe aquí los anónimos.

Hubo otro silencio.

—Anónimos, ¿eh?

—Están firmados «La Viuda» en recuerdo de un montón alto y oscuro de piedras.

Han llenado de pavor a los aldeanos. En mi opinión han sido la causa de que una mujer respetable, aunque algo neurótica, se ahogara a menos de un kilómetro de donde estamos sentados.

»Parece —continuó Danvers acentuando ligeramente la palabra parece— que el envío de cartas ha cesado por ahora. Pero volverá a empezar, no lo dude, y con peores consecuencias. Permítame que le relate lo que ha sucedido.

El librero, combinando sagazmente deducción y chismografía, procedió a reseñar mucho (aunque no todo) de lo que ya sabemos. Habló monótonamente con voz suave y velada. Sentado debajo de la única luz de aquella habitación oscura, se podía ver, por encima de las puntas de sus dedos en pirámide, que tenía una barbilla muy acusada.

Durante el relato, Henry Merrivale permaneció inmóvil, con los brazos cruzados y la expresión alterada. Su ancho rostro se endureció. Sus pequeños ojos estaban clavados en Danvers. La juventud de Stoke Druid no le hubiese reconocido.

—Henry, por el amor de Dios, intervenga y evite la muerte de alguna otra persona —finalizó Danvers inesperadamente.

No cambió la expresión de Henry Merrivale para nada.

—Dígame, Rafe, ¿ha recibido usted alguno de esos anónimos?

—Sí. Para ser exacto, dos.

—¿De qué le acusan?

—Entre otras cosas, de vender libros pornográficos y de seducir con ellos a una determinada joven aldeana. Dicho sea de paso, ninguna de las dos acusaciones es exacta. Pero comprenda —se sonrió el viejo librero de vuelta de todo— que no me importan esos cargos. El caso es que el autor de los anónimos creyó que me afectarían.

Señaló con la cabeza hacia la parte delantera de la tienda.

—Tengo una pequeña sección dedicada al crimen y a la criminología —añadió—. Pero no hay... este... literatura sobre el arte de escribir anónimos.

—¡Oh, Rafe! Existe en cantidad. Y también sobre ejemplos prácticos. ¿Pero qué más hay en esas cartas que ha recibido usted?

Danvers se volvió hacia los atestados casilleros de su escritorio y sacó una esquila doblada.

—Quiero que lea ésta muy especialmente. ¡Espere, por favor! No la coja todavía.

—¿Bueno?

—Lo poco que sé acerca de estas cosas, lo reconozco, proviene principalmente de... ejem... la prensa popular. ¿Pero puedo hacerle dos preguntas, después de que haya leído esta carta, antes de que la comente?

Henry Merrivale asintió con la cabeza. Ralph Danvers le entregó la carta. Mientras aquél la leía no se le movió un músculo de la cara y su expresión producía un efecto angustioso. Dobló la carta y la devolvió.

—Creo que podemos admitir —continuó Danvers— que muchos anónimos son escritos por personas casi analfabetas. También podemos admitir que muchos anónimos son escritos por personas educadas que cometen errores gramaticales y faltas de ortografía para ocultar su identidad.

—Exacto, Rafe. Tan verdadero como el Evangelio.

—¡Muy bien! Ahora examine estas cartas: otra que he recibido y una que me dio un amigo. La gramática, la ortografía, la puntuación de cada una de ellas es tan correcta que raya en la pedantería. Hay algunas indecencias, pero están dichas hábilmente, con una malicia inesperada como... la maldad misma de las cartas. ¿Es así?

Henry Merrivale meditó.

—Es una lectura bastante desagradable, amigo mío —convino y volvió a meditar—. Bueno, tengo una mente retorcida —comunicó con arrogancia— como casi todo el mundo, pero esto es de una bajeza humana poco común. Es...

—¿Qué?

La mirada de Henry Merrivale se endureció de nuevo.

—Hable, Rafe.

—Las cartas son obra de una persona de educación superior o por lo menos bien educada —dijo Danvers—. Por tanto, en mi opinión, podemos eliminar el noventa y nueve por ciento de los sospechosos. El hombre de pueblo, el granjero corriente o los peones en varias millas a la redonda no pueden haber escrito estas cartas, como tampoco podrían haber escrito Absalón y Achitophel. Esto sólo nos deja...

—Siga, hijo. ¿Quiénes son los sospechosos?

El librero vaciló. Estaba claro que le disgustaba y odiaba lo que tenía que decir, pero debía hacerlo.

—Primero —empezó con ironía— estoy yo —los ojos azules pestañearon por encima de los lentes—. Para no discutir, digamos que soy —inocente. Después, tenemos a miss Marion Tyler, mistress Stella Lacey, miss Joan Bailey, el coronel Bailey y míster Gordon West. Luego está el sustituto del doctor Spenslow, el doctor

Schmidt: su inglés hablado es a menudo disparatado, pero su inglés escrito es correcto. Incluso podemos incluir a míster Goldfish, el farmacéutico, y a míster Benson, el director del coro.

»Calle, ¡por favor! —añadió Danvers suavemente al advertir que Henry Merrivale quería hablar—. Intentemos la tarea más agradable que consiste en eliminar a los que podamos.

—Cree que puede eliminar, ¿eh? A ver...

—Si alguna vez hubiese usted oído el inglés que habla el Squire Wyatt —sonrió el librero— lo eliminaría usted mismo. También es verdad respecto del pobre Fred Cordy que compró una vez una máquina de escribir para mandar cartas indignadas a los periódicos y luego se exasperó tanto que la arrojó al río. Comprenderá que muchos de mis llama dos «sospechosos» son muy dudosos.

Henry Merrivale sacó de su bolsillo interior una cajetilla de pésimos cigarrillos de tabaco negro. Había despreciado fumar los excelentes habanos que le habían regalado en un banquete la noche anterior y que había dado a los chicos.

Rafe —dijo—, ¿cuál es su segunda pregunta?

—¿Mi segunda pregunta?

—Exacto. Cuando empezó dijo que tenía dos preguntas que hacerme. Pero cuanto ha dicho desde entonces ha sido referente a aquella pregunta sobre la psicología de los autores de anónimos. ¿Cuál es la segunda?

El librero se levantó, dejando a un lado Las Torres de Barchester, y quedó de me de espaldas al escritorio.

—Todas las cartas que he visto son sobre temas eróticos —repuso Danvers—. Parecen insinuarlos en todas las líneas, aunque sólo sea implícitamente... ¿No es verdad que la mayor parte de los anónimos son escritos por mujeres neuróticas?

—¡Oh, no! —dijo Henry Merrivale.

Su voz grave resonaba en la habitación silenciosa. Danvers le miró asombrado.

—No sería del todo erróneo, comprende —continuó Henry Merrivale—, decir que los autores de anónimos sobre temas variados están divididos a partes iguales entre hombres y mujeres, a pesar de que las mujeres llevan una ligera ventaja. Sin embargo, se está bastante cerca de ese promedio.

—¡Pero siempre pensé...!

«Pu-Ping», sonó la campanilla de la puerta de entrada como si una mano vacilante se hubiese por fin resuelto a asir el picaporte. Y, recortándose en la débil luz del sol, entró en la tienda Joan Bailey.

Joan recorrió el pasillo, suave y rápidamente, entre la estantería de la izquierda y las mesas. Llevaba un vestido sencillo de seda blanca, medias de seda, zapatos de tacón bajo y, además del bolso de mano, otro para las compras.

No podía ver a Henry Merrivale sentado junto al escritorio porque su cabeza quedaba oculta por una pila alta de libros que había sobre una mesa contigua. Vio únicamente la cabeza del librero con su cráneo rosado visible a través del escaso cabello blanco.

—Buenas tardes, míster Danvers —dijo casi sin aliento—. Desearía saber, por favor, si tiene un libro sobre el tema... de...

*Sir* Henry Merrivale ha referido sus primeras impresiones de cuando la conoció, seguro de quién era por la descripción que Danvers le había dado. Y estas primeras impresiones merecen indicarse aquí.

—Una muchacha muy bien parecida —había dicho como si de un cumplido se tratase—. Una de esas jóvenes del campo que, sin darse cuenta, irradian sex-appeal. Le gusta que la consideren de trato agradable, cortés y corta de genio en público, pero lista como el diablo en privado. Si se enamora de algún joven (probablemente ya le habrá ocurrido) jamás pensará en nadie más. Leal; bastante inteligente; le gustan los chismes.

Danvers había adoptado ese aire apacible y vetusto que en épocas pasadas había engañado a tanta gente en Londres.

—¿Qué? —le instó Danvers—. ¿Un libro sobre...?

Joan vio entonces a Henry Merrivale y se sorprendió un poco.

—Discúlpeme —dijo Danvers golpeándose suavemente la frente—. ¿Puedo presentarle a un viejo amigo? Miss Bailey; *sir* Henry Merrivale.

—¿Cómo está usted? —dijo cordialmente Joan, que se interesaba por cualquier forastero que llegara a Stoke Druit. Luego cruzó por su mente una vaga idea—. ¿No he... no he oído hablar de usted en alguna parte?

—Tal vez... —dijo el hombre importante con modestia.

La luz de la lámpara brillaba sobre el cabello castaño, suave y abundante, enrollado alrededor de la cabeza. Tenía una tez tan clara que se le notaba cualquier cambio de color. Entonces fue cuando ella recordó.

—¡Ya sé! Es usted el hombre que anda aclarando los misterios de las habitaciones cerradas, las desapariciones y los milagros. Debe de haber venido aquí para...

Joan calló de pronto. Su mano izquierda se movió para tocar el bolso que colgaba del brazo derecho; luego la dejó caer rápidamente. Henry Merrivale no pareció haberlo observado.

—Escuche, joven —dijo mirándola descaradamente de arriba abajo—. ¿Nadie le



ha dicho que tiene una figura que dejaría chiquita a Afrodita?

Joan le miró. El rostro se le encendió.

¡Realmente! —dijo Joan con seriedad—. ¡No, por supuesto que no! Es decir, excepto... Quiero decir...

Danvers acudió en su ayuda con su tacto acostumbrado.

—No debe hacer caso de *sir* Henry —le aseguró con una sonrisa—. Esta es su idea de un cumplido social. Este... ¿cómo está su tío?

Miss Bailey lanzó otra mirada hacia Henry Merrivale. A pesar de su expresión, era evidente que a ella no le disgustaba el viejo atrevido de cara extraña.

—Tío George —contestó— tiene... sus ocurrencias. Dice que va a haber otra guerra. Dice que se va a luchar con tanques y aviones más que con fusiles y alambre de púas. De tanto en cuando va al War Office, pero cortésmente le aseguran que el asunto está en buenas manos. En este momento —Joan intentó una sonrisa— está instalado en la pradera, cerca de High Street, tratando de pintar su enésima versión de La Viuda. Y esto me hace recordar, míster Danvers —continuó Joan, mirando a Henry Merrivale con arrogancia, pero sin dejar de hablar—, ¿en su escaparate va a haber esta tarde alguna exposición especial de cuadros u otra cosa?

El librero estaba intrigado.

—¡No, por supuesto que no! ¿Por qué me lo pregunta?

—Bueno —rió Joan igualmente intrigada—, afuera hay unos veinte chicos sentados en la acera, frente al colmado, observando esta casa como si pensarán que va a quemarse; también he contado once perros.

—«¡Cuerno!» —suspiró *sir* Henry Merrivale con la culpa grabada en su cara.

—Deben de haber tomado el té —dijo Joan—, porque están limpios. Lo más curioso del caso es que tres de los padres van de arriba abajo fumando enormes puros. Nunca creí que míster Bull —se refería al carnicero— pudiera permitirse ese lujo.

Henry Merrivale habló de pronto, pero esta vez con voz suave e impasible.

—Usted venía aquí —observó— en busca de un libro sobre algo. ¿Era sobre anónimos?

—No, no lo era —replicó Joan alzando su redonda barbilla. Se volvió hacia el librero—. Míster Danvers —continuó con desesperada franqueza—, ¿hay algún libro con la leyenda verdadera de este... este monolito que llaman «La Viuda» o «La Vieja Viuda»? Creo que su nombre completo es «La Viuda Burlona».

—Mi querida niña, no existe ninguna leyenda «verdadera».

—¡Por favor! —rogó Joan—. ¡Por favor!

—Mi querida niña, ¡se lo aseguro! Esa figura es más vieja que los daneses, más vieja que los normandos. Las guías turísticas de este distrito —señaló hacia la parte delantera de la tienda— contienen poca información más de lo que está impreso en el reverso de las tarjetas postales que se pueden encontrar en casi todos los comercios de esta aldea. Discúlpeme un instante, por favor.

Danvers, moviéndose sin hacer ruido detrás de uno de los armarios enrejados que formaban una especie de cuadrado alrededor del escritorio, buscó sobre el estante de la chimenea una tarjeta postal en color y un croquis a lápiz en un marco, de unos quince centímetros de alto por diez de ancho, y regresó con ambas cosas. Dando la vuelta a la postal, leyó las pequeñas letras impresas en el ángulo superior de la izquierda.

—Pero si he sabido todo esto desde niña —declaró Joan—. Lo que preguntaba...

Danvers levantó la mano.

Dejó la postal y tomó el marco con el croquis dibujado a lápiz.

—Esto —explicó— no es más que la reconstrucción imaginaria hecha por un artista ambulante de principios del siglo XIX de La Viuda, tal como él la concebía.

—¡Guárdelo! —exclamó Joan. Los ojos azul claro pedían excusas, pero en su boca rosa se veía el temor—. ¡Por favor, quítelo de mi vista!

—¡Por supuesto, mi querida miss Bailey!

Danver puso el croquis boca abajo sobre el escritorio, pero no sin que antes Henry Merrivale hubiese visto la cara de una mujer de mediana edad, con pronunciadas ojeras debajo de los ojos y abundante pelo castaño oscuro cayendo en rizos hasta los hombros. La expresión de la mujer era desagradable. Los extremos de los ojos estaban vueltos hacia arriba, los labios eran de color rojo y su aspecto ofrecía algo que es más fácil de comprender que de describir.

—Siempre he tenido miedo de ese dibujo —confesó Joan—, aun ahora que está en tantas tarjetas postales.

—¡Oh! —dijo bruscamente Henry Merrivale—. Este sólo es uno de los duendes imaginarios que Phiz sabía hacer tan bien. Nunca existieron.

Otra vez Joan intentó reír.

—¡Claro que lo sé! —contestó a pesar de que no podía ocultar su temor como tampoco su sex-appeal—. Pensaba únicamente en esas cartas... la mujer que las escribió... si alguna vez la conociera...

Calló, consciente de haber cometido una gran indiscreción.

—Si no tiene ninguna leyenda sobre ella —continuó vivamente—, bueno..., así es, ¿no es cierto...?, siento mucho haberle molestado, míster Danvers —sus dedos volvieron a tocar el bolso de mano—. Y encantada de haberlo conocido, *sir* Henry. Pero debo ocuparme de la cena y se está haciendo muy tarde. ¿Me disculparán?

Joan se dirigió a prisa hacia la puerta y la campanilla resonó tras ella.

Hubo un prolongado silencio.

—Rafe —musitó Henry Merrivale jugueteando con su paquete de cigarrillos—, ¿quién es su novio? ¿Gordon West?

—Los chismes así lo dicen... ¿Cómo lo sabe usted?

—Bueno, estaba escuchando atentamente lo que usted decía... Rafe, es una joven muy simpática.

—¡Sí! Y así son los demás. De lo más simpático, de lo más amables... —Danvers

calló señalando la esquila doblada que estaba sobre el escritorio—. Y, sin embargo, alguien escribe esto. ¡Por el amor de Dios, vuelvo a pedirle que nos ayude!

—Vea, amigo mío, no necesita sobornarme con las memorias de Fouché —dijo Henry Merrivale con mucha calma—. ¡Cáspita! Estoy dispuesto a ayudar, pero no puedo.

—¿No puede?

—Cierto que puedo dar indicaciones. ¿Pero no ve que éste, entre todos los casos, exige una organización policíaca?

—No, no lo veo.

—Rafe, la policía tiene el sistema reglamentado. Las mil preguntas que deben hacer, las diligencias de puerta en puerta. Hijo, yo no lo podría hacer aunque quisiera. Mi papel estriba en estar sentado y pensar. ¿Quiere que le dé un ejemplo?

—Sí.

—Rafe —dijo Henry Merrivale mirando con desprecio la cajetilla y luego alzando la vista—, de su lista de sospechosos y de no sospechosos, ¿quién ha recibido la mayor cantidad de anónimos?

—¡No lo sé! ¿Cómo podría saberlo?

—Bueno, amigo mío, ésta es la primera pregunta que hará la policía, con toda inocencia, entre un montón de preguntas inofensivas. ¿Por qué? Porque la persona que ha recibido la mayor cantidad de anónimos es casi siempre la que los escribió.

Danvers se tocó las gafas y pareció nervioso.

—La policía, cuando estuvo aquí, fue muy tonta o demasiado... ¿cómo le diré...? para no ver sino un accidente en la muerte de miss Martin. Pero no pude obligarla.

—¡Oh!, pero yo sí —dijo Henry Merrivale con ironía—. Déjelo de mi cuenta.

Mientras se metía la cajetilla en el bolsillo, Henry Merrivale se levantó pesadamente y desdobló el anónimo para volver a leerlo.

—También tienen que buscar la máquina de escribir —refunfuñó—. Oiga, Rafe. ¿Recuerda cuando a principios de los años veinte se fabricaron las primeras máquinas de escribir portátiles?

—Sí. ¿Qué relación tiene con esto...?

—Rafe, tuve una pequeña máquina «Formosa» tan ligera que no pesaba nada. Tenía un teclado de tres hileras y daba cabida a las letras y a los signos en forma extraordinaria. La mía marcaba un signo de exclamación fuera de lugar cada vez que intentaba poner una coma, y el resultado era como renegar en esperanto.

—Pero en esta carta no hay esa clase de errores.

—Oh, era un ejemplo —murmuró Henry Merrivale, lanzándole una mirada extraña.

Y ahora, Rafe, parece que me voy a quedar en Stoke Druid más tiempo de lo que pensaba. ¿Hay algún hotel donde pueda alojarme?

—Yo le alojaré, por supuesto.

Henry Merrivale pareció molesto.

—Rafe —dijo—, si no le importa, me gustaría tener en su casa el centro de operaciones. Pero de nada servirá si me paso el día y la noche entrando y saliendo acudiendo a las llamadas, como me obligarían esos tipos. ¿Dónde está el hotel?

Danvers suspiró.

—Hay dos. El Nag's Head, aquí al lado, cruzando una callejuela. Y luego el Lord Rodney, frente al primero, al otro lado de la calle.

—¿Cuál me recomienda?

—El Lord Rodney es uno de esos viejos hoteles Tudor, edificado hace uno o dos años cuando mistress Conklin creía que vendrían muchos turistas —Danvers habló con leve disgusto—. El Nag's Head fue construido en el siglo xv, igual que la iglesia. Es quizá más pequeño y menos... este... aseado. Pero usted preferirá, por supuesto, el del siglo xv.

Henry Merrivale simplemente le miró.

—¡Bueno! —dijo—, siento una fuerte atracción por el del siglo xv, pero siento una atracción aún mayor por los cuartos de baño que funcionan bien y por las puertas que no dan directamente al aire libre en un segundo piso. Sólo porque soy por naturaleza propia obstinado.

Para disimular esta observación, Henry Merrivale lanzó una mirada de fastidio al ejemplar de Las Torres de Barchester que estaba sobre el escritorio.

—Trollope, ¿eh? —dijo con desprecio—. ¿Todavía puede leer a esa vieja posma?

Danvers se agitó instantáneamente.

—Mi estimado Henry —dijo—, ¡qué agradable debe ser tener esa inflexible confianza en sí mismo! ¡Qué fácil es pensar, como usted hace, que no ha existido ningún novelista a excepción de Dickens!

—Es verdad —dijo Henry Merrivale—. ¡Oh!, uno de estos días me gustaría ver algún sketch titulado: «Si Dickens hubiese escrito las novelas de Trollope».

—¿Lo encontraría divertido?

—Divertido tal vez no. Pero muy consolador. Las misteriosas damas que miran de soslayo desde sus ventanas de la rectoría de Framley. El obispo clavado con una daga en el árbol lleno de espinas. Los curas y los vicarios con ojos feroces golpeando puertas y registrando afanosamente muebles para encontrar los papeles desaparecidos.

—El hecho es, Henry, que solamente le gusta lo incongruente. Tales cosas, le aseguro, no ocurren en la vida real. En verdad se podría decir...

¡«D-dang»!, sonó la campanilla de la puerta de entrada, la cual se abrió con tanta violencia que derribó los libros de un estante del escaparate. El mismo estrépito se produjo al cerrarse la puerta.

Aunque la luz débil y suave se prolongaba en la calle, adentro iban acumulándose las sombras. En el vano de la puerta apareció la silueta de un hombre alto vestido de clérigo anglicano.

Viendo que no había aparentemente por dónde pasar a través de la fila de mesas,

el clérigo saltó por encima de la primera con la naturalidad propia de un atleta entrenado. Salió brillantemente sobre la segunda mesa, aunque su talón hizo caer dos libros como si fueran platos destinados al tiro.

Al encontrarse frente a una mesa con libros hasta la altura de la cabeza, comprendió de pronto que su comportamiento era impropio y, vacilante, ruborizado, avanzó hacia donde se hallaba el asombrado librero.

—¿Míster Danvers? —preguntó jadeante—. Verdaderamente le presento mis más sinceras disculpas. Por desgracia algunas veces yo... este... me apresuro sin pensar dónde estoy.

—No tiene por qué —murmuró Danvers, y le saludó.

Otra idea cruzó por la mente del vicario.

—También debo disculparme por otra cosa. Por desgracia mis obligaciones han sido tan apremiantes últimamente que me han impedido visitarle. Míster Danvers, para sostener una larga charla sobre libros —el encanto de su sonrisa templó la atmósfera de la habitación.

—No tiene por qué —repitió Danvers sonriendo. Su expresión era dubitativa.

Pero un tema ocupaba y abrasaba en tal forma la mente del reverendo James Cadman Hunter que excluía cualquier otro. La sinceridad ardía en él como una llama, una llama peligrosa tal vez, pero siempre sincera.

—He venido a preguntarle —continuó— si tiene algún libro sobre el arte de escribir anónimos.

—Sobre el arte de escribir anónimos —repitió sencidamente Danvers, y se movió para ocultar con su cuerpo la carta que estaba sobre el escritorio.

—Sí —dijo con calma el reverendo James—. Tengo la intención de predicar sobre este tema mañana por la mañana.

Silencio...

Si el reverendo esperaba provocar una impresión, aun subconscientemente, no cabe duda de que la provocó. Danvers se quedó inmóvil. Henry Merrivale, que había sacado y encendido un cigarrillo, se quedó paralizado con el pitillo en la mano.

—Se lo digo —prosiguió el reverendo James— porque no es ningún secreto. Si lo considerara conveniente, lo haría anunciar esta noche en la aldea. Señores, les diré la verdad a los feligreses. Les avergonzaré, les acosaré con cuanto disponga para ello. Les diré a la cara lo que pienso de ellos. Si no les gusta no será culpa mía.

Danvers habló en voz baja.

—Pero a sus feligreses... —calló—. ¿Por qué?

—¿No asiste con frecuencia al servicio religioso?

—No. Claro que no.

—Ellos podían habérmelo dicho —comentó el reverendo James—. Por lo menos algunos podían habérmelo dicho. Sin embargo, temen el escándalo y han preferido callar. Yo podría haber salvado la vida de esa inocente mujer... —vaciló mientras apretaba los puños—. Desde ahora tengo un plan para descubrir al autor de los

anónimos y exponerlo a la vergüenza pública. No... no debo revelar el plan para mañana. ¿Pero, a mí mismo? No tenía idea de esta peste hasta que esta tarde ¡yo mismo recibí una carta!

—¿Puedo preguntar —dijo Danvers mirando al suelo— lo qué decía la carta?

—Sí —repuso el reverendo James, irguiéndose. Metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y no la encontró—. Yo... la he dejado en la vicaría. Me acusa de... de una relación ilícita con miss Joan Bailey.

Después de haber hablado con franqueza, articuló enérgicamente:

—Me propongo leer esa carta en voz alta mañana por la mañana, en la iglesia.

**S**e produjo un silencio tal que si hubiesen escuchado habrían podido oír ladrar en la calle a varios perros. Pero *sir* Henry había olvidado por completo a los chicos que le esperaban. Fue Danvers el primero en hablar, mientras se acariciaba el rostro con su mano huesuda.

—Como bien dice, no asisto regularmente a la iglesia —dijo con voz ronca—. Sin embargo... Una investigación, sí, sin lugar a dudas. Pero este sistema...

—¿Sabe lo que ocurrirá cuando lea esta carta en la iglesia? —preguntó el vicario.

—Por supuesto —dijo brevemente Henry Merrivale—. Un alboroto infernal.

—Salvo en el sentido literal de la expresión, espero que así sea. Pero no capta usted el verdadero significado. Esta carta...

El vicario calló, frunciendo ligeramente el ceño. Apenas había notado vagamente la presencia de una persona en forma de barril, con una calva lustrosa y una expresión malévola, que estaba sentada en un sillón fumando un cigarrillo de tabaco negro. El vicario dirigió una mirada interrogativa a Danvers.

—Míster Cadman Hunter, le presento a *sir* Henry Merrivale —dijo Danvers.

El vicario, con un cortés movimiento de cabeza, estuvo a punto de volverse y decir un lugar común, cuando un vago recuerdo cruzó por su mente. Su semblante habría sido bien parecido de no haber sido por su nariz demasiado larga. Frunció el ceño y se pasó la mano sobre el pelo rubio. Luego, de pronto, le acudió el recuerdo a la mente. El reverendo James arqueó las cejas.

—Pero... debe de ser el viejo Merrivale...

Dijo esto tan sinceramente y con tanta tranquilidad como pudiera haber dicho: «Debe de ser *sir* Lancelot».

Jamás en su vida Henry Merrivale había oído pronunciadas semejantes palabras por otra persona, salvo como una expresión despectiva. Es un hecho cierto que su silla casi se tumbó para atrás, pero él se enderezó. El cigarrillo se le escapó de los dedos entumecidos y Danvers lo apagó con el pie, mientras Henry Merrivale observaba al vicario en busca de cualquier muestra disimulada de burla. Pero no la encontró.

—Muchacho —dijo Henry Merrivale, levantándose de la silla—, permítame estrecharle la mano.

—Para mí es un verdadero honor, *sir* Henry.

—Soy religioso como el demonio, sabe —le aseguró Henry Merrivale con seriedad—, y espero que esto me hará ir más frecuentemente a la iglesia. No me aprecian, hijo; ésta es la verdad. ¿Dónde ha oído usted hablar de mí?

—A un amigo mío, un abogado irlandés llamado Kit Farrell. Siempre que se refiere a la actuación de usted en el caso de «la lámpara de bronce» parece que

hablara de un santo.

—Oh, hijo, no debe creer «todo» —dijo Henry Merrivale rechazando modestamente la santidad—. Pero el esclarecimiento de este asunto de la lámpara de bronce, sí, constituyó un éxito rotundo.

—¡Esclarecimiento! —dijo el vicario, sorprendido por la inspiración y abrazando al mismo tiempo los hombros de Henry Merrivale—. Eso es, por supuesto. No llamaré a esto providencial —rió—, pero por lo menos es el hecho más feliz que jamás le haya acontecido a un pobre párroco rural. Usted ha sido enviado aquí para ayudarme en el esclarecimiento de este misterioso asunto.

Henry Merrivale le miró alarmado.

—¡Un momento, hijo! He venido aquí porque...

—Iremos en seguida a la vicaría —decidió el reverendo James— y juntos examinaremos esa carta anónima. ¡Qué extraño! Hay un pasillo por aquí —con el fervor de un fanático empujaba hacia delante a Henry Merrivale—. Mi estimado señor, ¿no se siente entusiasmado ante este ineludible deber?

—Sinceramente, no —dijo Henry Merrivale—. ¡Vea, hijo! Tengo afuera una maleta sobre ruedas muy valiosa. Tengo que llevar esa maleta a un hotel llamado Lord Rodney porque...

—¿Su equipaje, *sir* Henry? No tema por eso. «Yo» me ocuparé de su equipaje.

—Sí, eso es lo que temo. Verá...

—¡Adelante! —dijo jocosamente el reverendo James, y la campanilla sonó cuando abrió la puerta—. ¡Ah, su maleta! —agregó.

La maleta estaba apoyada contra la mesa de los libros de manera que dos ruedas quedaron en el aire y se mantenía firme. Pero él creía que se trataba de una maleta corriente y trató de asirla haciendo un pequeño esfuerzo. Dando la vuelta a la maleta con sus dos brazos la golpeó estrepitosamente contra el suelo como si fuera una maleta común. Al buscar un asa (que no existía) para levantarla, su rodilla derecha chocó descuidadamente contra la maleta como si fuera un ariete, y de pronto sucedió lo imprevisto.

—¡Ahí está! —dijo el vicario... y se detuvo aterrado.

La buena maleta, impulsada por su espíritu aventurero, se deslizó como Sea Breeze por el pavimento liso y en declive. Este sería el punto de partida de una carrera desenfrenada. Al otro lado de la calle se elevó un alarido de protesta de veinte gargantas infantiles confundiendo con el ladrido de once perros de todas las razas, desde Manchester Terrier hasta ovejeros, que corrían por la calle como una alfombra movable de variados colores.

Hasta el día de hoy Henry Merrivale jura y perjura que el incidente no se originó por culpa suya. Pero cometió un serio error que no quiere reconocer.

En cuanto la rodilla del vicario chocó contra la maleta, *sir* Henry Merrivale cruzó la calle disparado, haciendo señas con los brazos para avisar a la pandilla de Tommy Wyatt que esta vez no se trataba de una carrera. Entonces, en medio de la calle, se



encontró con la marea de los perros, que no lo trató con suavidad. Le hizo girar dos veces en redondo mientras se sujetaba el panamá y luego le sentó de plano con un golpe sonoro que casi rompió el asfalto. Tres padres se abalanzaron sobre él, todavía con las colillas de los habanos entre los dedos, y le exigieron que dijese qué ventaja les daba.

—¡No juega limpio! —gritó un chico excitado, atacado al parecer del baile de San Vito.

—¡No es juego limpio! —chilló otro—. ¡El vicario está dando puntapiés a los perros!

Expresándose con rigor, esto no era verdadero ni justo. El reverendo James, al ver lo que había ocurrido, decidió que la única solución posible era la de alcanzar la maleta. En el colegio de St. John's, Oxford, había sido un excelente corredor. Los perros, por supuesto, no habían pensado en una carrera, únicamente querían tirar al suelo el objeto para morderlo. Si algunos se cruzaron en el camino del vicario fue simplemente por mera desgracia.

Y Danvers, al salir de prisa a la calle en ayuda de Henry Merrivale, vio el peligro de una nueva catástrofe.

—¡Sir Henry! —suplicó.

Henry Merrivale, con su panamá hundido hasta las orejas, levantó los puños al cielo. De sus labios brotó tal torrente de insultos, tal pintoresca serie de palabrotas, que las ventanas altas, a lo largo de la calle, se abrieron de golpe, produciendo un efecto teatral, como en una revista musical.

—¡Se lo ruego! —gimió Danvers.

—¡...!

—El coronel Bailey está allá en la pradera. Van todos hacia él. Si cualquier cosa le ocurre al coronel...

—¿Y qué quiere que le haga? —interrogó *sir* Henry Merrivale, levantando de un tirón el sombrero que le cubría los ojos.

Normalmente, se hubiera quedado sentado veinte minutos en el suelo explicando el daño irreparable causado a su coxis. Pero la figura en forma de barril se levantó y corrió por el centro de High Street, con las piernas combadas y el sombrero panamá, a tal velocidad que resultaba difícil seguirla con la vista.

—¡Hola! —vociferó Henry Merrivale por encima del montón de cabezas—. ¡Párenla! Párenla, ¿me oyen?

Cualquier aficionado a las carreras de caballos hubiese podido observar la escena sin prismáticos; los perros enloquecidos, el vicario disparado... y la maleta triunfante corriendo por delante a más de cuatro largos. Se alzó entonces la voz penetrante del joven Tommy Wyatt.

—¡Goggles! —gritó el joven Wyatt—. ¡Goggles! ¡Agárrala!

La respuesta fue instantánea.

Del centro del tumulto, casi tres largos por delante, salió como una flecha el perro

mestizo blanco y negro mencionado antes.

La carrera se acercaba a la curva suave de la calle. En ella había un caballero alto, erguido, de porte militar, con un pincel listo para dar algún delicado toque al lienzo que tenía delante. A su lado dos señoras, una de las cuales era Joan Bailey, miraban la carrera, aterradas, porque no podían hacer nada.

—¡Goggles! —se oyó el último grito de guerra.

De un brinco, las patas largas de Goggles rozaban la parte superior de la maleta mientras iba corriendo a su lado. Allí se quedó perplejo. Pero la maleta, torcida por ese salto de la izquierda, desvió su dirección hacia la curva y se abrió de golpe.

Un perro moteado voló en una dirección. Una botella de *whisky* escocés en otra. La maleta, desplegando al parecer unas alas de cuero enormes y diabólicas, golpeó (en medio del oleaje de la ropa de Henry Merrivale) por detrás la cabeza del coronel Bailey, empujando su cara contra el lienzo mojado, con lo cual la maleta, el coronel y el caballete cayeron al suelo.

Por lo menos durante los tres segundos siguientes todo ser viviente en los alrededores (perros, chicos, espectadores, padres) pareció convertirse en piedra como la estatua de La Viuda Burlona, situada a poca distancia. Pero no fue el estado lamentable del coronel Bailey la causa de ello, sino que, a unos treinta metros más lejos, se hallaba el propio Squire Tom Wyatt hablando con dos hombres con instrumentos de agrimensura. Llevaba un pesado bastón de madera de ciruelo y se dio la vuelta con lentitud. Aun a esa distancia se podían ver sus ojos saltar de las órbitas y su barriga hundirse al respirar aire para lanzar un grito de guerra.

—¡Aah! —dijo el Squire Wyatt.

Según la opinión de Joan Bailey, nunca ha ocurrido nada desde la derrota de la Vieja Guardia en Waterloo. En un instante, el apiñamiento de perros, chicos, chicas y aun los padres, giraron rápidamente y volvieron a subir por High Street en tropel. La carga completa atacó directamente a *sir* Henry Merrivale, que resistió en su puesto valerosamente, pero se vio imposibilitado de avanzar.

Del grupo que había corrido la carrera, sólo tres figuras pequeñas permanecieron paralizadas en la parte alta de la pradera.

—¡Oh, homicidio! —murmuró el joven Tommy Wyatt.

—¡Tío Tom! —murmuró una niña de nueve años, que sollozaba.

El perro moteado se quedó inmóvil. Con sus ardientes ojos fijos en la lejanía, trataba de parecer tan inocente como el mismo Henry Merrivale.

¡Os arrancaré el pellejo! —gritó de pronto el Squire levantando su bastón—. ¡Al diablo con todo, os arrancaré el pellejo a los tres!

Como impulsados por el estampido de un disparo de fusil, los tres partieron en seguida en dirección a los grandes portones del parque.

En la pradera oscurecida donde se habían cometido tantos estragos, el reverendo James, jadeante, trataba de desenredar al coronel Bailey de las correas de la maleta, del caballete y de las pinturas.

*Sir* Henri Merrivale, cabizbajo y alicaído, seguía sentado en medio de la calle como alguien que hubiese sucumbido ante la maldad de las cosas.

La dama que acompañaba a Joan Bailey era mistress Stella Lacey. Miró a su amiga y le reprochó suavemente:

—¡Joan, por favor! No veo en absoluto nada gracioso en este accidente que le ha ocurrido a su tío George.

—*P-p-p...* —empezó Joan y no pudo continuar. Dándose la vuelta, esa censurable joven cubrió su cara con las manos y comenzó a balancearse de atrás hacia adelante. Stella Lacey parecía un tanto escandalizada.

—El humor fino, Joan, «nunca» es una farsa vulgar —le dijo severamente.

En ese momento el coronel Bailey se puso en pie en medio de los escombros. Su rostro flaco era un estudio de colores: en él se observaban chorretones verdes, negros, grisáceos de la figura de piedra y azules del cielo. Estaba recto y erguido, con su chaqueta de lana y plus fours. Le rodeaba el cuello, a modo de blasón de antiguo caballero, un par de calzoncillos largos de lana roja de Henry Merrivale.

—¡Joan! —dijo Stella Lacey.

—*Pe-pero* si no es más que acuarela. Se limpiará con una toalla. Se *l-l-l-l...*

El coronel Bailey no prestó atención.

—¿Qué es esa endiablada novedad? —preguntó, controlándose, y tocó la maleta con el pie—. ¿Y quién es —señaló con su pesada mano pecosa y descarnada— ese señor que viene por la calle?

—*Sir* Henri Merrivale —susurró el reverendo James—. Posee un título de barón de los más antiguos de Inglaterra —añadió.

El arrogante aristócrata de marras se aproximaba majestuosamente. Al llegar a la piedra resbaladiza donde empezaba la pradera, estuvo nuevamente a punto de caerse sentado, pero la cólera, así como la sensación de un atropello por parte del destino, le mantuvieron en equilibrio mientras avanzaba pesadamente hacia el coronel Bailey.

—¡Escuchen! —empezó mientras levantaba fervientemente la mano derecha en actitud de prestar juramento—. Juro ante todos ustedes que por una vez en mi vida soy completamente ajeno a este embrollo. No se me puede acusar de nada. No estoy más complicado que un reloj suizo de cuero. Y ahora lo probaré.

Y así lo probó. Henry Merrivale, en sus mejores momentos, era un orador potente, muy rico en ademanes, como el difunto *sir* Henry Irving. Describió gráficamente, con amplios ademanes, el desgraciado episodio. El reverendo James tenía dificultades para permanecer serio, pero Henry Merrivale, expresamente, lo ignoró.

—Y así sucedió, ¡que el diablo nos asista!

Por un momento el coronel Bailey permaneció inmóvil. Luego hizo exactamente lo que era de esperar por parte de un tipo de militar de antiguo cuño. Echó hacia atrás la cabeza y lanzó una estruendosa carcajada.

—¡Es una buenísima idea! —dijo, volviendo a golpear la maleta de ruedas con el

pie—. Venga esta noche a cenar con nosotros —añadió un poco intimidado.

Henry Merrivale saludó, cruzando una mano sobre el pecho.

—Amigo mío —repuso—, muchas gracias. Es una invitación que acepto con orgullo.

—¡Me alegro mucho! ¡Joan! ¿Tienes algo especial para la cena?

—¡Oh! —refunfuñó Joan, consciente de haberse retrasado. Abrió su boca rosada—. Tío George, yo...

—Curry, ¿eh? —insinuó el alegre coronel.

Joan asintió y suspiró aliviada. Podía alimentar a su tío con Curry trescientas noches por año y generalmente no hacía otra observación que el declarar que era una cena excelente.

—No puede equivocarse de casa —le dijo a Henry Merrivale—. Entre por los portones de la residencia, doble a la izquierda por un sendero de grava y la primera casa que encuentre, ésa es. ¿Entiende? ¡Bien!

El coronel Bailey, sin ningún sentido de falsa dignidad, había olvidado por completo el aspecto fantasmagórico de su cara. Recogió el caballete, el lienzo manchado, los pinceles y la caja de acuarelas, poniendo todo debajo del brazo. Tenía el pelo castaño entrecano muy corto y los bigotes canosos muy recortados. Pero, debajo de sus cejas enredadas, pocas personas notaban la vivacidad y penetración de su mirada. Cualquiera que le hubiese llamado coronel Blimp habría cometido un craso error.

—Venga temprano, ¿eh? —dijo el coronel bruscamente—. Me gusta charlar un poco. En especial con un hombre del War Office... Oh, ya sé quién es usted, alguien algo menos fanático que otros. Hasta luego.

Y después de haber arrojado los calzoncillos de lana roja de Henry Merrivale al reverendo James, que estaba ocupado en rehacer la maleta, el coronel subió trabajosamente por la barranca de la ribera. Al poco rato el vicario cerró las cerraduras de la maleta con energía y se enderezó. Su hermoso rostro apenas expresaba su determinación. Pero su voz agradable atravesó sonoramente esa corta distancia.

—¡Coronel Bailey!

—¿Diga? —preguntó el coronel dándose la vuelta desde lo alto de la loma.

—¿Le importa si voy esta noche a su casa después de la cena? —preguntó llanamente el vicario—. Es cuestión de... este... asuntos de iglesia. Es usted el único miembro de la junta a quien pienso consultar.

—¡Caramba! —exclamó el coronel Bailey sin disimular su impaciencia—, ¿no puede esperar ese asunto?

—Me temo que no —dijo el reverendo James con la misma voz sonora—. Es referente a esos anónimos. Acabo de recibir uno.

El coronel vaciló.

—Muy bien —contestó, y se alejó hacia los portones del parque, dando grandes

zancadas.

Las impresiones y el espíritu del grupo habían cambiado. Sentían la humedad que se levantaba de la ribera, a la puesta del sol, mirando a aquella figura alta, entre gris y negra, de La Viuda Burlona, con un hombro encorvado y ligeramente inclinado, que se veía a cierta distancia.

Joan estaba inmóvil, con una expresión preocupada en sus ojos azules y con las manos enlazadas. Stella Lacey, aparentando no haber oído nada, mantenía la cabeza erguida y parecía ajena a todo. *Sir* Henri Merrivale, observando el grupo, vio por el rabillo del ojo que se aproximaba un nuevo personaje que había descendido por la barranca del lado este de la pradera.

Dado el mal genio de Henry Merrivale, fue tanto mejor que no hubiera visto antes a este hombre, testigo de la carrera de la maleta y que había estado de rodillas agarrado a un tronco de árbol contra el cual ocultó la cara para sofocar la risa. Pero ya había desaparecido su regocijo.

Gordon West (de unos treinta y cinco años, de mediana estatura, delgado, pero fuerte y nervudo) llevaba un viejo sweater y unos pantalones descoloridos de franela. Sus ojos castaños brillaban, pero a primera vista su boca y su mandíbula parecían malhumoradas. Las pequeñas arrugas alrededor de los ojos expresaban diversión, pero las de la boca eran de descontento.

—Saben —observó Henry Merrivale—, creo que es la primera vez que este asunto de anónimos ha surgido entre ustedes. Como una serpiente silbando, ¿eh?

Stella Lacey intervino:

—Mi querida Joan —dijo sonriéndole a Henry Merrivale para no herirle con sus palabras—, no creo que debamos hablar mucho con este caballero. Se llama Merrivale, *sir* Henry Merrivale —Gordon West se detuvo un instante y luego se acercó. La voz de Stella Lacey subió de tono.

—Descubrió al asesino en aquel caso de Las cinco cajas —exclamó—, y a nadie se le ocurrió quién podía ser. ¡Es uña y carne con la policía!

—¿Pero si así fuera? —preguntó Joan apretando las manos—. Esta tarde «yo»... —hizo una pausa—. ¿Qué significa esto, más anónimos, y por qué mister Hunter tiene que ver a mi tío?

El reverendo James apretó las mandíbulas.

—Porque —repuso— se me acusa de tener —aquí casi tartamudeó— una relación ilícita con usted. Para obrar con corrección debería contar con su permiso y el de su tío para mencionarlo mañana en la iglesia.

—¿En la iglesia? —exclamó Joan.

Gordon West se acercó por detrás de Joan, por el lado izquierdo. Habló con calma, pero su voz era apagada.

—¿Piensa predicar basándose en esa carta? —preguntó West, conteniéndose todavía.

—Para expresarme con mayor exactitud, pienso leerla en voz alta.

West se pasó lentamente la mano por su mejilla y su mandíbula, que necesitaban ser afeitadas. Era una mano demasiado grande para un hombre no muy alto.

—¿Lleva encima ahora esa carta? —preguntó West—. ¿Podemos leerla Joan y yo?

Entonces ocurrió algo extraño. En la librería de Danvers, el reverendo James había buscado en su bolsillo interior y había dicho que había dejado la carta en la vicaría. Ahora, como si recordara repentinamente algo, buscó en el bolsillo lateral de su chaqueta de trabajo de lana gris y sacó una carta doblada. Ni un músculo se movió en la cara de Henry Merrivale.

—Pueden leerla —contestó el reverendo. Miró a West a la cara y vaciló—: Por simple fórmula —rió—, ¿me devolverán la carta? ¿Me lo prometen?

—Hunter —dijo West con lentitud—. Usted no me agradó cuando apenas acababa de conocerle. Y ahora me agrada menos aún. Pero jugaré limpio con usted.

Joan fue quien tomó la carta cuando el reverendo James la entregó sin decir una palabra. Luego, visiblemente agitada, se volvió hacia Henry Merrivale, como si se pudiese dar por zanjado el asunto.

—Por supuesto que todos comprendemos... —empezó el vicario en un tono de voz demasiado elevado.

Pero Henry Merrivale no escuchaba.

Hacia el oeste, más arriba de High Street, la torre cuadrada de la iglesia se destacaba en un cielo enrojecido. En la pradera había un reflejo rosa en el lugar donde resaltaba la forma negruzca de La Viuda Burlona. Henry Merrivale, con el sombrero en la nuca, estaba recostado mirando hacia arriba.

—Dígame, hijo —gruñó—, ¿podría trepar a esa figura?

—¿Tregar...?—la frente preocupada del vicario parecía arrugarse—. ¡Oh! ¡Eso! Bueno, a la gente de por aquí... no le gustaría. Será superstición quizá. A mí mismo no me gustaría subirme a ella. Parece como si fuera una sola piedra, pero podría partirse por el medio y caer sobre uno.

—Por supuesto que comprendemos... —repitió otra vez, con voz demasiado alta y con una carcajada— que las insinuaciones de los anónimos a menudo son simplemente ridículas; bueno, a propósito, ni siquiera he visto a miss Bailey desde el... desde un partido de tenis. En julio creo que fue.

Henry Merrivale se dio la vuelta.

—¿Es así? —dijo con suavidad—. ¿Entonces por qué la evita?

—¿Evitarla? No *com-comprendo*.

—Esto no es posible en una aldea como ésta, hijo. No pueden pasar dos meses sin que uno se tope con alguien en la calle o en el colmado, o en cualquier parte.

El reverendo miró por encima del hombro; primero a la pobre mistress Lacey, ahora desesperada, luego a Joan y a West. Las emociones bullían tanto en aquella tranquila pradera que el cronista se siente incapaz de expresar la incoherencia y el estado de ánimo de los allí presentes.

Gordon West se adelantó y entregó la misiva al vicario.

—¿Por qué quiere leer esta carta en voz alta? —preguntó West con la misma voz apagada—. ¿No ha habido suficiente crueldad?

—No quiero leerla. Detesto la crueldad. Pero debo cumplir con mi deber.

—¿Por qué es su deber?

—Porque debo persuadir a esta pobre gente de que «yo» también estoy «involucrado». Soy víctima, aunque inocente. De otra manera no me comprenderían.

—¿Qué dice usted, Joan? —preguntó West.

Por extraño que parezca, Joan no parecía afectada, salvo el ligero rubor de sus mejillas.

—¡No! —susurró—. ¡Sería horrible! Y sin embargo...

—¿Observa, míster West, que la misma miss Bailey dice «y sin embargo»?

En el grupo, los labios temblaron. Stella Lacey volvió la cara.

—Entonces, debo avisarle —dijo West— de que si lee esa carta mañana, le retorceré el pescuezo.

Ahora debemos recordar que el reverendo James había pasado tres años en una parroquia del East End, donde se había ganado el respeto tratando de desarmar hasta a los más mezquinos.

—Mi estimado señor, no debemos pelear —propuso con la sonrisa de un hombre que conoce su propia capacidad de boxeador. Además, West era por lo menos media cabeza más bajo que él.

—No, no nos peharemos —convino West, con la sonrisa de quien se sabe maestro en el «judo»—. Cambiaré lo que he dicho. Lea esa carta mañana y no podrá predicar durante tres semanas.

Luego explotó West:

—¿Lo comprende, sinvergüenza?

Nadie más habló. Durante lo que parecieron unos segundos interminables, West permaneció mirando al vicario, desafiándole a que avanzara. La expresión del reverendo James, con la cabeza agachada, era de desdicha y compasión.

West se dio la vuelta y se encaminó hacia la barranca. Aunque al pasar miró a Henry Merrivale y a Stella Lacey, pasó por alto a Joan. Alcanzando en dos zancadas la parte alta de la barranca, se dirigió rápidamente hacia los portones del parque.

—¡Gordon! —exclamó Joan, con una voz tan entrecortada y acongojada que sus palabras resultaban incoherentes—. ¡Espera! ¡Por favor, espera! —y subió la barranca tras él.

Una tonalidad azul, con un toque de oro, había surgido en el cielo enrojecido. Ningún ruido parecía proceder de High Street. Tres personas estaban de pie inmóviles en la pradera, debajo del rostro de La Viuda Burlona.

Joan no alcanzó a West porque se vio obligada a detenerse uno o dos minutos en su casa. Era una mansión cuadrada de estilo Victoriano, con ventanas alargadas, envuelta en las primeras hojas del otoño, situada a cien metros a la izquierda, dentro de los terrenos de la residencia.

Joan, entrando de prisa en la cocina, casi arrojó el bolso de las compras a Poppy, la sirvienta, y le pidió que preparara la cena, dado que ésta conocía perfectamente la receta del Curry, en tanto que ella acudía a otro compromiso.

Poppy dirigió una mirada sentimental al techo y asintió.

Luego Joan salió corriendo por el sendero, en parte de grava, en parte de tierra, que serpenteaba por entre los árboles hasta la quinta de West, construida en piedra, de dos habitaciones y situada en medio de los frutales.

La puerta estaba abierta; Joan se detuvo en el umbral para recobrar el aliento. La luz verdosa del crepúsculo todavía flotaba en el ambiente.

Dentro, en el amplio estudio lleno de curiosidades y libros cubiertos de polvo, Gordon West se hallaba sentado en un viejo sofá con la cabeza entre las manos. Cuando habló no levantó la vista.

—Lo sé —dijo con voz apagada—. Es mi carácter endemoniado. No puedo controlarlo y no sé por qué. Digo y hago cosas que no quiero y después no puedo desdecirme. Siento haberme escapado. Pero cuando me pareció que no te importaba mucho que ese curita leyera esa carta en voz alta...

—Bueno —murmuró Joan—, es mejor acusar al inocente que al culpable.

West, escandalizado, se irguió en el sofá.

—¡Joan!

Entonces, como de costumbre, los ojos de Joan se llenaron de lágrimas.

Ella, de pie en el umbral de la puerta, con su esbelta figura vestida de blanco, destacándose en la tracería verdosa, irradiaba un atractivo físico del que era inconsciente a causa (principalmente) de su juventud exuberante. Con ese atractivo no necesitaba haber sido bonita, pero lo era. Lágrimas de arrepentimiento brotaban de sus ojos.

—¡Amor mío! —dijo ella, acercándose y tendiéndole los brazos.

Él la besó con tanta violencia y su respuesta fue tan espontánea, que aun el tonto del pueblo (si existiese) habría notado algo más que una simple coquetería.

—¿Me amas realmente? —preguntó Joan.

—Ya lo sabes —dijo West con voz apagada, y la sacudió de los hombros—. Tú lo eres todo para mí.

—Entonces, querido..., he estado pensando.

—¿Qué?



Bueno..., ¡no!, espera, ¡escucha! —Joan, reprochándose, le abrazó más estrechamente y hundió tanto la cabeza en el pecho de West que sus palabras fueron casi ininteligibles—. No me importa, Gordon. ¡De verdad que no! ¿Pero «vamos» a casarnos?

West se sorprendió.

—Por supuesto. Ya he...

—Bueno, entonces... Oh, ¡ésta es la parte terrible! Nunca pensé en ello hasta...

—¿Hasta cuándo?

—No importa. Querido, ¡escucha! Con estos libros y otras cosas... ¿debes ganar bastante dinero?

—Así es —contestó West con una extraña sonrisa.

—¿Entonces, por qué no podemos casarnos? Esto es tan... tan desconcertante, es espantoso —añadió aprisa—; yo no sé por qué, pero...

Yo sé —dijo West con aspereza—. Y, por Dios, ¡me siento peor! ¡Un momento! Quiero preguntarte algo —apartando suavemente sus brazos, se dirigió a través de la estancia iluminada por la luz verdosa del atardecer, hasta la mesa de la máquina de escribir, junto a la ventana que da al norte. Como Stoke Druid estaba relativamente cerca de la carretera principal, habían llevado hasta allí un cable eléctrico; los que podían costearse la electricidad, la usaban, y los que no, empleaban lámparas de petróleo.

West, aun cuando podía permitirse la electricidad, mantenía las lámparas de petróleo por causa de lo que llamaba «la maldición del progreso». Una de ellas, con un tubo alto de cristal, estaba fijada en la pared cerca de la ventana próxima a la mesa de la máquina de escribir. West encendió la lámpara y, bajando la mecha, dio a la habitación una penumbra cálida y dorada.

Luego, inclinándose, encontró una agenda y pasó rápidamente las páginas con manos inseguras. Después se enderezó.

—¡La encontré! —dijo con voz de triunfo—. ¡Sabía que estaba aquí!

—Gordon. ¿Qué diablos es todo esto?

West sonrió a la luz amarillenta de la lámpara y su sonrisa alteró su expresión por completo. Habían desaparecido las arrugas de desagrado. Tenía la sonrisa de un hombre bueno y amable que ha dejado de lado toda prevención y afectación.

—Joan, ¿quieres hacerme el honor de casarte conmigo el viernes 3 de octubre por la tarde? —preguntó muy seriamente.

Joan, con la respiración agitada, le miró azorada.

—¿O qué?

West repitió la pregunta.

—¿No hay tiempo suficiente? —añadió, frunciendo la frente con arrugas de ansiedad—. ¿Para hacer los preparativos o lo que sea? Es decir, quiero que vayas a Londres y compres todo lo que necesites —su cara se volvió inexpresiva—. Pero, ¡un momento! ¿Aceptas?

—Por supuesto que acepto —exclamó Joan—. Así podrás ser para siempre mío, y no solamente una hora y por casualidad cuando estamos seguros de que nadie va a venir aquí, ¡preferiría morir!

—Entonces, ¿qué estamos discutiendo?

Joan alzó los brazos en señal de impotencia. Un observador no habría podido decir si lloraba o reía.

—Querido, eres tan «tonto» —no parecía que la idea hubiese desagradado a Joan—. Mistress Wych dice que ni siquiera le dejas quitar el polvo aquí dentro y mucho menos limpiar. Mistress Wych dice (¿lo sabías?) que no soportaría esa clase de lenguaje de otro que no fueses tú.

—¡Está bien! Reconocidas mis múltiples imperfecciones...

—En esa agenda —interrumpió Joan—, te apuesto a que en todo el año no hiciste ninguna otra anotación. Pusiste solamente «Joan boda» o lo que fuere y jamás me dijiste una palabra.

—No podía. No sabía en cuánto tiempo tendría preparado el libro. Déjame decirte lo principal.

La sonrisa de West había desaparecido.

—Allí —continuó señalando un grueso montón de manuscritos junto a la máquina de escribir— hay una novela por lo menos pasable llamada Tambores por el Zambeze. Cuando se la envíe al director, antes de una semana, habré terminado con mis compromisos durante algún tiempo. ¿Y qué habrá sucedido entretanto. Joan?

Se encaminó lentamente hacia ella y asió el respaldo del sofá.

—¡Por ahora —continuó— mi cuenta bancaria está tan bien provista que no necesito escribir ni una línea durante los cinco años venideros! ¿Comprendes, Joan? «¡Ni una sola línea!».

—Pero..., pero creí que te gustaba tu trabajo.

—Me gusta. Preferiría que me metiesen en la cárcel antes que no poder escribir —con un ademán violento le impidió hablar—. Hace algún tiempo nuestro buen vicario me hizo una visita. Fue... una visita corta. Sea como fuere, me preguntó por qué había renunciado a viajar siendo como soy un hombre relativamente joven. Le dije que me desilusionaban los viajes. Pero fue una gran mentira.

»Porque... Si ahorras y guardas, ahorras y guardas hasta el último cuarto de penique, podrás conseguir un pasaje en proa para cruzar los estrechos del archipiélago Malayo o pagar una habitación llena de chinches en San Francisco. Pero así no se debe hacer. Si no puedes costearte las mejores entradas de platea, no vayas al teatro. Si no puedes permitirte el lujo de viajar en primera clase, con propinas generosas para atenciones especiales, no viajes. Esto significa trabajo. ¡Y cuánto se debe trabajar! En mi profesión significa trabajo, trabajo, trabajo; luchar, luchar, luchar dieciocho horas al día o veinte, si puedes resistir. Nunca distraerse; nunca levantar la vista. Ninguna otra actividad salvo los libros; nada de vacaciones; ¿quién quiere una pequeña excursión a St. Ives cuando uno va en dirección a las Montañas

de la Luna? Sacudirles con un libro tras otro o forzarles a aceptarlo a uno; “hacer” que sepan que uno tiene categoría, luchar, luchar, luchar, durante cinco, diez, incluso quince años.

»Bueno, no hace falta tanto como todo eso. A mitad de camino (sin saber por qué, nada parece impresionar) de repente todo cambia. El dinero llega a raudales de todas partes. De repente uno se siente que está casi en la cumbre. Pero hay que estar seguro. Joan. Hay que estar seguro.

West calló. Joan le miró como si jamás le hubiese visto antes.

Él, soltando el respaldo del sofá, respiró hondo y se preparó a justificarse.

—¡Bueno! Ya paso todo —dijo. Una sonrisa agradable y atrayente se dibujó en su cara de la que había desaparecido todo rastro de rencor—. Lamento haber sido tan reservado. No lo puedo remediar. De cualquier modo, lo primero que haremos en nuestra luna de miel será un viaje de un año alrededor del mundo. Te daré una buena tunda si no compras todo cuanto te guste.

—Oh, ¿a quién le interesa el dinero?

—A mí. Por lo menos en lo que a ti se refiere. ¿Crees que te gustara?

—¡Gordon!

Al poco rato estaban los dos hablando en un viejo canapé frente a la chimenea apagada, hablando de tales menudencias que no necesitamos detenernos en ellas. Por la puerta y las ventanas abiertas llegaba el suave murmullo de la noche. La débil luz de la lámpara brillaba sobre la máscara de un diablo zulú que colgaba de la estantería.

—Es maravilloso —murmuró Joan—. En el mundo todo sería maravilloso —vaciló— si no fuera por...

—¿Por qué?

—Por esos terribles anónimos.

Los hombros de West se contrajeron. Era como si la serpiente de cascabel disecada que se hallaba sobre la chimenea hubiese emitido un «dirr» maligno.

—¡Oh, malditos sean los anónimos! —exclamó él.

—Gordon —Joan parecía ocupada con la hilacha del cuello de su sweater—. Nunca me dijiste nada sobre esas cartas.

—Bueno, si venimos a parar a eso, tampoco tú me hablaste de ellas, cuando el vicario empezó a chillar acerca de los anónimos allá en la pradera.

—¿Creíste que se refería a nosotros? —estalló Joan—. Lo mismo pensé yo. Por un momento, me dio un susto mortal.

West se mordió los labios y no repuso.

—No hemos sido muy..., muy discretos —dijo Joan—. Creo que casi toda la aldea ha adivinado lo nuestro. Uno lo «sospecha». Pero parecen adoptar una actitud complaciente, como diciendo: «¡Ah, juventud!», y no se preocupan. No comprendo.

—Oye, Joan. ¿Has recibido tú alguna de esas cartas?

Una pausa. Joan, que estaba sentada sobre sus rodillas, parecía dedicada ahora a hacerle rizos sobre la frente.

—Sí. He recibido unas siete.

—«¿Siete?». No creía que fuesen tantas. La mujer que está destilando este veneno ha de tener..., ha de tener...

—Ha de tener colmillos en vez de dientes —dijo Joan besándole las mejillas. Luego alzó la voz: Gordon. ¿En qué terminará todo esto?

En ese preciso momento, sin que lo advirtieran, alguien miró hacia adentro por la puerta abierta. De espaldas en el ancho canape junto a la chimenea, no podían ver a aquella persona que no había hecho ruido alguno al andar por la tierra dura del jardín. Solamente la máscara del zulú, si hubiese tenido sensibilidad, estaba en posición de poder ver. Una polilla oscura que volaba por la habitación se estrelló contra el cristal crujiente de la lámpara. La persona se apartó silenciosamente de la puerta.

—Escucha, Joan —le dijo West con calma—. ¿Estas siete cartas que has recibido relacionan tu nombre con el del curita?

—Querido Gordon, ¡«no debes» hablar de míster Hunter de esa forma! No es nada afectado, ¡y lo sabes!

—Sí, lo sé —reconoció West con tristeza—. Simplemente no me gusta el individuo, eso es todo. Y además, te estás apartando de la pregunta. ¿Esas cartas se refieren a ti y a Hunter?

—Bueno..., sí. En su parte principal, salvo algunas pequeñeces sin importancia.

Volvió a sentir que los hombros de West se contraían.

—¿Te agrada realmente Hunter? —preguntó él—. No me importaría si así fuera, pero por el amor de Dios dime la verdad. ¿Te agrada?

—Me agrada, sí.

—Comprendo.

—No, no, ¡no comprendes! Quiero decir que me agrada como me agrada míster Benson, por ejemplo —se refería al director del coro—, o míster Danvers, el librero. ¡Mírame! —suplicó Joan—. ¡Por favor, mírame!

Una mirada a sus ojos azules, llenos de pasión y ternura, hubiese convencido a cualquiera de su sinceridad. Gordon West sintió una sensación, casi una debilidad, de completo alivio. En el fondo de su corazón hubiese podido afirmar que era un tonto y un traidor por haber pensado mal de Joan y Hunter. Había que reírse de tales absurdos. Y sin embargo...

(Solamente con la imaginación oímos el «dirr»).

—Además —replicó rápidamente Joan—, no me has dicho si tú has recibido cartas. ¿Recibiste alguna?

—¡Oh! Dos o tres. Nada importante.

—Gordon, ¡basta! Sabes que es importante. ¿Sobre qué eran...? ¿Las tienes aquí...?

—No. Las arrojé al fuego. Como dijiste, sólo se referían a pequeñeces sin importancia.

Después de lanzarle una rápida mirada, Joan se acomodó con la cabeza apoyada

en su hombro. Su expresión era natural e indiferente. Lo mismo que su voz cuando por fin habló:

—Eran sobre una mujer, ¿no es cierto? —preguntó como si hablara con un niño—. Oh, querido, no mientas. Siempre podré adivinar. ¿Qué mujer?

—¡Escucha una cosa...!

—¿Qué mujer, Gordon?

—¡Oh, eran unas tonterías sobre Stella Lacey y yo!

Y en ese momento, por segunda vez, apareció un visitante, sin ser visto, en la puerta abierta de la quinta.

Pero este segundo visitante era muy diferente del primero y podemos decir su nombre. Miss Marión Tyler, la morena bien parecida, de apenas cuarenta años, iba a levantar la mano para llamar a la puerta abierta. Luego, al ver la postura de las dos personas en el canapé, dando la espalda, sonrió y bajó la mano. Sin hacer ruido, sus labios esbozaron un «qué felices», mientras levantaba las dos manos como para bendecirlos. Después de esto, miss Tyler se retiró silenciosamente.

Ninguno de los dos habría podido verla aunque se hubiesen dado la vuelta.

—Joan.

—¿Sí, querido?

—Bien sabes que son sandeces, ¿no es cierto? ¿Lo de Stella y yo?

—Por supuesto, querido. ¿Un autor de anónimos no es acaso capaz de escribir cualquier cosa?

Hay diferentes estados de ánimo. El de Joan, anteriormente cálido e íntimo, era ahora tibio con tendencia al frío y temblaba ligeramente.

—Seamos sensatos —rió West ruidosamente con el zumbido de la serpiente en la mente—. Admiro a mistress Alcey, sí. Es una mujer buena y agradable...

—El humor fino. Joan —murmuró para sí misma con el tono de quien repite—, «nunca» es una farsa vulgar.

—¿De qué diablos estás hablando?

—De nada, querido. Y, por favor, no me grites.

—No gritaba, Joan. Simplemente trataba de explicar. Como digo, respeto mucho a mistress Lacey. No ha tenido una vida fácil...

—¡Ah!, no —murmuró Joan—. Todos sabemos cómo murió su marido, murió probando uno de los prototipos nuevos de las Reales Fuerzas Aéreas. (Reconozco que fue una desgracia). Pero todos sabemos la terrible lucha que ha tenido que sostener para educar a su única hija. En público habla poco de ello, pero en privado cuenta a los hombres sus dificultades. No creas que me importa, Gordon. Porque no es así. Pero me hiere un poco... verte inmiscuido en esos espantosos chismes de aldea con una mujer traicionera como ésa.

—¿«Traicionera»?

Joan era muy inglesa. Si veía a un hombre con el pelo alisado, echado hacia atrás y peinado con fijador, o con las patillas una fracción de milímetro más largas que el

corte a la moda en Inglaterra, le repelía como el ver a un insecto desagradable. De igual modo, su desprecio era infinito para con una mujer que contaba sus dificultades a cualquiera „que no perteneciera a su círculo de amigos íntimos.

—Sí, he dicho traicionera —repitió Joan. Se puso en pie y se alisó la falda de seda blanca—. Eso es lo que pienso, ahora lo sabes. Naturalmente, no tiene mayor importancia. No me importa en lo más mínimo si... —alzó la voz—. Oh, Gordon, ¿has corrido tras esa horrible mujer?

West también se había puesto en pie.

—¡Ya te he dicho que no! Haz la prueba tú misma, ¡mírame! ¡Así! ¿Puedes decir honrada y sinceramente que crees estas tonterías?

Hubo una pausa; entretanto la polilla castaña revoloteaba cerca de la lámpara.

Joan, con los ojos empañados por las lágrimas, le lanzó una rápida mirada y luego paseó la vista alrededor de la habitación.

—No —confesó en voz baja—. No lo creo, verdadera y sinceramente. Pero...

—¿Pero qué?

—Se me ha metido una idea en la cabeza y no quiere salir de ella. Pienso que tú y Stella Lacey habéis estado aquí y...

—¡Calla! ¿No comprendes que ésa es la obra de los anónimos que llevaron a Cordelia Martin a la muerte posiblemente por nada?

Joan se serenó.

—Sí —convino—. Lo comprendo. Lo siento. Trataré de ser buena.

—Si permites que el veneno nos salpique, estamos listos. Aun ahora que lo veo bien claro y con sentido común, sé que ese asunto sobre Hunter y tú nadie puede creerlo. Y mucho menos..., bueno..., yo.

—¡Exactamente! Toma a Maryon Tyler, por ejemplo, que es una de las personas «más buenas» que hay en el mundo. Si las cartas hubiesen acusado a Hunter y a Marión Tyler...

—¿Qué es eso? —exclamó sorprendido West.

Joan, con la cabeza un poco ladeada, le miró impotente, pero con cariño.

—Querido —dijo—, tú y mi tío sois iguales. Los dos vivís en una torre de marfil; nunca veis nada a vuestro alrededor y detestáis los chismes.

—Odio los chismes, eso sí. Como todas las mezquindades insignificantes.

—No, Gordon. Es porque siempre estás por los cuernos de la luna o paseando en canoa por el Zambeze. Nunca observas a tus vecinos.

—Comprendo. ¿Y cuál es el gran error de tu tío?

—Hace años que está pendiente del War Office. Dice que en la próxima guerra, que afirma se producirá dentro de un año, los alemanes se lanzarán con bombarderos en picado protegidos por tanques (¡oh, conozco todos los términos!) en un ataque relámpago como el que intentaron y les falló en 1914. El War Office simplemente se sonríe y le da palmaditas en la espalda, y él está viejo y cansado.

En la imaginación de Gordon West, el personaje del vulgar coronel Bailey,

retirado con media paga, adquiriría un extraño interés. Dos años más tarde alcanzaría mayor interés aún.

—Pero, comprendes —continuó Joan con tranquilidad—, es muy natural y humano interesarse por los demás. «Yo» me intereso. Tal vez sea una chismosa, pero me paso medio día en el teléfono. No puedo remediarlo.

—Pero, querida, ¡nada de eso se refiere a ti! Por el amor de Dios, toma el teléfono y habla por el maldito aparato las veinticuatro horas del día. Por supuesto, siempre que dejes tiempo para...

Otra vez le tendió los brazos. Hubo un silencio.

—Es hora de irme —dijo Joan—. Poppy tendrá lista la cena y tenemos de invitado a ese gordo con gafas. Pero hay una cosa, Gordon. Había resuelto no decirlo ni aun a ti, no se lo iba a decir a nadie. Pero...

—¿Sí, muñequita mía?

—En el correo de esta tarde, he recibido también otra de esas cartas. Es peor que las demás. Me amenaza con algo y sin embargo no puede ser posible. ¡Pero, Dios mío, estoy asustada!

Su peor enemigo no hubiera podido decir que Joan fuera histérica. No obstante, hay veces en que los nervios estallan. El terror apareció en aquella habitación como si golpeará las ventanas y apagase las luces, indicando su presencia como una sombra.

—Cierra la puerta y sube la mecha de la lámpara —suplicó Joan—. ¡Por favor, por favor, da más luz a la lámpara!

Gordon West se movió suave, pero rápidamente. Al dar la vuelta a la rueda de la mecha, una agradable luz amarilla se difundió sobre las paredes cubiertas de libros, dejando unas sombras más densas y oscuras. West cerró la puerta y echó el cerrojo: nadie cerraba con llave las puertas en Stoke Druid. Luego volvió junto a Joan. La autoridad de su voz, al tranquilizarla, era tan suave como la presión de sus manos sobre los hombros de ella.

—Bueno, ahora —dijo él frunciendo el ceño nuevamente—, nadie te va a hacer daño; me dedicaré a cuidarte. ¿Qué es esto que te «amenaza con algo y sin embargo no puede ser posible»? ¿Qué es?

Joan, suspirando profundamente, se acercó.

—Bueno... —empezó.

**M**arión Tyler, al alejarse rápidamente de la quinta de West, después de aquel fugaz vistazo a su interior, miró la luna brillante, casi llena, que iluminaba los árboles con luz pálida.

Todo en Marión era actividad. Esto no significaba que fuera de esas mujeres inaguantables, de voz chillona y con modales antipáticos que todo aquel que las oye asesinaría con gusto. ¡Por el contrario! Digámoslo así: si algunos hombres contaran una historia picaresca, callarían instantáneamente en presencia de Stella Lacey o de Joan Bailey, pero no les importaría que Marión Tyler la escuchara.

Marión llevaba el pelo corto ondulado a la moda, sin una sola cana, y al reír, a menudo mostraba sus dientes brillantes. Tenía una figura esbelta y vestía con elegancia. También poseía un don especial para tratar a niños, perros y caballos. Reconocía que en su vida no había mucho tiempo para tratar a los hombres, aunque se entendía admirablemente bien con ellos.

Al alejarse por el sendero de tierra flanqueado de árboles, vio a la luz de la luna, que dos personas venían del lado de la casa del coronel Bailey, situada más al oeste.

—¿Qué tal? —dijo Marión en voz baja.

Una de ellas era Stella Lacey, cubriéndose con un ligero chal sobre su vestido color tórtola; la otra, su hija Pamela, de catorce años. *Sir* Henry Merrivale, que esa tarde había visto a Pam en la calle, la hubiera contemplado nuevamente.

No sería del todo cierto decir que Pam era su madre en miniatura, aunque las dos eran delgadas, de pelo rubio ceniza que les caía hasta los hombros e iban espléndidamente vestidas. Pero Pam todavía era algo juguetona y desgarbada, a pesar de su intento de hacer gala de buenos modales. Su cara redonda y sus ojos grises, serios, inteligentes y expresivos daban a entender mucho más de lo que decía.

—Qué tal —repitió Marión en alta voz, cuando se encontraron en el sendero a la luz de la luna, y rápidamente miró hacia atrás porque había decidido detener a Stella—. Fui allí para pedirle un ejemplar de *La espada de piedra*, que considera magnífica, pero no estaba en su casa.

—¿A casa de Gordon? —repitió Stella, arqueando las cejas como si nunca hubiese oído hablar de ese lugar—. Mí querida Marión, no. Hemos salido a dar un paseo. Conoce, por supuesto, a Pam. ¿No es así? Aunque durante las vacaciones rara vez está en casa.

Marión le sonrió.

—Sí. Conozco a Pam. ¿Cómo estamos esta noche, Pam?

La jovencita miró con formalidad.

—Sí —agregó Marión bruscamente—. Sé que es una observación tonta la que he hecho. ¿Pero de qué otro modo esperas que te hablemos?



Un destello de comprensión brilló en los ojos de Pam.

—Buenas noches, miss Tyler —dijo.

Stella, por algún motivo, se sentía un poco intranquila e inusualmente locuaz.

—Sin embargo —observó—, no encuentro ninguna tontería en la observación. A veces Pam no se comporta correctamente. ¿No es así, Pam? Quiere participar en juegos vulgares como el hockey y ensuciarse. Me parece que en la escuela la estimulan a ello; ¿y qué decir de sus lecturas? ¿Puede usted imaginarse a una joven de su edad a quien no le agrade Dostoievsky o Tolstoy?

—Oh —murmuró Marión sin interés.

Pam levantó de nuevo la vista.

—Mamá —protestó con voz baja y moderada—, casi no sabes pronunciar correctamente los nombres. De todos modos, ¿a quién le interesa lo que le sucede a gente llamada Sonya Beerwhichkov Parapourdipoff y Feodor Ireffoneskeky Varaverakinsoleovitch? Suenan como tapas de horno y eso es lo que son.

Stella rió con esa risa peculiar que uno de sus admiradores comparó cierta vez con el tañido de unas campanitas de plata.

—Pam, querida —su madre le regañó—, ¿cuántas veces te lo habré dicho? No debes ser tan estrecha de miras.

—No veo por qué —dijo la franca Marión, pero Stella no oyó.

—La pobre niña no está del todo bien.

—¡Mamá!

—Podrá parecer sana —Stella se dirigió a Marión sacudiendo la cabeza con un gesto de tristeza—. Tengo plena confianza en el doctor Schmidt. Y, sin embargo, en cierto modo... —vaciló—. ¿Sabe que el doctor Schmidt, además de su diploma de médico de Edimburgo...? —de pronto Stella calló como si despertara de un sueño. A la luz de la luna el rubor de sus mejillas se veía de color sepia—. Santo cielo, ¿de qué diablos estoy hablando? Por favor, discúlpeme.

Esto era lo que quería Marión.

—Vengan —insistió con alegría al hacerlas dar la vuelta hábilmente en dirección opuesta, y tomó el brazo de cada una—. Si van a dar un paseo, vengan conmigo.

—¿Dónde va?

—No pasaré de la iglesia. Para ser más exacta, voy hasta la vicaría.

—Nosotras... este... Creo que tendremos tiempo de acompañarla antes de que Pam vaya a acostarse.

—¡Mamá! —intervino de pronto Pam—. ¿Podríamos entrar a ver la Fortaleza?

—Tal vez, querida. Tal vez.

Stella ni siquiera oyó la pregunta. Al comprender que Marión no había notado nada, se tranquilizó. Mientras andaban por el sendero de tierra, apartando de cuando en cuando alguna hoja seca, parecían tan felices como tres personas que van en busca del Mago de Oz.

—¿A la vicaría? —murmuró Stella—. Usted ha ayudado mucho a míster Hunter

en las obras de la iglesia, ¿no?

—¡Meses y meses! —asintió Marión mirando la luna—. Tiene mucho trabajo, sabe.

Y además está organizando la fiesta de caridad para dentro de una semana; necesitará mucha ayuda. James —al oír el nombre de pila del vicario Stella desvió la mirada— es muy concienzudo y se preocupa mucho de sus sermones.

—Míster Hunter siempre me pareció... tan joven —dijo Stella.

—¿Conoce su verdadera edad? —rió su acompañante.

Bueno, no... nunca la he pensado —murmuró Stella, creyendo que pensar en la edad del vicario podría ser algo pecaminoso.

—Tiene treinta y ocho años —dijo Marión—. Casi treinta y nueve.

—¡Marión! ¿Está segura? —exclamó la otra.

—Oh, es una vieja historia. James es el tercer hijo de una buena familia, ¿comprende?

Stella, sintiéndose en terreno que le agradaba, asintió rápidamente con un movimiento de cabeza.

—¿No supieron qué hacer con él?

—Exacto —dijo vivamente Marión—. No le enviaron a Oxford hasta bien pasados los veinte años. Estudió tres años en la universidad y un año y medio en el colegio de Teología. Luego fue sacerdote durante tres años. Estos hombres altos y rubios... —Marión se arregló ligeramente su oscuro pelo ondulado— por lo general parecen más jóvenes, ¿no?

Permítasenos recordar que Marión no llegaba a los cuarenta y dos años.

—Hablando de sermones... —empezó Stella, y cambió de parecer—. ¿Presenció esta tarde el desagradable incidente de North Meadow?

Marión parecía encantada.

—No estuve allí. Pero mistress Doom me lo contó en la confitería —los ojos de color castaño claro de Marión, profundamente sombreados por espesas pestañas, brillaban al echar hacia atrás la cabeza—. —Hubiera dado cinco años de mi vi... quiero decir que habría dado cualquier cosa por haberlo presenciado.

—Por supuesto, por supuesto. Sin embargo...

Una ligera sonrisa de pétalo de rosa coloreó los labios de Stella.

—Pero debo reconocer —continuó— que encontré por lo menos un toque de alta comedia en la continuación. Temo que haya gente (naturalmente sólo gente ignorante y tonta) que crea que míster Hunter fue el culpable.

—¿Oh? —dijo Marión en un tono ligeramente distinto—. ¿Por qué? —le preguntó.

—¡Bueno! Quizá no recuerde aquel día, hace unos meses, cuando se dijo que míster Hunter había soltado palabrotas durante cinco minutos después de mandar la pelota de tenis fuera de la pista.

—Estaba allí —Marión habló con frialdad—. James simplemente dijo

«demonios», como lo hubiera dicho cualquier hombre irritado.

—Por supuesto lo sé —afirmó Stella con suavidad—. Pero muchas personas de mente estrecha quedaron sorprendidas. Tengo entendido que hoy empeoraron las cosas. Muchos dicen que míster Hunter golpeó deliberadamente la maleta, en el punto de partida, antes de que *sir* Henry Merrivale pudiese decir «¡Vamos!», y míster Hunter corrió detrás de ella dando puntapiés a todo perro que estuviese a punto de alcanzarla.

Marión Tyler temblaba de indignación.

—¡Eso es completamente falso!

—No puedo estar más de acuerdo. *Sir* Henry Merrivale, que... este... procede de una buena y muy vieja familia, por ironía fue el héroe en esta ocasión, y en especial con los chicos.

—Bueno, ¿qué diablos se podía esperar?

—¿Esperar?

—Da puros a los niños y carmín a las niñas —lo último no era rigurosamente cierto, pero no importa—. Dice que es la Vieja Firma que les dará ventaja en cualquier cosa que quieran apostar. Mí querida Stella, probablemente los niños pensarán que es el único adulto cuerdo y comprensivo que han conocido —y añadió Marión con una mueca—: no estoy segura de que anden muy equivocados. Lo que no veo —terminó con dignidades cómo usted puede encontrar algo gracioso en este asunto por lo que a James se refiere.

—¡Marion! ¡No he dicho nada de eso!

—¿Entonces, qué es lo que ha dicho?

Los ojos grises de Stella tomaron una expresión de inocencia. Hasta su vestido color tórtola parecía estremecerse debajo del chal que cubría sus hombros.

—Que había sólo un toque de alta comedia, tal vez hasta la tragedia, en el resultado. Hechos pequeños, ridículos, de repente se convierten en cosas muy importantes y completamente serias. Como... como...

Marión la miró.

—¿Como anónimos? —le preguntó.

Las dos mujeres se detuvieron de pronto como si hubiesen visto una serpiente en el sendero.

Se habían olvidado de Pam Lacey, quien, pensativa, iba tranquila entre ellas, con un brazo enlazado al de cada una, y la arrojaron hacia adelante cómo una muñeca. Pero la pregunta de Marión no fue lo que las había detenido violentamente sobresaltadas, sino el sonido claro de una voz de hombre en el silencio de la noche.

Estaban cerca de la casa del coronel Bailey. El sendero, que ahora era de grava, pasaba por delante de la puerta principal de la casa cuadrada, construida con bloques de piedra pulida, con anchas ventanas salientes en la parte delantera y estrechas a los lados.

Únicamente se veía luz en una sola habitación, la que mira al este. Las cortinas,

gruesas y oscuras, estaban corridas. Pero las dos largas ventanas laterales (a menos de diez metros en diagonal desde donde se encontraban Marión y Stella) estaban abiertas de par en par y tenían tan sólo cortinas transparentes de encaje. A través de estas cortinas vieron a un señor robusto y calvo con gafas caídas sobre la nariz. Estaba de pie, con los puños levantados, y discurría con alguien cuya cabeza sólo se esbozaba.

En el silencio, desde el jardín, se alcanzaba a oír una voz gruesa:

«... la verdad, así que ayúdeme en este asunto de los crueles anónimos».

Marión se dio la vuelta rápidamente como temerosa de que hubiese otros oyentes. Pero Stella estuvo hábil y afable.

—Pam, querida —susurró.

—¿Sí, mamá?

—Me parece que esta noche no vamos a poder dar nuestro paseo. Vete a casa y acuéstate dentro de media hora como una buena chica.

—¡Pero mamá! Me prometiste...

Aunque Pam se opusiera, Stella, con voz suave, la dominaba.

—Reconozco, querida, que tengo yo la culpa. ¡Lo reconozco! Es justo. Te aseguro que lo repararé. Ahora vete —agregó amenazándola suavemente— o traeré otra vez al doctor Schmidt para que te vea.

Pam la miró. No era, de ningún modo, una mirada de odio a su madre, sino más bien un grito sordo, de azoramiento, como el que insisten en expresar nuestros poetas jóvenes, de «¿por qué nuestro mundo es así?».

La casa de Stella Lacey estaba situada al otro lado del parque, simétricamente a la del coronel Bailey, así como la quinta de Marión era más o menos simétrica a la de West. La mole alargada y baja de la casa solariega quedaba en medio. Pam, apretando los puños, salió corriendo por el sendero de grava.

Marión, nerviosa, indicó con un movimiento de cabeza las anchas ventanas iluminadas, que las dos sabían eran las del estudio del coronel Bailey.

—¿Realmente cree que debemos hacerlo?

—Creo que es nuestro «deber» —dijo Stella con decisión.

Siguieron andando hasta la ventana más cercana, que llegaba casi hasta el suelo, y escucharon.

—... por ese motivo —anunciaba *sir* Henry Merrivale— le he dicho lo que ocurrió después que usted se fuese. El párroco leerá esa carta que le acusa de enredos con su sobrina Joan. Va a venir más tarde a decírselo. Me he visto obligado a prevenirle por temor de que usted se sulfurase de mala manera.

El coronel asintió, sentado en una silla de cuero, de espaldas a la ventana; había una mesa con *whisky* y soda entre él y Henry Merrivale, que estaba de pie mirándole fijamente.

—El problema es; ¿cómo procederá con él? —insistió Henry Merrivale.

—Procederé como conviene —dijo el coronel, breve y significativamente.

—Un momento, ¡caramba! No puede usted bajarlo del púlpito de una oreja.

¿Sería capaz?

Fuera, junto a la ventana, las dos mujeres oyeron un repiqueteo monótono. El coronel Bailey, extenuado, golpeaba los nudillos contra la mesa.

—¡Hum!, no —reconoció—. No puedo hacerlo. Sería indecoroso.

—Por supuesto. Siendo hombre de proceder chesterfieldianos, se me debió de haber ocurrido antes —dijo Henry Merrivale sacando el pecho—. ¿Y no se podría hacer algo cerca de los miembros de la Junta?

—Podemos protestar, pero no es suficiente.

—Además —continuó Henry Merrivale, que estaba mucho más preocupado de lo que hubiera reconocido el Viejo Maestro— este sujeto, West, afirma que es capaz de matar a Hunter si éste lee esa carta. ¿West será capaz de hacerlo?

—Puede y lo hará —dijo lacónicamente el coronel Bailey—. Pero entonces el mal ya estará hecho. ¡Espere un momento! —el tamborileo acompasado empezó de nuevo—. ¿Cree que West cambiará unas breves palabras con Hunter antes del servicio...?

—¡Oh. Cáspita!

—¿Qué ocurre? —interrogó el coronel.

—No puede permitir que West provoque al vicario entre las tumbas del cementerio justamente cuando llegan los feligreses. Aunque usted hable con energía esta noche, se sabrá y se producirá un escándalo peor que antes.

Al mencionar la palabra «escándalo», hasta el pelo canoso y corto de la nuca del coronel Bailey parecía erizarse.

—Me gustaría que nunca se hubiese inventado la palabra «chisme» —exclamó, y luego expuso una filosofía que todos conocían—. ¡Desearía que me dejaran en paz!

—Pero no podemos, amigo mío. Por ejemplo: ¿Ha recibido Joan algún anónimo que la relacione con el vicario?

—¡Válgame Dios! ¿Cómo había de saberlo?

—¿Quizá muchos?

—¡Tonterías! Esto son sandeces —dijo el coronel— que nadie tomará en cuenta. Nadie en realidad creerá en esa carta dirigida al vicario. ¡Pero si la lee en la iglesia...!

—Coronel —dijo Henry Merrivale con calma—, hay algo que se cree de cualquier mujer.

—¡Le digo que son tonterías! El vicario no es mal muchacho. Me agradó hasta que este asunto le trastornó. Pero su tío...

El coronel calló de pronto y se puso de pie de un salto.

—Su tío es también su obispo —añadió—. No vive lejos de aquí. Caramba, le telefonaré esta noche; ¡y pararemos esta locura inmediatamente! —suspirió hondo—. Ahí está. Ya sé.

Fuera, junto a la ventana, las dos mujeres no se miraban porque sabían cuán cierto era lo que había dicho Henry Merrivale; tampoco retrocedieron cuando el coronel Bailey se acercó, porque adivinaron su intención.

En el estudio, colocada entre las ventanas y sobrepasándolas, había una mesa que

sostenía un gran mapa en relieve, con cerros, valles y carreteras de un color castaño verdoso que representaba más o menos un campo de batalla moderno. Unos tanques, tan pequeños que diez de ellos hubieran cabido en una caja de fósforos, se hallaban diseminados por los caminos. Había aviones con profusión, de todas clases y con una cruz negra en muchas alas. Oculta detrás de los cerros estaba apostada la artillería, desde la batería más ligera hasta la más pesada.

A través de las cortinas de encaje podían ver el rostro cansado del coronel Bailey cuando tomó un puntero que estaba sobre el mapa. Luego vaciló y se volvió otra vez.

—Vea, Merrivale —protestó—. ¡Al demonio con todo! Quiero ayudarle. ¿Pero de qué sirve perder el tiempo mientras Roma arde? Mire —y golpeó el puntero contra el mapa—. ¿Quiere venir aquí un momento?

Henry Merrivale, cerrando los ojos, tomó su vaso de *whisky* con soda a medio terminar y se acercó.

Los soldados de infantería en el mapa en relieve eran tan pequeños que sólo se podían examinar por medio de un gran cristal de aumento al alcance de la mano. El coronel Bailey fue a tomarlo, pero titubeó. Su rostro, con el bigote canoso y recortado, parecía aún más irritado.

—Pienso yo que incluso una criatura podría comprenderlo —dijo—. Es el sempiterno Clausewitz; los alemanes honran a Clausewitz. En el 14 no tenían estos aviones; el blindaje todavía no se había inventado; no podían trasladarse con la suficiente rapidez. Pero mire aquel mapa allá en la pared.

El puntero giró. En la pared opuesta, sobre una chimenea victoriana, pendía un gran mapa de Europa en el que se había pinchado alfileres de colores.

—En el 14 (lea cualquiera de las memorias) los alemanes discutieron sobre si invadirían Holanda, así como Bélgica. No lo hicieron. Pero la próxima vez no se equivocarán. ¡No, por Dios! Lo que es más, la famosa línea francesa (y jamás crea en defensa estática, amigo) no pasa por donde debería.

Aquí se dio la vuelta e hizo revolotear el puntero sobre el mapa en relieve.

—No puede comparar la infantería con los bombarderos en picado y los tanques. No puede hacerlo en ninguna parte, y menos allí... allí... allí. Está derrotado, a no ser que tenga aviones de combate para enfrentarlos a los bombarderos y blindaje más pesado para poner fuera de combate a los tanques. ¿No lo cree así?

—Ajá. Parece muy convincente, coronel.

—¿Entonces por qué no lo comprende el War Office?

—No sé —dijo Henry Merrivale en el mismo tono seco—. A propósito, referente a esos anónimos...

—¡Al diablo con esos anónimos! —estalló el coronel—. Permítame repetir: ¿por qué preocuparse mientras...?

—Sabe que una mujer se ahogó —dijo con calma Henry Merrivale—, y tengo dudas de que sea un homicidio.

Hubo un prolongado silencio. Luego el coronel Bailey dejó el puntero con todo

cuidado.

—Disculpe —dijo—. ¿Qué quiere que le diga?

Henry Merrivale respiró hondo.

—Coronel —dijo tocando el mapa en relieve con su vaso de *whisky* con soda—, no se vaya a imaginar que creo que no tiene importancia. Pero tengo un plan en mente. Usted —continuó— en algunas cosas es tan inocente como un niño y en otras tan perspicaz como Boney y George Washington juntos.

—¡Bah! —refunfuñó el coronel, pero pareció contento.

—Ahora hablemos de esa mujer, Martin. Si no se cayó al agua por accidente, se mató o la mataron. No hay ninguna prueba de homicidio. Pero nadie se ha molestado en preguntarse «por qué» se suicidó. ¿Tiene usted alguna idea?

—Ninguna. ¿Por qué no se lo pregunta a la hermana? Annie Martin vive en High Street —el coronel Bailey frunció el ceño—. En cierto modo se veía poco a miss Martin. Muy consagrada a la iglesia. Muy dedicada al vicario. ¿Qué más puedo decir?

Henry Merrivale, con un mágico juego de manos, sacó un cigarrillo de tabaco negro y lo encendió. Una nube de humo atravesó las cortinas de encaje.

—Ajá. ¿Recibió anónimos?

—Sí —dijo el coronel con un gesto—. Nada más que uno.

—¿Acusándole de enredos amorosos?

—¿Amorosos? —exclamó el coronel—. ¡Santo Dios, no...! ¡Espere un momento! En cierto modo sí. El segundo párrafo dice que mi esposa me había sido infiel varios años antes de su muerte.

—¿No era verdad?

En los ojos del coronel Bailey había una profunda amargura. El cutis, junto a las sienes, parecía acanalado como un papel muy delgado.

—¡Eunice! —dijo—. Eunice educó a Joan. Joan es la hija de mi hermano. Nunca tuve mucha aptitud para educar a niños —hacía un esfuerzo con la garganta—. A Eunice le costó la vida ir conmigo a la India. No quiso volver al país. Nunca se quejó. Nunca se preocupaba si se armaba algún alboroto en los cerros. ¡Infiel...! ¡Disculpe! ¡Disculpe!

Quería decir «Disculpe por haberle impuesto un asunto personal». Henry Merrivale miró al suelo.

—Comprendo perfectamente —refunfuñó Henry Merrivale—. ¿Y en cuanto a la otra parte de la carta?

—¡Oh!, eso lo había olvidado. En el frente oeste, en 1917; mandaba una brigada. Sólo temporalmente. Cometí un error que costó la vida a cierta cantidad de hombres.

—¡Caramba, no se preocupe! Eso puede ocurrirle a cualquier soldado de profesión.

—¡Bueno! —el coronel Bailey tomó el cristal de aumento y observó el enjambre de microscópicos soldados de infantería—. ¡Poder! Así me gusta pensarlo. Pero la

carta habla exagerando los hechos. Ese asunto del 17 se publicó en todos los diarios; bien expresado, por supuesto, aunque se leía entre líneas. Lo raro es que se haya sabido en una pequeña aldea tranquila como ésta. Ni siquiera le conté todos los detalles a Eunice.

—No sé —dijo Henry Merrivale—. A veces los vecinos... algunos... saben mucho más de nosotros de lo que creemos. ¿Ha guardado la carta?

—Sí. La he conservado por curiosidad, como si fuera una escopeta de dos cañones. ¿Quiere verla?

Henry Merrivale asintió con la cabeza. A lo largo de la pared de la derecha, en una habitación espantosamente empapelada con nomeolvides rosas y azules, había un estante bajo para libros. Sobre él, una hilera de ficheros de cartón que contenían la interminable y voluminosa correspondencia del coronel con el War Office y otros ficheros marcados con la palabra «personal». De uno de éstos, el coronel Bailey tomó una hoja doblada y volvió hacia Henry Merrivale, que había permanecido junto al mapa en relieve.

—Sabe —prosiguió el coronel al entregar la carta a su interlocutor— que, salvo por la falta de corazón que hay en ello, entiendo el (cómo diría yo) funcionamiento del cerebro del individuo que escribe estas cartas.

—¿Cómo?

—¡Así es! En este mundo hay muchas personas que tienen en su interior una bilis amarga. Algunos se libran de ella vertiéndola en el War Office, como yo. Otros... bueno, tiene el resultado en su mano.

Sir Henry Merrivale, que había dejado el cigarrillo y el vaso para examinar la carta con la lupa, levantó rápidamente la vista.

—Coronel —declaró de repente—, me parece que esto es lo más importante de lo que se ha dicho hasta ahora. Muy importante.

—¿Importante? ¡Pero si es tan sencillo como la nariz de su cara!

—¡Hum!, bueno —gruñó Henry Merrivale arrugando interrogativamente la nariz—. Puede ser, pero no de la manera que piensa.

Si hubiera estado presente nuestro amigo el jefe inspector Masters, hubiera reconocido instantáneamente esta forma de imitar un espantajo que Henry Merrivale empleaba con toda seriedad. El coronel Bailey, que lo veía por primera vez, no hizo sino parpadear.

—¿Quiere decir que ha encontrado un indicio en la carta?

—No. Nada más que lo que esperaba encontrar: un signo de exclamación donde debería haber una coma. Vea, tome esta carta y guárdela bien. Puede ser de mucha ayuda.

—¿Y qué hay del importante indicio? ¿Dónde está?

Henry Merrivale ignoró la pregunta mientras cambiaba la carta y el cristal de aumento por el cigarrillo y el *whisky*.

—Coronel —dijo—, le voy a decir tres cosas que nadie sabe, excepto yo. Se lo



diré pronto y rápido. Primero, he visto antes, en alguna otra parte, a esta mistress Lacey.

—¿A mistress Lacey? Bueno, puede haberla visto antes. ¿Qué supone eso?

—Puede no tener importancia. Porque tengo una ligera idea que se relaciona con algo bonito, noble y elevado —añadió Henry Merrivale tosiendo modestamente antes de sorber el *whisky* apresuradamente— con lo que siempre estoy mezclado.

—Si, yo... este... sí.

—¡Por el amor de Esaú, no vaya a pensar que me he vuelto loco! —bramó Henry Merrivale tan repentinamente que las dos mujeres que estaban fuera dieron un paso atrás—. La gente siempre cree que soy un viejo estúpido, y no es verdad.

—Lo siento —repuso el coronel Bailey mirándole con comprensión—. ¿Cuál es el segundo punto?

—Su sobrina está en gran peligro. O cree que lo está.

—¿Joan? ¡Tonterías!

—Se lo digo, amigo mío. A propósito, ¿dónde está Joan ahora?

El coronel no lo sabía y así lo dijo. A la hora de la cena había tenido una vaga idea de que alguien faltaba a la mesa, pero estaba tan absorbido explicando tácticas de guerra que no pudo identificar a la persona ausente.

—No vio su cara ni oyó sus palabras —dijo Henry Merrivale— cuando entró intempestivamente en la librería de Rafe Danvers para pedir algún libro con la verdadera historia de La Viuda Burlona. Amigo mío, esto es exacto: por algún motivo ella piensa en esa Viuda como si fuera una persona de carne y hueso. Y no ha visto usted cómo deslizaba su mano para tocar el bolso cada vez que entrábamos en terreno difícil. Le apuesto diez a uno que ha recibido hoy un anónimo, tal como ha ocurrido con el vicario.

»Y hablando del vicario, éste es mi tercer punto —dijo de prisa Henry Merrivale para impedir la intervención de su interlocutor—. Hace un rato estábamos hablando de los modos y maneras para evitar que predicara ese sermón y leyera la carta...

El coronel Bailey se enderezó.

—¡Válgame Dios, sí! ¡Lo había olvidado completamente! Será mejor telefonar en seguida al obispo.

—Pero el hecho es, coronel..., que preferiría que no lo hiciese usted.

—¿Preferiría que «no» telefonara?

—Sí. Sabe que tengo una mente un poco perversa. Hace un momento no fui sincero con usted. Estaba tratando de desviarle del tema. Pero después he procedido correctamente, así que ¡ayúdeme!

—Comprendo. ¿Qué quiere que haga?

—Déjele predicar su sermón y leer la carta.

Hubo una pausa.

—¡Espere! —bramó Henry Merrivale—. Se lo ruego, no me desprecie y no me mire como si viera a un subordinado borracho. Cuando haya escuchado mis motivos

le aseguro que se mostrará de acuerdo conmigo.

El coronel Bailey se retrajo, pero todavía confiaba en Henry Merrivale.

—¿Y sus motivos? —preguntó con calma.

—Después que terminó la riña de los perros y que dejé mi vieja maleta en un hotel llamado Lord Rodney, me fui a la vicaría. Y encontré...

En ese momento Henry Merrivale se inclinó por encima de la mesa del mapa en relieve y echó hacia atrás una de las cortinas de encaje para arrojar su colilla por la ventana.

Aunque bien pudo haberlas visto, no fue ésta la causa de la retirada de Marión Tyler y de Stella Lacey. Probablemente ya habían escuchado bastante. Con dignidad cruzaron el césped, tomaron el sendero de grava y luego se apresuraron hasta llegar al otro lado de la casa.

—Stella —dijo Marión en voz baja cuando ambas se detuvieron—, ¿qué es esto de unas relaciones entre Joan Bailey y... James?

Su acompañante rió suavemente.

—Mi querida, ¡la noticia es ridícula!

—Lo sé, Stella. Joan no miraba a ningún hombre que no fuera Gordon. Pero esta barbaridad de hablar de ello en la iglesia... —calló de pronto.

—¡Estimado *sir* Henry! —murmuró pensativa Stella—. Debemos de habernos conocido, tal como ha dicho. Tal vez en alguna fiesta. En Buckingham Palace.

Marión le lanzó una mirada dura, pero estaba preocupada; por más que luchaba, había lágrimas en sus ojos.

—Naturalmente que no habrá tal sermón —observó Marión con voz trémula—. El obispo de Glastonbury se ocupará de ello. ¡Oh, y no me diga que *sir* Henry convencerá al coronel Bailey de que no le telefonee! Cuando el coronel ha tomado una decisión ¡es el hombre más terco que conozco!

—¿Pero por qué está tan turbada? —preguntó Stella—. A no ser... ¡Marión! —su sonrisa pasó inadvertida—. ¿No estará enamorada de míster Hunter?

—¡Q-qué tontería más grande! —repuso Marión con aire divertido—. Somos buenos compañeros, eso es todo. ¡Simplemente buenos compañeros!

—Dios mío —suspiró—, me gustaría poder serlo.

—¿Ser qué?

—Buenos compañeros. Con cualquier hombre. Por algún motivo nunca resulta.

—¡Leer cartas! —suspiró Marión—. Predicar sobre... —volvió a callar—. ¿Viene conmigo a la vicaría, Stella?

—Me parece que no. Es muy tarde.

—Bueno —exclamó Marión con un brillo en los ojos—, creo que va a sufrir un desengaño, Stella. Mañana no ocurrirá nada sensacional. Simplemente James predicará el sermón que pensaba, creo que sobre San Pablo y la caridad —su voz se elevó—. ¡Se lo prometo, Stella! ¡Se lo «prometo»!

—Nuestro texto procede del Evangelio según San Mateo, capítulo 23, versículos 27 y 28.

Luego elevó la voz.

—«Pero ¡ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas...!».

Era un hermoso día de sol. El gran ventanal del este brillaba suavemente entrelazando el rojo, el azul, el amarillo y el añil. Pero el resplandor se volvía confuso al chocar con el suelo de ladrillo y las columnas de piedra gris que habían presenciado quinientos años de culto. Al oeste, y dentro del presbiterio, se veía el coro, adornado a ambos lados con confusas vestiduras blancas. Los candelabros del altar no estaban mejor lustrados que las lámparas de bronce que colgaban de las vigas del techo.

—«... porque sois semejantes a los sepulcros blanqueados, los cuales por fuera parecen hermosos a los hombres, mas por dentro están llenos de huesos de muertos y de todo género de podredumbre».

El Squire Tom Wyatt estaba sentado erguido, en primera fila, en el antiguo banco esculpido de la familia, al lado de su tercera mujer y de su hijo. Algo raro sucedía.

Hasta aquel momento el servicio había transcurrido tan fácil y soñolientamente como el tañido de las campanas de St. Jude. Ahora algo turbaba la tranquilidad, algo que parecía azotar hasta las paredes amadas y conocidas de la iglesia. Desde el momento en que el vicario había subido al púlpito, allá a la izquierda.

—«Así también vosotros... —el reverendo James Hunter, que hablaba con voz fuerte y vehemente, hizo una pausa casi imperceptible al mirar hacia abajo— por fuera os mostráis justos a los ojos de los hombres; mas por dentro estáis llenos de hipocresía y de iniquidad».

La gran biblia parecía temblar cuando la cerró. Hunter examinaba la concurrencia, con las manos apoyadas fuertemente en el púlpito, después de haberlas sacudido para recogerse las mangas de la sobrepelliz blanca.

Muchos rostros mostraban especial interés, vueltos hacia él desde sus bancos. Marión Tyler, azorada y boquiabierta, le miraba con incredulidad. Ella ya había observado que Joan Bailey y el coronel Bailey no estaban en la iglesia. Mister Theo Bull, el carnicero, se enardecía pensando en lo que podía ocurrir.

En medio de un profundo silencio, habló el reverendo James.

—Hoy deseo dirigirme a vosotros sin ceremonia —dijo con calma; su pelo rubio brillaba y su cara, habitualmente rubicunda, estaba pálida—. Deseo hablaros sin que exista un muro entre nosotros y como si jamás hubiese existido ese muro.

Quizá la tranquilidad del tono propiciara un débil murmullo de alivio por los bancos de la iglesia. Alguien dejó caer su libro de oraciones.

—Estoy entre vosotros —prosiguió el vicario— desde mayo de este año. He tratado de hacerme amigo de todos. He tratado (podéis atestiguarlo) de cumplir con mi deber hasta donde alcanzan mis pobres fuerzas. Algunos... —los ojos azul celeste se movían de un lado a otro y apretaba la mandíbula— no entenderéis lo que voy a decir, pero los más lo comprenderán demasiado bien, y a éstos les digo...

Otra vez la voz se desenfrenó:

—Habéis sido mentirosos e hipócritas, tanto como está escrito aquí, ¡y os echaré eso en cara!

Corrió por la iglesia un movimiento de excitación, como si todos se hubiesen movido ligeramente.

En el último banco, al fondo, estaba sentado Gordon West con los brazos cruzados. Fue el único que no se movió en ningún momento, con la vista fija en el vicario. El rostro de mister Theo Bull estaba colorado como raíz de remolacha, y se observaban otras expresiones de enojo. El reverendo James Cadman Hunter dejó que pasara la inquietud para hablar en el silencio.

—Digo que habéis «sido» mentirosos e hipócritas —prosiguió— y lo sabéis. Ahora permitidme añadir lo que es justo. No digo que hayáis querido serlo o que lo seáis de corazón. Pero habéis permanecido callados cuando debisteis hablar. Habéis temido que pudiese ser revelado algún secreto, quizá pequeño y sin importancia.

»Por lo que he podido saber ayer, desde el mes de julio esta aldea se ha visto inundada por anónimos. Soy aquí vuestro único consejero espiritual. ¿Por qué no habéis venido a mí? ¿Por qué alguno de vosotros no me lo ha contado? Aun si no os he agradado, y ahora mucho me temo que así sea...

Por vez primera el reverendo James vaciló.

Las lágrimas corrían por la cara de Marión Tyler. A la sombra de una columna, donde la luz formaba una aureola alrededor de su peinado debajo de un pequeñísimo sombrero a la moda, los labios de Stella Lacey se crispaban en una suerte de diversión lejana. La expresión era la de Lilith.

—Aun si así fuera, no os he hecho ningún daño —continuó con calma el vicario—. Debisteis haber tenido confianza en mí. A esta hora el autor de las cartas estaría apresado y no habría podido clavar sus colmillos en nuestras almas y en nuestros cuerpos. No aumentaré el dolor de los acongojados...

Su vista se detuvo en Annie Martin, cuyo pálido y extraño rostro tenía una expresión tal de asombro que el reverendo James debió observarlo con más atención, pero no lo hizo.

—... insistiendo sobre el hecho de que la muerte ha aparecido entre nosotros, por la razón que sea. Pero el autor de los anónimos debe ser y será descubierto. Es molesta esta persecución. No deseáis ser humillados y denigrados. Os digo que puedo descubrir al autor de estas cartas... con una condición. Si esta condición falla, entonces todo fallará. No sólo necesito la ayuda de alguno de vosotros, sino de todos.

No se había visto anteriormente en la iglesia a un hombrecito moreno, de pelo

corto y grueso y de sonrisa burlona, que estaba sentado en el último banco. Era Fred Cordy, el zapatero ateo, que se retorció de secreto placer en su ropa más cuidada.

Fred Cordy detestaba a todos, es decir, a casi todo el mundo. En Stoke Druid había solamente tres personas que verdaderamente le agradaban: Gordon West y el coronel Bailey, porque le daban dinero sin hacerle preguntas peligrosas, y el Squire Wyatt, porque, pese a sus atribuciones de juez de paz, se hacía más o menos el desentendido cuando se trataba de la caza en terreno prohibido.

Por tanto, el delgado hombrecito, con el pelo oscuro corto y erizado como un duende, se inclinó y habló en voz baja a West.

—Les está tratando mal —dijo encantado Fred Cordy—, ¿no es así?

Quizá sintió la mirada fría de los ojos azules del vicario, porque calló como si le hubiesen golpeado.

—Permítaseme explicarme —continuó la voz desde el púlpito—. Se encuentra hoy entre nosotros un hombre que no es de la policía (veo que os alarmáis con la palabra policía, aunque no tenéis por qué), pero cuya vinculación con la policía, sin embargo, puede sernos muy provechosa. Este hombre...

El reverendo James lanzó una rápida mirada hacia el primer banco, donde debía hallarse *sir* Henry Merrivale. Pero *sir* Henry Merrivale no estaba allí. Sin embargo, tal ausencia no provocó pausa ni vacilación en el sermón del reverendo James. Pero se debe dejar constancia de que esta vez no fue por culpa de Henry Merrivale.

En el preciso momento en que comenzó el servicio religioso. Henry Merrivale se paseaba de punta a punta en su dormitorio del Lord Rodney, loco de impaciencia, y de cuando en cuando consultaba un enorme reloj de bolsillo. Desde la noche anterior trataba de comunicarse por teléfono con el muy honorable Ronald Bevis Binterton, secretario de Estado del Interior, en su casa de campo llamada Muchdelight, en Sussex. Pero había sido en vano.

—Debía haber sabido que hoy era sábado y mañana domingo —se quejó la noche anterior Henry Merrivale a la posadera—. Si el muy infame no está allí...

Evidentemente no estaba. Mientras, Henry Merrivale recorría la habitación, con frecuencia se daba la vuelta para mirar el teléfono situado entre las dos ventanas. El Lord Rodney, con su gran fachada estucada de amarillo, se jactaba justamente de ser moderno, con teléfono y agua caliente y fría en todas las habitaciones. Pero la despiadada mujer de la central telefónica, que había prometido llamar, seguía muda.

Y cuando Henry Merrivale había renunciado a lograr la conferencia, sonó el teléfono.

Mistress Conklin, la comprensiva y robusta posadera, subía en aquel preciso momento para compartir sus quejas. Por la puerta entreabierta, alcanzó a escuchar la conversación con el Secretario del Interior unos veinte segundos después de que Henry Merrivale hubiese empezado a hablar:

—Por cierto que la historia se ha publicado hoy en los periódicos de Londres. ¡Véalo usted mismo! Anoche telefoneé a las agencias de noticias.

Clausewitz

¿...?

—Porque tengo una debilidad por la justicia, Boko, y me desespera que la policía se equivoque. ¿Sabe lo que ocurrirá mañana?

—¡...!

—No se engañe a sí mismo. A la gente no le gusta esta clase de anónimos. Los detestan. Habrá debates en la Cámara donde le pondrán a usted como un trapo. A no ser que pueda demostrar que tiene el asunto bajo control. Conozco a un Secretario del Interior a quien hicieron dimitir por un caso como éste.

—Le diré exactamente lo que debe hacer. Telefonee al jefe inspector de aquí, quienquiera que sea, y mándele a paseo.

—¡...!

—No importa que sea un viejo mariscal —vociferó Henry Merrivale asido al teléfono—. Deje al comandante Villiers Gobey-Gobey, de los Gobey-Gobey, de Oxfordshire, en condiciones de no poder sentarse en una semana. Dígale que le haga lo mismo con cuantos se crucen en su camino hasta llegar a un inspector llamado Garlick.

—Sí, eso es, salvo que hay una «k» al final. ¿Entendió? Mándeme al inspector Garlick aquí, a mi hotel, el lunes por la mañana a las nueve en punto. Gracias, Boko. Adiós.

Mistress Virtue Conklin, propietaria del Lord Rodney, contaba por el año 1905 con una figura exuberante de la época del rey Eduardo y una enorme mata de pelo con reflejos bronceados. Todavía conservaba ambas cosas así como también un inagotable buen humor. Profundamente impresionada, esperó con una mano oprimida contra el pecho mientras Henry Merrivale luchaba tenazmente con la central telefónica para obtener otra comunicación.

Esta llamada era para el jefe inspector Masters, que en aquel momento entretenía a sus hijos menores, jugando a las cartas, en el fondo del jardín de su nueva casa en Peckham.

—Qué tal, serpiente trepadora —dijo cariñosamente Henry Merrivale—, ¿cómo está?

—¡...! ¿...?

—Oh, estoy en el oeste, en un lugar llamado Stoke Druid. Escuche, Masters. Necesito ayuda y quiero que me haga un favor.

—¡...!

—No se altere, Masters. Sé que tiene un caso importante en la ciudad, no trato de sobornarle. Quiero que mande a un muchacho listo a hacer una diligencia.

—¿...?

—Quiero que vaya a la casa de las máquinas de escribir «Formosa». Figura en la guía telefónica. Que pregunte cuándo dejaron de fabricar la «Formosa Jewel» número 3 en la que los cretinos de fabricantes cambiaron la coma por el signo de

exclamación. Que averigüe si han conservado algunas máquinas; si así es, a qué comerciante o particulares cerca de aquí se las han vendido.

—¡...!

¡Sí, sé que es poco menos que imposible! Pero hágalo. Finalmente, averigüe lo que pueda sobre un teniente de la RAF llamado Darwin Lacey y su mujer. L-a-c-e-y.

—¿...?

—¡Oh! ¿Le pica la curiosidad ahora? Lo siento. Masters, pero tengo mucha prisa. Tengo que ir pronto a la iglesia.

—¿...???!!!!!

—Si, es lo que he dicho —repuso Henry Merrivale con seriedad—. Ajá. Adiós.

Después de colgar, frunciendo el ceño hizo girar la silla. Vio a mistress Conklin, palpitante de curiosidad, e inmediatamente la acusó con el dedo.

—¿Dónde está mi traje blanco? —preguntó mientras examinaba con disgusto su sobria ropa oscura—. ¿Me ha robado mi traje blanco?

—Vamos, querido —le calmó mistress Conklin, acercándose con una sonrisa picaresca indicadora de que todavía no habían pasado sus mejores días de juventud—. El traje estaba muy sucio debido a los perros, los niños y a las veces que se sentó. Lo he lavado y planchado yo misma... ¡No se enfade, querido! Veamos cómo está su corbata.

—¿Va a terminar de ocuparse de mí? —bramó Henry Merrivale—. Si hay algo que no puedo soportar es que las mujeres se preocupen por mí. ¿Dónde está mi sombrero? No importa, alguien me lo habrá robado.

—Anoche le conté los chismes que quería saber —dijo mistress Conklin, tratando de embaucarlo—. Me parece que podría decirme...

Pero *sir* Henry Merrivale ya se había marchado.

A pesar de su deseo de subir corriendo High Street, fue hasta la iglesia con paso lento y majestuoso, pero desgraciadamente pocos estaban allí para percatarse de ello. Encontró cerradas las puertas enormes y pesadas. Si temía que algún ruido desagradable como un pistoletazo traicionara su presencia, no tenía por qué preocuparse. Pues estaban muy absorbidos, concentrados en el sermón del reverendo James.

Henry Merrivale se sentía molesto. Fluía de esa pequeña iglesia oscura, fría y oliendo a piedra vieja, tal flujo de emoción que muchas personas se inclinaban hacia delante, apoyando la mano en la rodilla. Solamente Gordon West, en el último banco, permanecía impasible.

El azul frío de los ojos del vicario no vacilaba. Su voz resonaba con lentitud.

—Muchos querréis decirme —seguía diciendo—. Me diréis: «Sí, está muy bien que nos diga esto. Está muy bien que nos aconseje traer estos anónimos. Pero a “usted” no le han atacado. “Usted” no ha sufrido ningún dolor como si le hubieran arrojado en la cara agua hirviendo. “Usted” no puede comprender».

La mano derecha, con el puño cerrado contra el pecho, se abrió de pronto.

—Pero puedo comprender, porque he sido atacado también yo —continuó— con una acusación aún peor, considerando mi posición, que la dirigida a cualquiera de vosotros. No me basta decir que estoy de parte vuestra. Para conseguir vuestra ayuda, para demostraros que soy tan franco con vosotros como quiero que lo seáis conmigo, para demostrar que una mentira debe ser gritada a voz en cuello y no ocultada, debo probar que estoy de parte vuestra.

»Así pues, me propongo leeros una carta... sí, que he recibido ayer firmada por “La Viuda”. Afecta a una joven que conocéis y que con justicia respetáis. Pido humildemente perdón a la señorita por la mentira que figura en esta carta, pero no puedo excusar me de mi deber. Es la tarea más desagradable que jamás haya tenido que cumplir.

El reverendo James tragó saliva.

Hubo un silencio tan completo en la iglesia que se pudo oír aun el leve ruido que hizo al abrir la hoja de papel. Quizá una o dos personas se mirasen de manera interrogativa una a otra, pero no más.

—La carta viene dirigida a mí, a la vicaría y empieza sarcásticamente: «Reverendo señor». Dice...

Al fondo, Gordon West se levantó de un salto.

Con una inusitada presencia de ánimo, el pequeño zapatero, Fred Cordy, levantó las manos y le hizo sentar. Este hecho pasó inadvertido, salvo un ligero y rápido movimiento de cabezas en la vecindad más próxima.

«¡Sí! Usted y Joan Bailey al parecer creen que ningún ojo les ve, a excepción tal vez del ojo metafórico de la mañana. Y usted debe retirarse antes de que amanezca a pesar de que el dormitorio de ella (como lo sabe cualquiera de la aldea) está en el piso bajo, con grandes ventanas de fácil acceso. Pero perdone, no soy una moralista. Puesto que usted y miss Bailey son aficionados a...».

Las manos del reverendo James que sostenían la carta temblaban. No pudo forzarse literal y físicamente a leer lo que seguía. Lo omitió.

Pero a gritos se notaba su ausencia. Dentro de esas paredes hubiese sido una profanación, aunque muchos de los presentes no se habrían escandalizado si lo hubiesen oído en privado.

*«... entonces no le descubriré todavía. Pero nuestro cómico mundo ofrece pocos espectáculos más risibles que un clérigo convertido en un Casanova, aunque la costumbre es antigua y, en su caso, señor, la costumbre es perfecta.*

*Su afectísima amiga.*

La Viuda».

Cuando terminó la lectura, el reverendo James soltó en seguida la carta para que no fuera visible el temblor de sus manos. Antes de proseguir carraspeó ligeramente.

—Ahora os ruego que penséis, al considerar esta sarta de mentiras, en las cartas que habéis recibido. ¿Eran peores? ¿Podrían herir más? ¿Alguna persona cuerda



podría creerlo? Pues, dejándome a mí de lado, cualquier acusación contra esta señorita sería pura tontería y vosotros bien lo sabéis.

»Y, para terminar, vuelvo a mi declaración de que puedo encontrar al autor de los anónimos si me ayudáis —dijo el reverendo James, inclinándose hacia delante y entrelazando los dedos—. Al finalizar este servicio iré a la sacristía y esperaré allí tanto tiempo como sea necesario. Ruego a aquellos que hayáis recibido alguna carta, o más de una, que vayáis a vuestras casas a buscarlas y me las traigáis. Si las habéis destruido, venir a decirme lo que contenían. Sólo con mucho material podremos conseguir hacer comparaciones, eliminar y hallar la solución.

»¿Consideráis imposible la tarea? Lo niego. No os molestaré con los recursos que me propongo emplear para conseguirlo, recursos que, me atrevo a creer, son buenos. Afortunadamente el caballero de quien existen he hablado, *sir* Henry Merrivale, me asegura que existen métodos, que la policía conoce desde hace tiempo, mediante los cuales se puede determinar el culpable sin posibilidad alguna de equivocación.

»Y cuando vengáis a verme con las cartas (si lo hacéis), os suplico que no vengáis por separado o con reservas, como avergonzados. ¿Acaso he ocultado “yo” la mía? ¿O lo he intentado? La luz de Dios no os puede herir. Vivir en ella y no temáis.

Se quedó tieso, las manos, enlazadas, y respiró hondo.

—Antes de terminar, debo deciros francamente que esta mañana el obispo de Glastonbury me ha prohibido que leyera la carta que acabáis de escuchar. No sé las consecuencias que tendrá esto para mí, ni tampoco me preocupa que me castiguen.

Luego resonó por última vez la voz suplicante y humilde del reverendo James Cadman Hunter:

—Pero si no queréis escuchar el consejo espiritual, entonces, en Su nombre, escuchad al sentido común.

Durante un momento les miró en silencio y luego bajó lentamente las gradas del presbiterio.

**E**n la pared de la sacristía, un gran reloj de forma achatada marcaba suavemente los segundos.

Era cerca de la una, y el servicio había terminado hacía cuarenta y cinco minutos, pero todavía ningún visitante había traspuesto la puerta que conducía al cementerio.

El reverendo James, que había guardado la sobrepelliz y la estola en el armario, se encontraba sentado en una silla dura frente a la puerta, la cabeza un poco inclinada hacia delante y las manos enlazadas ocultándole la cara. La sacristía de piedra tenía ventanas pequeñas cuyos cristales multicolores estaban tan tapados por los zarcillos de la hiedra que casi no penetraba la luz.

Henry Merrivale, con su traje oscuro, sentado en un rincón alejado, pasaba casi inadvertido. Un resplandor amarillo rojizo caía sobre la cabeza del vicario que permanecía inmóvil.

—Dígame, amigo mío —observó Henry Merrivale medio soñoliento—, ¿algo le ha molestado en este sermón?

—Me gustaría no haberlos fustigado tanto desde el principio —hablaba con voz apagada y con las manos todavía sobre la cara—. Hace pocos días que he escrito sobre la caridad. Sentí que debía hacer esto. Sin embargo, me gustaría no haberlo hecho.

—Bueno —dijo Henry Merrivale con tono desaprobador—. No hará ningún daño. Les despertará igual que una buena dosis de azufre y triaca —aunque no se le podía ver, el movimiento de la sombra indicaba que había vuelto la cabeza—. Pero una cosa me molestó. Pensé que iba a leer la carta dejando en blanco el nombre de la joven.

—¿Entonces qué bien hubiera hecho? —preguntó el reverendo James—. Hubiesen sospechado que se trataba de un engaño. Si he de hacer algún bien, debo ser completamente franco con ellos.

—Le planteé el asunto al coronel de esta forma —dijo Henry Merrivale—. Leer la carta, pero no el nombre de la joven. Si después trascendía, sería entre otros muchos nombres y no importaría. Cáspita —tropezó y se sonrojó ante una palabra tan simple como...

—¡*Sir Henry!*

—Está bien. Pero, ve, no pude convencer al coronel. Telefoneó al obispo —Henry Merrivale suspiró—. Sabe, muchacho, esto va a alborotar al mismísimo diablo.

El reverendo James se enderezó y se palmeó las rodillas.

—Si hubiese tenido éxito en mi petición, ¿cree que habría sido diferente para mí? —preguntó con las mandíbulas tensas—. Pero no he tenido éxito. He fracasado. Ni una sola persona ha venido a verme.

En ese momento se abrió la puerta.

En el umbral aparecieron las dos personas a quienes, posiblemente, menos deseaba ver: Joan Bailey y su tío.

Joan, vestida de verde pálido, con medias de color tostado y zapatos de tacón bajo, tenía en sus manos un bolso verde. Detrás, demasiado enfadado para hablar, estaba el coronel, que llevaba traje tropical y sombrero de ala ancha.

Joan no parecía enfadada. Había poca expresión en su cara, pero en sus ojos se notaba una tranquila antipatía. El reverendo James se puso de pie con cierta torpeza, pero su mirada era tan resuelta como la de ella.

—Miss Bailey —dijo—, yo... este... no la he visto esta mañana en la iglesia.

—¿Puede extrañarle en las actuales circunstancias? —Joan arqueó las cejas—. De todos modos muy pronto nos llegó la noticia de su importante «petición».

A la altura del codo del vicario había una mesa larga con un cesto de mimbre en el centro.

—¿Supongo que este cesto es para las cartas que no han sido quemadas? —dijo Joan.

—En realidad no lo sé. No había pensado con exactitud dónde...

Joan se acercó al cesto andando con su acostumbrada soltura. El coronel Bailey avanzó dos pasos en el interior de la sacristía.

—Joven —empezó, e hizo una pausa—. No quiero hacer pomposamente el tonto —agregó aparentando cualquier cosa menos eso—. ¿Pero usted sabe lo que se le hubiera hecho en la India hace treinta o cuarenta años?

—No lo sé.

—Le habrían dejado solo con un revólver cargado y le habrían dado treinta minutos para hacer uso de él.

—No estoy en el ejército.

—No, ¡a Dios gracias! Pero debería aprender a no mencionar nombres de mujeres.

—No se trataba de «mencionar nombres de mujeres» —exclamó el vicario, azorado—. Era una cuestión de deber y de principios.

El coronel se encaminó hacia la puerta, vaciló y se volvió de nuevo.

—¡Un momento! —dijo—. Tal vez he hablado demasiado duramente. Tal vez sólo sea usted joven e inexperto. Pero prefiero que en el futuro se mantenga alejado de mi casa.

—Como desee —el reverendo James se sentía desilusionado después de esta arremetida tan emotiva.

Joan, junto al cesto que estaba sobre la mesa, había abierto el bolso. La mirada fría de sus ojos azules se dirigió hacia él.

—Aquí están las cartas que he recibido. Siete... discúlpeme, pero aquí hay sólo seis —a la tenue luz de color amarillo rojizo, sus dedos se movieron rápidamente, pero una vista perspicaz hubiese notado que retenía una—. Algunas tienen sobre,

otras no. Los sellos de la oficina de correos son diferentes —las arrojó al cesto—. Aquí hay una carta dirigida a mi tío —la agregó al cesto—. En cuanto a míster West...

—¿Sí, miss Bailey?

—Ha destruido sus cartas. Pero ha tomado nota de las cosas detestables que ha podido recordar. Así como se me acusó de un... unas relaciones escabrosas con usted, míster Hunter, en las líneas que aquí tengo se le acusó a Gordon de lo mismo con mistress Lacey...

Joan, como tocando una araña, sacó del bolso un par de hojas dobladas que pertenecían a un bloc y las metió en el cesto. Su voz continuó indiferente, pero el color se le subió a la cara.

—Gracias —dijo el reverendo James—. Me agradó ver por primera vez esta mañana a míster West en la iglesia. Este... ¿no ha venido con usted?

—No. Creo que en este momento se pasea de punta a punta detrás de la fortaleza. Quiere hablar con usted cuando los demás se hayan ido.

—Me alegrará verle, miss Bailey. De cualquier manera.

—Ya que estamos metidos en este asunto y comparando las cartas, ¿puedo hacerle una pregunta? Seguramente habrá venido a verle mistress Lacey. ¿Cuántas cartas ha recibido ella y qué dicen?

Alguien, en el umbral de la puerta, cobró aliento como para hablar, pero reprimió las palabras. Allí estaba Marión Tyler. Al encontrarse de repente en medio de lo que parecía un grupo grande, Marión vaciló, pero evidentemente no encontró forma elegante alguna para retirarse.

—¡Joan! —dijo después de una ligera pausa—. Preguntaba por Stella Lacey, ¿no? ¿Y quería saber cuántas cartas ha recibido?

—¡Sí! —dijo Joan—. ¡Sí, sí, sí!

—Bueno —contestó pensativa Marión—, no ha recibido ninguna. Ni una. Ella misma me lo dijo cuando salíamos de la iglesia. Rió y comentó que se alegraba de no tener que esperar mucho.

—¿Mistress Lacey no recibió ninguna? —preguntó Joan suavemente, pero con énfasis.

—No, Joan —contestó Marión, aún pensativa.

—Así que no —exclamó Joan, y se dirigió rápidamente hacia la puerta para indicar el camino a su tío gruñón, como si él hubiese tenido quince años. Al salir, cerró la puerta con todo cuidado.

Probablemente Marión se olvidó en seguida de Joan y del coronel y tampoco había visto a *sir* Henry Merrivale instalado en su rincón oscuro. Robusta, de cabello alisado, miraba al reverendo James con las manos fuertemente enlazadas. Él, después de un saludo formal, se sentó y volvió ligeramente la cabeza.

—¡James, estuvo magnífico! —dijo Marión con voz agitada. Luego cambió completamente de tono—. ¡Pero se ha portado mal! ¡Verdaderamente, como un chico

malcriado!

Henry Merrivale, que estaba invisible en su sillón, se estremeció como si le hubiese sacudido una descarga eléctrica.

La hermosa voz de contralto de Marión parecía representar el sentido común, así como la voz vivaz de Joan era vehemente y el susurro de Stella provocativo. Pero en el tono de Marión había una nota tan anhelante, tan maternal, que no podía ser interpretada erróneamente.

Al reverendo James parecía agradarle, a pesar de que se le enrojecían las orejas, mas para *sir* Henry Merrivale resultaba repulsiva esa actitud, que él llamaba remilgada. A Gordon West le eran igualmente repulsivos los remilgos, tal como se lo decía a la dócil Joan cuando él, en sus momentos de enfado, pateaba los muebles. Pero el reverendo James...

—He intentado simplemente hacer lo que debía —contestó con dignidad.

—¡Oh, lo sé! ¡Por supuesto! —Marión se acercó, mezclando ahora una solicitud maternal a su tono de reproche—. Pero ayer, James, de hecho prometió no hacerlo.

—Perdón, Marión, no prometí nada de eso.

El vicario, consciente de la presencia de una tercera persona, tuvo de repente la terrible sensación de que ella iba a acariciarle la cabeza. Se puso en pie apresuradamente y recobró el juicio.

—Pero ¿qué diablos hace aquí? —preguntó con toda franqueza—. No me va a decir que, como los demás, usted ha...

—¿Haya recibido anónimos? —dijo Marión sonriéndose—. Por supuesto que sí. James, pise en la tierra.

—¡Esto es infame! —dijo el reverendo James, golpeando de tal modo el puño contra la mesa que hizo saltar el cesto de las cartas—. No hace ni diez minutos miss Bailey dejó aquí seis cartas acusándola, como he sido acusado yo, de tener relaciones conmigo.

—¿De veras? —dijo Marión, estupefacta, con los ojos castaños bien abiertos—. Entonces Joan también... ¡interesante!

—También parece ser que *mister* West está complicado con *mistress* Lacey —le dijo con enconado sarcasmo—. ¡Bueno! Analicemos el veneno. ¿Qué crimen ha cometido, Marión, ante los ojos del autor de estas cartas?

—¿No lo adivina?

—No. ¿Cómo podría hacerlo?

Del brazo de Marión pendía un bolso grande de cuero en lugar del bolso de mano. Su aire de rectitud y de sentido común pareció empañado cuando sacudió su oscuro pelo corto para despejar su inteligencia. Después de buscar en el bolso, extrajo un montón de las conocidas cartas, dobladas en dos, algunas con sobre.

—Lo siento, James —dijo—. Debí de habérselo dicho hace mucho tiempo. Pero no me decidía a cortar nuestra amistad...

Ella arrojó las hojas dobladas dentro del cesto.

—Ahí están —añadió Marión—. Quince cartas. Nos acusan a usted y a mí de... bueno, ¿necesito decírselo?

El lento tictac del reloj se oía en el silencio. De pronto el reverendo James se sentó, se dio la vuelta y apoyó los codos sobre la mesa.

Era increíble. Jamás había pensado en Marión Tyler sino como en una buena amiga que le ayudaba en sus tareas y cuya manera de ser (un poco maternal y alegre) apreciaba.

Con el sonido del reloj volvían a su memoria algunas palabras de la época de su formación para el ministerio anglicano; recordaba a un viejo y sabio canónigo, sentado con la espalda apoyada contra una pared cubierta de hiedra y con una pipa en la boca, que decía estas palabras: «Siempre habrá mujeres tontas que confundirán su interés por el vicario con su interés por la iglesia. A veces ni siquiera se notará. Pero si uno se ve obligado a notarlo, debe ser más diplomático que Talleyrand y mejor persona de lo que uno se considera».

Pero Marión no era así en lo más mínimo. Marión no era sino una auxiliar a quien (por supuesto que siempre en el camino de la amistad) le estaba tomando cariño. Mientras esto cruzaba por su mente, entre el tictac del reloj, Marión le observaba con interés.

—Quince cartas —dijo él—. Todas contra usted.

—Y usted —continuó Marión, sin dejar de observarlo—. No me importó.

—Siento como si me hubiese metido en un matorral sin poder salir de ahí. — Volvió a ponerse en pie de un salto y trató de sonreír, sin conseguirlo—. ¡Venceremos! ¡No tenga miedo! —Y señaló el reloj—. ¡Pero, mire aquí!

—¿S-sí, James? ¿Qué ocurre?

—Hace un rato me sentía desalentado porque nadie parecía responder a mi llamada. ¡Idiota! Debí comprender que primero tenían que ir a sus casas a buscar las cartas. Y es natural que hubiese un poco... un poco de vacilación. Como usted misma, Marión. Caramba, qué hermoso, dentro de unos minutos llegarán como un rebaño —el vicario se frotó las manos—. Tome al Squire Wyatt, por ejemplo. Siempre ha sido amigo mío. El Squire Wyatt vendrá aquí para defender a una sola persona...

—James —dijo Marión, nerviosa.

—¿Sí, Marión?

—Creo que no lo hará.

—¿El Squire Wyatt?

—No, James. Antes de retirarse se puso a la cabeza del mitin de protesta en High Street.

—¿Qué mitin de protesta?

—¡Oh, Cáspita! —se quejó Henry Merrivale con voz grave de espectro desde el oscuro rincón.

Marión, intimidada, divisó confusamente el contorno de una cabeza calva y luego

un rostro desagradable cuando *sir* Henry Merrivale estiró la mandíbula. El rostro de Marión adoptó una fugaz expresión que se hubiese podido interpretar fácilmente así: «¿He dicho o hecho algo que no debía? ¡No, gracias a Dios!». Pero no se sentía muy cordial cuando el preocupado vicario hizo las presentaciones.

—¡El «Squire» Wyatt! —repetía el vicario—. ¡Es imposible! ¿Qué dijo?

—Bueno... se comportaba espantosamente, sentado en su automóvil y a su lado su esposa llorando.

—Siga, por favor.

—Dijo unas cuatro veces que era el Squire y que aquí era el dueño de todo, que con influencias del obispo o no... —Marión quería decir que podía elegir al vicario para la parroquia y que en realidad lo había hecho, y que nadie le iba a llamar hipócrita—. El Squire Wyatt dijo que había enterrado a dos esposas y muchas personas dijeron en aquel momento que las había envenenado, y que ahora estas cartas endiabladas (perdóneme, James) decían lo mismo.

Marión era una magnífica imitadora. Aun desesperada, o tal vez a causa de ello, cambió su cara copiando la expresión del Squire Wyatt.

—«No me importa por mí, ¡demonios! Pero que se vayan al diablo si llegan a trastornar a mi Lucy... Digo que es diferente. ¡Ah, y mírenla! La única que me ha dado un hijo».

Marión abandonó toda mímica y pareció arrepentida de haberlo hecho.

—Oh, James, ¡no piense más! Era tan... vulgar, diría Stella Lacey. Pensar que un hombre de una familia de rancio abolengo, que debería ser un caballero, sea tan tonto y tan mal educado.

El vicario parecía perplejo.

—Pero no es...

—¿Qué ocurrió entonces, señora? —preguntó con su voz gruesa *sir* Henry Merrivale, como si la empujara con la mano al igual que el Squire Wyatt.

Marión vaciló.

—Nada más. Se alejó en el automóvil haciendo rechinar los engranajes. El mitin de protesta se trasladó a la farmacia, a casa de *míster* Goldfish —Marión lanzó una mirada preocupada al vicario—. ¡James!

—¿Eh?

—Cuando volví hablaban más y más fuerte. *Míster* Hull pronunciaba un discurso. ¿No cree que vendrán aquí a hacer un escándalo?

El vicario podría estar exhausto, pero por primera vez un fulgor de esperanza, quizá anticristiano, aunque muy natural, animó con placer su rostro.

—¿Lo cree? —preguntó con ansia, encorvando los hombros—. ¿Realmente lo cree?

—¡No, por supuesto que no! ¡Ellos no se atreverían! Pero creo que conseguirá poca ayuda de los aldeanos. Conseguirá ayuda solamente de... de...

De pronto se abrió la puerta de par en par y en seguida volvió a cerrarse, fuera o

no en busca de un efecto dramático, y apareció la figura erguida, rechoncha y pequeña en estatura del doctor Johann Schiller Schmidt.

El doctor Schmidt tenía lo que, traducido a sus propias palabras, se diría un «semblante que irradiaba alegría». Siempre le brotaba la risa, reía a carcajadas, salvo durante sus visitas médicas, pues entonces se ponía tan solemne que asustaba al enfermo. Vestía ahora una levita mal cortada, pantalones rayados que acentuaban sus redondeces, y sombrero de copa (el único que se veía en Stoke Druid); así miraba al mundo a través de unas gafas muy grandes de gruesa montura de oro.

Este «semblante que irradiaba alegría» enfocaba al vicario con sus proyectores de oro.

—¿Creo tener el placer de hablar con el pastor Hunter? —dijo con voz gruesa de barítono, inclinándose. Con la cara aún risueña, hizo una pausa—. ¡Dispéñeme! Vengo con una misión muy seria, aunque en cierto sentido es una «boroma».

—Una... ¡oh, sí! ¿Cómo está, doctor?

Una ligera pelusa, que no tardaría en desaparecer, cubría el cráneo del doctor Schmidt. Ladeó la cabeza.

—Pastor Hunter —dijo—, muchas veces he deseado felicitarle por sus sermones. Son «egcelentes». Debió ser actor.

—Para decir verdad, de niño quise serlo.

—¿Ah, sí? —exclamó encantado el doctor Schmidt—. ¿Y me permite que le diga cómo lo sé?

—Verdaderamente, yo...

—Está «mal *akustado*» —dijo el doctor Schmidt.

—¿Cómo dice?

—Está «mal *akustado*». Inadaptado —repitió el doctor Schmidt, haciendo un pequeño gesto como si estuviera ajustando la parte superior del timbre de la bicicleta. Luego volvió a reír a carcajadas.

Esta alegría constante atacaba los nervios, ya tensos, de todos. *Sir Henry Merrivale* dejó oír un sordo refunfuño como si hubiese visto algo que le desagradaba. No cabía duda de que la sagacidad del doctor Schmidt le hizo sospechar.

—Comoquiera que sea —continuó—, vamos al asunto. En la iglesia pidió las cartas, ¿no es así? —llevó la mano a su bolsillo interior y sacó cuatro, mostrándolas en abanico—. Estas son las que he recibido. Me acusan, por «*vavor*», de ser nazi.

El reverendo se unió a su júbilo, aunque sin desearlo y sin convencimiento. El doctor Schmidt mostraba desdén.

—Soy un hombre de ciencia —dijo haciendo ademanes nerviosos—. ¿Qué tengo que ver con la política? «Pah», tal vez pronto estaremos al servicio de una nueva ciencia.

Comoquiera que sea, se lo tengo que decir.

Se acercó a la mesa y al cesto.

—¡El niño! ¡El estudiante! ¡El actor! —agregó el doctor Schmidt, sacudiendo la



cabeza—. Sin embargo —dijo pensativo—, tal vez sea mejor que no diga nada. Las pongo en el cesto. Así.

Después de lo cual se volvió rápidamente, pero con un ligero disgusto.

—Y ahora, si me «*egscusa*», me retiraré. Pero... ¡Pastor Hunter! Por su bien debo prevenirle.

—¿Prevenirme de qué?

—¡Bueno! —el doctor Schmidt se encogió de hombros pronunciando admirablemente la letra «b». Con la cabeza señaló la puerta cerrada—. Ahí fuera, en el pequeño sendero al borde del cementerio, están reunidos muchos hombres vestidos de negro. He contado unos treinta y no creo que le quieran bien. No entrarán. Están esperando que salga.

—¡Caramba, están ahí! —dijo el vicario con la mirada ardiente.

Marión casi se puso a gritar; estaba tan nerviosa que por una fracción de segundo perdió el control.

—«¿Quién está haciendo esto?» —gritó—. «¿Quién está escribiendo estas cartas?».

—¡Ach! —refunfuñó el doctor Schmidt lanzándole una mirada penetrante a través de sus gafas con montura de oro—. Me temo que a veces pueda ser necesario que consulte a un médico. ¿Está de acuerdo, pastor Hunter?

Pero el reverendo James no escuchaba. Se dirigía a la puerta.

—¿Me disculpa unos minutos, Marión? —le dijo el vicario, sonriéndole por encima del hombro.

Abrió la puerta y la cerró detrás de él.

**E**l sol, que ya declinaba hacia el oeste, era muy cálido para septiembre; su luz achatada daba sobre el césped descuidado del cementerio, las viejas lápidas, el mármol brillante de las nuevas y las hierbas dispersas cuyo verde se marchitaba en los lados.

A unos veinte metros, al lado de un pequeño sendero de grava que tomaba rumbo sudoeste desde la puerta de la sacristía, salía otro sendero de tierra que doblaba más al oeste hasta un punto detrás de la fortaleza. El reverendo James ahora comprendía por qué se había dicho que eran «hombres vestidos de negro» de aquel grupo reunido en semicírculo en el sendero de tierra.

Vestían sus mejores atuendos y el tono del más claro era el castaño oscuro. Llevaban sombrero hongo y algún que otro chambergo castaño o gris oscuro. Destacaban contra una fila de álamos y algunos inclinaban un hombro. Como si fueran un solo hombre, tenían clavada en el vicario una mirada cuya intensidad pudo apreciar al acercarse.

No había odio. El odio es algo muy profundo y silencioso. Era una ola de incomprensible aversión, lista para hincar sus garras.

Corría una ligera brisa en el tranquilo ambiente dominguero. El reverendo James, con las manos en los bolsillos, se dirigió hacia ellos.

—¿Bueno, señores? —preguntó con el mismo tono de voz que había empleado en la iglesia—. Tengo entendido que no quieren acercarse a mí. Por eso vengo yo aquí. ¿De qué se quejan?

Aunque hablaba amablemente, su propia aversión salió al encuentro de la de ellos.

Evidentemente, había dos oradores al frente del grupo. Uno era míster Goldfish, el pequeño y moderado farmacéutico, pálido ahora de rabia. El otro, con el semblante enardecido, era míster Bull, el carnicero, fuerte y corpulento, tan grueso que el pescuezo formaba arrugas por encima del cuello.

—¿Y? —les incitó el reverendo.

Se produjo un leve rumor y los ojos se volvieron en busca de un orador. Míster Goldfish era el más inteligente y educado; míster Bull el más grande y robusto. Y como lo han hecho los hombres desde que el mundo existe, las miradas eligieron a míster Bull.

—¡Están bien! —dijo el carnicero, adoptando una posición pugilística como quien acepta una incitación justa—. Ante todo, en mi nombre y en el de mis compañeros, le diré lo siguiente: queremos ser justos.

Un murmullo de aprobación partió del grupo.

—Hace usted algunas cosas —continuó míster Bull con su voz ronca— que

puede ser que estén muy bien. Pero hace otras que ningún hombre decente va a aguantar.

Míster Bull apretó los puños y dio un paso hacia delante.

—¿Cómo? —preguntó el reverendo James, que hubiese podido ponerlo fuera de combate en un *round*.

De hecho, cuando el vicario observó el gentío, se sintió mucho más intranquilo al notar la presencia de dos granjeros de Somerset, muy fornidos, fuertes entre los más fuertes. Esto era grave.

Con el rabillo del ojo también vio a Fred Cordy. El pequeña y delgado Cordy, de cabello negro y corto, erizado como cerda, y haciendo muecas de oreja a oreja, estaba a cuatro patas sobre una tumba. Aunque en realidad Corby no brincaba como un mono, hacía el efecto de que sí lo fuera.

—Estuvo admirable —gruñó míster Bull— cuando se paró allí y nos llamó hipócritas.

—¿Y acaso no lo son? ¿Me han traído alguna carta?

—¡No, y no las vamos a traer! Las hemos quemado casi todas, y nuestras esposas han escondido las demás. ¿Hipócritas, señor Arrogante? Cuando usted es el peor hipócrita que haya puesto jamás los pies en esta aldea. ¡Y se lo digo cara a cara!

Un ligero malestar de sorpresa, que aumentó su enfado, sacudió al reverendo James.

—¿Por qué soy un hipócrita? ¡Díganmelo!

Detrás de la muchedumbre se oyó una voz despreciativa.

—¡Como si no lo supiera!

—¡Pero no lo sé! ¡Díganmelo! ¿Cuándo he tenido el valor de decir en el sermón aquello sobre...?

—¡Callen la boca allá atrás! —gritó míster Bull. Fred Cordy se balanceaba sobre la tumba, como un muñeco mecánico travieso. Míster Bull, sudando de rabia, se volvió hacia el vicario.

—¡Caramba, lo va a negar! —dijo y le amenazó con el dedo—. Le diré lo que es, ¡señor Orgullosa! Si no fuera un clérigo, con esa ropa y todo...

—¿Es esto lo que le molesta? —preguntó el reverendo James.

—¿Eh?

—¿El hecho de que haya recibido las órdenes sacerdotales y use estas ropas?

—¿Y qué «otra cosa» podría molestarme?

—Entonces, por favor, vengan conmigo —dijo el vicario tratando de controlar la voz.

Dio la vuelta hacia la derecha, por el pequeño sendero en dirección al oeste, pasando el cementerio, detrás de la iglesia. A unos cien metros más allá de la iglesia, y paralelo a ella, aparecía el edificio alargado de la Fortaleza.

Este nombre da una idea errónea, porque estaba construido de piedra muy gruesa, larga y bastante ancha, con un agregado más alto en el extremo sur, como un tambor

de piedra o la cabeza de una llave cuadrada. En este tambor de piedra, de paredes y techo de dos metros y medio de espesor, se almacenaba la pólvora para tres viejas piezas de artillería que antiguamente apuntaban hacia atrás, a través de sus troneras.

Pues en el aciago año de 1688 el oeste del país había sido «invadido» por las escasas fuerzas del llamado «Rey» Monmouth. Stoke Druid, con otras pocas plazas fuertes, apoyó al rey James. En aquellos tiempos el único camino para llegar a Stoke Druid quedaba al oeste, serpenteando en medio de tupidos bosques, detrás de la iglesia. Y por tal motivo se había construido la Fortaleza (para defender la aldea contra las fuerzas de Monmouth desplegadas a lo largo de la carretera principal).

No fue necesario utilizarla. Monmouth nunca llegó. Hacía tiempo que los cañones habían sido enviados al museo de B...; las troneras para los cañones fueron convertidas en ventanas modernas, y la Fortaleza se usaba para actos de la parroquia cuando la lluvia podía interrumpirlos, como, por ejemplo, la feria del próximo sábado.

Pero los componentes del grupo, entusiasmados porque creían adivinar la intención del vicario, le siguieron, soportando en los ojos el sol de frente. Al llegar al viejo y ennegrecido tambor de piedra de la torre de la Fortaleza, el reverendo James dobló a la izquierda, hacia una pradera de césped corto, enorme y llana.

Se dirigió instintivamente hacia el centro y puso la espalda contra la pared. El grupo vestido de oscuro se apiñó otra vez en semicírculo, con míster Bull y el farmacéutico a la cabeza, a una distancia de tres metros del vicario.

—¡Bien! —dijo el carnicero—. ¡Muy hábil! ¿Cuál es el juego?

—Me habéis acusado de ser hipócrita...

—¡Ah, y le seguimos acusando!

—Muy bien. Os pido que probéis esa acusación ahora mismo o dejarme que demuestre lo contrario. Después, si no quedan satisfechos...

»¡Os adelantaréis a pelear! —gritó el reverendo James.

Unas vacas pastaban tranquilamente, inmóviles, a lo lejos, cerca de los viejos robles verde oscuro. En primer plano, Fred Cordy hacía alegres acrobacias. Del grupo salió el silbido de una persona que tomaba aliento y míster Bull estiró su pescuezo.

—¿Lo dice en serio? —preguntó.

—¡Un minuto, muchachos! —interrumpió bruscamente una nueva voz.

Y Gordon West, cegado por la ira, se acercó desde el extremo norte del edificio. Su traje, aunque cortado por el mejor sastre de Londres, parecía no haber sido planchado desde seis meses atrás, y la corbata se le salía del cuello. La preocupación y el insomnio acentuaban sus ojeras.

—Los que habéis estado hoy en la iglesia —dijo— reconoceréis que tengo el derecho de vérmelas con el primero.

Hubo un silencio. Vieron que West era más bajo y más delgado que el pastor, pero observaron el tamaño de sus hombros y, además le habían visto ejercitarse en el judo. Una sonrisa iluminó el rostro de míster Bull.

—Considero que míster West lo tiene —convino lenta y muy suavemente—. ¡Escuche! No es porque alguien vaya a creer esos disparates sobre su novia y éste — se oyó un coro de aprobación—. Sin embargo...

West, enfurecido, se quitó la chaqueta, la arrojó al césped y miró al reverendo James.

—Como usted mismo dijo —le exigió sin gritar—, adelántese.

El vicario también le miró.

—Míster West —dijo—, pelearé con usted o con cualquier otro en este terreno. Pero juro que no levantaré la mano hasta no oír por qué se me llama hipócrita.

La nueva negativa del vicario, o lo que podía llamarse su extrañeza, les enloqueció.

—¡Como si usted no lo supiera! —repitió aquella voz chillona y desafiadora detrás de la muchedumbre.

Luego habló míster Goldfish, el pequeño farmacéutico, de maneras suaves.

—Esta mañana —declaró con voz vacilante, pero tranquila—, levantó la mano con mucha unción y dijo: «No heriré a los acongojados, insistiendo sobre el hecho de que la muerte ha aparecido entre nosotros, por el motivo que sea».

El grito ominoso y profundo de treinta gargantas se hizo más fuerte.

—Y cuando dijo esto, míster Hunter —prosiguió el farmacéutico—, tuvo usted la osadía de mirar a Annie Martin. ¿Observó su cara, míster Hunter?

—¿Annie Martin? —el vicario le miró sorprendido—. ¡Oh!, la hermana de miss Cordelia Martin. ¿Qué ocurre con ella?

—¿Qué ocurre con ella? —dijo mister Bull tan exasperado y sofocado que se arrancó su ajado cuello—. ¿No sabía que mataron a Cordy Martin? ¡Oh, no!

—¿«Mataron»? —repitió el vicario levantando una mano para quitar la luz de sus ojos—. ¿Quién la mató?

—Usted —dijo míster Bull.

El reverendo James apoyó la espalda contra el muro gris oscuro de la Fortaleza, quedando con la larga fila de ventanas modernas encima de la cabeza. El sol parecía brillar en sus ojos. Aunque aún no comprendía, sintió un extraño entumecimiento que le subía por las piernas, en dirección al corazón.

—¿No sabía —siguió insistiendo una voz— que Cordy Martin estaba completamente loca por usted? ¡Tan enamorada como cualquier jovencita de dieciséis años! ¡Que le seguía como si usted fuese... no sé quién! Y nunca la alentó, ¿no es cierto? ¡Oh, no! Nunca lo haría, ¿eh?

El reverendo James trató de decir «basta», pero las palabras se le atragantaron.

Vio la cara del carnicero como si fuera un borrón. La extrema debilidad de sus piernas iba en aumento. Ciertas palabras volvían a su memoria:

«Siempre habrá mujeres que confundan su interés por el vicario con su interés por la iglesia. A veces ni siquiera se notará...».

Pero la voz verdadera nunca dejó de resonarle en el oído.

—No sé lo que ha hecho —dijo jadeante míster Bull—. Cordy Martin no decía gran cosa, ¿no? Pero se lo contaría a unas cuantas amigas, ¿no?, y donde fuego se hace humo sale y la pluma envenenada la persiguió. Cordy no pudo soportarlo y aquella noche se arrojó al río. ¿Cree que no lo sabíamos cuando dijimos que fue un accidente?

Los labios del reverendo se movieron, pero no articularon palabra alguna.

—Eso fue muy cómodo para usted, ¿no? Se vio libre de Cordy y podía empezar con... no, ¡caramba! No diré el nombre de la dama, salvo que no es miss Bailey.

—Y dice —opinó con calma el farmacéutico que no es hipócrita.

El carnicero tomó aliento durante una pausa y luego se dio la vuelta.

—Está bien, míster West —dijo—. Muéstrele algunas de esas llaves especiales que aprendió en el extranjero. Haga aquella en que pega con el canto de la mano en la nuca como si fuera una cuchilla de carnicero y el contrincante queda fuera de combate.

Durante esta conversación, West, que se había quitado de un tirón la corbata aflojando el nudo, paseaba la vista, implacable, del vicario a la muchedumbre y viceversa. La ira había desaparecido de su rostro, pero seguía apretando fuertemente las mandíbulas. Después de un hondo suspiro se acercó al reverendo James.

Este, aunque en sus ojos se veía un simple estupor, levantó instintiva y lentamente las manos a la defensiva, apretando los dientes. Pero West no atacó. En cambio dio la espalda al vicario y se enfrentó a la multitud.

—Muchachos —exclamó con toda la claridad que permitía su voz ronca—, no voy a tocar a este hombre. Y tampoco lo haréis vosotros.

Produjo el mismo efecto como si un bólido hubiese caído dentro de una laguna. Hasta míster Bull retrocedió, sobresaltado. Fred Cordy, que había dejado de hacer sus acrobacias, se agachó como un duende y esperó.

—¡Oiga! —el carnicero por fin recuperó el habla—. ¿Está usted loco?

—No. ¡Escucharme! Jamás supe nada de este asunto acerca de Cordelia Martin...

—¡Ah! —se oyó una voz—, pero es que ningún rico lo hubiera sabido.

—¡Miradlo! —gritó West, y se hizo a un lado—. ¡Mirad su cara!

Hubo un corto silencio.

—Si Cordelia Martin se enamoró de él —dijo West—, juraría que «él» jamás lo supo. No tiene expresión de culpable. Si lo fuera sabría defenderse. Maldita sea nuestra estupidez. ¿No veis que ni siquiera comprende?

Y hay otro motivo para que yo, o vosotros, u otro cualquiera deba dejarte en paz.

Míster Bull, con un puño levantado para dar un grito con énfasis, lentamente bajó la mano.

—¿Y cuál sería ese motivo?

—Que está completamente extenuado. Casi no ve. Vosotros lo sabéis... Y... y...

West, perplejo, contempló el césped. Hubiera preferido salir corriendo antes que decir las palabras trilladas y tontas que debía pronunciar. Pero creía tan firmemente

en ellas, como si fueran un artículo de fe, que se esforzó en decirlas.

—No pueden golpear a un hombre caído —dijo West.

Se precisaron quizá diez segundos para que las palabras penetraran dentro de las mentes y veinte más para que quedaran grabadas. Las gruesas chaquetas negras abrigaron más, los sombreros domingueros oprimieron más las cabezas. Y al oír la más poderosa de las leyes no escritas, los hombres olvidaron su cólera y se avergonzaron de sí mismos más de lo debido. Se observaba en ellos una propensión a mover los pies con inquietud, a mirar al suelo o al cielo, a expresar algo inexplicable.

—Da vergüenza pelear —se oyó decir en medio de la multitud.

—Ah, y sobre todo en domingo —refunfuñó otro. Nadie rió.

—Mi esposa dice...

—La mía dice lo mismo. Sin embargo, puede no haber sabido el caso de Cordelia, ¿no?

—Puede no haberlo sabido.

—Y hay otra cosa más —dijo West—. Prometo que el vicario se enfrentará con cualquiera de vosotros, con o sin guantes, dentro de veinticuatro horas. Prometo...

—Ah, está bien —se oyó una voz quejumbrosa.

—¡Tal vez, pero es una promesa! Por lo demás... ¿no sería mejor que nos fuésemos a casa?

Era una insinuación que esperaban ansiosamente, pero nadie quería dar la idea. De uno en uno, de dos en dos o de tres en tres se alejaron hablando en voz alta sobre temas indiferentes. Casi el último en irse fue míster Bull, que llevaba en la mano su cuello arrugado.

—Muchacho —dijo apoyando amistosamente una mano sobre el hombro de West—, con la última parte de lo que dijo... bueno, estoy completamente de acuerdo. Pero con la primera parte, todavía sigo pensando lo mismo. Muchacho, ¡tenga cuidado!

Míster Bull se alejó hacia el sendero del lado sur, con sus zapatos que crujían y sacudiendo la cabeza en señal de duda.

En la pradera llana, iluminada por el sol, sólo quedaron West y el reverendo James. Aquél recogió la chaqueta, sacudiéndola contra el suelo, abstraído en la idea de quitarle el polvo, y metió la corbata en el bolsillo. Luego, al darse la vuelta, se encontró con la mirada triste del reverendo James.

—¿Por qué hizo esto? —murmuró el vicario.

Nuevamente una creciente turbación confundió a West.

—No me lo pregunte —repuso—, porque no lo sé. De todos modos, puede protegerse. Pero... le pido disculpas por si alguna vez pensé que no era honesto.

Los ojos del vicario parecieron sorprendidos con la palabra «honesto».

—¿Qué he hecho a la gente de aquí? Dios de Misericordia, ¿qué he hecho? —dijo de pronto, como una plegaria.

—¡Nada! —contestó West—. Al contrario. Alguien quiere arrinconarle y triturarlo; por supuesto, no son los amigos de Theo Bull. Oiga, si yo fuera usted me

iría a la vicaría y me acostaría durante una hora. Entonces podrá pensar con mayor claridad.

—Sí. Gracias, míster West —contestó después de un instante—. Y tampoco me olvidaré de cumplir la promesa que ha hecho en mi nombre.

No dijo nada más, aunque pareció que iba a hablar. Con paso tambaleante, exactamente como el de un hombre que hubiese caído desmayado después de recibir un puñetazo, atravesó el prado y desapareció detrás de la esquina norte del edificio.

West se puso maquinalmente la chaqueta. Mientras reflexionaba, contempló el prado con una mirada vaga y luego se sentó apoyándose contra el muro de la Fortaleza. Con las rodillas en alto y la barbilla descansando en las manos, West siguió su meditación, hasta que se le cruzó una sombra.

Cuando vio a Joan, vestida de verde, frente a él, le latió el corazón, como siempre le ocurría.

—Me alegra que hayas actuado así —dijo Joan en voz baja, casi sin aliento—. ¡Sí, querido, lo vi! Según las costumbres, quizá hubiera debido preferir una pelea terrible. Pero no ha sido así. Oh, me alegro de que hayas actuado así.

—Gracias, muñeca. Siéntate aquí. ¿Todavía me quieres?

Joan se sentó a su lado, y cada vez era más evidente que le seguía queriendo.

—Gordon —murmuró luego—, ¿en qué estabas pensando? Quiero decir cuando llegué hace unos minutos.

—Escucha —dijo West con firme y ardiente sinceridad—. Permíteme que te advierta ahora mismo. Si después de que nos casemos sigues queriendo saber en qué estoy pensando, te estrangulo. ¡Lo digo de veras! Así.

—Tú no me quieres.

—¡Al diablo que no! Simplemente indicaba...

—Continúa —dijo Joan—. ¡Prosigue y estrangúlame! Verás si me importa.

Puesto que era una medida demasiado drástica, él la besó tal como ella esperaba.

—Pero, Gordon. ¿En qué estabas pensando?

West cerró los ojos, contó lentamente hasta diez y luego cedió.

—Oh, no lo sé. Sobre todo en Hunter. Pensaba el por qué' me habría desagradado hasta hoy —West caviló, aunque ya tenía su respuesta—. ¿Sería por su aspecto involuntario de superioridad? No, puedo competir con eso; lo odio, pero puedo competir. ¿Sería por su actitud «infantil» con la gente, en especial con las mujeres? ¡Sí! ¡Eso es!

—A mí tampoco me agrada mucho.

—Bueno —continuó West—, hoy ha pronunciado un sermón muy tonto, a pesar de que admiré bastante su valor de hacerlo. Más tarde su confianza en sí mismo dio un vuelco tan grande que vaciló. Después de esto el hombre no puede desagradarle a uno. En cuanto a este asunto de Cordelia Martin... ¿Supongo que tú, no habrías oído nada?

Joan titubeó.



—S-sí, querido. Lo había oído.

—¿Siempre lo supiste?

—Pero sólo en cierto modo, querido. Era voz corriente en la aldea.

—De todos modos —dijo West levantando los hombros—, resulta ser una situación graciosa. El autor de los anónimos ha enredado a Hunter, al parecer, con más mujeres que las de un harén de Turquía. \_

—No me hace gracia eso, Gordon.

—Tampoco a mí. Y especialmente desde que tú nombre...

En ese momento cruzó ante ellos una sombra ancha y muy oscura.

—¡Oh! —se oyó una voz en un tono tan perverso que se apartaron instantáneamente—. ¡Oh! ¡Ustedes dos!

Hubiese sido interesante que una cámara fotográfica tomara la escena en ese instante: West, sobresaltado, con la boca abierta y mirando hacia arriba; Joan, lamentablemente, con su falda verde más arriba de las rodillas; y *sir* Henry Merrivale mirando a ambos y llevando en la mano un cesto de mimbre con cartas, como si fuese Satanás recogiendo almas.

Al inspector jefe Masters le hubiera llamado la atención que Henry Merrivale no hiciera referencia (por lo menos en el momento) a los coqueteos, tema sobre el cual era capaz de hablar largo y tendido.

—Sabrán —dijo— que desde anoche quería tener una pequeña charla con los dos. Y ahora cada vez resulta más necesaria... Usted es el joven West, ¿no?

—Así es —dijo sonriente West, mientras ayudaba a Joan a ponerse de pie—. Y por supuesto usted es el Viejo Maestro —dejó de sonreír—. ¿Siempre resuelve los problemas de las habitaciones cerradas con llave?

—Así lo espero —repuso Henry Merrivale con rudeza.

A pesar de que la observación pudo haber parecido misteriosa, era evidente que tanto West como Joan tenían una idea algo más superficial de lo que él quería decir. Joan, con los dientes apretados, había resuelto que «no» demostraría el menor atisbo de terror de la noche anterior. En su mente debía conservar siempre el recuerdo de su madre, la leyenda de su bisabuela y de la tía de su padre, casadas con militares, que habían hecho frente al peligro sin acobardarse jamás. Joan creía que había ahuyentado el temor simplemente olvidándolo.

—Durante esta pacífica tarde de domingo —continuó *sir* Henry Merrivale revolviendo el contenido del cesto de mimbre— he leído y comparado las cartas, con resultados muy raros y extraordinarios en algunos casos.

—Perdone la pregunta —rogó Joan—. ¿Pero ha recibido alguna otra después de que me fui?

—¿Para esto? Muchas —Henry Merrivale titubeó mientras resoplaba—. Hay una buena cantidad enviadas a una joven llamada Marión Tyler, de quien se dice que sostiene relaciones con el vicario.

—¿«Otra» más? —preguntó West, y calló para meditar—. ¡Espere un momento!

Marión debe de ser la «dama» cuyo nombre no quiso mencionar Theo Bull.

—Ya pensaba yo que esto ocurriría —dijo secamente Joan—, te lo dije anoche, Gordon. Por supuesto que es un absurdo acusar a Marión.

—Y después —continuó Henry Merrivale observando a los dos— había cuatro arengas presuntuosas dirigidas al doctor Johann Schiller Schmidt. Por último, mientras el ataque seguía aquí, llegó Rafe Danvers con dos cartas suyas.

—¿Ese buen hombre? —exclamó Joan—. ¿Qué se supone que haya hecho?

El rostro de Henry Merrivale permaneció imperturbable.

—Oh, vi una de sus cartas ayer tarde —dijo—. Fue lo que me impulsó a buscar la máquina que las ha escrito.

Joan y West se miraron.

—Rafe tiene muy mala vista —continuó Henry Merrivale con el mismo tono imperturbable—, se sabe en cuanto se le mira. Usa lentes para su trabajo. Pero a Rafe le encanta ser pintoresco. Usa un par de lentes colocados en la mitad de la nariz y en veinte años se ha acostumbrado a no mirar nunca a través de ellos. Por esto no observó el signo de exclamación borrado en lugar de la coma... ¡Ahora, ha llegado su turno, mujer!

El tono de voz de Henry Merrivale se puso de repente desagradable.

—Ayer —dijo— usted recibió una carta por el mismo correo que la del vicario. Después de eso vino volando a la librería de Rafe en busca de un libro sobre la estatua de La Viuda Burlona. Usted lleva ahora consigo la carta, porque es la que retuvo cuando echó las otras en este cesto. Quiero verla.

Joan se puso rígida. Nunca, nunca, «nunca» mostraría signo alguno de temor. Sin embargo, sus ojos se dirigieron hacia los robles lejanos, iluminados por el sol, como pensando cuánto tiempo más duraría la luz del día.

—Es mejor que se las des, cariño —insinuó West con aspereza.

Con dedos firmes, Joan abrió el bolso verde y entregó la hoja doblada a Henry Merrivale. Él la leyó en silencio.

—Oh, oh —dijo—. ¿Y qué iba a hacer con esta carta?

—Iba a ser un secreto entre Gordon y yo —repuso Joan levantando la barbilla—. Gordon puede cuidar de mí. ¿Cree que mostraré que tengo miedo?

Henry Merrivale leyó lo siguiente:

*«Mi querida Joan:*

*Considero que deberíamos conocernos mejor. Por lo tanto, me propongo visitarte en tu dormitorio el domingo, poco antes de medianoche. No importa, por supuesto, que estés custodiada.*

*Tú aspirante a afectísima amiga,*

La Viuda».

**T**odo el mundo dijo que se trataba de una tomadura de pelo. Todos se rieron de la idea pensando que era una broma de las tantas que hacía La Viuda. Los comentarios siguieron hasta la noche y muy cerca de las diez hubo un consejo de guerra en el estudio del coronel Bailey.

En medio de una nube de humo, se produjo un sonado debate en aquella habitación de estilo Victoriano, grande y cuadrada, con los nomeolvides azules y rosas. A través del humo del tabaco se distinguía el mapa sobre la chimenea y el otro en relieve entre las ventanas, así como las viejas y confortables butacas de cuero.

De todas las personas interesadas, Joan no fue consultada. Estaba en su dormitorio cambiándose de vestido porque West había llegado.

Por esta vez *sir* Henry Merrivale participó poco en la discusión. Cómodamente sentado, con los ojos cerrados, fumaba una tagarnina tan desagradable como sus propios cigarrillos. Mientras la hacía girar de un lado a otro de la boca reflexionaba sobre los chistes y las bromas que conocía y que formaban legión.

La principal discusión violenta se entabló entre Gordon West y el coronel Bailey, hasta que se pusieron de acuerdo en que éste dirigiese el debate.

—¿Entendido, entonces? —preguntó inflexible el coronel.

West, extendiendo las manos, se sentó en una silla. El coronel Bailey, de pie junto a la mesa, habló con brusquedad, con la atención fija en su pipa.

—¡Cáspita! ¡Yo leo novelas policíacas! —dijo con el aire de quien hace preguntas y eruditas investigaciones sobre los orígenes de Caldea.

—¡Lo que faltaba! —murmuró *sir* Henry Merrivale.

El coronel, de carácter serio, le lanzó una dura mirada, pues quería verdaderamente a su sobrina y hubiera preferido morir antes de que algo malo le ocurriera, pero también se hubiese muerto antes que reconocerlo.

—Sé que son pura fantasía —dijo—. ¡Pero escuche! Estos hechos ocurren a menudo.

Y a uno le gustaría poder decirle al borrico de detective: «¡Hombre, tenga sentido común!». Ahora el jefe de la pandilla...

—Ha estado leyendo hechos sangrientos y no cuentos policíacos —interpuso West fastidiado—. Pero siga.

—La policía recibe una carta que dice... digamos, por ejemplo, que el ministro de la Guerra... (esto conviene) morirá exactamente a las nueve y media de la noche y que nadie podrá evitarlo.

—¿Y?

—Bueno, proceden correctamente. Sería raro de que no contaran con la mitad de Scotland Yard, de tres en fondo, para rodear el despacho del ministro de la Guerra.

Ponen centinelas en las ventanas y también en los tejados —el coronel Bailey respiró hondo—. Pero a los muy tontos nunca se les ocurrirá situarse simplemente «en el interior» del despacho. Lo que sucedería después podría haber sido evitado. ¿Me sigue?

El coronel Bailey, sin esperar la respuesta, señaló a Henry Merrivale con su pipa.

—Merrivale se sentará en un rincón de la habitación. Yo me sentaré en el otro. Me imagino que no habrá nada de malo —dijo vacilante, mirando a West— si también está usted allí. ¡Por Dios! Cualquiera que aparezca saldrá con las orejas hinchadas.

West se inclinó para tomar su cigarrillo encendido del borde de un cenicero.

—Coronel —dijo con franqueza—, no sirve.

—¿Por qué no?

—¡Porque nadie aparecerá!

—Pero si es lo que deseamos, ¿no es así?

—Diga —continuó West, cerrando sus ojos castaños en tal forma que los huesos de las mejillas parecían más altos de lo que eran—. ¿Cómo imagina a la persona que aparecerá... si alguna vez aparece?

—No lo sé —repuso el interlocutor, inquieto—. ¡Espere! Pienso que tal vez pueda ser alguien de aspecto extraño, con peluca y vestimentas teatrales.

—Yo también —dijo West—. ¿Está de acuerdo, *sir* Henry?

—Ajá —dijo Henry Merrivale.

—¡Está bien! —dijo West, aspirando una bocanada de humo y apagando luego el cigarrillo—. Ahora bien; si cualquiera de ustedes conociese alguna manera teatral de un entrar y salir de una habitación cerrada con llave, sin que nadie lo sepa, salvo la víctima que está dentro (y que está obligada a saberlo), ¿se presentarían si sospecharan que otra persona podría estar allí?

—No —refunfuñó Henry Merrivale y dio una chupada a su cigarro.

El coronel Bailey no contestó ni una sola palabra, pero golpeó violentamente su pipa dentro del cenicero de cristal.

—Escuche entonces mi plan —le pidió West a Henry Merrivale—, como se lo he explicado esta tarde al coronel Bailey. Después de todo, no podemos quedarnos sentados todas las noches, hasta la Navidad, en la habitación de Joan. Además... Tenemos que hacer una tentativa de apresar a La Viuda mientras sea posible. ¡Muy bien! Pero la habitación de Joan está en la planta baja, como lo sabe la autora de los anónimos. Ese dormitorio —lo señaló— está al otro lado del pasillo, saliendo de este estudio.

En tal caso —insistió el coronel Bailey con terquedad—, Merrivale y yo nos sentaremos al lado de fuera de la puerta y no nos moveremos.

—Está bien. A pesar de que hubiese preferido... Bueno, está bastante bien —West volvió a dirigirse a Henry Merrivale—. Las dos ventanas del dormitorio de Joan son anchas, con pestillos gruesos en el marco y difíciles de abrir.

—¿Como las ventanas de aquí, hijo?

—Sí. Las dos ventanas estarán cerradas con pasador por dentro. Yo las vigilaré desde fuera con otra persona. Es decir, habrá un centinela en cada ventana.

—¿Cómo? ¿Con qué otra persona?

—Con Fred Cordy.

—¡Hum! —refunfuñó el coronel en señal de duda.

—Caramba, usted dijo que era la única persona en quien podíamos confiar.

—¿Cordy? —replicó Henry Merrivale al enderezarse en la silla y quitándose el cigarrillo de la boca—. ¡Vaya, hombre! Creo que alguien me lo indicó. ¿No es aquel muchacho moreno, con el cabello erizado, que se balanceaba encima de la tumba?

West rió sin motivo.

—Ese es. Para mucha gente es un diablillo. Pero me es completamente fiel, lo mismo que al coronel y también a Joan. Además, no abrirá la boca. ¿A quién más podemos buscar si queremos mantener esto en secreto? ¿Al vicario?

—Pasaré primero sobre mi cadáver —dijo el coronel Bailey, apretando los dientes.

—Muchos hombres de la aldea nos ayudarían —siguió West—, pero la noticia se sabría mañana en todas partes. Con esta vigilancia alrededor de la habitación, ¿existe alguna probabilidad de que alguien entre?

Henry Merrivale, que con fastidio se pasaba la mano por la calva, hizo una mueca de protesta.

—Pero éste es el inconveniente, hijo. ¿Su plan no ahuyentará en mayor medida a La Viuda que el del coronel Bailey?

—¿Cómo?

—Por esto. ¿Hay alguna otra forma de entrar, con excepción de la puerta y de las dos ventanas?

—No. Ninguna.

—Entonces tendrá dos hombres custodiando la puerta interior y otros dos las ventanas exteriores. Si quiere llamar la atención hacia ese lugar, ¿por qué no dispara un cohete o hace tocar «Rule Britannia» por una banda de música?

Una vez más West se sentía intranquilo. En su rostro se acentuaron los enérgicos rasgos que expresaban su determinación.

—El plan no es tan tonto como le parece. Si La Viuda se acercase, lo haría por las ventanas. La luna —lanzó un vistazo a su reloj de pulsera— estará alta; en realidad, ya está alta. Pero Fred y yo nos esconderemos bien en la oscuridad. ¿Esto le satisface?

Henry Merrivale continuó mesándose los cabellos.

—Hijo, no digo que esté equivocado. Pero... ese tipo, Cordy... —Henry Merrivale levantó sus ojos penetrantes y lanzó una mirada oblicua a través de las gafas—. ¿No tienen a alguien más formal que ese duende travieso a quien le gusta sentarse sobre las tumbas o hacer acrobacias en la pradera? ¿Y Rafe Danvers, el de la

librería? ¿O aquel médico alemán?

—Danvers —convino West— sería perfecto, pero es demasiado viejo. En cuanto al médico...

—Prefiero no traerlo a mi casa —dijo el coronel Bailey con voz inexpresiva. Su mirada se dirigió desde el estante bajo con libros hasta los superiores marcados War Office y rápidamente la desvió otra vez.

—Perdóneme —añadió para disculparse—. No tengo absolutamente nada contra ese muchacho. Pero así es.

Se produjo un largo silencio durante el cual el humo del tabaco pareció espesarse.

—¡Escuchen, esto es una verdadera tontería! —dijo de pronto el coronel Bailey como un hombre que se viera en el cuarto de los niños, sentado en el suelo jugando.

—Por supuesto —dijo West—. Pero no es por nuestra culpa. Esta situación no la hemos inventado nosotros. Ha sido La Viuda.

La tensión iba en aumento, aunque no quisieron reconocerlo. West se levantó de la silla y caminó inquieto.

—¡Esto me resulta muy desagradable! —dijo—. Desearía no tener que hacerlo. Me da miedo el efecto que producirá sobre Joan.

—¿Joan? —repitió sorprendido el coronel. Una sonrisa suavizó su cara—. No podría asustar a esa joven por nada del mundo.

—Perdóneme. Pero tal vez la conozca yo un poco mejor que usted.

—La bisabuela de Joan —dijo el coronel, golpeando la pipa contra el borde del cenicero de cristal enfáticamente— estuvo metida en pleno motín de Sepey en el cincuenta y siete. Peleó con un fusil junto a su marido. La propia madre de Joan...

—Pero en las familias las cosas no ocurren siempre así.

—En la nuestra sí. ¡Vea este papelucho! —del centro de la mesa, salpicada de granos de tabaco, el coronel Bailey tomó el último anónimo que Joan había recibido.

»«Considero que deberíamos conocernos mejor —leyó en alta voz—. Por lo tanto, me propongo visitarte en tu dormitorio el domingo, poco antes de medianoche —y el resto—. Tu aspirante a afectísima amiga. La Viuda». ¿Dónde está la grave amenaza?

West dio un tirón a su cuello. Las dos voces se alzaron.

—No estoy seguro —replicó—. Pero le apuesto a que si cualquier mujer lee eso y sigue pensándolo, acabará poniéndose verde de miedo.

—¿Joan?

—¡Sí, Joan! Maldito sea, ¿no comprende que Joan es impresionable?

—«Impresionable», mi estimado joven —el coronel habló con mucha tranquilidad—. ¿No tendrá miedo usted también?

—Por mí no. ¡Pero intérpretele así! Durante más de tres meses (a partir de julio, coronel) nuestras espaldas han sido el blanco de flechas envenenadas. El veneno no mata, con excepción del caso de Cordy Martin. Pero la herida se inflama y empeora, puede hacer pasar malos momentos a ciertas personas. Es como si va uno andando

por la calle y un flechazo le hiere en el cuello. Y se da la vuelta y no hay nadie a la vista.

Las palabras breves expresaban el cuadro con una intensidad desesperante. Después de una pausa, el coronel Bailey disminuyó sus defensas al golpear otra vez la pipa contra el cenicero.

—¡Hay muchas probabilidades! —dijo.

—Exactamente. El autor de los anónimos puede ser usted o yo, aunque sé que no es así. Puede ser el propio vicario. Puede ser...

El timbre de la puerta de la calle comenzó a sonar con la fuerza de una pila nueva. Escucharon los pasos de Poppy, la criada, que iba de prisa a responder. Joan Bailey, que estaba en su dormitorio, en el fondo del pasillo, también oyó la llamada.

Joan, a quien sólo faltaba ponerse el vestido, volvió a recostar la cabeza sobre la almohada y se puso un trapo húmedo sobre la frente para aliviar el dolor de cabeza mientras las aspirinas surtían efecto. Su combinación de seda blanca brillaba a la luz de la lámpara colocada sobre una mesa a la izquierda de la bonita cama de cuatro columnas.

—¡Es tonto! —dijo Joan en voz alta, mirando al techo—. ¡Es tonto sentirse como me siento!

La habitación era grande y cuadrada, igual al estudio en el otro extremo del pasillo, empapelada con un papel de mal gusto que esbozaba unos repollos. Tenía una gruesa alfombra. Había demasiados muebles, que no tenían cabida en otra parte. Pero el único lado que nos interesa es el del oeste, donde la cabecera de la cama se apoyaba contra la pared, entre los dos ventanales.

Aunque Joan no lo notara, ya había salido la luna. Las dos ventanas estaban aseguradas y con las cortinas descorridas para tener la certeza de que se había corrido el pasador.

Lo peor, pensaba, era la tremenda sensación de soledad.

Joan habría mojado el trapo con mayor frecuencia en un tazón de agua que tenía junto a la lámpara, de no haber sido porque cada vez que daba la vuelta a la izquierda veía las agujas del pequeño reloj sobre la mesilla de noche. La hora se acercaba.

Si en aquel momento hubiese podido escribir en su diario, habría anotado algo así:

«No quiero ser la mujer que estuvo en aquel puente en llamas. Es un trabajo de hombre; que él lo haga. Pero lo haré porque esto esperan de mí. De todos modos, Gordon estará en la parte de afuera de la ventana. Si pudiera inclinarme y extender mi mano a través del cristal, casi podría tocarle».

Como Joan se hallaba acostada, la puerta que comunicaba con el pasillo quedaba en la pared frente a ella, a su derecha. El sonido del timbre de la puerta la sobresaltó, pero sólo se incorporó cuando oyó la voz suave de Stella Lacey, que se acercaba por el vestíbulo.

—... con toda urgencia —Stella decía a Poppy— «he» prometido entregar estas

cartas a *sir* Henry Merrivale, pero aquella espantosa mujer con el pelo mal teñido me ha dicho que no estaba en el Lord Rodney.

—Sí, señora —dijo Poppy—. Por aquí, señora.

Joan se levantó de prisa. Después de ponerse el vestido y los zapatos y arreglarse rápidamente el pelo frente al espejo del tocador, abrió la puerta de su dormitorio y pudo ver, a través del humo del tabaco, a Stella de espaldas en la puerta del estudio y a tres hombres en pie.

—... sabía que era domingo por la noche —el encanto de Stella se reflejaba en las caras varoniles y su pelo rubio ceniza se arremolinaba sobre los hombros cuando movía la cabeza—, pero tuve que hacer unas compras en la farmacia. Si toco el timbre y asoma *míster* Goldfish y ve que soy yo, siempre baja y me hace entrar.

—¿Goldfish? —exclamó Henry Merrivale pendiente de la colilla de su cigarro—. Me parece haber oído mucho ese nombre.

—Es ese hombre pequeño, de mirada inquieta y gafas diminutas —explicó West— que estaba con Theo Bull entre la muchedumbre y que parecía no querer encontrarse allí, aunque también se encontraba bastante agitado.

—Me pidió que trajera esto —dijo Stella—. También me pidió que les dijera que estaba con ustedes, signifique lo que signifique. Parece ser que también recibió dos anónimos.

«Tac», sonó la pipa del coronel Bailey contra el cenicero, expresando desesperación.

—¿Sobre qué? —preguntó West.

—¡Gordon! —exclamó Stella con ficticio desagrado. Joan podía adivinar, aunque no lo viera, la sonrisa de reprobación que le hacía fruncir los labios—. ¿Cree que soy capaz de leer las cartas de los demás?

—¡Sí! —dijo Joan con voz inaudible.

—Me parece que engatusé a *míster* Goldfish —Stella empezó a reírse, pero al ver las caras de los presentes, instantáneamente se puso solemne—. Una vez..., oh, esto fue hace años, antes de venir aquí... murió la esposa de una persona importante y se habló de que *míster* Goldfish había preparado una receta equivocada que contenía veneno.

—¡Un momento! —intervino Gordon West—. He oído hablar de ese viejo chisme. Es casi una leyenda. La persona tan importante, ¿acaso no era el Squire Wyatt, que ha enterrado a dos esposas?

—Así es, Gordon.

—Esto tiene que acabar —dijo el coronel Bailey.

—Estoy completamente de acuerdo con usted, coronel —dijo Stella, y seguidamente entregó a Henry Merrivale las dos cartas—. Realmente no me he encontrado con usted aquí, *sir* Henry. Pero creo que nos hemos conocido en Londres.

—Estoy completamente seguro de que así es, señora —repuso Henry Merrivale, fijos en ella sus penetrantes ojos—. ¡Cáspita! Debe tener algo que ver con mi esposa.



Aunque, dígame, ¿por qué se inquietó tanto y previno a la gente en contra mía cuando la vi por vez primera en la pradera?

Stella pasó por alto esta pregunta. Vestía un modelo azul y uno de esos sombreros negros con medio velo tan de moda ese año. Sus ojos grises brillaban a través del velo cuando se volvió hacia el coronel Bailey.

—Ahora me voy volando, porque Pam debe de estar preocupada. A propósito, tiene que leer el librito de poemas de Pam. ¡Pero, coronel!, no debería ponerse esas chaquetas de franela ni hundir las manos hasta los codos en los bolsillos. Es demasiado buen mozo para ir tan desaliñado. No lo niegue ahora. ¡Lo es! ¡En cuanto a... Joan!

Esta, más cordial y rozagante que nunca, entró en el estudio como si no tuviese preocupación alguna.

—¡Querida! —dijo Stella con tono de ansiedad.

Joan se dejó besar en las mejillas, pero al mismo tiempo volvió sus ojos azul claro en otra dirección, como imaginando algún crimen inocente.

—¿Está segura de sentirse bien? —preguntó Stella con el mismo tono de ansiedad.

—Estoy perfectamente bien —rió Joan, arqueando las cejas en señal de interés—. ¿Por qué no habría de estarlo?

—Por supuesto. Yo... quería consolarla por lo del sermón de míster Hunter esta mañana. Joan, yo estaba furiosa. Creo que nunca en mi vida me enfadé tanto. Sé que no estaba usted allí. Sin embargo...

—¡Pero, Stella! —protestó Joan—. ¿Y usted? No debe haber sido agradable enterarse del contenido de estas cartas... Gordon dice que no eran más que tres, pero creo que llegan a una docena... diciendo que usted y Gordon iban por mal camino.

Se produjo un silencio mortal a pesar de que ya no era ningún secreto. West, resuelto a evitar esta situación, no podía sino aparentar ser más culpable de lo necesario.

—¿O no ha oído hablar de ello? —preguntó Joan.

—Sí, querida. Lo he oído —suspiró Stella haciéndose un poco la mártir—. ¡No me pregunte quién me lo dijo! Cuando corre un rumor absurdo como ése, nunca se puede recordar de dónde viene. Pero si Gordon y yo no hemos hecho más que tomarnos de la mano a la luz de la luna.

West hinchó con fuerza los pulmones.

—Mujer —dijo de pronto y sin cortesía alguna, señalando con el dedo a Stella—, ¡jamás hemos hecho ni siquiera eso! ¡Jamás le he dirigido una mirada lasciva! Nunca he...

—Espero que no lo haya hecho... —le dijo vivamente Joan a Stella—. Debe saber que Gordon y yo nos vamos a casar el 3 de octubre... Tío George, no te pongas de esa manera. Te lo íbamos a decir, pero han ocurrido tantas cosas...

Joan interpretó mal la expresión del coronel, que, debemos confesarlo, fue de

alivio. Después de todo, no contaba con más ingresos que su media paga, y Joan no tenía nada. Sentado erguido en la silla de cuero, reaccionó lo mejor que pudo.

—¡Joan! ¡Y... mi querido West! Mis cordiales felicitaciones. Por Dios, sí. ¡La tengo! Esta es una ocasión que requiere una botella de cham... —la vista del coronel Bailey cayó sobre la carta anónima, dejada sobre la mesa como una araña.

—No —añadió llanamente—. Lo siento. Todavía no.

—Buenas noches, Stella —dijo Joan en el mismo tono—. Poppy la acompañará hasta la puerta.

Y la puerta del estudio se cerró tras Stella Lacey.

Esto ya fue demasiado para la dignidad del coronel Bailey.

—¡Joan! —habló con severidad—. ¿Acaso estamos acostumbrados a tratar así a nuestras visitas? ¿A echarlas virtualmente de casa? ¡Ya mistress Lacey! Una mujer tan agradable —el coronel prosiguió a pesar de su turbación—, la mujer más agradable que jamás haya venido a Stoke Druid. Sin que te lo reproche, sé que me contaste un chisme sobre ella hoy, camino de la sacristía. Hojarasca. ¡Nadie podrá creerlo!

—El inconveniente es... —empezó Joan y calló—. Por lo menos «ella» no puede haber escrito los anónimos.

—¿Qué le hace pensar que no, encanto? —preguntó *sir* Henry Merrivale.

Durante esta conversación, Henry Merrivale, que había dejado la colilla del cigarro y las cartas de mister Goldfish, estudiaba las caras con la barbilla apoyada en su mano. Joan, sonrojada, se dio cuenta.

—¿Qué ha dicho?

—Pregunto —refunfuñó Henry Merrivale—, ¿qué le hace pensar que ella no los ha escrito?

—Stella no hubiese escrito un montón de cartas acusándose a sí misma.

—¡Diantre! ¡Vaya pandilla de ineptos! —suspiró Henry Merrivale, y volvió a sentarse—. Un hombre lo hace rara vez o nunca, porque tiene miedo a perder su trabajo. Es propio de la naturaleza masculina. Pero una mujer a quien no le importa nada, a menudo escribe las necedades más descabelladas e histéricas acusándose a sí misma porque cree, como usted así lo ha pensado, que nadie sospechará de ella. La policía conoce perfectamente esa mentalidad.

—Santo Dios —dijo West—, ¿nunca acabarán los enredos en un caso de anónimos?

Henry Merrivale no respondió. Pero la sombra tenebrosa de nuevo había caído sobre ellos; la nube envolvente dentro de la cual podían dañarlos o herirlos hasta enloquecer sin que ellos pudieran devolver golpe por golpe.

—Me imagino que esta noche haremos la gran prueba —observó Joan riendo—, ¿la de atrapar a La... La Viuda?

West la miró.

—¿Dices que esto no te importa? —preguntó—. Contesta francamente.

—Franca y sinceramente.

—Angel mió —dijo West con calma—, estás mintiendo.

—Querido, ¡«no es cierto»!

—¡Hum! —refunfuñó el coronel Bailey, y se volvió—. ¿Querrías tomar un par de mis píldoras amarillas para dormir?

—¡Sí! ¡Muchísimas gracias...!, quiero decir que no tiene importancia, pero podré dormir mejor, ¿no es verdad?

—Píldoras amarillas —repitió medio soñoliento Henry Merrivale, y miró al coronel—. ¿Nembutal?

—Eso es. Si prefieres alguna otra cosa, probablemente el farmacéutico...

—No. Es una buenísima idea —Henry Merrivale asintió con un movimiento de cabeza y miró a Joan—. Pero si va a tomar esas píldoras, encanto, tómelas ahora. ¡Sí, ahora! Obran como el diablo, pero son de acción. Actuarán lentamente y la tumbarán a la hora y media o más, así que tómelas ahora.

—Y ésta es la noche —dijo nervioso el coronel Bailey— en que deberíamos celebrar un compromiso. Estoy contento, saben. Al diablo si no lo estoy —dijo desafiante, temeroso de que hubiese señales de demostración por parte de Joan o de West—. Pero no es correcto. En nuestro casino de oficiales, cuando anuncié mi compromiso...

—No hubo un hombre que no estuviese borracho —dijo Joan, repitiendo una declaración que había oído *ad infinitum*—, desde el coronel hasta el subalterno más joven —su valor falló un poco y casi estalla.

—Fue por mi culpa —intervino West—. Si pregunta a Joan, le dirá por qué fue una declaración tan repentina... —West calló de golpe—. ¡Una declaración! —repitió él.

—¡Vamos! ¡Qué diablos! ¿Qué ocurre?

—Gordon, querido, por favor, no me hagas saltar.

—¿Dónde está esa carta? —preguntó West. La vio sobre la mesa, la arrebató y febrilmente volvió a leerla.

«Por lo tanto, me propongo visitarte —leyó en voz alta—. Por lo tanto, me propongo...» —el cerebro de West trató de recordar algo que escapaba a su comprensión—. El autor de los anónimos está destinado a cometer errores usando los mismos términos. Ahora, ¿a quién he oído emplear estas mismas palabras en las últimas veinticuatro horas?

**E**l reloj del piso alto dio las doce menos cuarto. Aunque el pasillo de la planta baja estaba a oscuras, la luz de la luna sobre los paneles de cristal de la puerta de la calle permitía que el coronel Bailey y *sir* Henry Merrivale pudiesen verse fácilmente. Estaban sentados en dos sillones, casi tocándose los pies, del lado exterior de la puerta cerrada del dormitorio de Joan.

Pero la vigilancia no había sido inactiva y ocasionó violentas discusiones en voz baja. Después de las once (cuando Joan, lejos de sentirse con sueño, se fue a la cama) cada uno había entrado alternativamente dentro de la habitación, a intervalos de diez minutos, para ver cómo seguía Joan. Se había convenido de que, mientras uno investigaba, el otro permanecería cuidando la puerta, a la que se la había echado la llave como doble precaución, por temor a que alguien se escurriese sin ser visto. Cada vez encontraron a Joan despierta. A pesar de que la cabecera de la cama estaba sumida en la oscuridad, entre las dos ventanas profusamente iluminadas por la luna, Joan se inclinaba hacia el reflejo de la luz para contestar con un susurro impaciente. De vez en cuando, echaban un vistazo a los otros dos guardianes despiertos, en la parte exterior de las ventanas.

Estas seguían firmemente cerradas con pasador. Un registro completo de la habitación les había convencido de que nadie se ocultaba en ella. Más tarde acabó molestando a Henry Merrivale todo ese movimiento.

—¡Basta! ¿Por qué no deja dormir a la pobre niña?

—Bueno, ¿y por qué no lo hace usted tampoco?

—No lo sé. Esta habitación está herméticamente cerrada. No veo ninguna manera posible... ¡Hum! No.

Cuando *sir* Henry Merrivale encendió un fósforo, a las doce menos veinte, la encontró dormida. Las píldoras de nembutal habían ganado la partida. A las doce menos diez, el coronel, al encender también un fósforo, la encontró aún más profundamente dormida bajo los efectos de la droga. Además, mantuvo una violenta discusión en voz baja a través de la ventana con Gordon West; tras lo cual, el coronel Bailey de prisa llegó a la puerta, la abrió, salió, volvió a echar la llave por la parte de fuera e informó:

—Fred Cordy tiene un revólver —dijo.

Henry Merrivale, sentado en el sillón, dejó caer las manos a los lados.

—Eso es magnífico —dijo con voz hueca—. Es útil. Cuando hay un zapatero bobo que tiene la manía de sentarse sobre las tumbas lo que más necesita en ese caso es un revólver. La joven...

—Joan está bien. Profundamente dormida. Yo estaba hablando con West...

—Ajá. Los oía. Parecían un par de mangueras de incendio vacías que

desembuchaban a toda presión. ¿Le dijo a West que le quitara el revólver a ese bobo?

—Sí, se lo dije. Preferiría no haberlo hecho.

—¿Por qué?

—Bueno, Cordy no querrá quedarse. O... espero que no le dispare a West. Cordy está chiflado, sabe. Realmente cree que nos está protegiendo.

—Su idea de la protección —dijo Henry Merrivale— es la de un individuo que hace fuego contra el centinela en lugar de contra el ladrón. ¡Cáspita! ¿Por qué se preocupa de esa Viuda? Recurriendo a Cordy como protección tendrá la casa llena de cadáveres esta misma noche.

—Estoy hablando en serio, Merrivale.

—Y yo también —replicó Henry Merrivale con una voz tan suave e inexpresiva que el coronel Bailey respiró satisfecho—. Esto no me gusta nada —dijo Henry Merrivale—. Cada vez me gusta menos. Porque el automóvil está ahora zumbando a cien millas por hora, y en este preciso momento, ni siquiera sé en qué dirección vamos.

—Puedo decírselo —repuso con suavidad el coronel Bailey—. ¿Tiene alguna idea de la hora?

Henry Merrivale sacó trabajosamente su gran reloj que sonaba como un martillo de enano y examinó la esfera de cerca en la semioscuridad.

—Faltan cuatro minutos para la medianoche.

—¡Bien! —dijo el coronel, con un estremecimiento de alivio que, casi sin verse, se sintió—. Ahora le diré una cosa —agregó—. Si nada ocurre entre ahora y la medianoche, sabré que esto fue un engaño y que el tipo jamás pensó en venir.

—Sí. Yo también he acariciado esa idea.

—¡No puede ser otra cosa! Hemos registrado a fondo la habitación. Las ventanas están cerradas con pasador. Los centinelas están alerta. Entrar allí ahora es impo...

—¡Calle! —dijo Henry Merrivale con inquietud—. Por el amor de Esaú, no emplee esa palabra. No conoce la historia de mi vida. Usted mismo podría salir ahora y silbar a La Viuda. Diga que es muy improbable, si quiere. Diga que apostaría cien libras esterlinas. ¡Pero nunca emplee esa otra palabra!

—Está bien. No comprendo..., no importa, está bien.

—Gracias, amigo mío. ¿Decía?

—No soy hombre preguntón —dijo el coronel, desconcertado—. Usted lo sabe. Pero hace un minuto me ha dicho que no entendía lo que está ocurriendo ahora. ¿Significa que tiene alguna teoría sobre los demás?

Henry Merrivale estaba recostado en la silla, las manos entrelazadas descansando sobre el cuerpo, haciendo girar los pulgares.

—¿Oh, eso? —dijo vagamente—. La tengo, por supuesto. Pero todavía está un poco confusa y no podría probarla.

—He sabido algo más de usted desde anoche —el coronel no quiso encontrar su mirada—. No recuerdo quién me lo ha dicho, caso curioso. No pretendo ser

impertinente. De todos modos, sé que le gusta ser confuso. No me importa, más bien me divierte. Es como esas letras sueltas de las palabras cruzadas que parecen muy tontas hasta que uno descubre que el significado es lógico. Si quiere ser confuso, hombre...

—¿Yo? —exclamó Henry Merrivale, que había estado mirándolo con verdadero asombro—. ¿Yo? ¿Confuso? ¡Madre mía!

—¿No lo es? Disculpe. Oí decir que lo era. De todos modos, ¿está fuera de lugar que le pregunte cuál es su rumbo?

—Bueno... ahora —meditó Henry Merrivale—. Se lo diré bastante rápido. Conoce casi todo, salvo algo insignificante que mantengo en reserva y se lo diré. ¿Confuso? Pero ¡Cáspita!, soy el arroyuelo más puro que ha tintineado nunca sobre las rocas. ¡Escúcheme con atención!

Henry Merrivale meditaba en el tranquilo silencio del pasillo, mientras el minuterero de su reloj se aproximaba lentamente a la medianoche.

—¿Sabe —empezó algo inesperadamente— que la dueña de mi hotel se llama Virtue Conklin?

—Este... si —dijo el coronel.

—Oh, Virtue es excelente —refunfuñó Henry Merrivale con amplitud de criterio—. Es un buen ejemplo de mujer si usted es como yo y no pretende algo demasiado bueno.

El coronel asintió con un movimiento de cabeza. Después de echar un vistazo al pasillo oscuro para asegurarse de que no había señoras presentes, según la costumbre de su profesión, habló con cautela.

—Le contaré algo —dijo—. Una vez conocí a una joven en Cawnpore...

—¿Se va a poner a contar historietas atrevidas —preguntó severamente Henry Merrivale— o me va a escuchar?

—Pero no estaba contando ningún maldito... ¡oh! Veo lo que quiere decir. De todos modos, no debí haberlo dicho.

—Bien. Bueno, anoche cuando salí de casa antes de que viniera el vicario.

—Le mandé que se fuera —dijo lacónicamente el coronel Bailey—. Luego telefoneé al obispo.

—De todos modos, regresé al Lord Rodney. Después de un rato —el ademán de Henry Merrivale indicaba un intervalo de tiempo— invité a subir a mi habitación a mistress Conklin. Muy chocante —añadió de prisa con aire de fervor y santidad—. Pero había que hacerlo.

—Ciertamente.

Faltaba un minuto para la medianoche.

—Estábamos bebiendo un Black Velvet, jerez con champaña. ¡Diantre, qué mezcla! ¡Y cómo habla esa mujer! Mientras conversábamos, entre otras cosas, me dio algunos informes que me dejaron patidifuso. Eso es lo que no le he contado.

»Coronel —continuó Henry Merrivale—, por lo menos durante una semana antes

de que yo viniese aquí, ha corrido el rumor de que un gran detective vendría de Londres con una buena pista.

»Pero ¡no podía tratarse de mí! Por aquel entonces, nunca había oído hablar de Stoke Druid. Tampoco supe nada de los anónimos hasta el viernes cuando recibí el telegrama de Rafe Danvers y vine al día siguiente, sábado, para ver un libro raro que ahora no viene al caso.

»Pero han decidido —Henry Merrivale hizo castañetear los dedos— que yo era el gran detective con el buen indicio. Incluso su sobrina se lo ha creído. Cuando la encontré en la librería de Rafe, dijo: “Usted es el hombre que anda aclarando los misterios de las habitaciones cerradas, las desapariciones y los milagros. Habrá venido aquí para...”, y se calló. Hay otros ejemplos, pero dejémoslo. Esto fue lo que pensó la gente.

En la oscuridad se alcanzaba a ver su ceño fruncido cuando el coronel arqueó las cejas.

—Pero ¿dónde está el endemoniado indicio? Si la gente se equivoca, ¿qué diferencia hay?

—Oh, ¿todavía no me ha comprendido?

—Me parece que no.

Con un ligero zumbido de las pesas, el reloj de arriba tocó la primera campanada de las doce. El coronel Bailey apretó los bordes del sillón con los dedos.

Y nada ocurrió.

La oscuridad, y la luz de la luna, se mantenían firmes en la casa. Joan Bailey, en su dormitorio, dormía plácidamente, su cabellera extendida sobre la almohada hacia la mesita de noche a su izquierda. Las ventanas seguían cerradas como lo habían estado desde las nueve de la noche. Fuera, los centinelas seguían montando guardia.

A cierta distancia, en una pradera baja y húmeda donde la neblina festoneaba adherida al suelo, la fina figura de piedra de la estatua de La Viuda Burlona mostraba su sonrisa misteriosa. High Street estaba entregada al sueño en la tenue luz que se filtraba por las ventanas. La iglesia y' la vicaría parecían no existir, con la sola excepción de la sensación de vida que daba el reloj de la iglesia.

En el piso alto de la casa del coronel Bailey el reloj tocaba las últimas campanadas de las doce. El coronel y Henry Merrivale, inmóviles, esperaron hasta que pasara un minuto largo. Luego el coronel aflojó lentamente la presión de los dedos sobre el sillón.

—Creo que esto ha terminado —observó.

—Ajá —dijo Henry Merrivale, que se sentía aliviado y con el sudor más frío de lo que le hubiera gustado reconocer—. La hora embrujada y no ha habido bruja.

—¿Quiere un cigarrillo, viejo amigo?

—Gracias. No me desagradaría. Encendieron sendos pitillos y la llama del fósforo dejó ver una empañada palidez en los dos rostros, luego los extremos rojos de los cigarrillos brillaron aislados de todo, en la semioscuridad, como separados del

cuerpo.

—Oiga —dijo el coronel después de una larga pausa—, nos quedaremos aquí hasta que amanezca. Es la vieja idea: si uno hace el tonto, hay que serlo del todo. ¡Nunca hubo peligro alguno! —habló enfadado y en voz alta—. ¡Se lo podría haber dicho! Siempre lo supe.

—Seguro, seguro.

—A propósito, ¿no estaba usted haciendo un análisis del caso? Por lo general, retengo los hechos tan correctamente como un libro que recuerdo de memoria página por página. Pero no puedo recordar lo que usted estaba diciendo.

—Habíamos llegado al punto noble y puro —dijo Henry Merrivale— en que usted no entendía nada. No obstante, nunca he tenido un reparo especial en hablar. Permítame seguir un poco y creo que lo verá muy claro. Lo podemos hacer con algunas fechas. ¿Cuándo empezaron estas cartas?

—En julio. Hasta entonces no había oído hablar de ellas.

—Para ser exactos —observó Henry Merrivale mientras inclinaba el cigarrillo hacia arriba en un ángulo peligroso y luego lo hacía girar otra vez—, fue el uno de julio. Mi Virtue (quiero decir mistress Conklin) es la única joven que ha tenido la paciencia de tener una verdadera conversación con otra mujer llamada Ellie Harris, la empleada de correos. ¿Conoce usted a Ellie Harris?

El coronel Bailey no se estremeció porque hubiese sido demasiado demostrativo, pero sus hombros lo indicaron.

—Comprendo —continuó Henry Merrivale— que la gente no pueda mantener una larga conversación con Ellie. Es completamente sorda; grita y le pone a uno nervioso, y la mayor parte de lo que dice resulta ininteligible. Pero mistress Conklin ha nacido en la East India Dock Road, donde en tiempos pasados todos gritaban a la vez y nadie entendía. Virtue perseveró. Resultado: la primera carta fue entregada el uno de julio a Stella Lacey en persona.

El coronel se enderezó.

—¿A mistress Lacey? ¡Tonterías, hombre! ¡Mistress Lacey no ha recibido ninguna carta!

—Ella mentía —dijo sencillamente Henry Merrivale—, pero eso no interesa. Ahora no se inquiete y preste atención a las fechas. ¿Cuándo se ahogó en el río Cordelia Martin?

—Eso es bien sabido. En la noche del doce de agosto. En cuanto a mistress Lacey...

Henry Merrivale ignoró a mistress Lacey.

—¡Así es! —dijo con énfasis—. El doce de agosto. ¿Y después qué ocurrió, muchacho? Las cartas dejaron de llegar durante un mes entero. Hasta donde puedo deducir por el contenido del cesto lleno de cartas y por la conversación con mistress Conklin no hubo ningún mensaje anónimo. ¿Y cómo explicamos esto? Pues, porque —continuó Henry Merrivale— el autor de los anónimos tiene miedo. El anónimo es



perverso en cualquier caso, concedido. Pero el caso de esta persona ahogada, si no legalmente, sí virtualmente, es un asesinato. Ha ido demasiado lejos. Y el autor decide parar, quizá para siempre.

—Pero volvieron a aparecer.

—¡Calle! —interrumpió Henry Merrivale haciendo pases mesmerianos para que el cigarrillo creara un dibujo—. Esto es justamente lo que yo denomino el punto raro y extraordinario. Como le he dicho, durante una semana todo el mundo en Stoke Druid ha estado esperando a un «gran detective con una buena pista». Si el rumor es cierto, debe llegar al final de la semana, el trece de setiembre. Y ese mismo día, fíjese, dos anónimos, por lo menos, aterrizan de golpe en dos lugares distintos. Amigo mío, ¿cuál es el juego de La Viuda? El gran detective puede ser alguien peligroso. ¿No es el momento apropiado para quedarse callado y no empezar otra vez a verter vitriolo? Pero sabemos que se enviaron las cartas. Le pregunto: ¿por qué?

El coronel Bailey refunfuñó:

—Es fácil —dijo—. ¡Una fanfarronada! El autor del anónimo quiere burlarse, quiere decir: «¿Qué me importa el gran detective?».

—Sí —reconoció Henry Merrivale—. Esa es la respuesta natural para cualquiera que no tenga la mente complicada. De todos modos, no concuerda con la idea de que La Viuda se asustó después de la muerte de Cordelia Martin.

—Pero mi estimado amigo, es también ésa su teoría. Si las dos caras de una teoría no concuerdan, está listo.

—¡Oh, no, no lo estoy! —repuso Henry Merrivale con porfía; dejó caer la colilla de su cigarrillo al suelo y la apagó—. Por ejemplo, nadie se ha preguntado cuál es el motivo. La primera lluvia de cartas, hasta el doce de agosto, pudo ser por el motivo que le guste; quizá por pura maldad. Pero la segunda tanda..., ¡cáspita!, huele a un motivo diferente.

Durante un momento quedó caviloso, con la barbilla apoyada sobre el pecho.

—El curso del razonamiento de este viejo puede ser —refunfuñó— puro viento de lado. Lo que rara vez ocurre —señaló hacia arriba—. Pero La Viuda prometió aparecer y no lo ha hecho. Ahí está la joven —y señaló con la cabeza hacia la puerta cerrada— durmiendo tan a salvo como la casa, rodeada de centinelas. Parece que me he equivocado. Debemos reconocer...

Henry Merrivale calló de golpe.

—¡Dios! —dijo el coronel Bailey.

Detrás de la puerta cerrada del dormitorio de Joan, muy poco ensordecido por la puerta o por las ventanas más alejadas, se oyó el estampido de tres disparos de revólver.

El ruido de los disparos de un Webley 38 llegó hasta la parte más alta de High Street, rasgó la noche y les paralizó el cuerpo tanto como la mente.

Luego, mientras se pudo haber contado hasta tres o cuatro en un latido, se oyó en la habitación un ruido tan poco humano que al principio Henry Merrivale no lo

identificó como un grito femenino. Pero Joan volvió a gritar y luego por tercera vez. Después, no se oyó nada, salvo los golpes de los puños contra los cristales de las ventanas.

El coronel, sacudiéndose al pisar el cigarrillo, se movió con rapidez y serenidad. Metió la llave en la cerradura, la hizo girar y abrió la puerta de par en par.

Él y Henry Merrivale de pie, tenían en la pared de enfrente, y algo a la derecha, las dos enormes ventanas iluminadas por la luna, con la cabecera de la cama entre ellas. El dormitorio estaba bastante claro, aun para los otros dos hombres que se distinguían uno en cada ventana y que golpeaban los cristales.

El coronel, tropezando con los muebles y arrojándolos a un lado, corrió hacia la derecha hasta un lado de la cama, donde se hallaba acostada Joan con la cabeza cerca de la mesita de noche. Pang-pang, seguían golpeando los puños contra los cristales. Gordon West, clavados los ojos en el coronel Bailey, que no estaba a más de un metro de distancia, preguntó algo ininteligible. Henry Merrivale, que seguía observando desde la puerta, accionaba el conmutador sin lograr encender la luz.

—No la han matado —desvarió el coronel Bailey, mientras cogía a Joan por los hombros, al ver que sus párpados se movían—. Creo que ni siquiera está herida. Está solamente desma... No, ella nunca se desmayaría. ¡Es la maldita droga!

Henry Merrivale, en el umbral de la puerta, berreaba llamando a Poppy, la criada, que había prometido quedarse despierta por si la necesitaban. Sobre la mesilla de noche Joan había dejado un tazón con agua y un pañuelo para humedecerse la frente. Su tío, tropezando con la mesilla, se dedicó a mojar suavemente el rostro de Joan y vio que abría los ojos en el preciso momento en que el clamor y el alboroto invadían la habitación.

—Si no abre esa ventana —dijo West—, la forzaré.

—¡Merrivale! —dijo el coronel por encima del hombro—. ¿Por qué diablos no enciende la luz?

—Porque el conmutador no funciona. Y no me muevo de aquí hasta que alguien venga a vigilar la puerta. ¡Al diablo con las cerraduras caseras! ¡Pruebe la lámpara de mesa que tiene a su lado!

El coronel, al extender la mano, encontró que faltaba la perilla de la lámpara y lo comunicó sulfurado. El agua se derramó. Joan, que había abierto los ojos lentamente y reconocido a su tío, se agarró a él. Poppy, asombrosamente, rodó el último tramo de la escalera, sin hacerse el menor rasguño.

—Quédese en esta puerta —gritó Henry Merrivale a la criada—. Cruce brazos y piernas delante de la puerta. Dé un alarido si alguien intenta salir. ¿Entendido?

Poppy emitió un ruido parecido al de la sirena anunciadora de las incursiones aéreas.

—¡Allí está la maldita bombilla eléctrica! —gritó West—. Al borde de la mesilla de noche, a menos de quince centímetros de la ventana.

El coronel tanteó y la encontró. Cuando estaba poniéndola en el casquillo se oyó

una voz fuerte y alegre fuera de la casa: Fred Cordy bailaba allí como un títere en una casilla iluminada por la luna.

—¡Le disparé! —gritó Cordy—. ¡Le disparé! —Y *sir* Henry Merrivale, a quien no le faltaba valor para hablar, sintió que se le ponían los pelos de punta.

—¡No la mató! —gruñó el coronel—. Está bien...

Bang, golpeó un puño que casi rompe el cristal. En aquel preciso momento una luz suave, pero nítida, inundó la habitación desde la lámpara con aquella pantalla blanca colocada sobre la mesa.

Nadie se movió, a excepción de *sir* Henry Merrivale, que fue a examinar las cerraduras de las dos ventanas. Se puede decir que, aun que una estaba ligeramente floja, ambos pestillos metálicos calzaban cómodamente dentro de la cerradura y todavía se encontraban firmemente cerrados.

Henry Merrivale podía ver, a través de la ventana, el rostro de Gordon West con los ojos desorbitados de espanto. Gordon envolvía el puño en su chaqueta para dar un puñetazo al cristal. Henry Merrivale giró la llave y levantó el largo bastidor interior de la ventana que se movió sin crujir. Y West, después de ponerse otra vez la chaqueta, pasó el antebrazo: en la mano llevaba un revólver Webley 38.

Henry Merrivale cerró la ventana, le echó el cerrojo y examinó atentamente la habitación.

—¿Está bien ella? —preguntó West—. ¿Ella está bien?

—¡Sí, sí, sí! —repuso agitado el coronel.

West dejó el revólver sobre la mesilla de noche.

—Perdóneme —dijo con un ademán demostrativo.

El coronel Bailey, que había permanecido sentado al borde de la cama, con su brazo rodeando a Joan para sostenerla, aceptó la excusa con un movimiento de cabeza y se levantó. West le sustituyó y apretó con fuerza su brazo alrededor de los hombros de Joan. Esta le miró con la vista vaga y le sonrió.

—Esos disparos... —empezó el coronel.

—Cordy los hizo —contestó West, respirando profundamente por las fosas nasales—. Lamento no haberle quitado el arma cuando usted me lo dijo. Pensé que todo iría bien. Pero he visto...

—¿Sí, hijo? —instó Henry Merrivale—. ¿Qué es lo que ha visto?

—Una maldita sombra de aspecto extraño —dijo West— que parecía trepar por la pared. Eso fue exactamente antes de que sonara el reloj de la iglesia. Es probable que sólo haya sido mi imaginación o un juego de sombras; creo que lo era. De todos modos...

—¡Continúe! —dijo el coronel.

—Le hablé en voz baja a Cordy. También debe de haber visto la maldita sombra. Sea lo que fuere, hizo tres disparos; no pude hacer lo que usted me ordenó; cuando quise quitarle el revólver se volvió contra mí y casi le rompo el brazo. ¿Dónde está Cordy ahora?

El martilleo contra la ventana había cesado.

—Se fue —dijo— el coronel.

—Se sentía triste. Se cree un héroe. Por eso gritaba: «¡Le disparé!». Pero no nos ocupemos de Cordy —la voz de West se suavizó—. No te han hecho daño, Joan. No podían hacerte nada. ¿Por qué has gritado, querida?

Con un violento esfuerzo, y sin acabar de sentirse segura, Joan levantó la cabeza apoyada en el hombro de él.

—Gordon —susurró.

—¿Sí, Joan?

—Estuvo aquí.

Nadie se movió ni habló en esa habitación victoriana, sofocante, debido a las ventanas herméticamente cerradas. West se humedeció los labios secos.

—¿Quién estuvo aquí, Joan?

—La Viuda. Yo la vi. Ella... me tocó.

Un violento temblor se apoderó del cuerpo de Joan, que West apaciguó acercándola más hacia él. Al mirar al resto de los presentes, él vio una expresión extraña en los rostros. West volvió a humedecerse los labios. El tono de su voz era natural, como si hablara de una visita que hubiese acudido para tomar el té.

—¿Dónde le viste, querida?

El ademán lento de Joan indicó el borde de la cama, en el mismo lado en el que se hallaba sentado West, pero un poco más lejos.

—Algo me despertó. Golpes. Estrépito. Detonaciones. No sé —Joan hacía pausas entre cada palabra porque todavía luchaba contra la histeria producida por los rastros del nembutal.

—¿Sí, querida?

—Y ahí estaba ella. Al pie de la cama. A la luz de la luna. ¡Qué raro! —los ojos azules parecían vagamente preocupados—. Durante un segundo... creí que era un hombre disfrazado. No sé por qué. Pero era La Viuda. Le vi los dientes. Extendió la mano. Cuando me tocó... No recuerdo nada más..., nada...

—Estabas soñando, querida. ¡Tranquilízate ahora! Todo eso lo has imaginado.

Pero Joan, aunque su mente estaba confundida, recordaba muy bien lo que había visto y haciendo acopio de todas sus energías, realizó un último esfuerzo.

—¡Estaba aquí! —Joan gritó débilmente—. ¡Estaba aquí! —de pronto echó atrás la cabeza. Al cerrársele los párpados, West pudo ver el blanco de los ojos vueltos hacia arriba. El pecho de Joan subía y bajaba, suave y uniformemente, debajo de la bata de seda gris. Después de un momento, West la recostó sobre la almohada y se irguió.

—Está desvanecida —dijo.

—No está desvanecida —dijo brevemente el coronel Bailey—. Las píldoras para dormir la han vencido.

Pero al menos durante un minuto entero nadie pronunció palabra alguna.

La luz tranquila de la lámpara brillaba en la habitación cuadrada, empapelada con repollos azules, verticales sobre un fondo amarillento. Vieron a Poppy de pie, con los brazos y las piernas extendidos, en el umbral de la puerta. Vieron en desorden las sillas tapizadas con respaldos de felpa. El único lugar en el que alguien hubiese podido esconderse era el enorme guardarropa Victoriano, y el registro de Henry Merrivale un rato antes había demostrado que no contenía nada que no fuera ropa de Joan. Poppy asintió, segura de que nadie se había escurrido hacia fuera. Sus ojos reflejaban una intensa incredulidad.

—¡Esto no puede ser! —dijo West. Tomó de repente el Webley de la mesita de noche, como para defenderse contra un enemigo, y lentamente se volvió otra vez—. Les digo sencillamente que esto no puede ser —gritó.

—Lo sé, amigo mío —asintió fríamente Henry Merrivale—, pero lo es.

**D**espués de una larga y provechosa entrevista con el jefe de policía y el superintendente, el inspector Garlick decidió llegar discretamente a Stoke Druid y poner en juego todos sus conocimientos respondiendo a las órdenes de sus superiores de Londres. Su éxito podría implicar un ascenso. Entró en el salón del Lord Rodney a las nueve en punto del día siguiente (lunes) como se le había pedido, pero no encontró ahí a *sir* Henry Merrivale.

En el salón le recibió mistress Virtue Conklin, que lograría conservarse hermosa si usara menos afeites en la cara. Mistress Conklin, pasándose la mano por su pelo rubio dorado peinado alto, le informó que Henry Merrivale había regresado muy tarde y que, por lo tanto, no se le podía molestar.

El inspector Garlick se sentó entonces para esperar.

Que Henry Merrivale dormía, lo podría atestiguar no tan sólo mistress Conklin, sino cualquiera que se hallase en las proximidades del Lord Rodney. Una serie de ronquidos sonoros provenientes de las dos ventanas altas terminaban en un silbido semejante al del carrito de un afilador.

A la una y media de la tarde el inspector había ya terminado de almorzar y en el sótano del hotel se había producido una desacostumbrada agitación. Mistress Conklin decidió entonces que ya iba siendo hora de que se despertase su huésped.

Subió, apartando a los esbirros, hasta el aposento del emperador. Le despertó, hizo que se afeitara, le sumergió dentro del baño contiguo, produciéndose un chapoteo como si Henry Merrivale fuese un hipopótamo y, finalmente, se ocupó asimismo de que se pusiera un traje oscuro muy elegante.

—Todos los caballeros se los ponen —declaró ella.

Mientras esto ocurría, escuchaban el murmullo de una discusión general que provenía del bar situado exactamente debajo. En un momento determinado, mistress Conklin fue rechazada hacia atrás, dio contra la pared y cayó sentada. Es preciso aclarar que a ella no le molestaba ese trato, más bien le agradaba y no hubiera comprendido otro. Simplemente observó que *sir* Henry Merrivale era mucho peor que su difunto marido.

No obstante, todo fue tranquilizándose. Mistress Conklin adoptó una actitud muy digna cuando una criada atemorizada introdujo un carrito con la bandeja del desayuno. Después de indicar el lugar con el gesto de una emperatriz romana de película, esperó hasta que Henry Merrivale hubo devorado el desayuno. Fue entonces cuando se sentó en el borde de una silla y trató de sonsacarle.

—Ahora, pichón... —empezó.

Henry Merrivale la contempló por encima de las gafas.

—¿Empieza a hablar —le preguntó— cuando apenas comienza a amanecer?

—No sea desconsiderado con su pequeña Virtue. Anoche, en casa del coronel, alguien hizo tres disparos de revólver. Todo el mundo los oyó salvo el oficial —su cuerpo robusto se movió con interés—. ¿Qué fue, pichón?

Henry Merrivale dejó el cuchillo y el tenedor. Contestó tres variantes: a) que disparaban contra un ladrón; b) que estaban jugando a Guillermo Tell, y c) que al coronel Bailey se le escaparon tres disparos al limpiar su revólver. Mistress Conklin, dejando a un lado su afectado refinamiento, le llamó con todos los nombres que figuraban en su extenso vocabulario cockney.

—¿Ve aquella ventana? —preguntó Henry Merrivale señalándola con el tenedor de una manera siniestra.

—Por Dios —dijo mistress Conklin mostrando indignación, pero interiormente encantada—, no me cabe duda que es capaz de arrojarme por la ventana.

—Por supuesto. Soy Satanás.

—No, querido —repuso con mucha firmeza mistress Conklin—, puede ser muchas cosas, pero no Satanás —sacudió la cabeza y respiró hondo, pero en seguida mostró una sonrisa picaruela—. Se ha perdido unas espléndidas peleas en el gimnasio nada más que por su culpa —añadió.

—¿Qué peleas?

—Mi marido, antes de morir, hizo construir un hermoso gimnasio en el sótano —dijo Virtue frotándose convencionalmente el rabillo del ojo con un pañuelo—; con un ring espléndidamente equipado con cuerdas; guantes de todos los pesos y un precioso gong que casi se rompe por hacerlo sonar a todas horas.

—Pero ¿qué es esto de las peleas?

—Su Santidad —dijo Virtue.

—Por el amor de Esaú, ¿quiere decir de qué está hablando? Qué santi... ¡Espere! —dijo Henry Merrivale—. ¿Por una casualidad estaría usted hablando del vicario?

Los conocimientos de Virtue sobre los títulos eclesiásticos, incluso los de las iglesias, eran muy confusos. Ella se refería al vicario, pero insistió tercamente en el término empleado.

—A las doce menos diez —continuó—, él entró en mi bar y me habló. Yo dije «De acuerdo» porque iba a ser buen negocio para el bar. Entonces Su Santidad se dirigió a la carnicería de Theo Bull en el momento en que había mucha gente.

—Ajá. Adivino lo que sigue.

—«Buenos días, míster Bull —dijo Su Santidad, tan suave como la manteca—. Ya es casi hora de cerrar —dice el hombre santo—, ¿no querría venir al bar a sacudirse las pulgas conmigo?».

—¡Escuche, mujer! Esta sarta de mentiras de que Hunter hable como un vendedor de periódicos...

—Oh —se mofó Virtue sin darle importancia—, no digo que lo haya dicho. Es la idea. Y Theo se escupió en las manos y dijo que nada le gustaría más. Pero Theo mandó un mensaje a un granjero grande y fornido que se llama Jim Somers para que

se pusiera en el rincón de Theo. Y Theo quiso que míster West fuese el árbitro.

—West, ¿eh? —refunfuñó Henry Merrivale—. ¿Tuvieron algún inconveniente para encontrarle?

—No, querido. Tuvieron que sacarle de la cama como a usted, y algunos dicen que parecía como muerto. Pero míster West dijo que lo haría.

»Es verdad, pichón —continuó Virtue con voz despavorida—. Se podía pensar que todo el condado se trasladaba a mi casa. Theo Bull juró que no le bastaba con una pelea de tres *rounds* como los aficionados. Quería de quince como un profesional, y lo que es más, pidió guantes de cuatro onzas, que son los más ligeros que se permiten.

Sir Henry Merrivale se levantó de la mesa.

—¿Cree que no lo sé? —preguntó—. ¡Escuche, mujer! En Cambridge, en 1891 o tal vez en 1892...

Pero Virtue había perdido toda medida. Se levantó del sillón donde estaba sentada para ponerse a bailar en medio del cuarto, moviendo su cabellera dorada y balanceando otras partes del cuerpo, con el puño izquierdo extendido y el derecho colocado algo más atrás.

—Bang, tocó el gong para el primer *round*. Theo Bull atacó con el brazo doblado en un movimiento que un niño podría haber evitado. Su Santidad fue en busca de Theo... —hizo la demostración gráfica— y luego se enderezó con un uppercut. Theo cayó cuatro veces en el primer *round* y no pudo aparecer en el segundo. Pero Theo es un deportista correcto. Repetía todo el tiempo que había sido una buena pelea y que iba a «mandar a Jim Somers a pelear contra él». Todos vociferaban y lo pedían a gritos. Jim es más grande y más pesado que Su Santidad, que pesa un poco como un velero. Jim no tiene ninguna ciencia, comprenda, pero tiene una buena derecha con la muerte en ella.

Henry Merrivale, tan honda y profundamente encandilado como Virtue, la miraba fascinado.

—Dios, ¡qué pelea!, pichón. Jim castiga un poco a Su Santidad y le hace caer en el cuarto *round*, pero el hombre santo no deja de mandar izquierdas y derechas a la cara de Jim. Cuando llega al noveno, Jim apenas puede ver y golpea en el aire.

»Entonces míster West (que se equivocó, querido, porque Mahoma iba delante por puntos, pero dio un fallo razonable que contentó a todo el mundo) dio por terminada la pelea y dijo que era combate nulo. Todo el mundo gritó y se estrecharon las manos. Su Santidad gritó y dijo que, tan pronto como tomara un baño, invitaba a todos a una copa de ginebra en el bar.

Virtue calló, completamente sin aliento, y descansó un poco.

—Querido —añadió—, ayer odiaban a este hombre como si fuese veneno. Hoy es el caballero más popular de Stoke Druid. Es raro, ¿no le parece?

—¡Oh!, no lo sé. No tan raro.

Virtue seguía inmóvil, con los brazos caídos. Miró hacia un rincón del techo y de pronto las lágrimas fluyeron de sus ojos y al correr estropearon el maquillaje.



—¿No lo sabré yo? —dijo con voz áspera—. Kid Trelawney era de Poplar. Un peso ligero tan rápido que no podían cazarle. Y yo sólo tenía diecisiete años.

Hubo un prolongado silencio.

Sir Henry Merrivale se sentó refunfuñando en voz baja. Con mucha concentración pinchó el tenedor en un fragmento de huevo que había quedado en el plato y siguió pinchándolo sin levantar la vista.

Pero a mistress Conklin no le era posible permanecer deprimida más de dos o tres minutos seguidos. Después de componerse la cara ante el gran espejo colocado entre las dos ventanas, volvió con toda naturalidad a la actitud de gran señora que había adoptado delante de la criada. Alisándose el pelo y dejando caer los párpados, se dirigió a Henry Merrivale con una inflexión de voz tan refinada que él cerró lentamente los ojos de rabia.

—En realidad —dijo Virtue—, creo que esta exhibición por parte de un hombre santo es «muy» chocante. Una pelea vulgar, ¡puedo asegurárselo!

Henry Merrivale la amenazó con el tenedor.

—Si sigue imitando a Paula Tanqueray —dijo él— le arranco el corazón. Hay algo más. ¿Cree que la Iglesia quiere que sus pastores sean decadentes mojigatos? ¡Le apuesto a que no! Nuestro reverendo James... ejem... tal vez se entusiasme demasiado y llegue un poco lejos. Pero ¡lo ocurrido hoy, caramba, es lo mejor que podía haber ocurrido! Dígaselo a todas las visitas.

—¿Visitas? —suspiró Virtue, consternada. Había olvidado por completo que debía fingir estar enfadada con Henry—. Pichón —suspiró excusándose tiernamente—. Hay dos visitas que le están esperando.

—¿Ah? ¿No ha habido llamadas telefónicas de Londres?

—No, llamadas telefónicas no. Pero las visitas...

Virtue, a punto de perder sus modales de gran señora, se corrigió.

—Una es un simple policía —dijo con arrogancia—. Ha esperado varias horas, no le molestará esperar un poco más. Pero la otra...

Se oyó un ligero golpe en la puerta del dormitorio. Virtue se situó rápidamente cerca de una ventana mientras Henry Merrivale abría la puerta.

Marión Tyler, rebosante de alegría, entró y la cerró suavemente. Vestía pantalones negros, un sweater castaño y un abrigo echado sobre los hombros. Los sentimientos de Marión acentuaban el color tostado de su tez, en contraste con el negro de su melena lacia y la alegría de sus ojos castaño claro.

El día anterior no se había mostrado cordial con Henry Merrivale. Hoy era la cordialidad personificada. No obstante su porte denotaba vivacidad y sentido común.

—Siento entrometerme, *sir* Henry —dijo—. Pero ¿puedo sentarme un momento? Y... ¡oh!, mistress Conklin, por favor, no se retire. Le agradeceré mucho que se quede y me ayude.

Virtue, asombrada y complacida, sin embargo, guardó su compostura. Le cedió su silla a Marión y tomó una mecedora para sí misma.

—Tome asiento —le rogó.

Henry Merrivale miraba a Marión con una expresión enigmática. Posiblemente distaba mucho de mostrarse cordial por su mal genio o tal vez por la actitud de Marión el día anterior.

—Dicho sea de paso, aparte de visitarme, ¿por qué está aquí en Lord Rodney?

—Vine a aplaudir la pelea de mister Hunter —contestó sencillamente Marión.

—¿Si? —exclamó Virtue—. ¡No la vi!

—Estaba arriba en el salón, mistress Conklin. Los bares estaban llenos y mandaban las noticias *round por round* —los ojos de Marión chispeaban—. El... lo hizo bastante bien, ¿no?

—Miss Tyler —dijo Virtue inclinándose hacia delante con vehemencia—, les pegó en... quiero decir que salió victorioso.

Sin embargo, Marión pareció dejar esto de lado como si no le diese importancia.

—Vea, *sir* Henry —continuó con su aire ahora tan simpático—, en realidad he venido para pedirle un gran favor.

—¿Cuál?

Antes de hacerlo —Marión vaciló y apretó su bolso de mano—, tengo que decirle que ha resultado muy desagradable lo sucedido anoche en casa del coronel Bailey.

—¿Lo cree así?

—Lo sé —dijo Marión con franqueza, clavando su mirada en él—. La pobre Joan tuvo tal impresión que esta mañana el coronel la trajo a mi quinta y me preguntó si podía darle alojamiento durante uno o dos días. Dijo que quería acompañarla de continuo, pero que prefería que la cuidara una mujer. Por lo tanto, estoy bien enterada.

—Ah —dijo Henry Merrivale.

Virtue, que casi gritaba de curiosidad, sin embargo, permaneció alejada en la mecedora, alisándose el pelo.

—¡*Sir* Henry! ¡No puede haber ocurrido! —dijo Marión.

—Me parece haber oído esta frase antes.

—Sí, pero esta vez —insistió Marión— las ventanas estaban cerradas y vigiladas. La puerta estaba cerrada y vigilada. Nadie se ocultaba en la habitación, ni nadie salió después. Sin embargo, esa... esa...

—Diga monstruosidad —insinuó Henry Merrivale—. No se alejará mucho de la verdad.

—Esa figura, sea mujer u hombre disfrazado, tocó el hombro de Joan y estuvo allí en persona.

—Así parece.

—¿Ha encontrado alguna explicación?

—Por el momento no. Pero —dijo Henry Merrivale soñoliento— puesto que ustedes dos quieren hablar del asunto, hablemos. ¿Puedo hacer una pregunta?

Marión pareció desentenderse, pero Virtue la esperaba anhelante, a pesar de que

no había hecho ningún comentario. La mecedora se balanceaba peligrosamente.

—A partir de ahora —Henry Merrivale miró a Virtue— usted hablará por boca de la aldea. Usted —miró ahora a Marión— lo hará por boca de los demás. Ha habido una excesiva reserva en este asunto. Nos hemos enterado —aquí fijó los ojos, como hipnotizados, en Marión— de que mistress Stella Lacey ha recibido por lo menos un anónimo de La Viuda, a pesar de que lo haya negado.

—Supuse que lo había recibido —dijo Marión. Tenía la vista baja y en su voz se detectaba un dejo de desagrado.

—No sabemos si habrá recibido más cartas, ni tampoco lo qué decía la primera. Sin embargo, sabemos que Gordon West recibió tres anónimos relatando cuáles eran sus relaciones con mistress Lacey. West y mistress Lacey, ¿alguna de ustedes lo hubiese creído?

Virtue habló con su voz más digna.

—¡Caramba, no! —dijo—. Imagínese si un hombre correcto como mister West iba a mirarla cuando —explicó Virtue siempre observando las cosas desde un solo ángulo— acababa de conquistar (si así puede llamarse) a una joven bien formada como miss Bailey.

—¿Y usted qué piensa? —la mirada hipnótica de Henry Merrivale se fijó en Marión.

Esta miró el suelo, luego el gran espejo y la mesa del teléfono colocada delante, entre las dos ventanas, y finalmente, su bolso.

—Al igual que mistress Conklin —repuso—, digo que no.

—¿Por qué?

—Verdaderamente, *sir* Henry, yo...

—¿Por qué?

—Si le doy una respuesta franca —dijo Marión sinceramente— ¿le ayudará en su investigación?

—Sí, me ayudará.

—Muy bien —Marión apretó los labios—. Porque Stella no atesora suficiente pasión. Dudo incluso de que se haya interesado por las llamadas relaciones íntimas con su propio marido.

—¡Miss Tyler! —exclamó Virtue asombrada—. ¡Quién diría que usted pudiera adivinar tal cosa! ¡Quién diría...!

—Me conoce poco, ¿verdad? —preguntó Marión volviendo la cabeza.

—Una última pregunta —interrumpió Henry Merrivale ceñudo—. Lo diré de forma hipotética si lo prefiere. Supongamos que usted se enamorase de alguien —Marión se puso tiesa—. ¿Qué haría?

Por un momento ella reflexionó; luego, deliberadamente, dejó de lado la protección interior que había usado durante años como cota de malla.

—Me entregaría en cuerpo y alma —contestó desafiante y resuelta— y me importaría un comino lo que pudiera pensar la gente.

Es probable que un momento después hubiera preferido no haber hablado. Sin embargo, se puede deducir que así era el estado de ánimo de Marión después de las peleas en el gimnasio y que habló bajo esa impresión.

Henry Merrivale no sonrió. Rara vez lo hacía, porque consideraba que no correspondía a la dignidad del Viejo Maestro. Pero una expresión de serenidad cubrió sus facciones difíciles de describir.

—A propósito, señorita, ¿dijo usted que deseaba pedirme un favor o algo así?

Marión dejó entonces el otro tema de lado y adoptó una expresión resuelta. Ahora los ojos mostraban su verdadera personalidad: la de una mujer que integra comisiones, preside juntas y trabaja realmente en vez de dejar que otras lo hagan en su lugar.

—Tengo miedo de que lo considere usted como una gran impertinencia —dijo disculpándose como si el asunto no tuviese importancia—. Pero todos los años la iglesia organiza su propia fiesta anual. Se celebrará el próximo sábado en la Fortaleza.

El clima había cambiado.

—La fiesta parroquial, ¿eh? —dijo Henry Merrivale con una mirada sagaz.

—¡Sí! Nosotros... vendemos de todo. Cosas hechas a mano, porcelanas, muñecas, artículos de punto, tartas y pasteles, hechos por los miembros de la junta parroquial. Las personas simpatizantes se hacen cargo de los quioscos, una mesa entre dos columnas y...

—¡Espere un momento, mujer! —dijo Henry Merrivale empujando su silla.

Marión calló.

—Este año —siguió a prisa— mistress Doom sugirió algo que consideramos una brillante idea. Mister West conserva un montón de viejos trajes de fantasía, pelucas, etcétera, y pensamos que sería muy atrayente si los que atienden a los quioscos se vistiesen de acuerdo con las cosas que venderán.

Sir Henry Merrivale dejó de empujar la silla. Un fulgor extraño apareció en sus ojos.

—Vestirse, ¿eh? —medió—. Un asunto de disfraces, ¿es así?

Cualquier amigo de Henry Merrivale conoce su pasión (en realidad su obsesión) por cualquier cosa que se refiera, aun remotamente, a las actividades teatrales. No necesitamos mencionar sus historias, verdaderas o no, de cómo representó a Ricardo III ante Henry Irving. Esta pasión, que desespera al inspector jefe Master, a menudo le ha desviado de su línea de conducta y ha causado estragos.

Mrs. Doom sabe también que Gordon West tiene una colección maravillosa de reliquias indias norteamericanas. Creo que tiene collares, abalorios y un arco con su flecha. Sé que tiene el tocado de guerra de un jefe, con muchas plumas, porque lo he visto sobre la chimenea, y una serpiente de cascabel disecada que parece viva. Ocurre —prosiguió— que, según tengo entendido, Gordon y Joan se van a casar pronto. Querrán vivir en una casa más grande. A Gordon no le importa en lo más mínimo

darnos sus reliquias. Y con esos objetos el disfraz resultará fácil.

—¡Diantre! —exclamó Henry Merrivale enderezándose como galvanizado—. ¿Quiere que me disfrace de jefe indio?

—Si no le causa mucha molestia, *sir* Henry.

*Sir* Henry Merrivale se levantó majestuosamente, mientras reflexionaba un instante, y se acercó al espejo, empujando a un lado la mesa del teléfono para verse mejor. Al retroceder mostraba una cara tan indescritiblemente fea que hasta Virtue se alarmó. Henry Merrivale adoptó la actitud de quien está de pie sobre una roca alta y contempla el sendero que tiene debajo.

—El Gran Jefe Toro-que-Brama —entonó con una profunda voz gutural—. El Gran Jefe Avasallador. ¡El Gran Jefe Truenos-de-Fuego!... ¡Ugh! —añadió de pronto levantando el brazo derecho.

Evidentemente muy satisfecho, volvió a su asiento y miró a Marión con atención.

—Señorita —dijo con la mayor dignidad—, me sentiré orgulloso de ayudarla, Pero dígame: ¿Tiene West algún tomahawk? Debo tener un tomahawk. El alarido de guerra, ahora... bueno, puedo ejercitarme solo.

Aun entonces Marión no tenía idea de las fuerzas que había puesto en movimiento, pero la alarma empezaba a asomar en su cara.

—¡*Sir* Henry! —dijo con bastante severidad—. ¿Le recordaré que se trata de una fiesta parroquial?

Henry Merrivale no escuchaba.

—Puedo saltar sobre el mostrador —le explicó a Virtue, que hizo un signo de aprobación— y darle en la cabeza. Puedo... disculpe, señorita. ¿Decía algo?

—Una fiesta parroquial —insistió con firmeza Marión—. La mayor parte de la concurrencia estará compuesta por mujeres y niños. ¿Qué piensa que ocurriría con los alaridos de guerra y persiguiendo a la gente con un tomahawk?

Henry Merrivale, que no había caído en esto, se puso a reflexionar.

—¿Cree que tal vez resulte demasiado realista?

—¡Ciertamente!

—Hum, sí. Sabe que tal vez tenga razón. Lo bajaré de tono para que un niño de pecho no se asuste. ¡De veras!

—Eso está mejor. ¡Y muchas gracias! Pero ¿promete...?

—No tenga miedo, señorita —repuso Henry Merrivale levantando la mano para vencer cualquier oposición—. Les mostraré un jefe piel roja que jamás olvidarán.

Marión habría insistido si en aquel preciso momento no hubiera sonado el teléfono.

Henry Merrivale, a pesar de su corpulencia, contestó rápidamente. Sus conocimientos sobre los pieles rojas (enteramente tomados de los libros y de las películas y poco parecidos a la realidad) quedaron descartados cuando descolgó.

—¡Hola! Si. Sí, soy yo. Está bien —ligera pausa—. ¿Masters? Bien: ¿qué ha encontrado?

La voz en el teléfono seguía mientras las dos mujeres aparentaban ignorarla.

—¡Ah! —dijo Henry Merrivale. Sacó de un bolsillo una libreta muy pequeña y luego jugueteó vivamente con un lápiz que hizo bailar sobre su punta—. Masters, eso no está del todo mal. Ha tenido bastante suerte. Sí, lo comprendo. ¿Y respecto a esa mujer, Lacey?

La voz del teléfono continuó:

—Ajá. Es más o menos lo que esperaba. Y ahora veo la asociación. Gracias, hurón... No, no, hay mucho por hacer entretanto... De nada sirve enfadarse, hijo. Vea los periódicos de hoy. Se lo diré luego. Adiós.

Cuando volvió a su asiento su rostro era inexpresivo y compuesto. Chupaba el lápiz como si fuese un cigarrillo y hacía equilibrio con la libreta en la mano. Esta vez Marión se reconcomía de curiosidad. Pero las dos mujeres seguían su conversación en tanto que Henry Merrivale contemplaba extrañamente el vacío.

—... y apreciaríamos mucho, mistress Conklin, que fuera tan amable de hacerse cargo de un quiosco.

Virtue estaba profundamente conmovida.

—Miss Tyler, ¡puede contar conmigo! Pero... antes nunca me lo habían pedido, así que ayúdeme —debajo del pelo rubio, sus grandes ojos azules parecían sorprendidos—. Tal vez fuese... De todos modos, no lo habían hecho. Pienso en por qué lo harán ahora.

Quizá la mirada de Marión se fijara brevemente en *sir* Henry Merrivale o tal vez no fuera así. Pero era evidente que a ella no le desagradaba en absoluto Virtue Conklin. Un año atrás, a pesar de su tolerancia, Marión no hubiese pensado de esta manera.

—Fue un descuido, mistress Conklin. No volverá a suceder —y Marión sonrió alegremente—. ¿En qué clase de quiosco estaba pensando?

Virtue, debido a la bondad de su corazón, estuvo a punto de ofrecer las botellas de licor del Lord Rodney para que la fiesta resultara alegre. Pero el instinto le previno que tal vez ésta no fuera la mejor inspiración.

—¡Porcelanas! —dijo—. Tengo dos juegos pintados, de treinta y seis piezas cada uno. ¿Pueden servir?

—¡Espléndido! Pero en verdad es demasiado. Simplemente pensábamos... ¿Parece abstraída, mistress Conklin?

—Oh, reflexionaba en por qué no me habrían invitado antes. Creo —dijo con filosofía— que habrá sido porque pensaban que era una... quiero decir —se corrigió a prisa—, que en la vida de una hay realmente demasiados hombres. Sin embargo, la siguen a una.

—¿Sí? —preguntó Marión con ligereza como si el tema tuviese un interés teórico—. ¿Y si no lo hicieran? Quiero decir por el interés del tema, ¿si suponemos que un hombre determinado no lo hiciera?

—¡Querida! —dijo Virtue lanzándole una mirada desconsolada—. No entiendo

mucho de esto, ¿no? Pero bendito... quiero decir, ¡Ave María! Hay maneras de hacer que él la persiga.

La voz de Marión se había elevado un poco.

—Pero ¿cómo? —preguntó siempre en teoría—. Una no puede sencillamente... —Marión calló de pronto.

—Escuche —empezó Virtue, y se inclinaba hacia delante en señal de confianza cuando *sir* Henry Merrivale golpeó el puño contra la mesa con una fuerza que hizo saltar los cacharos.

—¡Oh, Cáspita! —dijo Henry Merrivale, que seguía mirando al vacío—. ¡Pensar que nunca reparé en ello!

Miró el teléfono y después otra vez su libreta.

—Qué imbécil —se quejó—. Si esto no es ver lo evidente, ¡no sé qué es! —sacudió la libreta, la dejó sobre la mesa y se levantó—. Ustedes dos, mujeres, tienen que salir de aquí. Es verdaderamente importante. ¡En seguida!

—*Sir* Henry —dijo Marión ofendida.

—¡Largo de aquí! —dijo Henry Merrivale mientras Virtue recibía la palmada que esperaba y que dejó asombrada a Marión.

—No importa, miss Tyler —la tranquilizó Virtue—. Son más de las tres, ¿quieres venir a tomar una copa de oportó conmigo?

—Bueno, yo... ¡sí! Es muy amable de su parte.

—Y cuando baje —le indicó Henry Merrivale a Virtue— mándeme aquí a ese policía. Al diablo con todo, ¿cree que son modales tener esperando todo el día a un inspector de policía? ¡Mándelo arriba en seguida!

—S iéntese, inspector Garlick.

—Gracias, señor —refunfuñó éste.

El inspector Garlick era un hombre alto y pesado, con ojos pequeños y un lunar en la mejilla; se sentó con cuidado y miró a su interlocutor por encima de la mesa, que ahora estaba despejada.

El personaje de Londres tenía las manos entrelazadas, su cabeza era calva y fumaba un cigarro. La mirada de Henry Merrivale, cuando quería, era tan fría y mortífera como la de una serpiente. El inspector Garlick debió darse cuenta de que este viejo era un personaje importante.

Al propio tiempo sabía que muchos funcionarios (entre ellos su jefe) no eran muy prácticos. Y meditaba cuánto sabría este viejo acerca de las tareas policiales.

—¿Supongo —dijo Henry Merrivale quitándose el cigarro de la boca y colocándolo en un cenicero— que habrá tenido mucho ajeteo con este asunto? Sí, veo que así ha sido. Entonces lo olvidaremos todo y empezaremos desde el punto de partida.

Al inspector Garlick se le quitó un peso de encima.

—Quiero saber —dijo Henry Merrivale— hasta dónde conoce las tareas policiales... ¿Qué pasa, hijo?

—Nada, señor. Este... absolutamente nada.

—Mucha gente cree, y las personas instruidas como Rafe Danvers, que el noventa por ciento de los anónimos son escritos por mujeres neuróticas. ¿Es o no verdad?

Garlick, consciente de aquella mirada fría, puso deliberadamente el sombrero sobre la mesa.

—Señor —contestó—, antes de adelantar un «sí» o un «no», quisiera poder explicarme.

—Está bien. Es justo.

—En general —dijo Garlick resuelto a comportarse lo mejor posible—, hay cuatro categorías distintas de autores de anónimos.

Aunque a veces se confunden una con otra.

—Ajá. Continúe.

—Primero —prosiguió Garlick— está el tipo que podría llamarse «delator». Escribe directamente a la policía o a alguien con autoridad. Denuncia a la víctima por cualquier cosa, desde un crimen hasta crueldad con los niños. Es el más común y generalmente aparece después de que la víctima haya quedado absuelta en el juicio. Siempre es malicioso y rara vez o nunca veraz.

Henry Merrivale asintió con un movimiento de cabeza.

—¿No olvida algo del delator? —dijo.



—Sí, señor. Está bastante dividido entre hombres y mujeres. Pero no sirve en el caso de Stoke Druid.

—Bien, hijo. ¿Y el siguiente?

—El segundo tipo —continuó Garlick— podría llamarse «vengador». Escribe cartas de chantaje y exige dinero con amenazas. Por lo común es un sirviente o un empleado despedido, alguien que siente un fuerte odio personal contra la víctima. A veces ataca. En este tipo... predominan los hombres.

Henry Merrivale volvió a asentir con un movimiento de cabeza.

—El vengador —refunfuñó— no encaja aquí. Podemos excluirlo, porque el dinero no tiene nada que ver con este caso. Adelante.

—El tercero —empezó Garlick y se calló—. ¡Bueno, señor! A este tipo se le podría llamar «loco entrometido». Si alguien sobresale ante la opinión pública, aunque sea por poco tiempo (por ejemplo un aviador o un juez de un caso importante), el autor del anónimo no puede soportarlo y trata de ensuciar su reputación. Motivo: la envidia. Es como el amor de Hitler por lo que no puede conseguir. En estos casos predominan los hombres. Pero éste tampoco encaja aquí —volvió sus ojos claros—. ¿No lo cree usted así, señor?

Henry Merrivale permaneció impávido.

—Hijo —refunfuñó—, le he dicho «sí» y «no» con demasiada frecuencia. Aunque está en lo cierto en cuanto a las categorías y estoy de acuerdo en que... ¡no importa! ¿El cuarto y último?

—El cuarto —dijo el inspector con alma— es exactamente el que tenemos aquí.

—¿Y es?

Los ojos pequeños del inspector Garlick se achicaron aún más. Golpeó la mesa con un dedo.

—Hasta ahora, lo reconozco, hemos tenido una buena cantidad de hombres —Garlick volvió a golpear la mesa—. Pero ahora llegamos al cuarto tipo y éste hace descender la proporción a mitad y mitad, y aún más, a favor de las mujeres.

—¿El tipo es?

—La mujer neurótica con... ¡oh, bueno!... un cierto complejo sexual. Por esto no podía darle una respuesta exacta hace un momento. O no quería hacerlo. Discúlpeme, señor, ¿le molesta si camino un poco mientras hablo?

Las cejas casi invisibles de Henry Merrivale se arquearon,

—¡Cáspita, en absoluto!, no está en la cárcel, amigo mío.

—Reconozcamos —continuó con tenacidad el inspector Garlick mientras andaba— que la gente tiene un montón de ideas equivocadas respecto a esas mujeres neuróticas. La gente cree que son de edad madura o viejas y sin atractivo, sin maridos y sin un céntimo. Usted sabe como yo que a menudo son jóvenes, bonitas, casadas y... con fortuna. ¿Está de acuerdo, señor?

—Seguro. En una ratificación de los hechos.

—¿He abarcado todas las categorías?

—Lo ha hecho, pero no he dicho sí o no. Le estoy poniendo a prueba... A propósito, ¿ha leído alguna de esas cartas?

—No, señor. Cuando estuve aquí antes...

—Le dije que no hablaríamos más de eso.

—Gracias. Hablé con miss Annie Martin, la hermana de Cordelia Martin, pero naturalmente no hizo mención de ninguna clase de cartas; creía en la muerte por accidente. A pesar de eso me di una vuelta por la aldea para hacer averiguaciones. Se traslucía claramente que había anónimos —Garlick castañeteó los dedos—. ¿Qué otra podía ser sino una mujer, quizá por una mujer bonita y atractiva, en una aldea pequeña como ésta?

—¿Ha conocido alguna vez un caso semejante?

—¡Si habré conocido, señor! —repuso en seguida el inspector—. Aunque debo decir que no he dirigido ninguno. Hubo uno en Cornwall, cuando era auxiliar, justamente antes de la guerra del catorce. Otro en Glastonbury, cuando era sargento. Ahora éste.

Henry Merrivale, que jugueteaba con los dedos sobre su panza, lanzó una mirada hacia un armario cerrado, pero con la llave en la cerradura.

—Ahí dentro —dijo— encontrará un cesto de mimbre lleno de cartas. El vicario tuvo que pronunciar un sermón excepcionalmente duro para conseguirlas, pero lo toleré porque no había otro remedio. Tome esas cartas. Estúdielas el tiempo que sea. Vea si no hay algún indicio importante que salte a la vista.

El inspector Garlick así lo hizo. Colocó el cesto sobre la mesa. Después de pedir permiso para fumar, encendió su pipa, se puso las gafas y tomando un lápiz recorrió las cartas renglón por renglón, así como las anotaciones de West. De vez en cuando hacía una marca. No se dio prisa ni tampoco le incitó a ello Henry Merrivale. Este sacó un ejemplar de Edwin Drood de su maleta y se puso a leerlo tranquilamente mientras se fumaba dos cigarrillos.

La luz del prolongado atardecer se desvanecía en la calle. Cesaron las bocinas y el barullo. Henry Merrivale despidió con una mirada feroz a una criada que se asomó a ofrecerles té. Más tarde el inspector Garlick guardó las gafas, la libreta y el lápiz.

—¿Bueno, hijo? —instó Henry Merrivale, dejando el ejemplar de Edwin Drood.

—Es una mujer, por supuesto —dijo categóricamente Garlick.

Henry Merrivale ni asintió ni disintió. Garlick se levantó para caminar.

—Está muy bien —dijo Garlick—. Ningún hombre diría «Yo creo» o «Por Dios, querida», salvo el tipo de hombre que no tenemos aquí. Le apuesto a que es una mujer, quizá joven y bonita. Al mismo tiempo...

—Escuche, hijo —Henry Merrivale interrumpió de nuevo la frase de su interlocutor—. Tiene una cantidad de palabras importantes embotelladas y teme que crea que alardea si las usa. ¡Lárguelas!

Garlick hizo un ademán vago.

—Hay... discrepancias —dijo con esfuerzo—. Muy a menudo no tienen sentido

estas cartas de mujeres neuróticas (aunque no todas). Algunas son... bueno, incoherentes, con excepción de las palabras insultantes. Y aquí tampoco hay muchas obscenidades, pero son tan claras como el cristal —frunció el ceño—. Es sobre todo la forma en que están escritas. Es el... el...

—¿El estilo? —preguntó Henry Merrivale con una avidez de vampiro. Era como si estuviese empujando a Garlick más cerca de algo.

—¡El estilo! ¡Eso es! De persona bien educada, por supuesto. Muy pulido. Y sin embargo, señor, le diré que tengo la impresión de haber oído o leído algo en ese estilo todos los días de mi vida. O tal vez haya sido en... ¡a fe mía, no sé qué me recuerda!

—¡Piense! —le apremió el viejo, golpeando las manos contra la mesa.

Henry Merrivale tomó del cesto una carta al azar. Venía dirigida al doctor Johann Schiller Schmidt. A punto de leerla en voz alta, cambió de parecer y, distraídamente, se la metió en el bolsillo.

—Si da con eso —le dijo a Garlick— tiene la clave de todo el asunto. ¡Vamos, hombre, use su inteligencia!

Garlick le miró de soslayo.

—Dispéñeme, señor. Podría darme un poco de tiempo para pensar.

—Está bien. Es lo justo. Entretanto —la voz se hizo tan cortante que Garlick instintivamente prestó atención— le daré instrucciones. ¿Con cuántos hombres cuenta?

—Con un sargento y dos agentes de paisano.

—¡Ah! Bueno. Hace un momento he recibido algunos datos de Scotland Yard —este nombre actuó sobre Garlick como estimulante—. ¿Conoce a un vendedor de máquinas de escribir, en Glastonbury, llamado Joseph Palmer?

—¿El viejo Joseph Palmer? Ha vivido allí desde que tengo uso de razón.

—Entonces puede ser que tenga archivos. Los fabricantes de las máquinas de escribir «Formosa» le vendieron en 1925 cuatro «Formosa Jewel» número tres, portátiles, que es la que buscamos —Henry Merrivale abrió la libreta y leyó los números y las características—. Como le dije a Rafe Danvers, se trata de una máquina pequeña, que se puede levantar con un dedo.

—Si Joe tiene un archivo... —al comprender, el inspector Garlick calló.

—¡Oh, hijo! —exclamó Henry Merrivale con tristeza—. ¿Cree que la máquina estará todavía en manos de quien la haya comprado? Sin embargo, es una indicación. Quiero que haya un registro visible, de casa en casa, en busca de esa máquina de escribir, y escudriñe todos los lugares que se le ocurran. Sea concienzudo. Por si alguien se opone, será mejor que disponga de un buen fajo de órdenes de registro, con nombres en blanco, que autoricen su actuación.

—Las tengo, señor —replicó Garlick palmeándose el bolsillo superior.

—Bueno, siento mucho causarle esta molestia, hijo, porque no creo que encuentre la máquina de escribir...

—¿Qué?

—Y me parece que tengo una idea muy acertada de dónde debe estar. Pero hemos de dar todos los pasos y el viejo no debe equivocarse. Ve, estoy muy asustado. Como le he dicho a otros, temo que esto termine en un homicidio...

—¿Homicidio?

—No entiende la segunda parte del motivo —dijo Henry Merrivale con desaliento—. Pero espero que habrá observado que las cartas con sobres tienen matasellos de aquí, o de Glastonbury o de Wells.

—Sí, señor —dijo secamente el inspector Garlick—, lo he observado.

—Esto estrecha bastante el círculo. Si no podemos actuar de forma legal, hijo, simplemente tendremos que atrapar a La Viuda con la treta más vieja del mundo: los sellos marcados.

—¡Sellos marcados!

—Eso es.

—Pero no podemos hacerlo, señor —declaró Garlick—. Para emplear sellos marcados... hay que tener a alguien en la oficina de correos que se los dé deliberadamente a una persona sospechosa... Debemos tener a alguien muy seguro.

—Oh, conozco al principal sospechoso —dijo Henry Merrivale de pasada, y luego clavó su mirada en el inspector—. ¡Manos a la obra! Haga lo que le he dicho.

El inspector Garlick agachó la cabeza. De nuevo caviloso, tomó su sombrero de la mesa y, aunque al despedirse de Henry Merrivale y llegar a la puerta conservara la cara inexpresiva, el problema le agujijoneaba y le preocupaba más de lo que su espíritu impassible hubiese creído.

Pensaba en la figura y la forma de algo que esos anónimos traían a su memoria y que sin embargo no lograba captar. Al leer en su libreta las notas taquigráficas que había tomado de diversos pasajes, veía en su imaginación algo malicioso y falso en lo que se le decía a Joan Bailey:

—«¡Bueno, bueno! Siguiendo las averiguaciones que he hecho sobre usted, Joan, he descubierto que míster West no ha sido su primer amante. Cierta joven que no nombraremos y cuyo reinado fue más breve que el del vicario (*¡sic transit gloria amoris!*) debe ser por cierto mencionado antes de pasar a hablar del propio mister Hunter».

El inspector Garlick casi dio un portazo al salir.

Henry Merrivale permaneció bastante tiempo inmóvil con las yemas de los dedos juntas. La media luz coloreaba las ventanas abiertas y de abajo llegaba el ruido de los bares que abrían sus puertas; Henry Merrivale seguía reflexionando. Luego, cuando apenas quedaba luz, se levantó. Observó que Virtue había dejado fuera un sombrero hongo que hacía juego con su traje. No se trataba, entiéndase bien, de que Henry Merrivale tuviese algo en contra de los sombreros hongos, era simplemente porque se podría decir algo o aun insinuar que los usaba.

Empezó por tirar el sombrero al suelo y pisotearlo. Luego, con mucha puntería, dio un puñetazo a lo que quedaba y, finalmente, lo arrojó dentro de la papelera,

sacudiéndose las manos como para quitarles el polvo. Seguidamente, bajó la escalera con toda serenidad.

Esta escalera le condujo al vestíbulo principal del Lord Rodney, en el que había mucho movimiento. En la pared, frente a la escalera, se destacaba un busto de aquel famoso almirante y dos modelos de los barcos de Rodney. Frente a esta pared estaba el mostrador detrás del cual Virtue Conklin se pintaba las uñas de rojo vivo.

La puerta se abrió en aquel momento. *Sir Henry Merrivale*, que iba a pasar por delante de Virtue, se detuvo y se quedó con la boca abierta.

—¡Oh! —dijo en voz baja.

El recién llegado, aunque no mayor de treinta años y de facciones agradables, completaba su expresión siniestra simplemente por el hecho de usar patillas negras. A pesar de que no eran patillas a la moda victoriana, de esas que se abren como un abanico, se trataba ciertamente de unas patillas tupidas. Cuando pasó al salón y pidió una limonada, parecía ser enteramente John Jasper, el siniestro maestro de coro de *Edwin Drood*.

Henry Merrivale, que se acercaba de prisa a Virtue, dejó de lado su alusión al sombrero.

—¿Quién es el sujeto que acaba de entrar? —preguntó—. Si las novelas forman parte de la vida, quiero saberlo. ¿Se llama Jasper?

¡Querido! —dijo Virtue intrigada—. ¡No sea tonto! Es míster Benson, el director del coro.

—¿Qué clase de persona es?

—¡*Bu-ueno!* —el movimiento de hombros de Virtue no indicaba agrado ni desagrado—. No fuma ni bebe. Pocas veces ríe. «Mu-y» serio. Sin embargo, tiene una voz magnífica. Cuando canta, pichón, es como el coro celestial que cantaba *O solé mío* en el viejo Tívoli.

—¡Hum! —dijo Henry Merrivale echando una mirada al hombre de las patillas—. Una cosa más, mujer. ¿Cuándo se fue Marión Tyler de aquí?

—Hace sólo una hora —Virtue se rió con sorna—. Estaba un poco ebria, pero por culpa mía.

—¿Ha estado... ejem... metiéndole ideas en la cabeza?

Virtue lanzó a Henry Merrivale una extraña sonrisa por encima del frasquito de esmalte de uñas.

—Llámelo técnica —corrigió al examinarse las uñas—. Hay una técnica que se emplea cuando una tiene treinta años, querido. Nunca falla. Puede publicarla y pasársela a cualquiera. Por supuesto que ella tiene más, pero ninguna experiencia. ¡Pichón! ¿Tiene algo que objetar?

—¿Yo? ¡Cáspita, no! Estoy completamente... Ahora voy a salir —añadió Henry Merrivale dirigiéndose con prontitud a la puerta de la calle.

—Pichón, la cena está lista para usted, en el comedor.

—He dicho que voy a salir.

Virtue alzó la voz.

—Pichón, ¿dónde va?

—A ver a una chica —le mintió instantáneamente.

Henry Merrivale salió al frío y a la oscuridad de High Street dejando detrás suyo a una diosa rubia enfurecida. El Nag's Head, en la acera de enfrente, bullía de luz y de animación. A no ser por éste habría poca luz, porque los dueños de la casa preferían tener a oscuras las salas delanteras y estar en las traseras.

Henry Merrivale no había dado dos pasos cuando se topó con Ralph Danvers, dueño del comercio del otro lado de la calle. El librero rechoncho y de maneras suaves seguía llevando los lentes caídos y se cubría la cabeza con un sombrero de anchas alas.

—Desearía... —Empezó.

—Rafe —dijo Henry Merrivale, haciendo instantáneamente caso omiso de lo que Danvers iba a decir—, le he tratado vergonzosamente. Y usted es el hombre que puede ayudarme. Venga.

—¿Adónde?

—A casa del coronel Bailey.

—No he sido invitado —dijo Danvers con sequedad.

—¡Oh, amigo mío! Joan y el coronel están en casa de Marión Tyler. No hay nadie allí, salvo la criada. Y Poppy me agrada. Si la necesita con urgencia, cae por las escaleras y presta rápido servicio.

—Le advierto, Henry, que si está tramando alguna broma...

A la luz de la luna, que estaba casi llena, Henry Merrivale le miró con extrañeza.

—Hijo, jamás en mi vida he hablado tan en serio —dijo con calma—. Tengo que descubrir cómo entró y salió La Viuda de esa habitación cerrada a cal y canto.

**E**l ala oeste de la casa del coronel Bailey, al parecer sin luces en el interior, se destacaba cuadrada y fría a la pálida luz de la luna. Una tenue neblina se adhería al suelo. ¡Qué distinta, a los ojos de todos, era Stoke Druid de noche! Cuando Henry Merrivale terminó su relato. Danvers desvariaba preso de una sorda angustia mental.

—Si sus suposiciones son exactas —dijo, refiriéndose a la aparición y desaparición de La Viuda—, están fuera de los límites de la razón humana y, por lo tanto, son imposibles.

—Ajá.

—Entonces los hechos no han sido expuestos correctamente.

Henry Merrivale, sin contestar, pulsó el timbre de la puerta de la calle.

En la cocina de la planta baja, Poppy, más sonrojada que de costumbre, escuchaba por la radio, muerta de miedo, una obra de terror. Se levantó aún más sobresaltada cuando oyó el timbre. Pero los fantasmas, salvo en las historias más rebuscadas, no llaman a las puertas.

Subía de prisa, cruzando el pasillo en un remolino de brazos y piernas, y al ver a Henry Merrivale seguido de Danvers lanzó un suspiro de alivio.

—¡Oh, señor! —dijo con agrado.

Henry Merrivale le explicó que tenía la intención de examinar la habitación de Joan.

—¡Me alegra que lo haga! —contestó Poppy encendiendo las luces del pasillo—. Pero es mejor que se dé prisa. Creo que miss Joan ha de volver esta noche porque dice que no quiere que la mimen; y en realidad, ¿qué le sucede? Aún el doctor Schmidt...

—¿Qué? —preguntó Henry Merrivale—. ¿Han llamado al médico? Dígame, mujer, ¿qué piensa del doctor Schmidt?

—¡Oh, tonterías! —dijo Poppy sacudiendo la cabeza—. Jamás he tenido un dolor en mi vida; pero otros sí. El doctor Schmidt no le golpea a uno en el pecho, sino que le da medicinas como un verdadero médico, y esto muy rara vez. Ha ido esta vez a casa de miss Tyler (según me ha contado Martha), se pone sus gafas grandes para examinar un poco a miss Joan y empieza a soltar una gran cantidad de palabras difíciles. Miss Joan no las entiende. El coronel —Poppy le imitó— dice: «¿Qué diablos es esto, señor?». Pero míster West, él comprende, fulmina con una mirada al médico y le dice que otra visita no será necesaria. El doctor Schmidt dice que somos tontos; ¡como si a mí me importara! Sin embargo, todavía estoy hablando. Vengan conmigo.

Danvers estuvo a punto de hacer un comentario mientras se dirigía hacia el

dormitorio de Joan, cuya puerta quedaba a la izquierda, casi al extremo del pasillo, pero Henry Merrivale le impuso silencio.

—¡Encienda la luz ahora, mujer! —dijo Henry Merrivale con un gruñido significativo—. Rafe, verá esta habitación exactamente como nosotros la vimos anoche. ¿Qué hemos pasado por alto?

Otra vez brilló la luz clara de la lámpara junto a la cama. Los tres penetraron en la habitación. Poppy atisbaba por detrás de Henry Merrivale.

El librero, sin duda por costumbre, empezó por lanzar una mirada a los cuadros colgados de las paredes. Perteneían a la escuela de los recuerdos sentimentales Victorianos, con marcos dorados o de caoba y era evidente que le disgustaban, no tenían ningún valor.

Allí, en la pared orientada al Oeste, entre las dos grandes ventanas, se veía la cama bastante alta, con sus cuatro columnas de madera oscura lustrada. A su lado se hallaba la mesilla de noche, con una puertecita en la parte inferior. Habían hecho la cama y barrido la habitación; salvo esto, no había ningún cambio. Una mesa de tocador se encontraba en la pared de enfrente y, situado en diagonal en el ángulo noroeste de la habitación, un enorme armario, de roble natural macizo.

La alfombra gruesa, demasiado grande para la habitación, estaba un poco doblada del lado este. En el ángulo sudoeste, opuesto al armario, había una cómoda bastante alta. Este conjunto, además de varias sillas tapizadas de terciopelo violeta y de algunas mesas, era todo lo que Danvers podía...

—¿Bueno, Rafe? —preguntó Henry Merrivale con un prolongado resuello provocativo—. Presume (no quiero decir, por supuesto, que se jacte) de ser un hombre inteligente. Es capaz de advertir una letra equivocada en una primera edición que por amor de esa letra deja de ser primera edición. ¿Cómo pudo entrar y salir de aquí la bruja?

Danvers miraba afanosamente a través de sus lentes.

—¡Un momento! —dijo—. Según me describió usted la habitación, hay algo que falta.

—¿Dónde?

—En la mesita de noche —Danvers la señaló—. Dijo que había un revólver sobre ella.

—¿Oh, eso? No terminé la explicación. Gordon West recogió el revólver y lo escondió, hasta donde pudo, en su bolsillo —Henry Merrivale parecía pensativo—. Ni habrá pensado en él hasta llegar a su casa... ¿Se le ocurre la solución. Rafe?

—Una pregunta —dijo el librero con voz firme—. Este personaje de La Viuda, quienquiera que sea, ¿estuvo en realidad dentro de la habitación?

Por un momento Henry Merrivale meditaba en la malignidad de las cosas en general.

—Sí, Rafe —dijo—, realmente estuvo.

—Malo, malo —refunfuñó Danvers, y empezó a rondar por el dormitorio.



Henry Merrivale examinaba entretanto la cama desde el otro lado, o sea, desde el lado a cuya cabecera estaba la mesilla de noche próxima a la ventana grande. Observó, con el ceño fruncido, la colcha de seda color canela que ahora cubría las almohadas. Con un esfuerzo enorme, y para gran asombro de todos, Henry Merrivale se tumbó en la cama como en busca de reposo.

—¿Será posible que esté reconstruyendo los hechos? —dijo Danvers con sarcasmo.

—¡No, no, no! ¡Cáspita, lo verá en seguida!

Henry Merrivale, apoyado en el codo derecho, examinaba la gran ventana a su izquierda, paseando la mirada de arriba abajo. Luego apoyó los codos; finalmente, se deslizó por el borde de la cama y, con una mirada angustiada de mártir dirigida al cielo, terminó por caer de rodillas, como un barril de cerveza flexible, para examinar la alfombra.

—¡Ah! —dijo—. ¿Dónde está la joven? ¡Poppy!

—¿Sí, señor?

—¿Se ha movido esta cama desde ayer?

—No, señor. Lo siento mucho, señor, pero...

—No importa. Está bien. O mejor dicho, no está bien —Henry Merrivale empezó a mostrar señales de preocupación—. Rafe, sé que nunca mira a través de sus gafas, pero ¿lleva encima ese cristal de aumento que siempre utiliza?

Danvers, visiblemente contrariado, pero sereno y con resignación, sacó una lupa del bolsillo de su chaqueta vieja y gastada. Esto impresionó profundamente a Poppy, cuyo corazón le latía en la garganta con el convencimiento de que los detectives por fin ponían manos a la obra.

Y lo confirmó cuando Henry Merrivale examinó el borde de la cama y la alfombra; finalmente se enderezó para registrar la parte inferior de la mesilla de noche. Era una especie de caja de madera pintada, de unos cuarenta y cinco centímetros de lado. Al abrir Henry Merrivale la puertecita encontró algunos frascos viejos de medicinas.

Esto le preocupó aún más. Mientras examinaba con atención el suelo de la parte inferior de la mesilla de noche gritó de nuevo.

—¡Una linterna! —dijo—. ¿No hay una linterna en la casa?

Poppy contestó que sí. Fue a buscarla y regresó prontamente.

Henry Merrivale examinó otra vez con el cristal de aumento el suelo de la parte inferior de la mesilla de noche a la luz de la linterna. Al final, después de cerrar la puertecita, se levantó con dificultad.

—Rafe —exclamó con aire de desesperación—, estoy desorientado.

—¿Insinúa que alguna persona se hallaba escondida en ese pequeño espacio? —preguntó Danvers con ironía—. ¡Ni siquiera un enano podría caber!

—No diga sandeces, Rafe. Detesto las sandeces.

—¿Entonces qué quiere decir?

La disertación de Henry Merrivale se volvió incoherente.

—Los anónimos —dijo— serán fáciles de deducir y difíciles de probar si ahora La Viuda se calla. La habitación con llave será difícil de deducir y fácil de probar... lo he pensado... Lo habrán retirado, sí; pero ¡los rastros! Creí resolver el verdadero problema resolviendo el problema equivocado. Creí abrir la puerta correspondiente con la llave equivocada. Quizá lo haya hecho, a pesar de todo. Pero ¡la prueba! Todo proviene, por supuesto —añadió golpeándose tristemente la cabeza con la linterna y el cristal de aumento—, de haber sido anoche un simple títere.

—Henry —dijo con suavidad Danvers.

—¿Eh?

El librero, que tenía ahora su sombrero de ala ancha en la mano, se pasó los dedos por entre los mechones de pelo canoso.

—A menudo me he preguntado, simplemente desde el punto de vista psicológico, ¿por qué nunca da una contestación directa a una pregunta directa? ¿Le divierte desconcertar a la gente?

Henry Merrivale se concentró.

—¡Por supuesto! —replicó con una sinceridad desacostumbrada—. ¿Quién no lo hace? ¿No lo haría usted? Pero jamás lo hago cuando la persona interesada corre peligro.

—¿No hay peligro? ¿No hay peligro para Joan Bailey?

—Hijo, esa joven ya no corre peligro —le contestó con sinceridad Henry Merrivale—. Aunque se le introduzca de pronto, en medio de la habitación, una caja misteriosa llena de fantasmas y echando humo como una caldera. Eso ha terminado. Lo garantizo.

—¿Cómo puede garantizarlo? Estoy enterado de que usted —Danvers levantó la mano para evitar que le interrumpieran— es el Viejo Maestro. Usted ha recalcado este punto tan a menudo que no puedo pasarlo por alto. Pero permíteme si no considero la respuesta del todo apropiada.

—¡Está bien! —refunfuñó Henry Merrivale.

Otra vez se había abstraído por completo. Se movía con torpeza por la habitación, tropezando con las sillas. Sobre la mesa de tocador encontró un peine de color rosa y se miró al espejo como si pensara alisarse el pelo inexistente. Se movió y enderezó un cuadro titulado Me quiere, no me quiere, examinándolo como si se tratara de una inapreciable obra de arte.

Finalmente, entregó el cristal de aumento a Danvers y la linterna a Poppy.

—¡Está bien! —repitió fastidiado—. Si cree que no hago más que contemplar las estrellas, se lo explicaré. Primero... —indicó con un movimiento de cabeza la ventana junto a la mesilla de noche— tiene que recordar (lo que yo no hice) que...

Ninguna puerta del pasillo se ajustaba perfectamente al marco de la pared. Oyeron abrir la puerta de la calle y el ruido de voces en el vestíbulo. Las pisadas se acercaron de prisa por el pasillo, la puerta se abrió de par en par y apareció Gordon

West con la expresión de quien está preparado para entrar en acción.

—¡Oh! —dijo, y se aplacó—. Vimos una luz aquí dentro y pensamos que había alguien en la habitación.

—Y no encuentran ni a un solo ser viviente, ¿no?... —dijo Henry Merrivale, agregando—: ¿La joven viene con usted?

Detrás de él estaba Joan, con una chalina alrededor del cuello y una maleta de cuero en la mano. Aunque algo pálida, gracias a su salud y energía el suceso había tenido poca o ninguna consecuencia. Dejando la maleta entró en el dormitorio delante de West, no sin antes echar un rápido vistazo.

Un momento, encanto —dijo Henry Merrivale tomándole las manos con extraordinaria suavidad para un viejo de modales bruscos—. Estaba diciendo a Rafe Danvers aquí presente... ¿Conocen a Rafe?

Complacidos, lo confirmaron a coro.

—Le estaba diciendo —continuó Henry Merrivale— que ya no existe absolutamente ningún peligro para usted, si alguna vez lo hubo. La Viuda nunca volverá a visitarla. Puede seguir durmiendo en esta habitación.

—*Sir Henry*, han hecho un alboroto enorme por nada —dijo Joan riendo y luego vaciló—. Así y todo me parece que esta noche voy a dormir arriba.

—Arriba, sin duda alguna —convino West, contrariado.

—¡Querido, has oído lo que ha dicho *sir Henry*! Por otra parte —Joan se dirigió alegremente a los demás—, rondará debajo de las ventanas con el pretexto de darme una serenata con la guitarra.

—Cara de ángel —dijo West—, si pienso que ese monstruo anda cerca, te daré una buena serenata con bombos y platillos. Pero estaré aquí.

—¡Gordon! —dijo Joan.

—¡Oh, Señor! —se quejó Henry Merrivale—. ¡No empiecen otra vez con sus arrumacos! Siempre que los he visto juntos —añadió desesperado— se están arrullando.

—No es verdad —protestó Joan—. La única vez que nos ha visto... bueno, de esa manera... fue el domingo por la tarde, detrás de la Fortaleza.

—Oh, no, no fue entonces —corrigió rápidamente Henry Merrivale—, fue el sábado por la noche. El primer día que llegué a Stoke Druid.

—¡El sábado por la noche! —repitió West.

—Exacto. Cené con el coronel, y ustedes estaban en la quinta de West. Después de la cena me disculpé durante unos minutos para... de todos modos fui de prisa hasta la quinta porque, como después dije, quería hablar con usted lo antes posible.

Henry Merrivale resopló mirando a uno y a otro.

—Tuvieron dos visitas mientras se arrullaban en aquel canapé, de espaldas a la puerta. Las dos visitas miraban para dentro y ustedes no las vieron. Bueno, yo llegué primero. No entré por temor a interrumpirles. Me detuve porque les oí decir algunas cosas tan tontas y rebuscadas que salí disparado hacia la casa del coronel a

reflexionar. Su segunda visita fue la de Ja joven Tyler, así que no se preocupen. Ella no vio que me escondía en el sendero.

Joan y Gordon se miraron. In mente se preguntaban: «¿Dice qué hablábamos?». Joan se sonrojó desconcertada, tratando de cambiar el tema, y se acercó rápidamente a Danvers.

—¡Míster Danvers! —dijo tomándole del brazo con sincera cordialidad—. ¡Es muy agradable verle aquí! ¿No somos de su agrado? Muchas veces hemos pensado cuál sería el motivo por el que no había venido a vernos.

El librero, evidentemente sorprendido y conmovido, se pellizcó el puente de la nariz y desvió la mirada.

—Gracias, querida. No estaba... este... seguro de ser bienvenido. Son las ideas que tienen los hombres solitarios.

—Tío George —le dijo Joan— ha ido solamente hasta High Street para tratar de conseguir tabaco. También tenemos otra visita que fue a ver a Marión y ha venido con nosotros —Joan volvió la cabeza—. Dónde diablos...

West sonrió.

—¡Jim! —berreó por el pasillo—. ¡Jim!

En el umbral de la puerta apareció la alta silueta, algo indecisa, del reverendo Cadman Hunter vistiendo su acostumbrado traje de franela, con alzacuello. Se había lavado la cara y cepillado el pelo. Pero tenía el ojo izquierdo casi cerrado, con una hinchazón violeta alrededor de la ceja. Una aspereza rojiza manchaba la mejilla izquierda y la mandíbula también estaba un poco hinchada; en la mano vacilante tenía un bistec crudo.

—He salido de noche como Nicodemo —se sonrió—. Aunque, por supuesto, no para hacer la misma diligencia que Nicodemo. Este... este bistec es para mi ojo. Miss Tyler me lo ha dado.

—¿No le pareció que Marión, al llegar, estaba borracha como una cuba? —preguntó West pensativo.

—¡Tonterías, mi estimado amigo! —el reverendo James se enderezó instantáneamente—. Una o dos copas de oporto, ¿qué hay de malo en ello? En realidad —dijo el reverendo James aplicándose el bistec sobre el ojo tumefacto y con una expresión de regocijo en el sano—, fue bastante extraño, pero muy agradable. Nunca he apreciado tanto la... este... la personalidad de miss Tyler.

Gordon West le miró de soslayo.

—Sí —convino West—, comprendo lo que quiere decir.

—Buenas tardes, míster Hunter —dijo Danvers con formalidad. En seguida sonrió—. Debemos felicitarle por sus victorias de hoy.

El reverendo sacudió la cabeza con tristeza.

—Temo mucho haberme precipitado. Debo aprender (¡ay!, ¿cuándo?) la virtud de contenerme. Y, sin embargo —dijo el vicario—, sostengo que tenía razón y que se justificaba lo que he hecho. Por lo tanto, me he propuesto...

La expresión de Gordon West se alteró de repente.

—... Defenderme ante mi tío cuando llegue el sábado. Les aseguro que no me excitaré, pero permítanme que la verdad sea dicha ante todos.

Un coro de voces (las de Danvers y de Joan) se alzó en señal de aprobación. Tal vez se mostraron demasiado parlanchines. El berrido de Henry Merrivale les interrumpió.

—¡Cállense! —dijo—. Están silbando en un cementerio y lo saben.

Silencio mortal.

, Joan se quedó sobresaltada, humedeciéndose los labios. Por primera vez vio a Poppy.

—¡Poppy, querida! —dijo—. Podría servirnos té, *whisky* o alguna otra cosa.

Poppy salió de la habitación con tanta velocidad que un observador con un poco de imaginación no se hubiese sorprendido si hubiera regresado en seguida con el té hirviente. Pero no fue así. Un silencio frío y mortal a la luz blanca de la lámpara se enseñoreó de la habitación hasta que habló *sir* Henry Merrivale.

—La Viuda Burlona —dijo— tiene oprimida a esta aldea. ¿Qué cree que ocurrirá cuando la historia se divulgue, como va a suceder? Sí, me refiero a lo que aquí pasó anoche. Hoy he llamado a la policía...

—¿Se lo contó? —preguntó Joan.

—No. Pero oirán hablar de los disparos que hubo. Querrán saber qué ocurrió. Por la más ínfima nimiedad se llevarán a cabo averiguaciones sobre las tenencias de armas de fuego. Por eso es...

—¡Por favor! —interrumpió Joan con voz suplicante—. Sabe bien que no he acusado a nadie. Al fin y al cabo, aquí anoche no se cometió ningún crimen, ¿no es así?

—¡Oh, encanto! ¿Qué ocurrirá cuando un buen número de gente charlatana se entere de que La Viuda puede entrar por las puertas y ventanas cerradas con llave y cerrojo?

—¡Pero no puede hacerlo!... ¿No es así?

—No, encanto. Descanse tranquila. Sólo fue un momento de pánico e ilusionismo. Como se lo dije, no volverá a suceder. Pero no se trata de lo que es verdad, sino de lo que la gente crea que es verdad. El vicario puede decírselo.

—Puedo decirlo —dijo el reverendo James.

—Entonces, a trabajar. ¡Usted! —dijo Henry Merrivale, señalando a West.

West, que disimuladamente había observado al reverendo con la expresión con la que un hombre se dice a sí mismo «imposible» o «usted está loco», se sobresaltó.

—¿Qué hizo del revólver Webley treinta y ocho? —le preguntó Henry Merrivale.

—Debí explicarlo —West se pasó la mano por la cabeza—. Me lo llevé. Pero, por vida de Dios, no me di cuenta de ello hasta que me desvestí.

—¿Se lo ha devuelto a Fred Cordy?

—En las actuales circunstancias —repuso secamente West—, me pareció mejor

no hacerlo.

—¿Ha visto hoy a Cordy?

—Sí. Estaba bien. Leía otra vez a Tom Paine. Y sigue poniéndose tan alegre como un grillo cuando se le permite recitar dos o tres páginas de Los Derechos del Hombre.

—¿Qué ha hecho entonces con el revólver?

—Bueno, yo... —West calló. Una expresión de alarma cruzó por sus ojos—. Lo puse sobre la mesa junto a mi máquina de escribir, eso es todo.

Henry Merrivale dejó caer la mandíbula.

—¿No lo encerró con llave en un cajón, hijo? ¿Ni siquiera ha cerrado con llave la puerta de su quinta?

—¡Vea! —dijo West—. No se puede echar la llave a esa quinta. Y, hasta donde puedo recordar, no hay ninguna clase de llave en esta aldea.

Henry Merrivale, acariciándose la mandíbula, reflexionaba en esto.

—¡Ajá! —dijo—. Ahora vaya de prisa a su casa, tan directamente como pueda, y recoja ese revólver. Luego vaya en busca de Fred Cordy, tráigalo aquí y no se separe de él hasta que yo le haya interrogado. ¿Ha comprendido?

—¡Bien! ¿Nada más?

Hacía un rato que Danvers estaba de pie, sin pensar en ser descortés, dando la espalda al grupo y frente a la cómoda alta situada en un rincón alejado de la habitación. Abstraído en sus pensamientos, tocó al azar un espejo de mano, un cepillo, unas tijeras para uñas, una lima y una polvera y luego se volvió.

—¿No se le ha ocurrido, Henry —dijo con claridad—, que nos evitaría muchas cavilaciones, si nos dijera simplemente algunas palabras?

—¿Cuáles, Rafe?

—Nos dice que una persona que pasa por las puertas y ventanas cerradas con llave puede aterrorizar a la aldea. Muy bien. Dice que sabe, a pesar de que ahora no lo puede probar, cómo se hace el engaño. Dígalo, pues, y termine de una vez con tanto misterio y tanto temor.

—Rafe —contestó Henry Merrivale asiéndose a la columna más próxima de la cama—, no voy a decir ni una palabra más. No porque quiera confundir a alguien. No porque tenga miedo de que alguno tenga una cara ingenua y pueda revelar el secreto. Sino porque no me atrevo a decírselo a todos ustedes juntos.

—¿Insinúa —exclamó el reverendo James— que alguno aquí...?

—¡No insinúo nada! Estoy tratando de decirles que alguien está, o puede estar, en grave peligro. A propósito, ¿el reloj de su iglesia no va cuatro o cinco minutos atrasado?

—Yo... sí, creo que sí. ¿Por qué lo pregunta?

Fuera, en el pasillo, sonó el teléfono.

Seguía sonando cuando Gordon West salió a hacer las diligencias que le habían sido encomendadas y Joan fue a contestar. Esta regresó inmediatamente.

—Para *sir* Henry —comunicó—. Es Stella Lacey.

Henry Merrivale, refunfuñando para sí, saltó pesadamente. La mesa del teléfono estaba al final del pasillo; a un lado, la puerta del dormitorio y al otro, la del estudio.

—¿*Sir Henry*? —la voz de la persona que hablaba parecía controlada como si alguien la vigilara; sin embargo, tenía tal urgencia al hablar cerca de la bocina que se la oía nítida—. Excúseme por molestarle, pero yo... le he buscado por todas partes.

—No me molesta. ¿Qué ocurre?

La voz era ahora tan clara que el grupo que se había reunido en el pasillo podía oír sílaba por sílaba.

—Soy Stella Lacey. Es médico, ¿no? Alguien dijo que usted era abogado y que le había visto en el tribunal. Pero ¿es médico?

—Bueno... soy ambas cosas —explicó Henry Merrivale a modo de disculpa—, pero no me ocupo mucho de ninguna.

—Por favor, ¿puede venir a mi casa? —le rogó Stella—. No dentro de unos minutos, sino ahora mismo. No se lo pediría, pero... no es por una insignificancia. Es cuestión de vida o muerte. ¡Por favor, por el amor de Dios, venga inmediatamente!

—¿*S*ir Henry Merrivale? —susurró una voz de mujer en la penumbra de la puerta de entrada.

—Soy yo.

Cuando indicó una puerta a la izquierda, la mujer pareció encorvarse como una siniestra bruja marchita.

—Entre allí, por favor.

La casa de Stella Lacey, cuya situación en el lado sur del parque correspondía a la del coronel Bailey al norte, no era absolutamente victoriana. Unos cien años atrás se llamaba la Casa de la Viuda porque, al casarse, un joven *squire* desalojó a su madre de la residencia y ella tuvo que ir a vivir allí. El exterior era muy pintoresco, de piedra con vigas negras, mas por dentro no lo era tanto. Un ama de llaves, con aspecto de bruja, hizo pasar al exterior a Henry Merrivale y le indicó la sala de la izquierda.

Esta sala, en la que esperaban Stella Lacey y el doctor Johann Schiller Schmidt, era una habitación larga, de techo bajo, con paredes pintadas de verde pálido. De ellas colgaban tres cuadros: dos manchas coloreadas cuyos temas sólo debía conocerlos el autor, y el tercero recordaba vagamente a una mujer, con un ojo colorado, acurrucada misteriosamente en el aire.

En la pared frente a la puerta se hallaba situada la escalera. Contra la otra, una estantería de libros que se asemejaba a una escalera de peldaños desiguales. Sobre un gran piano se había extendido una tela plateada sujeta por una estatua pequeña y muy pesada: un cilindro con una oreja a un lado y un ala al otro.

Pero, si en aquel dormitorio Victoriano existía hábito sobrenatural, en cambio la atmósfera de esta sala estaba cargada de temor, dolor y de miseria humana. Los ojuelos de Henry Merrivale miraron a su alrededor.

—Vine aquí tan pronto como pude, mistress Lacey —su voz gruesa bajó de tono—. ¿Qué ocurre?

El doctor Schmidt, con los brazos cruzados y aire severo, se hallaba de pie, de espaldas a la chimenea apagada sobre la que colgaba el desnudo indefinido con el ojo colorado. Mistress Lacey, con la cabeza baja y el pelo rubio ceniza caído hacia delante, estaba sentada en un diván de forma extraña; tenía sus delgadas manos entrelazadas y la vista fija en el suelo.

—*Sir Henry* —empezó tragando saliva—, yo...

—Un momento, por «favor» —dijo el doctor Schmidt.

Aunque era evidente que la situación no era del agrado del doctor Schmidt, éste recordaba que siempre debía reflejar alegría y buena voluntad. Su regocijo parecía terrible en medio del temor que reinaba en la habitación. Al vibrar su cuerpo



rechoncho, brillaban los gruesos aros de sus gafas, cuyos cristales le agrandaban los ojos.

—Tenga en cuenta que no he pedido una consulta —dijo—. Sin embargo, uno siempre se siente feliz con sus colegas, ¿no?

—¡Por favor, doctor Schmidt! Permítame explicarlo a mi manera —observó Stella con rigidez.

El médico, impasible, hizo un ademán de asentimiento.

Stella levantó la vista, sus ojos grises estaban húmedos y enrojecidos por las lágrimas y su bonita cara demacrada. Henry Merrivale retrocedió hasta una mesa en la que vio otra estatuilla fantasmagórica y una bandeja.

—*Sir Henry* —le preguntó Stella, juntando y separando las manos—, ¿no sé si conoce a mi hija Pamela?

—La vi en la calle, *mistress*. Lacey. Y la he vuelto a ver un par de veces. Es una niña muy bonita. Me gusta.

—Gracias —dijo Stella—. Anoche le pregunté a usted..., no, fue al coronel... ¡es lo mismo! Pregunté si usted había visto su librito de poesías. Lo ha escrito repetidas veces hasta perfeccionarlo y ella misma lo ha encuadernado con papel especial. ¡Espere!

Stella se levantó y se dirigió al estante de libros. Pestañeando continuamente para retener las lágrimas, sólo consiguió llorar aún más. Del final de una pila de libros, tomó un ejemplar encuadernado y forrado de papel gris, con el nombre Pamela Lacey escrito en la tapa en las letras grandes.

—Aquí, *sir Henry*. Por favor, lea la tercera poesía... yo... yo diría la serie de versos... de este opúsculo. El doctor Schmidt la ha marcado.

—¡Ach, así es! —dijo rebotante de alegría el médico y se cruzó de brazos.

—Debería explicar previamente que existe una canción francesa que entusiasmó a Pamela —dijo Stella casi histérica—. Si se traduce la primera parte significa: «Llueve, llueve, pastora, junta tus ovejas». Se refiere a María Antonieta y a su corte cuando jugaban, en Versalles, a que eran pastoras y campesinas.

—Creo comprender, señora. Bien.

Henry Merrivale tomó el libro encuadernado y lo abrió por la tercera página. Estaba escrita con letra clara y grande pero algo infantil y poco formada. Se titulaba *Chansonnette*, y decía:

Llueve, llueve, pastora; junta tus ovejas;  
Traviesa, linda, desmirada risueña; ¡ven, querida, no llores!  
Sonríeme, niña hechicera, de vestido de porcelana rosa y blanca,  
yo tan grande con mi peluca de porcelana, ¡y tú, pastora!

Llueve, llueve, pastora, junta tus ovejas  
no te desesperes si todo no es hermoso; acuéstate ahora y duerme.  
Cintas rosas y cintas celestes, con las nubes entremedio,  
*despiértate, allí y córtate el pelo... ¡es la guillotina!*

Hubo un prolongado silencio después de que Henry Merrivale hubo cerrado el librito y lo hubo depositado sobre la mesa detrás de él, cogiendo otra cosa sin que le vieran.

—Ajá —dijo impasible.

Stella Lacey no pudo controlarse por más tiempo.

—*Sir Henry*, el doctor Schmidt dice que Pam ha escrito esos anónimos — exclamó llorando.

Un silencio sepulcral hacía aún más grotescos los muebles de la habitación, impregnándolos de malignidad. Henry Merrivale no se movió ni habló.

—¿Lo «ve»? —suplicó Stella.

—¡Ach! —exclamó el doctor Schmidt con un leve ademán—. ¿Nota la morbosidad, la podredumbre como la manzana agusanada, que se descubre en la última línea de esa poesía?

—El... el libro —murmuró Stella.

Volvió titubeando hasta el estante y trajo un libro encuadernado en azul cuyas páginas se abrieron en el lugar que buscaba<sup>[1]</sup>.

—¡Es cierto! —murmuró el doctor Schmidt apretando los labios. Luego hizo un ademán con una ligera sonrisa de modestia—. Es un caso semejante. Advertí a mistress Lacey de que esto podría suceder aun antes de que recibiera el anónimo. Mi estimada señora, debió conservar la serenidad y no alarmarse —los lentes con montura de oro enfocaron a Henry Merrivale—. ¿Y?

Henry Merrivale continuaba sin moverse ni hablar.

Sus amigos hubieran dicho que al adoptar esta disposición de ánimo era tan inocente e inofensivo como el costado de un buque de guerra que se alza lentamente para apuntar al blanco. Pero seguía impasible junto a la mesa.

—Un caso semejante —continuó el doctor Schmidt, que había empezado a andar de un lado para otro delante de la chimenea— es el de una joven llamada Marie de Morell, de Saumur, en Francia. (¡Qué decadencia!). Este libro de *Herr Irving* —sus lentes centelleaban— es el informe más completo del asunto hecho fuera de Alemania. En el caso de marras hay una joven de «excelente» familia: bonita, modesta, obediente, piadosa. Perfecta, ¿eh? Sin embargo, ha escrito anónimos obscenos y ofensivos, que, en parte, han causado la ruina de su familia, la muerte de un oficial del ejército y la perdición de otro, hasta que después de muchos años descubrieron a la autora. Aquí no se llega a tanto. Mucho me temo, desgraciadamente, que Pam tenga una mentalidad idéntica a la de Marie de Morell.

El libro se escurrió de las manos de Stella y fue a caer al suelo. Las lágrimas corrían por su rostro.

—*Sir Henry* —suplicó por última vez—. ¿«Es» esto verdad? Por el amor de Dios, ¿no puede ayudarme de alguna manera?

El doctor Schmidt, absorbido en el caso, al andar balanceaba sus brazos rechonchos.

—La «pequeña» Pam sufre otro ataque. Bien, pues debemos curarla. ¿Estos remedios? ¡No! Debo sondear su mente. ¿Que no entiende? ¡Pah! Tiene catorce años; comprende lo suficiente para escribir palabras obscenas. Lo que no entiende debo descubrirlo y hacérselo ver. ¡Sí, sí, sí!

El doctor Schmidt calló. Dándose la vuelta se quedó con el rostro levantado y con el dedo hacia arriba, como predicando una causa santa.

—Probaré otra vez con el psicoanálisis —dijo.

Sir Henry Merrivale se movió lentamente y se detuvo frente a él.

—Si prueba otra vez con el psicoanálisis —dijo todavía con calma Henry Merrivale— recibirá una buena tunda. ¿Entendido, Jerry?

Stella Lacey, que se había echado sobre el diván, levantó la vista de repente. Se produjo una pausa durante la cual el doctor Schmidt miró azorado a Henry Merrivale.

—¡Pero soy un psicoanalista competente!

—Ajá. ¿Bueno?

—He estudiado durante tres años en Viena y he recibido mi título. Tengo un permiso para ejercer otorgado por la Sociedad Médica Británica. No compren... —el doctor Schmidt se calló. Algo parecido al terror apareció en su cara. Preguntó incrédulo.

—¿No cree en «der» análisis?

—Eso depende de quién lo practica, hijo —Henry Merrivale se volvió hacia Stella—. ¿Dónde está la criatura, señora?

¡Lo prohíbo! —estalló el doctor Schmidt—. ¡No le he llamado a consulta!

Era sorprendente la rapidez con que Henry Merrivale podía hacer girar su cuerpo.

—¿Prefiere que llame a la policía? —preguntó.

Sin duda su vehemencia era la causa de que el doctor Schmidt sudara abundantemente.

—¡No comprendo!

—Tenga cuidado, hijo —replicó Henry Merrivale con un refunfuño suave y peligroso—. Tenga cuidado, es todo lo que le digo... Mistress Lacey, ¿dónde dijo que estaba Pam?

—Arriba, la primera puerta al subir la escalera, no puede equivocarse. Acostamos a Pam, pero la luz está encendida. ¡Sir Henry! ¿Realmente cree...?

—Está bien, señora —dijo Henry Merrivale—. Tenga confianza en este viejo.

Después de subir pausadamente la escalera alfombrada, llamó a la puerta. Oyeron la voz de Pam que, aterrada, preguntaba quién era. La contestación de Henry Merrivale no fue clara, pero la puerta se abrió y se cerró.

Luego esperaron.

Pareció transcurrir una hora, luego otra y finalmente una tercera.

El doctor Johann Schiller Schmidt bien podía negar, y así lo creía, que hubiese rastro alguno de dramatismo en su naturaleza y en la de su raza. Sin embargo, levantó los brazos, recorrió febrilmente la alfombra y murmuró un extraño juramente

wagneriano.

Con respecto al ejercicio de su profesión, no era un hipócrita. El doctor Schmidt estaba muy interesado en Pam y tenía fe en sus propios métodos. Temía que aquel bruto de *sir* Henry fuese a asustarla aún más, y él (el doctor Schmidt) se lavaría las manos por las consecuencias.

Stella Lacey, sentada en el diván, respiraba nerviosamente. A menudo miraba hacia la escalera y rezaba en silencio.

El doctor Schmidt tenía razón. Los psicoanalistas siempre tenían razón. Lo que él decía, de Pam (también existía aquel otro asunto) podría ser desagradable y repugnante, pero los hechos eran los hechos. Stella no podía sino ampararse en su antigua fe, volverse hacia aquella iglesia gris de la colina, con la esperanza de que alguna ayuda podría...

De pronto, arriba se oyó el crujido de una puerta que se abría suavemente.

—... Déjela un poco abierta para que entre algo más de aire —aconsejó una voz ronca.

Pero Stella casi no lo oyó. En cambio sí oyó lo que jamás esperaba oír. Era un sonido sano y cordial que denotaba afecto. Era Pam Lacey riéndose a carcajadas.

Desde la planta baja podían oír claramente la conversación de Pam con Henry Merrivale.

—¡Pero no pudo hacerlo! ¿No es verdad? —declaró Pam casi en tono de desafío—. ¿Pero «de verdad» echó sales de Epsom en la sopa del ministro del Interior cuando asistía al banquete del alcalde de Londres?

—Juro que es cierto —declaró el otro con tan profunda sinceridad que aun los que estaban abajo lo creyeron. Y era verdad—. ¡Pero esto no es nada! —rió Henry Merrivale—. Espera a que te cuente cómo Pinkey Waterford apostó cinco libras a que yo no bajaría por Ludgate Hill con patines de ruedas. ¡No estuvo del todo mal!

—Doctor Merrivale —la voz de Pam parecía ligeramente resentida—. ¿No va a volverse a sentar a mi lado?

—Por supuesto, muñequita mía —Henry Merrivale hizo una pausa y habló con mucha gravedad y cortesía—. Espero que no te molestará que te llame «muñequita mía». Es sólo una manera de hablar. No lo haré si no lo quieres.

—¡Oh, no! ¡Me encanta! Es... es cuando la gente le habla a uno «con desprecio», como si uno no supiera nada y no pudiera comprender nada. Quiero decir...

—¿Si lo sabré yo? ¿No te he contado el caso de mi tío, esa comadreja? Pero el asunto es éste: no debes dejar que te llenen la cabeza con un montón de tonterías como lo están haciendo. Antes de que te explique esto, mira.

—¿Que mire qué?

—¡Mira! —repitió Henry Merrivale con ese poder de convicción suyo—. No tengo nada en las manos, ¿lo ves? Nada dentro de las manos. Levanto al aire la mano izquierda, así... Ahora, ¡caramba! —dijo Henry Merrivale como si le hubiese alcanzado un rayo—, ¿de dónde salió esa reina de corazones?, ¿o el siete de

tréboles?, ¿o el nueve de diamantes? O ves, mejor mezclarlas todas.

Abajo, durante este intervalo, el doctor Johann Schiller Schmidt había permanecido tenso. Stella, en el diván, miraba hacia la puerta de arriba, sus ojos brillaban cada vez con mayor esperanza. El doctor Schmidt se movió y le habló en voz baja.

—Este ministro del Interior, ¿quién «ess»? Creo que lo sé, sí, ¿pero qué hace?

—Bueno, yo... no estoy muy segura. Sé que es un miembro importante del Gabinete. Creo que, hablando técnicamente, es jefe supremo de la policía.

—¡*Herr Gott!* —murmuró el doctor Schmidt.

—¿Y qué puede importar?

—Este Merrivale comete una ofensa grave y seria contra un ministro importante del gobierno británico y sin embargo, Merrivale no está preso, ¿o... o...?

—¿O qué?

—No hace al caso. Pero... ¡«*Herr Gott!*»!

Stella casi no le oyó. Seguía mirando todavía la puerta de arriba. Pero, por alguna razón, la puerta fue cerrada deliberadamente. Esperaron en silencio durante lo que pareció ser una hora larga y dolorosa. El doctor Schmidt empezaba a enfadarse.

—Soy un científico. No tengo tiempo para juegos de cartas y chistes —dijo con desprecio—. La vida «ess» asunto serio. Con mis enfermos no gasto bromas.

—Preferiría que lo hiciera —dijo Stella, mirándolo de pronto con antipatía.

—¿«*Bitte!*»?

—¡Calle! La puerta ha vuelto a abrirse un poco.

Por algún motivo así era. Henry Merrivale estaba sentado al borde de la cama de Pam. La conversación, por lo menos para el doctor Schmidt, era electrizante.

—... ves, encanto, no hay necesidad de tenerle miedo a ese farsante comilón de salchichas que está abajo. Es pura espuma con faroles de armazón dorada. Te clava los faros en la cara y suelta un montón de tonterías. Entonces te asustas, te trastornas y te duele el estómago, y tu mamá cree que estás enferma. Pero no tienes realmente nada; ¿estamos?

—¡*P-or sup-puesto!*

—Muy bien. No tengas vergüenza en darme un beso. Y llora si quieres; nadie lo sabrá, nadie más que tú y yo, pero verás como te hago reír en seguida.

Se oyó una risa y un sollozo apagado.

—Como te expliqué, encanto, la mitad de las cosas que te dicen las personas mayores son pura mentira. No veo por qué han de seguir mintiéndote cuando tienes catorce años cumplidos; al diablo si lo entiendo. Pero mucha gente lo hace. Les harás comprender que no te gusta eso. Si intentan algo que tú crees que es una patraña, piénsalo bien y descubrirás que «es» una patraña. Si es una patraña mezquina y despreciable, no les hagas caso y mándalos al diablo. Pero si se trata solamente de una farsa ridícula como la del doctor Tijera de ahí abajo, puedes reírte y verás como te diviertes.

—Pero a veces uno no se puede reír —dijo Pam—. ¡No se puede!

—Lo sé, encanto —dijo Henry Merrivale con mucha suavidad—. No puedes pretender cambiar de la noche a la mañana, ¿no? Por eso estoy yo aquí.

—¿Qué quiere decir?

—Pam, este embustero comilón de salchichas no te va a molestar más.

Se oyó el ruido de un trago.

—¿De veras?

—Lo juro. Me encargaré de ello, te lo prometo.

—Pero mamá dice...

—Tu mamá está bien, encanto. Hablaré con ella en cuanto baje. ¿No crees que el doctor Merrivale hace lo que promete?

—¡Oh, sí! ¡Sí!

—Entonces, asunto concluido. Si el doctor Schmidt entra otra vez aquí a hurtadillas, cosa que no hará, créeme... pues si lo hace me avisas al Lord Rodney. Vendré al instante y le echaré por la ventana. Pensándolo bien, ¿por qué no echarlo por todas las ventanas?

—¡Usted... usted «es» tonto! ¡No puede arrojarlo por «todas» las ventanas!

—¿Por qué no? —sostuvo Henry Merrivale con muestras de lógica—. Siempre se puede recogerlo, traerlo y tirarlo otra vez. Y, hablando de ventanas, aquí están sobre la mesa de noche estos libros de rusos desequilibrados. Sería mejor librarse de ellos.

Se oyó el aleteo de las hojas y luego tres golpes por separado al ser arrojados por la ventana, chocando contra el tronco de un roble, los libros de Dostoievsky, Tolstoy y Chejov.

—Tengo el propósito —explicó Henry Merrivale— de que leas escritores que se llaman Dumas, Mark Twain, Stevenson, Chesterton, Conan Doyle. Han muerto, es verdad; pero todavía son mejores que cualquier otro para contar un cuento. Te los traeré de la librería de Rafe. En la escuela te podrán dar más.

—Pero... —Pam calló de pronto—. ¿No va a sentarse a mi lado?

—Por supuesto, encanto. Y te apuesto a que sé en lo que estás pensando. Tu mamá siempre te quiere sacar de la escuela porque tiene miedo de que el régimen alimenticio no te sea propicio o de que te pongas en una corriente de aire o en algún mal sitio, en fin, de que cometas alguna sandez.

—Yo no pensaba en eso.

—Sé que no lo has pensado y te pido disculpas. Pero de todos modos lo arreglaremos.

La voz de Pam, amortiguada contra el pecho de Henry Merrivale, bajaba más y más.

—¡Todavía no sabe lo que están «diciendo» de mí! Dicen... —la voz se tornaba indistinguible, siendo a veces casi un susurro.

—¿Crees que no lo sabía? —preguntó suavemente Henry Merrivale—. ¡Escucha, encanto! El único motivo que tengo para dejarte ahora es que debo bajar y... —su

voz también bajó de tono hasta perderse en el silencio.

—¡No lo va a hacer! —dijo Pam. No expresaba incredulidad, sino un suspiro de alivio.

—Por supuesto que sí. Si quieres oír algo interesante, escucha bien.

—Sinceramente, yo... de todos modos no puedo dormir. ¡No puedo!

—Por supuesto que no puedes —tronó Henry Merrivale como si la simple idea de alguien durmiendo le pareciera monstruosa—. ¿Por qué habrías de dormir? Echemos un vistazo por este estante. No veo nada que no acabase matando de aburrimiento a una cabra, pero... ¡un momento! Esto debe de haber venido aquí por equivocación. Se llama El claustro y el hogar.

—Yo... ya lo he visto. Pero el título parece muy triste.

—Así lo pensé hasta que leí uno o dos capítulos. ¿No te gustan los desafíos con espadas, los mastines, los ladrones en las poses solitarias y los crímenes misteriosos?

—¡Pero si es lo que más me gusta!

—Entonces toma éste, encanto, y te doy las buenas noches. En el libro hay un gran personaje llamado Denys que grita a todo el mundo: «¡*Courage! ¡Le diable est mort!*». ¿Sabes, naturalmente, lo que quiere decir?

—¡Valor! —rió Pam—. ¡El diablo ha muerto!

—Es para ti, encanto —dijo Henry Merrivale—. Volveré mañana con los patines de ruedas y con los libros que encuentre.

Sobre la alfombra de arriba resonaban los pasos pesados.

—Doctor Merrivale —dijo Pam con una vocecita.

—¿Sí, encanto?

En la entonación de Pam había desaparecido todo vestigio de afectación.

—Creo que usted es... es...

—¿Eh?

—Creo que usted es como un caballero con armadura —dijo Pam, y se echó a llorar.

Esta declaración sorprendente, que jamás hubiese soñado la esposa de Henry Merrivale ni tampoco su madre cuando él era un niño, hizo que Henry Merrivale se detuviera un segundo. Si en alguno de sus círculos se contara la observación de Pam, no se atrevería a concurrir a ellos durante dos años. No obstante, el viejo pícaro se sintió tan conmovido que, cuando salió de la habitación y cerró la puerta, la expresión de su ceño se volvió diabólica. Fue igualmente sorprendente lo que dijo al dirigirse a la puerta cerrada.

—Encanto, me gustaría creerlo así —murmuró.

Henry Merrivale bajó lentamente las escaleras. Abajo, Stella Lacey, con lágrimas muy diferentes en los ojos, le tendió las manos.

—Bueno —gruñó Henry Merrivale nervioso y preocupado—. No pasa nada malo con la chica. Nunca ha escrito ni un solo anónimo. Cualquier policía de pueblo se lo

podría decir.

—*Sir Henry*, yo... yo...

—Pero creo que no va a dejar de preocuparse hasta que le muestre las pruebas que pueda ver y juzgar. Es lo justo. Permítame hablar un poco con ese Paracelso.

Los sentimientos del ofendido doctor Schmidt, de pie sobre la alfombrilla de la chimenea, no necesitan ser descritos. Por una parte tenía la cara morada, como si padeciera una peligrosa presión arterial, y, por otra, temblaba como un hombre que sufriera de malaria.

Henry Merrivale se acercó a él con calma. El médico recuperó la voz para decir:

—¡Jamás en mi vida he oído tantas «*ovensas*» a la ética médica! Me ha llamado... —el doctor Schmidt calló. Henry Merrivale le había llamado tantas cosas que de repente no recordó ninguna. No podía sino temblar de ira—. ¡El mundo médico se enterará de esto!

Henry Merrivale, con los ojos entornados, habló con el mismo tono que le habían oído antes.

—Tengo motivos para dudarle —dijo.

—¡Ha insultado mi profesión!

—¡Oh, no! Sólo a usted, porque no sabe ejercerla... ¡Siéntese!

—¡Se me «*jinsulta*»... demasiado!

—Ha estropeado este trabajo, como ha estropeado —Henry Merrivale hizo una ligerísima pausa— otros trabajos. A propósito, ¿no le he dicho que se siente?

El doctor Schmidt le lanzó una mirada rápida y cautelosa y en seguida tomó asiento en una silla antigua.

—Dígame, doctor —contestó Henry Merrivale—. ¿Ha leído con atención los anónimos que ha recibido?

—¿Cuántas veces debo decirlo? No me interesa la política. ¡No soy nacionalsocialista!

—¡Vamos, vamos! —Henry Merrivale parecía sorprendido—. No he dicho que lo fuera. Pero aun si lo fuese, ¿cuál es la diferencia? ¿Su país y mi país no son acaso dos naciones amigas que gozan de las relaciones más amistosas que puedan existir bajo la luz del sol?

—¡Sí! —suspiró el doctor Schmidt, y el color morado casi desapareció de su rostro—. ¡Sí, sí! ¡Por supuesto!

—Bueno, entonces.

—¡Ach sí!

—Pero hay algo extraordinario —dijo Henry Merrivale buscando en el bolsillo interior—. El inspector Garlick y yo hemos examinado esta tarde el cesto de las cartas. Sucedió que me metí una en el bolsillo (distráido que es uno) y era una carta dirigida a usted. Tome y lea un par de líneas en voz alta.

A través de los gruesos lentes, el doctor Schmidt lanzó una mirada de desconfianza a Henry Merrivale, pero éste permaneció amable.



—Al hablar inglés puede cometer algún error, amigo mío. Pero me dicen que nunca se equivoca cuando lo escribe.

—Ja, ja. No, esto es demasiado. Sin embargo —el doctor Schmidt tomó la carta—, ¿por dónde quiere que empiece?

—Por el principio.

—«Estimado doctor Schmidt —empezó el médico, apoyando el codo sobre el brazo del sillón, porque la mano no estaba firme—. Según mi última carta, encuentro que las exigencias de la situación me obligan a hacer más averiguaciones sobre su carrera. Concedido...». ¡Pah! ¡Esta acusación es una tontería! ¿Qué dice usted?

Henry Merrivale se acercó a la mesa del centro. Dejó la baraja que había tomado de allí. Sobre ésta el ejemplar encuadernado en gris con los versos de Pam Lacey y lo abrió en la página tres, donde estaba la canción de la pastora.

Entonces estalló la bomba.

—Ahora, fante imbecil —bramó *sir* Henry Merrivale metiendo el librito de versos en la mano del doctor Schmidt que sostenía la carta—, ¡lea esto! Cuando lo lea recuerde que el primer deber de un médico es el de saber emplear los ojos y el sentido común.

»¿Qué quiero decir? Que en esos versos, incluyendo el título, desde lo que debió ser “Chansonnette”, hasta lo que debió ser “cintas”, hay cinco faltas de ortografía en ocho renglones. La gramática es pésima. La puntuación se pierde por todas partes. Ahora bien, Pam había trabajado y trabajado en ellos para que salieran lo mejor posible. ¿Tendrá usted la audacia inaudita de decir que esos versos y los anónimos pudieran haber sido escritos por una misma persona?

El doctor Schmidt observó los versos. Miró la carta, finalmente se humedeció los labios y levantó la vista.

—¿Y quién es usted para hablar de gramática? —dijo con desdén.

Henry Merrivale movió amistosamente una enorme mano en dirección al cuello de su interlocutor, pero se contuvo, aplazando su deleite.

—Le diré una cosa —dijo con calma—. Siendo alemán como es, no puede saberlo. Soy de una generación que se comía parte de las palabras tan naturalmente como ahora decimos otras cosas. Pero se llevaría una buena sorpresa si supiera quiénes eran las personas de esa generación.

Henry Merrivale tomó la carta y el opúsculo de manos del doctor Schmidt y, acercándose, los puso encima de la mesa.

—Y ahora retírese de aquí —dijo—. Ya ha hecho bastante daño. ¡Retírese!

—Apelo a la única «*persona*» que puede tomar decisiones. Apelo a *mistress* Lacey.

Stella, que había permanecido inmóvil, tembló ligeramente.

—Por favor, váyase —le dijo al médico—. Si vuelve, *sir* Henry tiene autorización para arrojarlo por todas las ventanas de la casa.

El doctor Schmidt, con dignidad, recogió su sombrero y su maletín de la mesa.

—¡Usted no ha acabado de oír la última palabra! —dijo para terminar en un tono algo dramático. Luego se puso el sombrero y salió.

A Stella le flaquearon las piernas y se sentó en el diván.

—Señora —dijo Henry Merrivale, mientras jugaba con los papeles que estaban sobre la mesa—, cuando vine aquí por vez primera, creo que no la juzgué del todo bien. Hay algunas cosas que todavía no sé, pero desde entonces he aprendido mucho.

Se acercó con lentitud y se detuvo frente a ella, hablándole otra vez con suavidad.

—Su marido no está realmente muerto, ¿verdad?

Las manos de Stella, apretadas contra la cara, cayeron lentamente al alzar el rostro. A pesar de que había desaparecido todo rastro de maquillaje, ya no aparentaba cansancio. Sus facciones delicadas se serenaban, pero al mismo tiempo se había desvanecido esa fugaz expresión burlona de su boca y de sus ojos grises. Así como Pam había perdido sus aires semisofisticados, su madre también había perdido su aire artificial para convertirse en un ser humano.

—¿Cómo se enteró...? —empezó Stella, pero su voz bajó de tono al mirar hacia la puerta del piso alto.

—Yo también he estado observando esta puerta —la tranquilizó Henry Merrivale—. La cerré completamente después de que hubo usted echado al doctor Schmidt. Si hablamos en voz baja Pam no podrá oírnos.

—Pero ¿cómo se enteró usted...?

—Por Scotland Yard —Henry Merrivale calmó con un gesto el sobresalto de Stella—. No se preocupe, señora. Aquí nadie lo sabe y nadie lo sabrá jamás. Verá —la voz gruesa de Henry Merrivale continuó tan consoladora como cuando hablaba con Pam—, quise saber por qué la única correspondencia que recibía usted era una carta, cada trimestre, de una firma de procuradores de Londres. Me dio la impresión de (pero sólo porque soy muy imaginativo) que alguien le enviaba un cheque trimestral por persona interpuesta.

—Darwin... es mi marido... La familia de Darwin no me quiere —dijo Stella bajando la vista—. No les censuro. Tienen razón. Pero... Verá —dijo enderezando los hombros—, mi marido pertenece a las Fuerzas Aéreas y está... bueno, digamos en un sanatorio. ¡No está enfermo! —murmuró vehemente Stella, y la verdad se leía en sus ojos—. Es una especie de (¿cómo la llaman?) psicosis que creen que podrán curar. Los médicos de las Fuerzas Aéreas parecían, tan... tan...

—Si son psiquiatras de las Fuerzas Aéreas es que conocen su profesión de cabo a rabo. No como el amigo Schmidt, que es un farsante en más de un sentido.

—Bueno, a causa de los otros, tuve confianza en él cuando me dijo...

A *sir* Henry Merrivale se le subía la sangre a la cabeza debido a la furia que empezaba a apoderarse de él, como el inspector jefe Masters.

—¿Le dijo ese matasanos que la enfermedad de su marido podía ser hereditaria y aparecer en Pam?

—¡Sí! Por eso...

—Bueno, pues no es así. Es otra mentira.

Los labios de Stella temblaban de nuevo y experimentaba una sensación de alivio que la hacía estremecer. Henry Merrivale, agachándose con trabajo, recogió del suelo el ejemplar de *Últimos estudios de criminología* y lo colocó de nuevo en la estantería.

—Dígame —preguntó—, ¿el viejo Cagliostro dijo...?

—¿Quién?

—¡Oh!, otro impostor. ¿Predijo que Pam podría escribir anónimos? ¿Aun antes de que empezaran a aparecer?

—Bueno, sí, eso, entre otras muchas cosas terribles. Me dio el libro y me dijo que estudiara el caso de Marie de Morell. ¿Sabe lo que hizo esa desgraciada, *sir* Henry? No fueron solamente cartas. Esa joven Morell dijo que un hombre, se supone que ese teniente de la Roncière, entró por la ventana de su dormitorio y trató de...

—¡S-sh! —dijo Henry Merrivale sentándose a su lado—. ¿No sabe que cuanto dijo sobre Pam son mentiras? ¿No es así?

—¡Sí! ¡Gracias a usted!

—Pero Schmidt —observó pensativo Henry Merrivale— lo predijo de antemano. Stella Lacey parecía estar juntando fuerzas para la peor de las confesiones.

—Ve —continuó—, «yo» no sabía que los versos de Pam tenían faltas de ortografía, mala puntuación y lo demás —una ola de rubor tiñó sus pálidas mejillas—. Realmente yo soy muy ignorante. Yo... nunca fui a la escuela.

Henry Merrivale le lanzó una rápida mirada de soslayo, pero por el momento no hizo ningún comentario.

—Marie de Morell —meditaba él—. Por esto cuando Ellie Harris le entregó el primer anónimo usted le dijo «ese libro no, ese libro no». Estaba tan asustada que no sabía lo que decía y salió corriendo de la oficina de correos.

—Me imagino que Scotland Yard también lo sabe. Sí, es verdad. Me sentía tan desgraciada, pero, por supuesto, no me atrevía a decírselo a nadie.

—Ahora, encan... es decir, señora —continuó Henry Merrivale—, dé un vistazo a los cuadros, esculturas y a los libros. Excluiremos a Irving, porque es buen escritor. ¿Qué piensa de ellos?

Stella echó hacia atrás su pelo rubio ceniza que le caía sobre la cara.

—¡Me parecen horribles!

—¡S-sh-h! —recomendó Henry Merrivale, mirando hacia la puerta cerrada de arriba—. ¿Entonces, por qué los pone en la casa por todas partes?

—¡Es que yo soy muy ignorante! ¡Y... bueno! Mis amigos de Londres dicen que son chic, de buen tono y que la gente bien los tiene.

Henry Merrivale cerró los ojos como si contara lentamente hasta diez; siguió contando diez más y llegó a una conclusión.

—Chic —repitió inexpresivo—. «De buen tono». —Luego, aún con mayor esfuerzo—: «La gente bien».

—¡Oh!, *sir* Henry, por favor, no me critique. Este asunto de Pam casi me ha hecho perder la cabeza. Y siendo Pam tan delicada...

—¡No, no lo es! —interrumpió enérgicamente Henry Merrivale—. Ese es otro desatino que tiene que quitarse de la cabeza. Jugará al hockey y se ensuciará la ropa si es que le gusta hacerlo; se dará un buen trompazo con los patines de ruedas y tiene

que disfrutar un poco de la infancia. Me voy a enfadar con ustedes de veras si no me lo promete.

—¡Sí, sí! ¡Se lo prometo!

—Ahora hablaremos de lo que llama usted «la gente bien». —Henry Merrivale se estremeció y se calmó.

—¡Sí! El padre y la madre de Darwin...

—Un momento. ¿Cómo sabe usted que la verdadera gente bien no está ahora en la puerta de su casa? ¿No aceptaría usted la opinión y el criterio de Gordon West o de Rafe Danvers, o del coronel Bailey, o del vicario... ¡caramba! no su juicio, sabe a qué me refiero... frente al de cualquiera de los ineptos que la han estado aconsejando?

Stella se moderó.

—Por favor, no mencione a Gordon West.

—¡Ah!, ¿no le agrada? —preguntó Henry Merrivale.

—Sí, me agrada. Tal vez demasiado —Stella hizo una pausa—. Ahora que sé que Pam no ha escrito los anónimos puedo decirle que únicamente una mujer pudo escribir esas cartas.

—¿Cómo es esto?

—Porque solamente una mujer pudo adivinar mis sentimientos. Los he ocultado muy bien.

—¿Entonces ha recibido más de una carta? ¿Y todas se referían a West?

Las sombras más siniestras cruzaron la habitación, rozando el desnudo indefinido con el ojo colorado y la estatua cilíndrica.

—Sí, todas —repuso Stella en voz baja—. Pero mentí. No quise darle a nadie la satisfacción de que pudiese hacerme preguntas. Y eso no es lo peor —continuó Stella, como haciéndose un reproche a sí misma—. Siempre he tenido una reputación muy extraña aquí. He gustado a los hombres, y las mujeres sólo me han tolerado o simplemente les he desagradado. Quizá no les guste una presunta viuda. Pero ¿qué puedo hacer?

La voz de Stella se alzó con pasión y Henry Merrivale se vio obligado a hacerle bajar el tono.

—¿Cuándo he contado mis preocupaciones a algún hombre, excepto ahora? Nadie sabe nada. He coqueteado un poco, sí. Por un lado, dicen que soy una especie de... de Mesalina. Por otro, dicen que no tengo bastante temperamento para ser interesante. Bueno, no soy ni lo uno ni lo otro. Soy un ser humano corriente, con sentimientos y tentaciones como cualquier otro.

—¡S-sh! ¡Calma!

—Pero después del 1 de julio, cuando empezaron esas cartas... bueno, fue culpa mía. Cuando una se siente desgraciada, o por lo menos así me ocurre a mí, se exaspera una y dice las cosas más desagradables que se pueda imaginar. La mitad de las veces brotan de los labios antes de que se sepa lo que dice. ¿Me permite decirle algo, *sir* Henry?

—Por supuesto.

—Si Marión Tyler me odia, no la censuro por ello. Ni tampoco a Joan Bailey. Joan no me quiso desde un principio. ¡Pero cómo me gustaría a mí ser como Joan! Una joven sana y sincera que verdaderamente no piensa en nada sino... bueno, en el amor... y no se ve dominada por los nervios.

Henry Merrivale sacudió la cabeza.

—¡Alto, mujer! —dijo—. Ella no es tan serena como supone usted. Algo ocurrió anoche; la joven se asustó tanto que apenas podía hablar, pero apretó los dientes porque esto es lo que se esperaba de ella.

—¿No es el caso de todos? —suspiró Stella, resumiendo su filosofía—. ¡Sobre Joan y Gor... no importa! Verdaderamente, en el fondo de mi corazón, jamás llegué a creer que Pam hubiese escrito esos anónimos. ¿De dónde hubiera sacado la máquina de escribir? Y, que yo sepa, ni siquiera sabe utilizarla.

—¡Ajá! El sentido común parece por fin surgir.

—Si yo deposité toda mi confianza en el doctor Schmidt es a causa de esos médicos de las Fuerzas Aéreas. Cuando dijo que Pam había escrito las cartas y que se observaba una enfermedad mental en la última línea de aquella Chansonnette sobre la guillotina; y usted tampoco lo ha negado...

—¡Al diablo con la psicosis! —dijo Henry Merrivale, aunque empleó un término bastante más fuerte—. ¡Míreme!

Stella le miró.

—¿No conoce un estilo de poesía que es, o era, muy popular? Empieza muy arrulladora y almibarada, muy pétalos de rosa y neblina sentimental, y luego termina con «váyase al demonio, mi amor».

—Por supuesto. Eso es...

—A todo el mundo le gustaba porque, además de bien hecha, agradaba lo brusco del final. Eso le encantaba a la juventud. Si pudieran le imitarían. Pam lo hizo.

—¿Es eso «verdad»?

—¡Oh! ¡Claro qué sí! Pam dijo que no le importaba mucho el aspecto sentimental. Aunque ese sujeto, Harry Goldfish, no es del todo malo; pero no se le permitía jugar con la pandilla de Tommy Wyatt porque les llamaban los diablillos de Satanás y no querían formar parte del coro —una expresión maliciosa cubrió insensiblemente el rostro de Henry Merrivale—. Le hablé entonces de mi tío, un tipo llamado George Byron Merrivale, que había querido que ingresase en el coro, y cómo ajusté las cuentas con el villano bien y pronto.

—¡Es que soy tan «ignorante»! —Stella repetía esto insistentemente—. Yo... estaba en el coro cuando Darwin y yo nos casamos.

Sir Henry Merrivale se sorprendió.

—Por supuesto que estaba —dijo él—. Ya he dicho que la había visto antes... relacionada con algo grande, hermoso y noble. Era la joven que estaba en la extremidad de la primera fila de las Veradana Gaieties en 1924.

—Pero el padre y la madre de Darwin...

—Escuche —dijo solemnemente—. ¿Sabe todo lo que tiene que tener una joven para formar parte del coro de una revista de Chalmers? —añadió con disimulado orgullo—. Mi esposa formaba parte del coro de ese mismo espectáculo en \913.

—¿Su... esposa?

—Seguro. Clemmie tiene, por supuesto, muchísimos menos años que yo —explicó con sentimiento Henry Merrivale—. Es bajita, rubia y conserva su figura. Y aun ahora, cuando está engalanada, todavía tiene éxito. Ve, Clemmie...

—¿Clemmie?

—Mi esposa. Se llama Clementine, como la querida Clementine de la canción —Henry Merrivale, superficial y satisfecho, se puso a rascar un banjo imaginario—. Pero en la actualidad no nos vemos mucho —añadió con tristeza—. Clemmie acostumbra residir en el sur de Francia.

—¡Lo siento! —los ojos grises de Stella mostraron preocupación—. ¿Fue una boda poco feliz?

—¿Poco feliz? —exclamó Henry Merrivale—. ¡Cáspita, no! Este es el inconveniente; ha sido demasiado feliz.

—Pero un matrimonio no puede ser demasiado feliz. Yo... quisiera que así fuera.

—¡Vea! —dijo Henry Merrivale con severidad—. Le contaré. Clemmie se cansa del sur de Francia. Me envía un telegrama diciendo que la espere. Bueno, vamos al Ivy, o tal vez al Claridge's, o al Savoy Grill... —el tono de Henry Merrivale era todavía indiferente— y empezamos por tomar cuatro o cinco *whiskys* dobles. ¿Comprende lo que quiero decir?

—¡Oh, sí! Mi marido y yo... —añadió Stella.

—Y al sexto, cuando los dos sentimos como si hiciera poco que nos hubiéramos encontrado en Pearly Gates, al son de una banda de cobres, Clemmie se pone pensativa y me dice: «Henry, tengo una idea magnífica. ¿Qué ocurriría si colocásemos un policia embalsamado encima de cada chimenea de Scotland Yard, sin que nadie nos viese y haciéndolo a plena luz?». Y yo, lleno de *whisky* y de malicia, digo: «Clemmie, no está nada mal. Dame unos minutos para pensar cómo podemos hacerlo». Lo hicimos, por supuesto. Y luego fue cuando nosotros... Pero quiero decir —insistió Henry Merrivale, levantando solemnemente el dedo para dar mayor énfasis a su lección de moral— que no puede uno estar haciendo continuamente esas cosas, ¿no? Tengo, que pensar en mi dignidad.

Stella le miró con extrañeza.

—Dios santo —exclamó—. ¿No querrá decir que hay «dos» personas en usted?

—¡No sé de qué me está hablando! —dijo Henry Merrivale ofendido.

—Dos *sir* Henry Merrivale, uno pequeño y femenino. Yo... yo...

Era evidente que los sentimientos de Stella habían ido demasiado lejos. El viejo le había dado tantas esperanzas, tanta facilidad para manejar a los diablillos imaginarios como si fuesen de papel de seda, que debía tomar inevitablemente una u otra

dirección.

—¿Sabe que cuando llegó usted le tenía miedo? —dijo Stella. Le abrazó y lloró sobre su hombro.

—¡Oh, por el amor de Esaú! —se quejó el Viejo Maestro.

Henry Merrivale, con expresión de víctima, extendió los brazos. A pesar de que en el caso de Pam la había alentado, teniendo una especial atracción por los niños, ahora consideraba que con Stella iba demasiado lejos. Además, con los brazos de Stella alrededor de su cuello, comprendía que estaba en una posición que podría parecer equívoca.

Había otra persona que pensaba exactamente lo mismo. Ya se ha advertido que nadie echa la llave a las puertas en Stoke Druid. Gordon West, al encontrar la puerta de la calle abierta, había llegado por el pasillo hasta la sala y se detuvo bruscamente.

—Este... disculpen —dijo, y se retiró de prisa.

—¡Un momento, maldito sea! —berreó Henry Merrivale. Depositando suavemente en el diván a una Stella azorada, corrió tras West.

Afuera, la noche era fresca y agradable. West, con las manos en los bolsillos, se le encaró en el umbral de la puerta de la calle.

—Dígame, viejo pícaro —preguntó West con verdadero interés—, ¿a cuántas mujeres necesita? Dentro de pocos días tendrá tan mala reputación como el vicario. ¡Y espere a que se entere de esto Virtue Conklin!

—Soy completamente «inocente» —dijo Henry Merrivale dando un tirón a su cuello—. Soy el más pobre e incomprendido... protector de la humanidad que haya intentado hacer una buena acción. He venido aquí, nada más que para consolar a una niña que está en el piso alto.

—Según mi visual —dijo West—, estaba consolando a una niña grande en el piso de abajo.

—Dígame, ¿no le dirá nada de esto a Virtue? —insinuó Henry Merrivale en voz baja.

—No, Maestro. No me importa nada que mantenga a un harén. ¿Pero ha olvidado lo que íbamos a hacer? ¿Y las urgentes instrucciones que me dio?

En realidad, Henry Merrivale lo había olvidado. Pero, sacando su reloj, echó una mirada a West e instantáneamente le interpelló.

—Pensé que había estado ahí adentro unas cuatro horas y creo que los demás también. Pero no son nada más que las diez. No importa; ¿en qué ha perdido usted el tiempo?

Las sombras se acentuaron en los pómulos de West.

—¿Perdido el tiempo? —dijo.

—Sí. ¿Dónde está ese revólver del calibre treinta y ocho?

—Desapareció —contestó categóricamente West—. Había desaparecido cuando volví a toda prisa a mi quinta. No he estado en ella en todo el día y pueden haberlo sustraído en cualquier momento.



La luna iluminaba Stoke Druid, aunque todavía no era llena.

—¿Y dónde está Fred Cordy? Le dije que lo agarrara y que no le perdiera de vista.

¡No pude hallarlo! —interrumpió West—. Esto —añadió con amargura— es lo que usted llama «perder el tiempo». No estaba en su casa, la última en el extremo norte de High Street. Tampoco en los bares, ni en ningún cafetín que yo conozca.

Los dos se dieron la vuelta. Delante, el sendero de grava torcía hacia la izquierda y pasaba a unos cien metros de la casa de Stella, antes de convertirse en un sendero de tierra. Enfrente aparecían los gruesos árboles de este lado del parque. Detrás de éstos, un camino de grava, ancho y recto, unía los portones a la puerta de la casa solariega. Detrás de otros árboles, del lado donde vivían los Bailey y el propio West, salía otro sendero como aquél.

Había, pues, tres senderos: el del centro, que conducía a la residencia como el astil de una flecha, y los otros dos como los bordes de la punta de la flecha. Pero nadie andaba ni se movía, con excepción de las sombras, entre los árboles bañados por la luna.

—Esto va de mal en peor —objetó Henry Merrivale en voz baja—, pues Cordy, a pesar de todo, debe de estar en alguna parte.

—A no ser que deliberadamente se esconda.

Los dos avanzaron a la luz de la luna, pero sus pisadas eran tan ruidosas sobre la grava que se detuvieron.

—¡Aguarde! ¿Estará... —Henry Merrivale levantó un brazo para señalar el parque—, estará de visita en casa de nuestros amigos?

—No. También pensé en ello.

—¿Cómo dice, hijo?

—Después de que usted se marchase de casa del coronel, el grupo se disgregó. El vicario se fue a su casa y lo mismo hizo Rafe Danvers. Bueno, después de buscar por todas partes en la aldea, volví allí como última esperanza. Joan y el coronel jugaban al ajedrez y Cordy, por supuesto, no estaba. Regresé a mi casa y la hallé desierta, nada de Cordy. Crucé por delante de la casa solariega —West la señaló— y vine por este lado a la quinta de Marión Tyler.

—Esto es de nuestro lado. A la derecha de donde estamos ahora intervino Henry Merrivale.

—Sí, Marión se estaba desnudando. Me vine entonces para aquí.

—¿Buscó en la casa solariega?

—¿En la casa solariega? —repitió West sacando las manos de los bolsillos—. ¿Qué diablos podía estar haciendo Cordy allí?

—Oh, hijo, no tiene usted el ingenio que posee Virtue para que le cuenten todos los chismes que circulan.

—¿Qué pasa ahora?

—El Squire Wyatt —dijo Henry Merrivale— es una de las personas que agradan

a Cordy. El Squire Wyatt, por lo menos en el caso de Cordy, cierra los ojos ante la caza en terreno vedado. Pero probablemente tiene usted razón —añadió Henry Merrivale desesperado— y Cordy está escondido. Hijo, tiene un buen motivo para esconderse.

—¡Hum!, sí. Usted ha dicho que es la persona que está en peligro —West golpeó el suelo con el pie—. ¡Debemos encontrarlo! Pero, por Satanás, ¿cómo podríamos hacerlo?

—No lo sé. Tal vez... La Viuda Burlona.

—¿Cómo puede un montón de cartas tener algo que ver con...? —West calló—. ¿Se refiere a la figura de piedra de La Viuda en la pradera?

—Ajá.

—¡Pero no podría ocultarse allí!

—No, hijo. No podría ocultarse. De cualquier manera, podría...

En aquel mismo momento la mano de Henry Merrivale cayó pesadamente sobre el brazo de West.

—¡Escuche! —dijo.

**P**asado el primer momento y después de oírse el ruido, que fue como el desgaje de una rama muy pequeña, no había motivo para seguir guardando silencio.

Tanto Henry Merrivale como Gordon West oyeron pasos que corrían sobre la grava... Corrían enloquecidos, corrían desesperadamente, con un miedo cerval.

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Por el amor de Dios, socorro! —la voz se debilitaba a causa de la respiración entrecortada por la carrera. Cualquiera, aun a mayor distancia, hubiera podido oír el grito.

—¡Es la voz de Cordy! —dijo West.

—¡Calma, maldito sea! ¿Dónde está y qué dirección lleva?

Los pasos, haciendo crujir la grava, se acercaban más y más.

—Va por el sendero de en medio que conduce a la casa solariega —dijo West, que tenía los nervios a flor de piel—. Corre como el diablo hacia los portones de la entrada.

—¡Calle!

—¿Qué sucede?

—Puede atraparlo si cruza por entre los árboles. Pero si se cae, habrá fallado. Tome el sendero de grava; se desvía, pero está despejado... ¡Por el amor de Esaú, vamos!

Rara vez *sir* Henry Merrivale corrió tan ligero como lo hizo en esta ocasión; ni durante la carrera detrás de la maleta, ni cuando fue perseguido por una jauría de reptiles. Sus piernas combadas, con los pies para dentro, se movían como sobre ruedas. Al mirar de lado, con una expresión terrible, las órdenes parecían salir despedidas de su boca, entre una respiración y otra, mientras corría al lado de West.

—Cuando Cordy llegue a los portones delanteros, tomará la dirección de La Viuda Burlona...

Siguieron una profunda aspiración y un gorgoteo.

—Trate de alcanzarlo antes de que llegue allí. ¿Comprende?

—¡Sí!

—Si él llega allí...

—¡Siga!

—Y trepa a la piedra, tiene que alcanzarlo antes de que llegue a la cabeza. Quiero decir a los ojos.

—¿Los «qué»?

—¡Los ojos! —después de una profunda inspiración hizo un nuevo esfuerzo—. Yo ahora voy a abandonar. ¡Corra rápido!

West, que era un excelente corredor, corrió velozmente. El ruido de sus rápidos pasos ahogó por un momento el de los de Cordy y no podía saber dónde se

encontraba ya éste. West se imaginaba, por el ruido, que el zapatero no había partido más allá de la puerta de la casa solariega; debió de haber arrancado por lo menos a sesenta u ochenta metros de la puerta. El...

Luego West oyó al otro corredor. Cordy lo había pasado en un tramo recto y volvió a gritar. West no había contado con la fortaleza del hombrecillo que se balanceaba sobre las tumbas y bailaba sobre las ruedas de los carros igual que un acróbata profesional.

West, como un resorte, cobró tal velocidad que sentía cómo su respiración le aserraba los pulmones. Dobló la curva del lado del muro bajo del parque a menos de seis metros detrás de Cordy, cuando éste cruzaba los portones abiertos.

—¡Pare, loco! ¡Espere!

Esto quiso gritar West, pero nunca pudo recordar si había conseguido emitir claramente las palabras o por lo menos si había conseguido hacerse oír.

La luz brillante de la luna destacaba los detalles de la escena. Cordy, como lo había predicho Henry Merrivale, cruzó corriendo en diagonal High Street y la extensión despejada en dirección a la ribera que lleva a la pradera. Pocos cientos de metros más allá, se elevaba la perversa silueta negra de La Viuda, de quince metros de altura, en medio de la pálida luz de la luna.

Cordy corría con la cabeza agachada, el pelo erizado, y se le veían claramente la chaqueta remendada y los pantalones de pana.

—¡Abandone! —gritó con voz débil.

Luego, detrás de West y de Cordy, alguien hizo dos disparos de revólver.

Sin necesidad de volver la cabeza, West sabía lo que eran y siguió corriendo, aunque se le puso la carne de gallina por la sensación de que los disparos habían errado. Cordy se arrojó hacia adelante, como si unas manos le empujaran, a un metro de la ribera, dentro de la pradera, y desapareció.

«Lo han alcanzado», pensó West, sintiendo todavía en los oídos el estampido ensordecedor de los disparos.

Pero no era así. O los disparos habían fa Hado el blanco o le habían producido heridas tan leves que no tenían ninguna importancia. Cordy se había puesto de pie y se lanzó a través de la pradera mojada por la tenue llovizna, en dirección a La Viuda Burlona...

West, tras haber disminuido su velocidad para calcular si las balas habían partido de detrás del muro curvo y bajo del parque, o desde fuera de él, se metió en la ribera... y cometió su primer error.

Trató de ahorrar tiempo saltando a la pradera sin recordar la pendiente y la profundidad. Su talón resbaló en el lodo, debajo del corto césped. Un momento después cayó dándose un golpe que le hizo sentir como si los huesos se le clavaran en el cuerpo, haciéndole perder la cabeza. Pero cuando West se proponía algo, se entregaba con vehemencia y concentración. Después de uno o dos segundos, estaba de nuevo en pie y corría velozmente.

En realidad acortó la distancia entre él y Fred Cordy porque éste no conseguía correr tan de prisa en la pradera mojada. Estaba sólo a dos metros de él cuando Cordy saltó sobre la piedra.

Entonces...

La Viuda Burlona, con su sonrisa socarrona, miraba diagonalmente High Street. Fred Cordy trepaba por la parte delantera, con cuidado, pero con la agilidad de un mono.

—¡Lo hizo! —fue el pensamiento de West cuando saltó por encima de unos cantos rodados y tanteó un lado de la figura.

Si no sucedía un accidente, o un milagro, West estaba vencido. Cordy, con su original acrobacia, alcanzaría la parte superior antes de que él pudiese hacerlo. No obstante, West, febrilmente, subió tanteando lo que desde lejos parecía la superficie lisa de la roca. Pero había muchos huecos para agarrarse, grietas profundas y salientes suaves o puntiagudas a una altura que podía alcanzar.

Le era imposible trepar por donde lo hacía Cordy, porque un puntapié asestado con la bota de clavos le mandaría otra vez abajo. Saltó a un lado de la figura y empezó a trepar.

Le pareció que había pasado una eternidad antes de llegar a la mitad de la altura. Si nunca se ha trepado por montañas, la dificultad estriba en encontrar algún sitio donde colocar el pie y que éste no resbale, pues, de no ser así, queda uno colgado con un brazo dislocado, o incluso los tobillos lastimados.

Para West era mejor agarrarse con las manos, aunque parecía tener todo en su contra, como si La Viuda Burlona temblara y se resistiera con su maldad milenaria. Los asideros se ladeaban de repente, haciéndole golpear contra el flanco. Había que tantear con prudencia porque se podía golpear la cabeza contra alguna roca poco visible.

West, con desesperación, decidió que Cordy habría llegado ya a la cúspide (o a los ojos de la imagen fea) y que habría iniciado el descenso. Se afianzó bien y empezó a orillar hacia la parte delantera. Si pudiese ver a Cordy...

Entonces se detuvo en seco.

A menos de tres metros por encima de él, asido a una anfractuosidad segura, Cordy se inclinaba de costado y miraba hacia abajo. La cara de duende de Cordy, entre la sombra y la luz de la luna, parecía pálida y con una nariz extraordinariamente afilada. West alcanzaba a oír el débil silbido de su respiración. West trató de hablarle sin alzar la voz.

—¡Fred! ¿No me reconoce? ¡Soy Gordon West!

Al abrir Cordy los labios quedaron visibles sus dientes.

—¡Ah! Míster West —dijo con tono agradable—, le reconozco. ¿Creyó que no?

—¿Entonces qué hace aquí?

La sonrisa enloquecida de Cordy expresaba claramente la idea de «¡cómo quería saberlo!».

—Si a eso vamos —dijo West—, ¿qué hacemos los dos aquí? ¿Quiere bajar conmigo? Soy amigo suyo, ¿no lo sabe?

Cordy reflexionó. La expresión de locura desapareció de sus ojos y en su lugar apareció una de astucia, más peligrosa aún.

—No tengo nada en contra suya, míster West. Por todos los santos, ¡me gusta! —la mano derecha ennegrecida de Cordy estaba libre y con ella señalaba—. Por eso le dijo: baje. Váyase. Mientras tiene la oportunidad. En, seguida.

—¿Y si no lo hago, Fred?

El duende, atisbando hacia abajo con su cara pálida, profirió un grito de rabia.

—¡Entonces le enseñaré quién es el amo!

Cordy movió hacia la izquierda la mano derecha. West adivinaba lo que iba a coger. Sería una piedra dura, no muy grande, para arrojarla con fuerza.

—¡Le enseñaré quién manda aquí!

West vio echarse hacia atrás la mano y el brazo del hombre y salir despedida la piedra directamente hacia su cara. Instintivamente, por evitarla, perdió todos los asideros menos uno y osciló, asido impotente a la grieta de la roca, con los cinco dedos ensangrentados. La piedra erró el blanco por menos de cinco centímetros y cayó en la pradera con un golpe sordo.

West tanteó, lenta y concentradamente, hasta encontrar un apoyo. Otra piedra pasó como un relámpago, pero Cordy estaba tan encolerizado que la piedra voló lejos de la meta prevista.

—Me las pagará, Fred.

—¿Lo cree?

—Podrá subir hasta arriba. Podrá llegar hasta los ojos —West dio énfasis a las dos últimas palabras—, pero tendrá que bajar. Entonces será cuando le cogeré.

No le hizo más caso. Bien adherido a la superficie de la roca, con la frente y las muñecas en carne viva, empezó a trepar dando un paso, dos, tres, cuatro, cinco. Cordy, que ascendía con una agilidad más propia de un simio que de un hombre en medio del ruido que hacían las piedras al desprenderse, debía de estar casi en la cima.

West se detuvo. Por primera vez sintió un malestar en la boca del estómago. Tenía la impresión de que la figura se había ladeado ligeramente.

En el instante que precedió al momento del peligro, a West le cruzaron por la mente los fragmentos de una conversación que había oído con anterioridad. En la penumbra del anochecer del sábado veía a *sir* Henry Merrivale al pie de La Viuda, atisbando hacia arriba. Había oído también que Henry Merrivale le preguntaba:

—«¿Podría trepar a esa figura?».

Y la confusión enigmática de la respuesta del vicario, que manifestó:

—«No me gustaría tener que escalarla. Parece como si fuera una sola piedra, pero podría partirse por el medio y caer sobre uno».

La Viuda Burlona tenía quince metros de altura. No es nada, ¿verdad? Empero, cuando uno trepa por ella hasta un poco más de la mitad y la mole de piedra

amenazadora se encuentra encima de uno, el suelo parece muy lejos.

Otra vez la figura parecía ladearse ligeramente, observada desde el lugar donde estaba West, frente a la cara de La Viuda, por donde trepaba Corby. Si esa mole cayera, aplastaría a Cordy y probablemente también a West.

—¡Fred! —gritó.

No obtuvo respuesta.

West miró por encima de su hombro, hacia abajo. Evidentemente, la alarma había cundido. Más allá, en la pradera cubierta de neblina, desde la ribera hasta el comienzo de High Street, apenas se distinguían varias personas. Stoke Druid no tenía alumbrado en las calles, por no estar en una zona urbanizada, pero las luces (eléctricas o de petróleo) se encendían a lo largo de High Street.

—¡Fred! Esta vez corre peligro —gritó West, haciendo una conjetura inspirada—. ¡Baje! ¡Se está inclinando hacia delante! ¡Caerá sobre usted!

De arriba llegó el ruido sofocado de una tos.

—¿La Vieja Viuda? —se burló Cordy, y volvió a toser—. La Viuda siempre ha estado aquí, desde antes de los viejos druidas. Ella no...

Entonces, sin aviso ni ruido previo, La Viuda Burlona se desplomó.

Cayó hacia adelante, rompiéndose a unos ocho metros de altura, justamente en el lugar que West iba a alcanzar. Cayó en medio del retumbo y estruendo de las piedras, que, en el silencio de la noche, sonaban como un alud.

Un pequeño fragmento de piedra picó, como una avispa, a West en la frente. Una piedra más grande saltó por encima de él. Pero antes de que cayera la nube de polvo y de cascajos de piedra, West vio dos cosas que jamás olvidaría.

Fred Cordy, despedido hacia afuera, pasó volando en un remolino de brazos y piernas, con un movimiento grotesco. La enorme cabeza de La Viuda se separó por completo del cuerpo, dando vueltas en el aire, siempre con su expresión espantosa, y West pudo ver, a la luz de la luna, entre la cabeza y el cuello, un objeto negro y achatado que surgía del ojo izquierdo y que apenas pudo distinguir.

Después del retumbo y estruendo de las piedras, el polvo se fue asentando, quedando como una arenilla que obligó a West a cerrar los ojos mientras se sostenía con fuerza.

Debajo de él, las piedras se balanceaban y crujían, pero se mantenía firme. Según todas las probabilidades, el derrumbe hubiera debido aplastarlo o golpearlo debido al diluvio de piedras. Escapó simplemente como se salva un hombre cuando una bomba de alto poder explosivo cae muy cerca de él.

En medio del silencio se oyeron voces.

—¡Cordy!

—¡No lo toque ahora!

—¡Ah, miren allá!

—¿Quién está todavía ahí arriba? ¿Míster West?

Aun con los párpados cerrados, West veía el brillante resplandor de los rayos de

varias antorchas y linternas que lo enfocaban. Lo que más le molestaba era el dolor y la picazón de los ojos cuando trataba de abrirlos. Además, con la fuerte impresión, sus músculos se habían aflojados y temía no conseguir mantenerse agarrado a las piedras. Quería pedir ayuda y no podía.

Después de este breve acceso de pánico empezó a descender. Fue mucho más fácil de lo que había imaginado, porque desde abajo las voces le alentaban.

—¿Le seguía, mister West?

—¡Sí!

—¿Le alcanzó, mister West?

—La Vieja Viuda ha desaparecido, o gran parte de ella —dijo tontamente una voz de mujer—. Esto quiere decir que nos podemos ir preparando; acuérdense de lo que digo.

A cierta distancia, se había estrellado contra el suelo una pequeña máquina de escribir portátil cuya tapa negra, arracada, había volado aún más lejos; sus pequeñas teclas blancas brillaban. Al pie de La Viuda, debajo de una roca de buen tamaño, yacía Fred Cordy, boca abajo, entre la delgada capa de neblina.

Polvo y rocas pesadas cubrían y aplastaban su cuerpo hasta la cintura. Los brazos estaban bien abiertos y el erizado cabello humedecido donde la cara lo apretaba contra el suelo. Vestía su vieja camisa remendada y en la espalda tenía dos perforaciones de bala.



Enterraron a Fred Cordy cuatro días después de su muerte, el viernes 19 de setiembre, bajo un cielo plomizo con nubes que parecían remolinos de humo.

Pocas personas asistieron al entierro, pues Cordy no tenía amigos y su muerte se consideraba, en secreto, como una suerte para todos. Pero estaban allí Gordon West y Joan Bailey con el coronel, también Ralph Danvers, el Squire Wyatt y, aunque no se la esperaba, Marión Tyler.

—Trabajó en mi jardín —dijo Marión—. No trabajaba en sus zapatos, pero aró en mi jardín.

A pesar de las ideas ateas del difunto, su esposa, mistress Cordy, rogó que el entierro se efectuara en el cementerio de la iglesia, y el reverendo James no sabía resistirse a las lágrimas de ninguna mujer. Mistress Cordy se había vestido de luto riguroso y llevaba cogida de la mano a su hija Federica, de once años, que chupaba un caramelo de miel debajo del velo negro. El Squire Wyatt prometió dar trabajo a mistress Cordy en su casa y alojar también a Federica. Durante la ceremonia cayeron algunas gotas de agua.

Stoke Druid, en conjunto, no hizo mayor caso.

Entre la noche del lunes, cuando Cordy fue asesinado, y la del jueves siguiente, mientras se realizaba la investigación policial correspondiente, la aldea pasó por varios momentos de emoción. Primero fue la alarma producida por el cierre de puertas y ventanas, luego fue la ira y, finalmente, la apatía.

Esperaban mucho de la investigación. Era del dominio público que la máquina de escribir escondida en uno de los ojos de La Viuda era la utilizada para escribir las cartas.

La investigación estaba a cargo de míster Vanee, el mismo fiscal encargado del sumario en el caso de Cordelia Martin. El fiscal tuvo una serie de conversaciones privadas con el inspector Garlick. Los periodistas llegados de Londres por aquel incidente del que tanto se había hablado sobre el fantasma que se había aparecido a Joan Bailey, dejaron de importunarla para asistir a la investigación.

La primer testigo, según la costumbre, fue mistress Mary Annie Cordy, que hizo la identificación formal del cadáver. El siguiente en ocupar el banco de los testigos fue el doctor Johann Schiller Schmidt, que entendía este oficio y había llevado a cabo la autopsia.

El difunto, explicó el doctor Schmidt, había muerto a consecuencia de una hemorragia causada por una herida de bala que le atravesó el pulmón izquierdo. Se habían hecho dos disparos en dirección oblicua, de derecha a izquierda. Ambas, al errar el espinazo, se alojaron en el cuerpo, pero sólo una afectó una parte vital.

Era extraordinario, pero no imposible ni sorprendente, que un hombre con esa

herida hubiese podido cruzar la pradera corriendo y trepar a la figura de piedra antes de caer muerto. (No se podía afirmar cuándo).

El informe del experto en balística de Bristol era breve: «Las dos balas presentadas pertenecen a un revólver Webley 38, modelo 3. No puedo, ni nadie podría, decir a qué distancia se hicieron los disparos, salvo que la trayectoria no fue ni muy corta ni muy larga».

Gordon West que siguió en tanto que testigo, a la lectura de este informe (advertido de hablar poco), contó la historia que todos conocían.

—¿Podría calcular la distancia a que se hicieron los disparos?

—Bueno, solamente podría decir lo que le había ocurrido a él en ese momento; suponía que a unos diez o quince metros. Corría a la izquierda de Cordy, aunque en la misma dirección, en diagonal, y las balas no le habían tocado.

Después de lo cual el fiscal, a instancia de la policía, accedió a suspender la investigación.

Los espectadores de Stoke Druid estaban sentados con los ojos muy abiertos, pasmados de incredulidad. En los primeros momentos, después de la declaración del fiscal, se produjo solamente un silencio con entrecortadas respiraciones. Luego se levantó para hablar míster Rush, el ferretero, en cuya cara se veía un rastro de herrumbre.

—¡Ea! —gritó míster Rush—. ¿Y qué pasa con los anónimos?

—No competen a nuestra investigación. Debo recordarle que la investigación ha sido aplazada.

—¡Qué importa que competan o no! —dijo Theo Bull desde otro rincón—. ¿A quién pertenece la máquina de escribir? ¿Quién escribió las cartas? No ha dicho ni una palabra sobre la máquina de escribir, excepto que estaba escondida en la cabeza de La Viuda. ¡Sólo ha dicho lo que todos sabemos!

—Por última vez, debo recordarle...

Si el fiscal en ese momento se hubiese mostrado imprudente y ordenado a la policía que desalojara la sala, se hubiera producido una situación muy desagradable.

—Señores —dijo—, solamente puedo hacer lo que me permite la ley.

Se oyó un fuerte rumor y golpes con los pies. Pero Stoke Druid, como el resto de Inglaterra, había sido educada en tal respeto de la ley que su simple mención calmó a los más descontentos y el grupo se disolvió.

Esto, sin embargo, no evitó los mítines de protesta, que fueron más nutridos y furiosos que cualquiera de los siguientes al famoso sermón del vicario. Alguien le quitó el casco a un vigilante a las puertas de la librería de Danvers; pero Robert, que tenía órdenes precisas, le trató con tolerancia y permaneció impasible. Aquella noche, jueves, los bares del Lord Rodney y del Nag's Head estaban abarrotados de gente.

En el Nag's Head, junto a la barra, el Squire Wyatt hablaba con un grupo de admiradores. Su espeso pelo gris, matizado en negro, partido y cepillado cuidadosamente y con los extremos para arriba, parecía una peluca. Su espeso bigote

gris también estaba recortado.

El Squire Wyatt sorbió la tercera parte de su vaso de cerveza y se inclinó antes de dejarlo sobre el mostrador.

—Haré una declaración —dijo, y se limpió el bigote.

Pudo ser o no una coincidencia que en aquel momento entrara en el bar el inspector Garlick. En vez de servirse de la botella o de la jarra, se acercó al mostrador y pidió tres botellas de cerveza para llevarse.

También merece señalarse otro extremo: el Squire Wyatt no empleó el modo de hablar de Somerset. Su lenguaje, aunque áspero y duro, era el de cualquier hacendado que se codea con sus arrendatarios.

—Corre por ahí el rumor —continuó— que Fred Cordy estuvo en la residencia antes de que le mataran el lunes por la noche. Es una mentira y se lo diré a cualquier maldito policía que quiera verme.

Buscó a Garlick con la mirada, por el espejo que había detrás del bar cuyo cristal estaba empañado por el vaho, pero el inspector sólo recogía las botellas.

—Han oído —prosiguió diciendo Tom Wyatt a un grupo complaciente— lo que dijo el joven West. Dijo que creía haber visto surgir a Cordy de los arbustos, que podrían ser árboles pequeños, junto al camino, a sesenta u ochenta metros de la casa. Bueno, eso es verdad. Yo también lo vi.

Mientras el Squire seguía bebiendo cerveza, se alzó un murmullo de voces.

—¡Escucha, Marty! ¡Escucha, Steve! Iba a acostarme y abrí la puerta delantera para ver si hacía buena noche. Cordy salió de entre los árboles (era imposible no verlo a la luz de la luna, y creo que había alguien con él) y corrió a toda velocidad, gritando desaforadamente, por mi camino. Pensé que se trataba de otra de sus tonterías poco graciosas, cerré la puerta y eché la llave.

—¿De qué lado del camino fue eso, Squire? —preguntó alguno con voz interesada.

—¡De la izquierda, Len! ¡Del lado sur! «Pero...».

El Squire Wyatt dejó el vaso.

—Hoy no me han llamado a atestiguar —esto, evidentemente, le molestaba más que nada—. Pero si mato a un hombre, Len, lo haré cara a cara y le descargaré las seis balas de mi revólver. ¡«Decírselo» a cualquier maldito policía que podáis encontrar!

Se despachaba continuamente cerveza. Como las dos cantineras desparramaban casi tanta cerveza como la que servían, hasta el humo del tabaco estaba impregnado de humedad. El inspector Garlick, después de contar atentamente el cambio, recogió la bolsa de papel que contenía las botellas y salió.

El inspector no tenía más que pasar por la cochera del viejo Nag's Head para entrar en la librería de Danvers. Al fondo se hallaba encendida una lámpara, con pantalla verde, sobre el escritorio del librero, junto al cual se encontraban sentados Danvers y *sir* Henry Merrivale.

Después de servida la cerveza, entre el inspector Garlick y Henry Merrivale se entabló una conversación, y Danvers, sintiéndose incómodo, se sentó a cierta distancia.

—¿Oyó algo allí? —preguntó Henry Merrivale, señalando perezosamente con la cabeza hacia el bar.

—Nada que no supiera.

Mientras Henry Merrivale daba un refunfuño por toda respuesta, el inspector Garlick se cuadró con resolución. Se les presentaban tres problemas hartamente espinosos. Garlick sacó una libreta y un lápiz para demostrar que sus palabras iban a tener gran importancia.

—*Sir Henry* —empezó—, ¿siempre supo usted que la máquina con que se escribían los anónimos pertenecía a Fred Cordy?

Danvers, que se había acercado al escritorio a buscar un libro, lo dejó caer y se enderezó.

—Está bien, Rafe —le tranquilizó Henry Merrivale—. El inspector no va a descubrir muchos secretos.

—*Sir Henry*, repito la pregunta. ¿Siempre supo...?

—No lo sabía, hijo. Pensaba que muy bien pudiera ser.

—Y otra pregunta: ¿cómo diablos supo dónde estaba oculta la máquina de escribir?

—¡Oh, hijo! Sigo diciendo que no lo «sabía». Le he dicho que no lo sabía. Le he dicho que no estaba seguro y que usted igualmente debía hacer un registro completo.

—Desde que ocurrió esta batahola —dijo Garlick, y golpeó ligeramente con el lápiz la libreta para recalcar que hablaba del homicidio— no he tenido muchas ocasiones de sostener una larga conversación con usted. Cordy compró esa máquina de escribir al viejo Joe Palmer, el comerciante de Glastonbury, en 1931. ¿Puedo enterarme de lo demás?

Henry Merrivale apoyó los pies sobre el escritorio para reflexionar.

En realidad, la meditación duró tanto que Garlick pensó que se había quedado dormido, hasta que Henry Merrivale abrió un ojo penetrante en dirección a Danvers.

—La primera vez que entré en ese comercio —dijo— era la primera vez que ponía los pies en esta aldea. Usted hizo un bosquejo de lo que comúnmente se sabía o deducía y, con mucha generosidad, me ofreció esas Memorias de Fouché a cambio de que resolviese el misterio...

—¡Eso no es nada! —Danvers quitó importancia a su proposición.

—Es mucho, Rafe. En cualquier forma, me mostró una de las cartas. Usted es demasiado corto de vista para distinguir marca característica alguna, pero yo estaba casi seguro de que había sido escrita con una Formosa portátil. Luego, mientras hablábamos de las posibilidades, hizo una observación sobre Fred Cordy que resultó ser interesante. Permítame ver si puedo recordar lo que dijo de Cordy. Dijo que «una vez compró una máquina de escribir para mandar cartas vehementes a los periodistas

y que luego se exasperó tanto que la arrojó al río». ¿Lo recuerda?

—Sí, recuerdo.

—Pensé para mis adentros: «¡Oh, no... no lo creo! Cordy no ha tirado esa máquina al río. Pero dice que lo ha hecho».

—¿Por qué pensó esto? —preguntó Garlick.

—Porque no es una acción natural, hijo. Ni siquiera por parte de un chiflado, y Cordy no estaba loco. Supongamos, por ejemplo, que intente yo mandar una pelota de golf al otro lado del río. Supongamos que intente hacerlo cuatro veces y cada vez —dijo Henry Merrivale estremeciéndose y enojándose con el recuerdo— la muy sinvergüenza cae al río y se hunde.

—¿Y?

—Bueno, hijo, me voy a volver loco de rabia. Puedo tirar al río el palo de golf. Puedo tirar al río la boina con todos los palos de golf. Hasta aquí es una acción natural. Se puede pensar que he ido demasiado lejos. De todos modos es natural... pero supongamos —sostuvo Henry Merrivale en contestación a su propio argumento— que está en su casa... atención, en su casa... con una máquina de escribir que se porta mal. Podrá arrojarla al otro extremo de la habitación, pisotearla. Lo más probable es que la meta en el armario. Pero ¿alguna vez se le ocurrirá llevarla lejos de su casa y tirarla al río? ¿Es ésta una acción natural? ¡Se lo pregunto!

Hubo un silencio prolongado.

—Debo reconocer que estoy de acuerdo con usted —admitió el inspector Garlick—. No perdería el dominio de los nervios hasta ese punto...

—¡Oh, hijo! ¡Yo tampoco! —dijo Henry Merrivale, y en seguida puso cara de santo—. Se me conoce en todas partes por mi buen carácter. Quería ponerle un ejemplo, ¿comprende?

—¡Hum!... sí.

—Entonces pensé para mis adentros: «Rafe no puede mentir sobre un incidente que cualquiera puede confirmar. Fue una broma de Cordy. Pero Cordy no puede haber escrito las cartas». Entonces pensemos un segundo en La Viuda. Me refiero a la autora de los anónimos y no a la figura de piedra.

Otra vez Henry Merrivale pareció dormitar durante un momento.

—Supongamos (para poner un ejemplo) que La Viuda escribe las cartas con la máquina de Cordy. La Viuda es tan inteligente como Satanás. Todos lo hemos comprobado. Si se utiliza una máquina de escribir se corre toda clase de riesgos, pueden saberlo desde los vecinos hasta los criados curiosos. ¿Me sigue?

—Sí. Si puedo preguntar...

—Además, hay que estar preparado —prosiguió Henry Merrivale ignorando la interrupción— para cuando la policía investigue. Tarde o temprano siempre lo hace. La Prensa desenterrará estos casos si nadie lo hace. Y los investigadores no van a preguntar cortésmente: «¿Tiene una máquina de escribir?»; y retirarse si se les dice que no. ¿No es así, inspector?

—No es probable —dijo Garlick con cierto disgusto.

—La Viuda necesitaba, pues —dijo Henry Merrivale—, tener un escondite para la máquina de escribir. Debería ser fuera de la casa o del jardín porque si llegaran a encontrarla estaría perdida. A propósito, Rafe, ¿tiene en su poder la tarjeta postal con la fotografía coloreada de la figura de piedra? ¿Aquella que nos mostró el sábado por la tarde?

Sin decir palabra, Danvers la buscó y se la entregó a Henry Merrivale. Este, después de calzarse las gafas, le dio la vuelta y leyó la descripción impresa al dorso.

—«Cada ojo —leyó en voz alta— tiene tamaño suficiente para contener una cabeza humana». Bueno, también podría contener una máquina portátil pequeña y ligera (estaba seguro de que era pequeña), como las que se utilizaban veinticinco años atrás. Pero ¿tendría alguien por costumbre el trepar hasta allá arriba? Más tarde en la pradera lo pregunté al vicario. Dijo que a él no le gustaría trepar por ella, que en la aldea existía una superstición en contra de esto y que nadie jamás la había hecho.

—¡Diantre! ¡Vaya escondite! Ahí está La Viuda Burlona observando la aldea y oculta en la cabeza el origen de los anónimos, don de nadie jamás lo verá y nadie jamás lo buscará.

—Este asunto diabólico —exclamó Garlick— me está asustando.

—Recuerde —le recalcó Henry Merrivale con fruición vampiresca— que La Viuda necesita utilizar la máquina de escribir a lo sumo cada quince días. Las cartas, en su mayor parte, han venido por grupos. La Viuda no necesita trepar si...

—Si contaba con un hombre como Fred Cordy —le facilitó el inspector Garlick— que era un acróbata por naturaleza y que gozaría con la malevolencia de los anónimos.

Henry Merrivale gruñó dejando caer la tarjeta postal sobre el escritorio.

—Bueno..., pero... —declaró—. No había visto yo a Cordy ni a muchos otros, cuando estas ideas empezaron a bullir en mi mente. Pero cuando vi a Cordy y a algunos otros y las ideas empezaron a bullir de nuevo... ¿Encuentra que se aclara, ahora?

—Cordy, por supuesto, era cómplice de La Viuda. No se puede negar.

Henry Merrivale parecía indeciso.

—Teniendo en cuenta lo que ocurrió posteriormente, mi voto sería más bien negativo —declaró—. Pero Cordy sabía quién escribía las cartas y por lo menos hasta ahí era cómplice.

Los dos hombres escuchaban el lento y rítmico golpeteo del lápiz de Garlick sobre la libreta de apuntes.

—Quizá Cordy intentó hacer un pequeño chantaje.

—Quizá lo hizo.

—Y quizá no le agradó a La Viuda —Garlick apuntó con el lápiz como si fuese un revólver imaginario y frunció dos veces el ceño.

¡Al diablo con todo! —dijo Henry Merrivale al bajar los pies del escritorio—.

Ayer le dije, en privado, que el autor de los anónimos y el asesino son una misma y sola persona. Le dije quién era. Traté de indicarle pistas de...

—Pero entonces, ¿por qué no me dijo...?

El inspector Garlick, al cruzar su mirada con la de Henry Merrivale, calló de pronto. Echó un vistazo fugaz a Danvers que estaba leyendo un periódico, y luego guardó la libreta y el lápiz.

—Hay muchas cosas sobre las que tenemos que hablar —dijo con insistencia—. Pero eso puede esperar. No me agrada la actitud de esta gente de Stoke Druid. No podemos censurarla por estar un poco nerviosa, pero es que no quieren cooperar.

Tanto Henry Merrivale como Garlick se sobresaltaron al oír el estallido de risa sorda de Danvers. Después de doblar el periódico, les miró con aire zumbón.

—Inspector —dijo—, ni usted ni el buen amigo *sir* Henry entienden a los aldeanos, ¿no es así? Muchos se han enfadado o asustado, sí; y algunos todavía lo están. Pero, aparte de esto, se sienten apáticos y más bien conmovidos.

—¿Conmovidos por la muerte de Fred Cordy?

—¡No, no, no, no! Están conmovidos porque más de la tercera parte de la estatua de La Viuda Burlona ha caído en pedazos ante sus ojos. Ni les agradaba ni les desagradaba. Pero siempre había estado allí. Formaba parte de ellos, de su paisaje y de sus vidas. La gente experimentaría la misma sensación, así lo creo yo —añadió Danvers—, si los bombarderos aparecieran sobre nuestras ciudades.

—¡Hum!, sí —murmuró *sir* Henry Merrivale—. No lo había pensado, Rafe.

El inspector Garlick, a quien esta reflexión no le interesaba, trató de hacer caso omiso de ella. Pero el pestañeo de los ojos del librero le retuvo.

—¿Puedo decirle algo más, inspector?

—Sí, *míster* Danvers. Si tiene algún sentido.

—Hoy es jueves —dijo Danvers—. Si mañana llueve, como dice el periódico, no conseguirá que le respondan a ninguna pregunta (ni siquiera conseguirá saber una sola palabra) hasta el lunes por la mañana.

—¿Cuál es el motivo, *míster* Danvers? ¿Por qué?

—Porque las mujeres estarán demasiado ocupadas y manejarán a sus hombres a su antojo —repuso Danvers con tranquilidad—. ¿Ha olvidado que la fiesta parroquial está programada para el sábado?

—¿La fiesta parroquial? ¿Qué ocurre con eso?

—¡Por Dios, hombre! —dijo Danvers frunciendo ligeramente el ceño—. Esta fiesta significa más, mucho más, que una visita del Primer Ministro. Las señoras empezaron hoy a decorar el salón. Si mañana viernes llueve...

—¡Ah! —interpuso *sir* Henry Merrivale poniéndose de pie—. También colaboro yo en esa fiesta parroquial —hinchó el pecho y se lo palmeó—: Voy a ser un piel roja. La celebran en aquel edificio largo de piedra, ¿no? ¿Por qué le preocupa tanto la lluvia?

—¡Por el techo, mi estimado Henry!

—¿Qué le ocurre?

—Hará más o menos cien años —dijo Danvers en tono pausado— el entonces vicario reemplazó el primitivo techo de piedra, que estaba en malas condiciones, por otro con poco declive, sustentado por unas vigas. Si el vicario no descuida las reparaciones, el techo rara vez gotea. Por desgracia, además tiene el piso de tierra. Si míster Hunter ha cuidado las reparaciones...

—¿Todo este alboroto por una fiesta parroquial? —interrumpió el inspector Garlick.'

Danvers simplemente se encogió de hombros. Se dirigió a la parte delantera del comercio, levantó el borde del postigo y atisbó hacia arriba a través, del cristal y de la tela metálica.

—La noche está nublada —informó.

Del mismo modo que Danvers miró al cielo esa noche, muchas cabezas se asomaron a las ventanas a la mañana siguiente. El cielo, aunque no muy nublado, presentaba manchas negruzcas que presagiaban la inestabilidad del tiempo. Muchas señoras trabajaron febrilmente en la decoración de la fortaleza, y aunque ansiaban conocer el estado del techo, no querían molestar al pobre míster Hunter que había pasado una semana singularmente ajetreada.

Marión Tyler tampoco lo averiguó. El viernes se despertó a las diez pasadas, en su pequeña quinta, ordenada y bien amueblada, próxima a la casa solariega. Amaneció asustada por las muchas obligaciones que, como presidenta de la comisión de la feria, tenía que afrontar. También se encontraba perturbada y con la conciencia de ser menos activa que de costumbre.

Era de esperar que pudiera confiar en sus dos principales ayudantes, mistress Doom y mistress Goldfish. Marión se vistió de prisa y desayunó. Apenas había terminado cuando llegó mistress Doom, la confitera, con noticias de la primera complicación.

Mistress Doom, por su nombre, debía ser alta y solemne, pero en realidad era una mujer baja, risueña y más bien robusta, de cara rosada, con seis hijos y un marido que no perseveraba en el trabajo. No molestaba a no ser que tuviera lo que llamaba nervios y entonces aturullaba a todo el mundo. Mistress Doom entró valientemente.

—Miss Tyler —dijo—, quiero decirle que han llegado de Londres los trajes especiales.

—¿Qué trajes especiales? —preguntó Marión con una repentina sensación de desastre—. Se pensó que los trajes debían ser hechos en casa. Usted y mistress Goldfish son las encargadas de esto.

—Miss Tyler, seguramente recuerda que en la última reunión miss Robinson dijo que «podríamos» tener algunos trajes especiales.

—Este... sí. Recuerdo algo así. Pero nunca pensé...

—El precio, miss Tyler, es más elevado de lo que pensamos. Es espantoso.

—¿Cuánto?



—Diez libras y quince chelines. Hemos metido las manos en la caja antes de que hayan ingresado algo en ella.

—¡Oh, Dios mío! —murmuró Marión y luego dijo en voz alta—. No importa, mistress Doom. Estoy segura de que ganaremos mucho más. Y creo que le agrada al obispo —la imagen del reverendo James podría haber estado presente en la habitación.

—Y es una suerte —dijo mistress Doom con vehemencia— que podamos devolver un traje. Theo Bull simplemente no quiere ser Simón el Bobito.

Esta negativa, difícil de comprender, exige una pequeña explicación. Mister Bull, siempre servicial, estaba encargado de un quiosco en el que vendería salchichas caseras, de las que estaba muy orgulloso, además de pasteles de carne fría, grandes y pequeños.

Mistress Doom, que se enorgullecía de sus maneras elegantes, no repitió las verdaderas palabras del carnicero.

—Simón el Bobito se encontró con el pastelero —había sostenido violentamente mister Bull—. Él no podía ser el pastelero. ¿Acaso lo era?

—Y, ve —mistress Doom, con su cara sonrosada, miró a Marión—, tiene una magnífica chaqueta blanca. Miss Robinson le ha podido conseguir un gorro alto de cocinero.

—Tenemos muchas cosas por ver —dijo Marión al tomar una libreta cuyas páginas estaban cubiertas por su escritura clara y grande—. ¿Está lista, mistress Doom?

El día transcurrió en un torbellino de actividades. En la aldea todo parecía dirigirse hacia la Fortaleza; los hombres iban simplemente por curiosidad, para echar un vistazo, pero al mismo tiempo, y al instante, los apresaban para trabajar si no conseguían retirarse a tiempo.

La propia Marión, al leer en su libreta la palabra techo, fue quien investigó. Había personas que miraban hacia el último extremo del cementerio de la iglesia casi todas estaban en el edificio viejo y feo con su depósito de piedra de forma de tambor para almacenar la pólvora.

Marión se encontró con una inesperada ayuda. Mister Basset, el sepulturero de setenta y cinco años de edad, había dejado una escalera olvidada. Después de apoyarla como mejor pudo, trató de investigar el estado del techo, ligeramente puntiagudo.

A renglón seguido, como no se encontraba adecuadamente vestida, debía volver de prisa a su casa para engullir un almuerzo tardío y vestirse a tiempo para el entierro de Fred Cordy a las tres de la tarde. Al ir por High Street, le causó una fuerte impresión la ruina de La Viuda Burlona. Le suscitó pensamientos que ocultó en su mente, con tal firmeza que no pueden ser revelados aquí.

Luego pasó delante del inspector Garlick, de pie en los escalones del Lord Rodney. Lucía uniforme de gala en lugar de ropa civil y tenía puesto un impermeable

negro brillante, aunque todavía no lloviese. Parecía vencido y colérico.

—Perdóneme, miss —dijo a Marión—. ¿Puede concederme un momento...?

—¡Lo siento mucho! —dijo Marión, y siguió.

Enterraron a Fred Cordy en la tarde del viernes 19 de setiembre, bajo un cielo plomizo con algunas nubes que parecían de humo. Muy pocas palabras intercambiaron las escasas personas que rodeaban la tumba. Marión, mirando volar la sotana del reverendo James a causa del viento de otoño, se sentía muy contenta de que el Squire Wyatt hubiese ofrecido un hogar a mistress Cordy y a su hija. Al finalizar la ceremonia, como se ha dicho, cayeron algunas gotas.

Marión, al contemplar el cielo, cuando el entierro hubo concluido, se separó de prisa de los demás dirigiéndose a la puerta del cementerio donde los árboles dejaban caer alguna que otra hoja amarillenta, y tomó la dirección de High Street.

Por mucho que quisiera ver al reverendo, prefería no hablarle en presencia de otros. Sabía que después de unos minutos él iría hacia la vicaría. Marión se dio prisa en entrar en casa del barbero y estanquero y, mientras hablaba con míster Chandler, pidió más cigarrillos de los que necesitaba. Luego cruzó la calle y en la farmacia habló con mistress Goldfish (mujer de aspecto austero y censora oficiosa de las costumbres de todo Stoke Druid) que permanecía de guardia porque míster Goldfish había salido.

Transcurrió más de media hora antes de que Marión se encaminara a la vicaría. Mistress Honeywell, el ama de llaves del reverendo James, abrió la puerta con una sonrisa acogedora.

—Me anunciaré yo misma, mistress Honeywell —dijo Marión—. ¿Está él en el estudio?

—Sí, miss Tyler.

—¡James! —dijo—. ¡James!

**E**ntretanto, hacía veinte minutos que el reverendo James Cadman Hunter andaba lentamente por su estudio, con el peso, visible en su arrugada frente, de muchos problemas.

Su ojo izquierdo había recobrado ya la normalidad y sólo se notaba una débil raya azulada debajo del párpado inferior. Hacía tiempo que la hinchazón y la mancha rojiza habían desaparecido de su rostro. A la triste luz de setiembre, a través de las ventanas, se veía que los muebles del estudio eran principalmente herencia de los anteriores párrocos.

Rostros de clérigos miraban desde los cuadros, libros religiosos llenaban las estanterías como en la antesala del juicio. El reverendo James Arnés, alto y resuelto, andaba majestuosamente y levantaba inconscientemente un dedo.

—¡Escuche, tío William! —dijo en voz alta.

Su tío William, por otra parte obispo de Glastontor, llegaría al día siguiente por la tarde y había aceptado amablemente la invitación de asistir a la fiesta parroquial. A pesar de que desconfiaba en lo más íntimo de su ser, el reverendo James creía poder defenderse bien y fácilmente. El único cargo serio era su desobediencia a la orden del obispo. Pero había tenido razón. En verdad, pensaba vehemente, se sentía dispuesto a subirse sobre una modesta caja de jabones en Hyde Park y defenderse contra cualquiera.

En cuanto a las demás preocupaciones...

Su vista cayó sobre una hoja, garabateada con su propia escritura, desprendida de su agenda que estaba sobre el escritorio. Temía secretamente haber dejado sin hacer muchas de las cosas anotadas.

La verdad era que el reverendo James, siempre con prisas y pocas veces atento, escuchaba los mensajes, aseguraba haberlos entendido perfectamente y luego escribía abreviadamente lo que creía haber oído. Resultado: nunca era capaz de descifrar las abreviaturas referentes a las tareas que debía cumplir. Bien es verdad, se decía para sí, que Marión Tyler se había ofrecido para poner en orden este caos...

Marión Tyler... Era la peor de sus preocupaciones, porque se había enamorado de ella sin tener esperanza, y eso era malo, pensaba el reverendo.

En lo más recóndito de su alma encontró fugazmente un pensamiento que hacía meses no quería reconocer ni aun a sí mismo. Cuando llegó a Stoke Druid se sintió algo atraído por Joan Bailey, pero al saber que estaba tácitamente comprometida con otro hombre, trató exprofeso, durante varios meses, de no verla. Merrivale, el viejo malvado y ladino, había observado y comentado dicha situación. Por esta razón la lectura de la carta en la iglesia fue una pesadilla peor de lo que nadie sospechara; sin embargo, era su deber y lo había cumplido.

No obstante, mucho antes del anónimo, había reconocido que él no era para Joan ni Joan para él. Se asombraba de su propia idea.

Pero... ¡Marión! Era diferente, y él lo sabía. Siempre le había gustado mucho, aunque su reserva y frialdad (así lo creía el reverendo James) le habían alejado. Sin embargo, desde la tarde del domingo de la semana anterior, algo en ella (ojos, personalidad) había hecho que le diese vueltas la cabeza y provocado en él ese estado de «demencia».

Marión deseaba que se la tratara sencillamente como a una amiga, pero esto era imposible.

Como en el caso de muchos oradores, el reverendo James creía que al andar y pensar movía los labios sin hacer ruido. En realidad hablaba en voz alta.

—Estoy tan conmovido y perturbado por su personalidad —declaró a un búho embalsamado situado sobre un armario— que a veces no consigo hablar coherente. Me embarullo. Mi querida Marión, ¿no sería más sencillo, más razonable, en verdad más natural y de mejor política, si tranquilamente nos casáramos?

Al andar sacudía melancólicamente la cabeza. Jamás resultaría. Parecía un discurso pronunciado en el Parlamento. Y no se puede pedir a una joven que se case con uno simplemente porque es de buena política. Lo descartó. Dando otra vez la vuelta a la habitación, se dirigió inconscientemente al busto de un dignatario de la Iglesia colocado sobre un pedestal de mármol.

—¡Óigame, tío William! —dijo—. Hablemos del caso, ¿quiere? ¿Qué he hecho? ¡Dígame sin rodeos! Si cree...

Oyó vagamente que golpeaban la puerta y lo llamaban por su nombre.

—¿Sí? —contestó—. ¡Adelante! —y luego—: ¡Marión! ¡Entre! ¡Siéntese!

Un ligero rubor cubrió el rostro del reverendo James. Cualquiera curioso habría observado que los dos estaban tan ensimismados en la presencia del otro que ninguno notó los ligeros deslices en el hablar ni la anormalidad en el comportamiento de ambos.

—Verdaderamente, no puedo quedarme —dijo Marión—. ¡No, verdaderamente! —ella permitió que le quitara el abrigo con cariño y que lo arrojara hacia la estantería de libros—. No me gusta molestarle, James...

—¿Molestarme? ¡Tonterías!

—Pero necesitamos que alguien componga el techo de la Fortaleza.

Una expresión de asentimiento apareció en la cara del vicario.

—¡Por Dios, eso es! —exclamó precipitándose al escritorio en busca de la libreta de apuntes—. No podía acordarme por qué había escrito «e-c-h-o», con dos signos de exclamación, simplemente después de haber visitado a una pobre señora inválida. ¡El techo, por supuesto!

Se dio la vuelta rápidamente, frotándose las manos, pronto para cualquier cosa.

—No es mucho, hasta donde pude ver —siguió hablando Marión—. Es a lo largo de la parhilera, de ambos lados, pero solamente en un trecho. Si pudiera conseguir a

alguien...

—¡Mi querida Marión! Yo mismo me ocuparé del techo.

—Como lo crea mejor, James.

—¡Ah, ahora ya lo sé! ¿Le molesta, Marión, que ande un momento por la habitación para pensar en el problema en silencio?

—¡No, por supuesto que no!

El reverendo James, asintiendo con la cabeza, empezó a andar a pasos largos por la habitación, y pronto se absorbió en su meditación. Marión, con sus ojos de color castaño claro y sus pestañas oscuras, observó cómo lentamente daba tres vueltas por el estudio.

—¡La quiero tanto! —dijo de pronto—. Podríamos hacerlo con cinc, ¿no cree usted?

Marión se quedó petrificada.

—¿Q-qué?

—Perdóneme —dijo el reverendo despabilándose al oír la voz de ella. Luego vio la expresión de su cara—. ¡Mi querida Marión! ¿Ocurre algo malo?

—¿Sabe... sabe lo que acaba de decir?

—Si no he dicho nada —repuso el vicario, preocupado—. Pensaba simplemente en el techo. ¡Perdóneme!

Siguió en su meditación seria y profunda, acariciándose la barbilla con la mano. Esta vez dio cuatro vueltas por la habitación antes de hablar.

—Chapas de cinc anchas y largas —dijo mientras los rostros de los clérigos le miraban desde los cuadros— que puedan doblarse por la mitad... ¡así!... y calzar en hilera sobre el techo puntiagudo hasta que se hagan las reparaciones convenientes. Por supuesto que tenemos el problema de los clavos. ¿Podrán los clavos —amonestó a la alfombra— atravesar la madera y también el cinc? Pero no es sólo cuestión de ajustarlo. Es cuestión de su frialdad y reserva que al principio me intimidó. En verdad, en el transcurso de la semana pasada ha sucedido algo distinto. La quiero tanto...

En este punto fue cuando se llevó por delante a Marión que todavía petrificada, no conseguía moverse. El choque hizo que se despejara la mente del reverendo James. Le resonaba en los oídos, con la tremenda claridad de un buen altavoz, la última frase que acababa de decir.

Aterrado, se quedó inmóvil. Marión tragó saliva, tartamudeó, trató de desviar la mirada y luego levantó los ojos con la expresión que Virtue Conklin le había enseñado.

—Bueno, si es así —dijo con valentía—, ¿por qué no me lo dice a «mí» en lugar de decírselo a usted mismo?

—¿Será posible...? —empezó el vicario—. Es decir: la amistad es sin duda algo bello y muy noble, pero ¿es posible que usted...?

—¡Sí!, ¡sí!, ¡sí!

Completamente sobreexcitado, el reverendo James se aproximó a Marión con todo el entusiasmo de su naturaleza exaltada; tampoco puede decirse que la respuesta de Marión fuese en alguna manera lenta o menos entusiasta.

Este fue el cuadro que mistress Honeywell, el ama de llaves, pudo contemplar unos segundos más tarde cuando trajo el carrito con el té. Pero mistress Honeywell, que conocía la naturaleza humana y también a esas dos personas, simplemente demostró gran alegría.

Y al vicario no le molestó su presencia.

—¡Mistress Honeywell! ¡Permítame ser el primero en felicitarla!

—Gracias, señor.

—Es decir —se corrigió rápidamente el reverendo—, permítame ser... no importa. ¡Aquí tiene a mi futura esposa!

—¡Bueno! ¡Imagínese! Aunque no puedo decir que esto sea algo inesperado. ¿Querrá celebrarlo?

—¡Celebrarlo! —dijo el vicario, y golpeó el puño derecho contra la palma de su mano izquierda—. ¡Por Dios, sí! Eso es, exactamente —reflexionó un momento—: Yo nunca, ni tampoco mi tío, hemos tenido reparo en tomar champaña.

—¡James! —dijo Marión, llorosa, pero de pronto alarmada—. ¡Sería maravilloso, sí! Pero la gente diría que ha habido una fiesta con champaña en la vicaría la noche anterior a la llegada del obispo.

—Considerándolo así —reconoció el reverendo—, quizá sea mejor aplazarlo a otro día. Sin embargo, encenderemos el fuego, nos instalaremos con comodidad y, sobre todo, Marión, nos olvidaremos de ese maldito techo. ¿Puedo preocuparme en este momento por un techo de cinc? Además, no llueve. ¡Mira por la ventana! Ni pensar: nada de techos.

—Bueno —dijo Marión.

En consecuencia, aquella noche tanto Marión como el vicario estuvieron tan abstraídos que se olvidaron del techo y también de la fiesta parroquial.

Hemos llegado a un punto en que conviene hacer una pausa para repetir proverbios útiles y predicar una lección de moral como lo hace *sir* Henry Merrivale. Nunca dejes para mañana... una puntada a tiempo... y demás. Pues a las tres de la madrugada empezó a caer un verdadero diluvio.

Llovía con tal fuerza que no se podía ver a través de la cortina de agua. Esto duró hasta el amanecer, momento en que empezó a amainar el temporal. El reverendo James (que entretanto había dormido profundamente) fue despertado por la tremenda noticia que le dio mistress Honeywell al servirle el té de la mañana.

Por la ventana de su dormitorio, al fondo de la vicaría, el reverendo James podía distinguir a varias personas reunidas en torno a la Fortaleza. Todas eran mujeres y algunas parecían desesperadas. Se vistió a prisa y, poniéndose el impermeable, se encontró en el fondo del jardín con Marión, quien también llevaba puesto un impermeable.

—Está bien —le tranquilizó ella—. Es decir, ha caído un diluvio por los dos lados del techo. El suelo de tierra es un espantoso mar de barro negro, en una ancha franja, a todo lo largo del salón. Pero los quioscos laterales no están embarrados, o por lo menos apenas salpicados. Si consiguieras ahora el cinc...

—Ahora mismo me voy a casa del herrero Benson —dijo el vicario—, en busca de ese sujeto con patillas que nunca da golpe.

A mediodía el ruido del martilleo del vicario podía oírse por todas partes. A aquella misma hora un desfile de autos y carros transitaba por High Street con abundantes mercaderías, mientras la policía buscaba incansable aún el revólver Webley 38 que faltaba desde la noche del domingo, cuando Gordon West dijo que lo había visto junto a su máquina de escribir. La lluvia había cesado.

En aquel mismo momento, en el dormitorio de su apartamento en lo alto del Lord Rodney, Virtue Conklin se probaba su traje, contemplándose en el espejo. Como uno de los juegos de porcelana china que había ofrecido tenía paisajes de Holanda pintados en colores, Virtue había decidido disfrazarse de muñeca holandesa.

De hecho, la cofia holandesa hacía resaltar sus ojos azul celeste y su cabello cobrizo, así como el corpiño negro ajustado y las mangas blancas abullonadas realizaban su figura.

Virtue tenía una auténtica criada, que también lo era del hotel, a quien había enseñado a llamarla «miss Virtue», como dicen las sirvientas de los libros.

—¡Miss Virtue —dijo Flossie admirándola—, parece un cuadro!

—No está nada mal, ¿eh? —preguntó Virtue con satisfacción al ladear la cabeza ante el espejo para aplicarse, con un dedo, carmín en los labios—. ¡Por Dios, Floss, todavía tiene vida la solterona!

—Pero, miss Virtue...

—¡Son un montón de gatas viejas! —dijo Virtue refiriéndose a las organizadoras de la fiesta—. Exceptuando, por supuesto, a miss Tyler y a miss Bailey. ¿Estuvo en la última reunión para oír sugerencias, donde se permitió la presencia de caballeros? No, claro que no. Un caballero (nunca diría después quién era) expuso la idea de que miss Bailey, con su cabello largo, debería ir de «Lady Godiva».

—¡Miss Virtue! —exclamó la criada, escandalizada.

—Bueno —dijo Virtue con filosofía—, la idea no pareció molestar para nada a miss Bailey ni tampoco a miss Tyler. Las dos se quedaron pensando cómo resultarían. Pero esa mistress Goldfish... —la sonrisa de Virtue se agrandó, con una expresión que presagiaba algo malo para alguien— se levantó y protestó indignada. Y Bill Hurttable, que es el terrateniente más importante después del Squire, lo arregló: «No se pueden vender caballos en una fiesta parroquial —dijo con ceremonia—, por lo menos no venderán los míos». Y tenía mucha razón, Floss; no se debe hacer. Déme un bombón.

—Sí, miss —dijo Flossie tomando un bombón de licor de la caja más cercana—. Pero... ¡miss Virtue! Este corpiño, o cuerpo, o lo que sea...

—¡Ah!, esto me recuerda... —dijo Virtue—. Se parece a los vestidos antiguos, pero usted es demasiado joven para acordarse. Tiene ballenas y cordones. Ajústeme más, Floss. Apoye el pie contra la espalda y tire. No importa si me inclino un poco hacia adelante —sintió añoranzas—. Una vez estaba en la National Gallery. Un caballero me llevó a ver a los Viejos Maestros. Y, ¡vive Dios! Las mujeres no estaban mejor que yo.

—¡Pero, miss Virtue! Es una «fiesta parroquial».

—¡Oh!, a las gatas viejas no les gustará —dijo Virtue con una sonrisa perversa—, pero a los hombres sí.

Y miss Bailey no va a ser realmente... a ser... quiero decir...

—No, Floss. No sé exactamente qué traje le eligieron.

En aquel preciso momento, mientras Virtue hablaba, Gordon West todavía no conocía el estilo del traje de Joan. A cierta distancia, en casa del coronel Bailey, Joan, de pie frente al espejo de su tocador, tenía delante, sin abrir, la caja grande con el traje que acababa de llegar. Gordon West, cómodamente sentado sobre la cama, le hablaba de un tema que había sido motivo de discusión durante algún rato.

—¡«No»! —dijo—. ¿No puedes quitarte de la cabeza, mi ángel terrenal, que no participaré en la fiesta parroquial? Iré y daré una vuelta, sí. Compraré cualquier cosa, desde alpiste hasta relojes viejos. ¡Pero no me entregaré a esas harpías!

—No me amas —dijo Joan.

—Mujer, esto no viene al caso, y lo sabes.

—Ven aquí —le pidió Joan en voz baja.

—¡No, por Dios! —dijo West sin aliento, después de unos tres minutos—. Tampoco puedes convencerme con ese argumento. Es una cuestión de principios. ¿Acaso tu tío va a meterse entre esas mujeres, disfrazado de Cronos o de algo por el estilo?

—No. No me atrevo ni a mencionárselo. Se cuadraría como buen militar que es y se estremecería.

—Bueno, eso digo yo. Y además debes comprender que apenas he trabajado en la última corrección del manuscrito. No podremos casarnos hasta que ese manuscrito llegue al editor.

—¡Oh!, sí. ¡Lo lamento muchísimo! «Debes» ir a trabajar —Joan calló y se quedó con la boca abierta—. ¡Gordon! ¿No pensabas encontrarte con *sir* Henry Merrivale para hablar de aquel traje?

—Pensándolo bien, debía estar yo en mi quinta desde hace quince minutos.

—Entonces vete, querido, mientras me visto. Quién sabe si *sir* Henry estará todavía allí.

Estaba. Cinco minutos más tarde, la presencia de Henry Merrivale en el estudio de West se comprobaba por la violenta discusión, que se oía desde la casa solariega. West (casi fuera de sus casillas) trataba de explicar.

—Ahora escuche, Bajo-la-Lluvia —dijo—. Por última vez, permítame que le diga



lo que puede hacer y lo que no puede hacer. ¿Quiere callarse?

—¡Ugh! —dijo Henry Merrivale, creyéndose ya en papel.

En el gran estudio polvoriento, con paredes tapizadas de libros, estaban sentados Henry Merrivale, con los brazos cruzados, en el sofá, con una expresión obstinada en la cara, y en un rincón alejado Pam Lacey, con el cabello desgredado y con el vestido embarrado hasta tal extremo que, una semana atrás, hubiese horrorizado a su madre; de un brazo colgaban, embarrados, un par de patines de ruedas, y apretado debajo del otro asomaba un libro titulado *Las aventuras de Sherlock Holmes*. Los ojos de Pam brillaban indignados a cada observación que le hacían a Henry Merrivale.

—En primer lugar —continuó West—, puede usar ese tocado indio de guerra y puede venderlo si alguien quiere comprarlo.

—No venderlo —dijo el jefe indio con resolución—. Guardarlo.

—Está bien; cómprelo. Le prevengo que no es auténtico.

West, muy exigente en cuanto a la perfección, se enfureció y miró hacia el estante de libros más alto.

—Me gustaría tener tiempo para que esto fuese auténtico. Es un insulto para los indios. Pero no importa; compruébelo en un libro; se les da a los crédulos lectores un fondo histórico auténtico y nadie lo cree. Tenemos que hacer un picadillo para las personas que van a ver películas. Después —prosiguió— puede vender la serpiente de cascabel embalsamada. Puede vender el arco y la flecha. Pero, en ningún caso trate de tirar. El arco es auténtico y se rompería. ¿Tendrá inconveniente en desnudarse hasta la cintura?

—¡Caramba, no! —dijo el jefe indio, e inmediatamente empezó a arrancarse el cuello.

—¡Ahora no, maldito sea! ¡Ahora no! La fiesta empieza por la tarde, pero no presentarán a las estrellas, incluyéndole a usted, hasta después del té, digamos a las seis, cuando haya llegado el obispo y no quede sitio sino para estar de pie. Este es el asunto: le voy a dar suficiente cantidad de pintura aceitosa para ennegrecerlo desde la punta de la cabeza hasta la cintura. También la sustancia necesaria para pintarse de guerrero si quiere. Sí, veo que quiere; no sea tan codicioso. Pero no le traje pantalones.

—Tener pantalones —dijo el jefe indio—. Lindos pantalones.

—Bien. Se pintará en el hotel. Entrará a hurtadillas detrás de la fila de quioscos (el suyo es el número siete; los números impares están a la izquierda) para que la gente no le vea hasta que aparezca detrás del mostrador. Esto es todo, con excepción de las cosas que no podrá hacer.

Henry Merrivale, cruzando los brazos con más fuerza, miró en silencio hacia la puerta.

—No llevará un hacha de guerra porque no tengo. Ningún alarido de guerra, si no es un moderado buu, buu, buu, para anunciar su aparición. Por nada del mundo salga de detrás de su mostrador para una danza guerrera. Por último, no se puede llamar

Toro-Sentado, ni Avasallador, ni Rayos-y-Truenos.

El ojo de Henry Merrivale tenía un destello muy lejano, que West debió haber visto. Todo, menos lo último, pasó sin comentario.

Pero aquí Henry Merrivale se impuso.

—¿«Por qué» no puedo ser Toro-Sentado? —preguntó, perplejo, con vehemencia—. ¿Qué más da el nombre que tenga?

—Porque vende abalorios. ¡Dinero indio!

—¿Cree que no lo sé?

—Marión creyó que yo tenía muchos abalorios —continuó West—. No tengo ninguno. Por consiguiente —su rostro se retorció de repugnancia al recoger algo de detrás del sofá—, va a vender tantas piezas como pueda de esto.

Muchas señoras de la aldea habían tejido activamente. Su idea de una sarta de abalorios era un trozo de tejido más bien grande, de unos diez centímetros de largo por tres de ancho, en el que se cosen conchitas formando una línea vertical.

—Maestro —dijo seriamente West—, si va a vender treinta trozos como éste a un chelín seis peniques cada uno, no podrá asustarlas. Necesita tener *sex-appeal* indio. Es el viejo jefe bondadoso y astuto que tiene todo el dinero. Su nombre —West pensó— será Gran-Jefe-Mucho-Abalorio. ¿Qué tal?

—Espantoso —dijo Henry Merrivale—. ¡Que me maten si acepto!

—¿Por qué no?

—Vea, hijo. Si uno se divierte rugiendo con plumas en la cabeza, no querrá acordarse de la maldita Bolsa de Comercio.

—Pero los indios no tenían Bolsa de Comercio.

—Es lo que quiero decirle... ¡Gran-Jefe-Mucho-Abalorio! —entonó Henry Merrivale haciendo un ensayo con su profunda voz gutural—. ¡Gran-Jefe-Libra-Esterlina! ¡Gran-Jefe...!

—¡Maestro, debe hacerlo! No es que me importe ni poco ni mucho esa fiesta. Pero Joan...

Calló. Joan acababa de aparecer, en el umbral de la puerta, con su traje puesto.

Destacándose en el fondo verde del follaje, y a pesar de los zuecos que debía usar, Joan quitaba la respiración. Su cabello castaño claro, abundante y suave como un vellón, estaba partido por la mitad y caía ondeando sobre los hombros. Alrededor de la frente tenía lo que podría llamarse una red dorada. El vestido, de una tela verde suave, pero pesada, era ceñido hasta la cintura y luego se abría en abundantes pliegues hasta el suelo. Alrededor de la cintura, no muy ceñida, llevaba una trenza dorada con borlas.

—¿Le gusta? —preguntó ansiosa.

—¿Si me gusta? —suspiró medio hipnotizado West—. ¡Me recuerdas los sueños románticos que he tenido! ¡El bosque de Sherwood! ¡Sherwood en el crepúsculo! ¡Dentro de un segundo me verás convertido en un rubicundo prerrafaelista! «La bendita doncella se asomó...»<sup>[2]</sup>.

En medio de esta romántica escena, entró a largas zancadas la figura mundana del coronel Bailey, con un gorro en la cabeza y una pipa en la boca, y aseguró que hacía un día espantoso.

—¿Pero quién eres, Joan? —preguntó West—. ¿A quién pretendes representar?

Joan se sintió profundamente conmovida. Deseaba que Gordon le hablara más a menudo de esa forma. No obstante, aunque conservando la cara seria, dejó aparecer un toque de alegría burlona en sus ojos.

—Soy una doncella sajona —contestó—. Por lo menos eso dice la caja del traje.

—Bueno, pareces... ¡un momento! —dijo West de pronto—. ¿No eres la encargada de los dulces, tartas y pasteles?

—Sí, querido. Mistress Doom tuvo miedo de que pareciera propaganda si lo hacía ella. Además, podría sufrir una crisis nerviosa y desmayarse.

—¿Pero por qué diablos una doncella sajona va a vender tartas y confites?

—Yo soy la doncella sajona —explicó Joan— que pescó al rey Alfredo cuando quemaba los pasteles.

—Sabe, West —dijo el coronel quitándose la pipa de la boca—, ¡diablos!, si eso no está equivocado en alguna parte hay un error. Pero estas benditas mujeres, mistress Doom y mistress Goldfish, hablan mucho. Están como embrujadas por lo que llaman «medieval». Me tendrían de flautista de Hamelín si no hubiese echado la llave a la puerta.

West, pateando el suelo en una especie de baile, se tiraba de los pelos.

—Hablabamos —dijo reprimiendo un grito— de historia, no de leyendas ni de tradiciones populares. Aun en la tradición popular, la mujer que pescó al rey Alfredo cuando quemaba los pasteles, ¿no era acaso la esposa de un vaquero?

—No tendría glamour —dijo el coronel sacudiendo la cabeza con tristeza.

—¿Glamour? ¿Qué sabe del glamour?

—No sé nada —replicó el coronel, acalorado—. Pero estas mujeres salvajes decían que un traje es hermoso si empieza en el cuello y termina en el suelo... Algo que ver con las películas —añadió.

—Sí, así lo pensé —repuso West, ceñudo—. La cuestión es, Joan, si podrás convencer a *sir* Henry de que su nombre indio debe ser Gran-Jefe Mucho-Abalorio.

—¿No lo hará por mí? —le instó Joan, que era muy experta en el arte de convencer.

—Bueno... —reflexionó Henry Merrivale. Cualquiera niño hubiera comprendido que estaba tramando alguna diablura al observar la expresión de sus ojos—. Puesto que se han hecho tantas concesiones...

En aquel oscuro rincón, Pam Lacey cargada con un par de patines de ruedas y con *Las aventuras de Sherlock Holmes*, mostraba unos ojos brillantes de celos.

«Ah —pensó Pam—. ¿Haría esto por ella? ¡No me importa nada!».

Henry Merrivale había vuelto casualmente la cabeza, aunque no se había oído una sola palabra.

—Pero la decisión final la tienes tú, encanto —le gritó—. Creo que ellos tienen razón. Pero ¿qué piensas tú?

Al oír la palabra «ellos», los celos de Pam se desvanecieron, pero seguía con el mentón levantado.

—Si le parece bien a usted —contestó ella—, no me importa.

—¿Y recuerdas, por si acaso, todas las señas? —preguntó misteriosamente Henry Merrivale.

La apariencia de gran señora de Pam había desaparecido.

—¡Caramba, ya lo creo!

—Entonces está convencido —declaró Henry Merrivale, mirando a los otros con una expresión virtuosa y sosegada. Solamente West le miró con desconfianza—. ¡No, espere! —añadió Henry Merrivale—. ¿Me ha dicho, joven, que la tanda de estrellas, incluyéndome a mí, aparecería a las seis?

—Sí, así es.

—Bueno, ¿quiénes son las estrellas además de mí? —dijo Henry Merrivale enderezándose y sacando el pecho.

—¿No lo sabe? —preguntó Joan—. El doctor Schmidt.

Pam Lacey iba a articular una exclamación, pero un ademán de Henry Merrivale la mantuvo callada.

—¿Ah, sí? —observó—. Es muy interesante. ¿Qué va a hacer él?

—Tocará al piano y cantará —explicó Joan—. Si toca una canción que no se puede identificar (debe ser inglesa o norteamericana, porque nos moriríamos con una alemana) se paga una multa. De otro modo se gana. Entretanto, él toca y canta.

—¡Eso es mejor de lo que me pensaba! —dijo Henry Merrivale con la vista fija en un rincón del techo—. El doctor Schmidt es un buen tipo. Creo que consigue todo lo que se merece.

—Henry Merrivale —dijo West, deteniéndose de pronto delante del mostrador—, ¿está seguro de que no oculta nada? ¿Nada de fuegos artificiales enormes y diabólicos que harían volar el techo de la Fortaleza?

—¡Oh, hijo! He prometido lo que voy a hacer y lo haré. ¡Ayúdame!

—¡Nada debe salir mal —dijo Joan—, por el vicario! ¡Y con el obispo aquí!

—A propósito —interpuso Henry Merrivale con una ligera exasperación—, ¿quién es este obispo? Todo el mundo ha hablado tanto de él, que debe tratarse de alguien importante. ¿Cómo se llama?

Los demás le miraron con sorpresa. Joan dijo:

—Es el doctor William Waterford, obispo de Glastontor.

—¡Oh, Cáspita! —suspiró Henry Merrivale después de un prolongado silencio—. ¡No puede ser! ¡No es verdad! ¿Así que es el viejo Pinkey?

—Yo... nunca he oído que le llamasen así —Joan retrocedió...

—Un hombre bajo —apremió Henry Merrivale con seriedad—, pero tan redondo como un globo; de tez sonrosada. Come sin cesar. ¡Waterford! —volvió la cabeza

hacia Pam—. ¿Recuerdas, encanto? Este fue el individuo que me apostó cinco libras esterlinas a que yo no bajaría por Ludgate Hill calzado con patines de ruedas.

—¿Este... le conoce bien? —preguntó West.

—¿Al viejo Pinkey? Estuve en la escuela con él. Le vi una o dos veces en Cambridge. Sabía que había trepado a la carroza dorada, sí; pero jamás sospeché que al muy asno le harían obispo.

—¿Es «amigo» de él? —insistió West.

—¡Oh, por supuesto! —dijo Henry Merrivale, que decía la verdad hasta donde la recordaba—. ¡Palabra de honor! Y le daré otro dato. El viejo Pinkey se enfadaba y se comportaba mal... ¡Oh, qué chocante! Pero sin intención. Protegería a su sobrino si el vicario hubiese predicado sobre demonología o el culto de los árboles. Así que no se preocupe demasiado por el vicario, porque dudo que él mismo se halle preocupado.

Los suspiros de alivio de West casi le apabullaron.

—¡Magnífico! —exclamó Joan con los ojos centelleantes—. Entonces no hay nada que temer. Imitando a mistress Doom diré —sonrió— que ésta será la fiesta parroquial más alegre y divertida que haya habido jamás.

Cualquiera que, a las seis menos diez de la tarde del sábado, hubiese entrado en la Fortaleza por la única entrada del lado estrecho que mira al norte, habría tenido motivo para alegrarse. Estaría de acuerdo con mistress Doom en que sería la fiesta parroquial más alegre y divertida que jamás se hubiera realizado. Pero no así Gordon West, que a la misma hora se hallaba en su quinta trabajando febrilmente en la corrección de su manuscrito.

Desde que sus visitantes se hubieron retirado, pasado el mediodía, West tuvo el presentimiento de que algo iba mal. Nada tenía que ver con las posibles indiscreciones de *sir* Henry Merrivale. El mal estaba en el aire, matizado por la lluvia, en las emociones de algunas personas, en algo que él no podía llegar a aquilatar.

Después del almuerzo preparado por mistress Wych, encendió la lámpara colocada en la pared, encima de la mesa de la máquina de escribir, e hizo lo propio con dos lámparas más para contrarrestar la oscuridad del día lluvioso. Volvió a la mesa; puso a un lado la máquina de escribir y se sentó armado de un lápiz ante una gran parte del original de *Tambores por el Zambeze*.

Trabajó lenta y cuidadosamente, levantándose de cuando en cuando para comprobar alguna cita en un libro. Conocía bien algunas partes del *Zambeze* tal cual es ahora, pero su relato se desarrollaba en 1886, antes de «la maldición del progreso».

Las escenas se iban reproduciendo en su imaginación. Veía la luz roja en el agua, resaltando contra la fila de remos negros que chorreaban al emerger y sumergirse sucesivamente, y oía los tambores que tronaban en la otra orilla. Sin embargo, otros pensamientos flotaban persistentemente entre sus ojos y las teclas de la máquina.

Nunca había visto, por ejemplo, un cambio semejante al ocurrido en Pam Lacey. La veía por High Street volando sobre sus patines de ruedas, delante de Harry Goldfish, de Tommy Wyatt y de los demás miembros de la pandilla, a la que se había incorporado. Veía el cambio de Stella Lacey, apreciándolo con una sonrisa y sin desagrado.

El cambio de Stella... bueno, ella era un ser humano. Sus coqueterías que en el pasado, secretamente podía confesarlo, algunas veces le habían fascinado y otras molestado, ahora habían quedado sustituidas por una naturalidad semejante a la de Joan.

El misterio en su mente se asociaba con el color blanco, siempre blanco, mientras oía su reloj de pulsera marcar los segundos. Afuera, la lluvia empezó a caer, haciendo crujir las hojas de los árboles. Por último, West dejó el lápiz y empezó a andar por la habitación.

Y así descubrió, encima del sofá donde había estado sentado *sir* Henry Merrivale,

un sobre doblado y muy arrugado como si hubiese sido llevado en el bolsillo trasero del pantalón. Recordaba cuántas veces Henry Merrivale se había vuelto para consultar a Pam Lacey. Era fácil que el sobre se hubiera salido del bolsillo y hubiera quedado allí.

West lo recogió.

El sobre estaba sellado en Glastonbury a las once y cuarenta y cinco del día anterior, viernes, y la dirección, escrita con la letra pequeña y delgada de una pluma de punta fina, decía: «Sir Henry Merrivale, Lord Rodney Hotel, Stoke Druid».

Podía tratarse de una carta personal que a él no le interesara y que debiera respetar. Pero el sobre era demasiado conocido.

West sabía, como muchos otros (repetimos que no se pregunte dónde nacen los rumores; dejemos que Virgilio hable de chismes), que era inútil seguir la pista de los anónimos por el sello del correo. Todos los habitantes de Stoke Druid iban a Glastonbury y a Wells, a veces llegaban más lejos de Bristol, por lo menos una vez por semana, en automóvil o en autobús, por la carretera principal. Sin embargo...

Haciendo un esfuerzo, echó al agua los principios y sacó la hoja de papel doblada. Estaba escrita con las mismas finas y pequeñas letras mayúsculas del sobre.

*«Mi estimado sir Henry:*

*Empieza a interesarme. Aunque no le considero como una amenaza, puesto que la inteligencia no puede vencerme en mi juego, le diré lo que he hecho. Esa mujer ha recibido el susto que se merecía; a otros se les ha castigado de acuerdo con sus culpas. Mi trabajo ha terminado, mi carrera ha llegado a su fin. Permítame saludarle sinceramente como*

*Su atentísima amiga,*

*La viuda».*

Por un momento West permaneció inmóvil, con el corazón latiéndole violentamente ante la proximidad de esa figura que, sin embargo, seguía siendo intangible. Luego se le ocurrió una idea y corrió a la mesa de la máquina de escribir. De uno de los últimos cajones sacó una lupa de gran tamaño. Se necesitaba un examen muy detenido para descubrir la pequeña y débil cruz azul que se había hecho en la esquina superior de la izquierda del sello azul de dos peniques y medio.

Sellos marcados. Alguien estaba sobre la pista. Después de esto, West, con esa determinación que podía convertirlo en una máquina, metió la hoja doblada dentro del sobre, dejó todo en un lado de la mesa y siguió corrigiendo.

Fuera, por la puerta abierta, se oía la lluvia que goteaba y salpicaba con monotonía. West había terminado veinte páginas más, con alguna corrección ocasional o la sustitución de una palabra por otra, cuando oyó pasos pesados en el sendero de tierra.

El inspector Garlick, con el impermeable negro, mojado, que le cubría el uniforme, apareció en el umbral de la puerta. El uniforme le daba un aspecto más formal y más siniestro. El reloj de West marcaba las seis menos cuarto.

—Disculpe —articuló el inspector, pidiendo perdón por su intromisión; la visera

de la gorra brillaba a la luz de la lámpara—. Pensaba que *sir* Henry estaría aquí.

—No. Se ha ido.

West tomó el sobre con la epístola y se lo entregó a Garlick cuando entró éste.

—¿Puede tener esto algún interés para usted? Se le debe haber caído a *sir* Henry.

—Gracias —la expresión dura, con el lunar en la mejilla, se puso aún más rígida—. ¿Puedo preguntar si la ha leído?

—Sí. Lo he hecho.

—No debió hacerlo. No es asunto suyo.

—Dispéñeme —contestó West mirándole de frente—, sí es asunto mío, y también de los demás.

—Míster West, ¿sabe dónde se encuentra ahora *sir* Henry?

—Supongo que en el Lord Rodney. O tal vez en la fiesta.

—No puedo entrar en ella con este uniforme. Salvo en última instancia.

Garlick se volvió y antes de que West hablara llegó a la puerta.

—Inspector, ¿quién «es» La Viuda?

—Dispéñeme —de nuevo Garlick se disculpó—. Cumplo órdenes —y partió a zancadas por el sendero embarrado, seguido de dos auxiliares uniformados.

Durante un rato West contempló la página que tenía delante, sin verla. Luego observó que su reloj marcaba las seis menos diez.

En aquel mismo momento, cualquiera que hubiera entrado en la Fortaleza estaría de acuerdo con mistress Doom si decía ésta que era la fiesta parroquial más alegre y divertida que jamás había habido. El éxito estaba asegurado, a juzgar por el murmullo de las voces, dominado por el estrépito de un piano y una voz que cantaba en alemán *Die Wacht am Rhein*, desde cierta distancia detrás de los quioscos.

A la entrada, por la puerta del lado estrecho, recibían el reverendo James, buen mozo y radiante luciendo su traje negro de clérigo anglicano, y Marión Tyler, que en lugar de disfraz llevaba un sencillo vestido de noche color gris. Estaban de pie dentro de una amplia glorieta cuadrada con un techo rústico, alrededor de cuyas aberturas las señoras habían enroscado flores artificiales que parecían verdaderas. El suelo estaba seco, porque no había sido mucha el agua que había penetrado por ambos extremos del salón. En la glorieta estaban preparadas muchas mesas para servir el té y bebidas sin alcohol. Marión se alejaba a menudo para ayudar a miss Robinson, que, vestida de paje medieval aun cuando con faldas, atendía las mesas atestadas; luego volvía de prisa junto al reverendo James, que miraba con satisfacción hacia el centro del gran salón contiguo a la glorieta.

—Por lo menos debes reconocer —dijo el reverendo— que he hecho un trabajo bastante aceptable en cuanto a la reparación del techo.

Un amigo sincero se hubiese visto obligado a decir que no. El reverendo James, con sus pensamientos puestos en Marión, había clavado demasiadas chapas de cinc en sitios que no correspondían. Una vez se cayó por un agujero y fue salvado en la parhilara por el viejo sepulturero de setenta y cinco años. Fue, no obstante, un



despliegue notable de esfuerzos bien intencionados.

De las vigas horizontales colocadas sobre las paredes y, arriba, del techo en punta, colgaban largas filas de cadenas que sostenían lámparas de aceite, muy relucientes, que iluminaban los doce quioscos, seis a la izquierda y seis a la derecha, instalados contra las paredes laterales. En el suelo habían sido clavados postes que sostenían mamparas de madera con flores entrelazadas para separar los quioscos entre sí. En el suelo, delante de cada quiosco, se había colocado unos tablones de madera (dos tablas unidas de treinta centímetros de ancho cada una) para que los concurrentes no se acercaran al centro. Porque allí...

En el centro, en una extensión de cinco metros de ancho, se extendía el mar de barro más negro, más viscoso y más pegajoso que nunca se haya visto fuera de la maleza tropical. No cabía esperanza alguna de que se secara. Una molesta y ligera llovizna, junto con algún copioso chorro de agua que parecía salir de un grifo abierto lo mantenía siempre fresco. Para el público que se apretujaba a lo largo de los tablones, constituía la principal diversión de la feria.

—El párroco tiene buenas ideas, ¿no? Un mal paso y... ¡plaf!

—¡Oh!, el párroco no es mala persona.

—¿Quieres que te tire dentro, Gert?

—¡No seas impertinente, Frank Billings!

Desde la entrada de la glorieta, el vicario y Marión vigilaban este paso embarrado.

—¡Por Júpiter! —murmuró el primero—. ¿Qué se vende en el quiosco número seis, el tercero a la derecha? Nunca he visto tanta gente junta; es curioso que sean todos hombres.

Marión tragó saliva.

—Es el de Virtue Conklin, James. Me temo que su traje sea... bueno, un «poco» osado por delante. Pero el obispo...

—¡Ah, el tío William! Estará aquí dentro de tres minutos.

—El no necesita ir por la derecha. Puede tomar por la izquierda.

—Mi querida Marión, me parece que va a ser imposible. Nuestra ceremonia ya está organizada.

—¿Has organizado... una ceremonia?

—Por supuesto —repuso el reverendo James arqueando las cejas como quien jamás se olvida de nada—. Dejo que te la imagines como mejor te guste, sólo te diré que incluye al director del coro y a una docena de los coristas más jóvenes. Mi tío pasará primero por el lado derecho.

Con un movimiento de cabeza señaló esa ala. Marión podía ver, al extremo, la redondez de la vieja y horrenda torre en forma de tambor cuya puerta de roble, de medio metro de espesor, tenía la llave puesta. Otra llave colgaba de un clavo cerca de la entrada. Próximo a la Fortaleza se exhibía un viejo ariete del siglo xv, pequeño, pero que se decía había pertenecido a *sir* John de Courtenaye en 1416.

—En la parte del fondo hay mucho espacio seco —dijo el vicario señalándolo—. La gente abrirá paso cuando se aproxime el tío William.

—Hay algo que me preocupa —dijo Marión alargando el cuello—. ¿Dónde está *sir* Henry Merrivale?

—¿No está en el quiosco número siete?

—Por lo menos no le veo. ¿Dónde estará?

Esta pregunta pudo haberla contestado la preocupada Virtue Conklin en el número seis. Acercándose al extremo derecho de su quiosco, apartó a un grupo de admiradores para mirar fuera y vio, detrás del poste y del tabique de flores, al doctor Schmidt que golpeaba cada acorde como si fuera un martillazo, tratando de cantar patéticamente en inglés *Die Lorelei*.

Frente a ella, al otro lado del mar de barro, estaba sentada *mistress* Goldfish, disfrazada de dama cuáquera, en medio de un magnífico despliegue de labores manuales. En diagonal hacia la derecha, el quiosco número siete parecía vacío. El mostrador, que en realidad era una mesa larga colocada sobre ladrillos para que fuera más alta, estaba cubierto por dos mantas de Navajo que colgaban hasta el suelo; sobre ellas había treinta hileras de abalorios además de un arco, una flecha y una serpiente de cascabel embalsamada.

—¡Queridito! —exclamó Virtue al amparo de la música del doctor Schmidt.

Ella sabía que el Gran-Jefe-Mucho-Abalorio, tan caprichoso como una *prima donna* en estas ocasiones, no se pondría su traje ni se pintaría en el hotel. *Sir* Henry Merrivale no debía ser visto hasta el momento señalado, en que aparecería como *Venus* saliendo del mar.

Así las cosas, la mesa se comportaba como en una verdadera sesión espiritista, aunque diciendo unas palabrotas que ninguna otra mesa se hubiese atrevido a soltar en estas reuniones.

—¡Queridito! Por el amor de Dios, métete un tapón dentro de la boca. ¡Vaya lenguaje!

En aquel momento un mensajero del Gran-Jefe-Mucho-Abalorio salió de debajo de las mantas. Era Pam Lacey que, agachada, corrió cruzando el barro para lograr la complicidad de Virtue.

—¡*Mistress* Conklin! —susurró al pasarle una misiva doblada y muy limpia, a pesar de que tenía el traje y la cara manchados de barro y pintura—. ¿Quiere entregar esta carta al despreciable y espantoso pianista que está a su lado? Es del obispo.

—¡No, bromees! —exclamó Virtue, guiñando el ojo.

—Él dice que es del obispo —dijo Pam lanzando una mirada hacia la mesa que se sacudía y luego abrió los ojos con expresión de inocencia—. Para mí es suficiente con que él lo diga.

—Bueno, preciosa —suspiró Virtue—, creo que también es suficiente para mí.

Con lo cual Virtue pasó la cabeza por fuera del poste y silbó ruidosamente.

—¡Eh, *weinerschritzel*! —gritó—. Va esta nota importante del obispo. ¿La coge?

El doctor Schmidt retiró las manos del teclado. Jadeante y bañado en sudor, se inclinó para coger la carta. Estuvo por anunciar indignado que hablaba el inglés tan bien como cualquier oriundo, pero el salón entero estaba en silencio, sólo se oían algunos murmullos: «¡El obispo!», «¡Su excelencia el obispo!», «¡Ahí está!».

Y el doctor William Waterford, obispo de Glastontor (con una sonrisa feliz en su cara redonda y sonrosada) se adelantó por los tablones de la derecha.

Debemos reconocer ahora que resultaba exagerada la descripción que había de él dado Henry Merrivale. Era un hombre bajo, pero no tanto como había dicho. Su hechura no se asemejaba a la de un globo, aunque podría tener algún parecido. El obispo de Glastontor creía sinceramente que debía causar buena impresión al público; usaba polainas y un sombrero de teja muy grande.

Tenía, sobre todo, una mirada autoritaria y una voz llena; todos la oyeron como si saliera de las profundidades de un barril de vino, cuando en la glorieta, le habló a su sobrino.

—¿Barro? —rió—. Mi querido James, te ruego que no te disculpes. ¡Me gusta el barro!

Y luego, deteniéndose ante el quiosco número dos:

—¡Vamos! —dijo—, ¡esto es realmente admirable!

Elogió a míster Vanee, el ferretero, por la presentación de juguetes de fabricación casera, que hubiesen podido dar fama a un fabricante de profesión. Siguiendo hacia adelante, felicitó calurosamente a la ruborizada miss Partridge por su exhibición de jaleas envasadas de fresas y de frambuesas y las apetitosas cebollas y arenques adobados. Luego, en el quiosco número seis...

Virtue, muy impresionada, hizo una reverencia tan profunda como pudo.

El obispo le echó una mirada, y un pensamiento poco episcopal cruzó por su mente. Pero era imposible adivinarlo. Levantó la vista al azar, hacia la porcelana, las fuentes y los platos que formaban círculo contra la pared.

—¡Señora, la felicito! —dijo cálidamente—. ¡Pocas veces he visto una exhibición tan hermosa y redondeada!

—¡Excelencia! —exclamó Virtue profundamente impresionada,

—La porcelana siempre ha sido una de mis debilidades —dijo el obispo—. Pero ¿acaso no tenemos aquí cerca —continuó señalando con un bastón con empuñadura de oro para distraer la atención— al artífice de la música de piano? ¡Oh, qué dulce sonido para el oído! A menudo he deseado...

Bueno, oyó un sonido.

De debajo del mostrador tapizado con las mantas de Navajo, llegó un ruido tan horrible que heló el alma y trituró los huesos de los presentes al punto de petrificarlos.

Incluía, como estaba convencido, el sonido buu. Pero este especial alarido guerrero que empezaba con una nota profunda, parecía elevarse, como una especie de chillido en espiral sin fin, hasta estallar contra el techo.

—¡Herr Gott! —gritó el doctor Schmidt.

Detrás del mostrador se levantó lentamente y con verdadera majestad, un personaje tan horrible como el alarido guerrero. Aun Virtue, que se lo esperaba, se tambaleó hacia atrás. Sobre la cabeza del personaje muy en alto y abierto como un abanico, se alzaba el tocado guerrero con polvorientas plumas de diversos colores. La aparición era de color castaño, desde la cabeza, los potentes brazos, el pecho de barril y el cuerpo hasta los pantalones a cuadros escoceses. Lucía unos lentes de montura de asta en la punta de la ancha nariz. Surcaban su cara unas rayas horizontales de pintura blanca, ocre y roja, como los indios.

Afortunadamente o desafortunadamente, no había nadie de pie delante del quiosco del Gran-Jefe-Mucho-Abalorio. Solamente se estaba acercando mistress Doom, que temió sufrir otra crisis de nervios, delante de sus seis hijos en hilera por orden de estatura.

La aparición con plumas miró maléficamente a su alrededor y luego resonó su profunda voz gutural.

—¡Gran-Jefe-Wall-Street! —rugió y se palmeó el bolsillo de la cadera—. Hace mucha plata. Carapátula perdió la cabeza. ¡Ugh! ¿Usted compra?

Y puso una hilera de abalorios directamente ante la cara de mistress Doom.

Con un fuerte quejido vibrante, parecido al de esas vibraciones ocasionadas por la V-1 que hemos oído en los años siguientes, mistress Doom cerró los ojos y se desmayó en medio de sus hijos. El milagro fue que la fila entera no cayera en el barro. Pero se sostuvo mientras mistress Doom pasaba de mano en mano como un cubo de bombero.

El buen obispo estaba furioso.

—¡Señor! —gritó, señalando con el dedo al gran jefe—. ¿Cómo se atreve a perturbar nuestra fiesta inocente con estas bromas de mal gusto? ¿Está borracho, señor?

Míster Benson, que había subido a los tablones al lado del obispo y que con sus siniestras patillas negras y su hermoso rostro pálido se parecía más que nunca a John Jasper en Edwin Drood, hizo coro al enfado del obispo.

—¡Está borracho, señor! —gritó.

Algo como el aguijón del júbilo de Satanás atravesó el semblante atroz del Gran-Jefe-Wall-Street con su cara pintada como los indios en pie de guerra. Señaló con el dedo la nariz del obispo y, balanceándose lentamente de detrás hacia delante, empezó a cantar lo que debió ser una vieja canción india.

—Pequeño-Jefe-Estómago-Grande, Pequeño-Jefe-Pinkey —cantó—. Come mucho bistec; bebe mucho ron, come mucha chuleta de cerdo, yum, yum, yum.

Al oír la palabra Pinkey el obispo dejó caer la mano y se puso a observar atentamente.

—¡Henry Merrivale! —exclamó el obispo.

—Bebe mucho vino —entonó el otro con una mano levantada hacia el Gran

Espíritu—, bebe mucho jerez; cara roja, cara roja, roja como una fresa, Pequeño-Jefe-Pinkey...

Y con esto el buen obispo perdió completamente el control. Ningún crítico desapasionado podrá censurarlo. Ya lo había dicho Henry Merrivale: nunca vemos a nuestros viejos amigos de la escuela como a los hombres importantes y buenos en que sin duda se han convertido. Les vemos como en tiempos pasados, antes de que los honores hubiesen recaído en ellos. Los decenios y todo lo que había ocurrido en esos decenios se habían borrado de la mente del obispo y, en consecuencia, lo acontecido hubiera podido proporcionar tema a cualquier psiquiatra para un artículo erudito.

El doctor William Waterford, obispo de Glastontor, deliberadamente se agachó y agarró un abundante puñado de barro. No había tiempo (su mente se lo decía) para hacer una bola; era suficiente una tarta mal acabada. En parte por suerte, en parte por la precisión de su brazo derecho, la tarta de barro cayó exactamente en la cara de *sir* Henry Merrivale.

—¡Oh, viejo sinvergüenza! —dijo Virtue Conklin.

Mucho después, al cavilar sobre lo que ella equivocadamente consideraba una observación lasciva, Virtue había resuelto que aquel hombre no podía ser una verdadera Eminencia. No podía ser, por supuesto, una Gran Eminencia como un Señor Obispo.

—*Madame* —dijo el obispo dándose la vuelta un momento—, no tengo tiempo para...

Y no lo tuvo. Había calculado mal la velocidad con que Henry Merrivale podría limpiarse los ojos y los lentes. Este, tomando el arco y la flecha que West había dicho que no debía utilizar, puso la flecha en su sitio y se produjo un suave sonido de vibración como en otros tiempos en las llanuras.

La flecha pasó rozando el sombrero de teja del obispo, para dar contra el poste entre los quioscos seis y ocho.

—¡Villano! —rugió el obispo, ocultándose debajo del sombrero y asegurándose de no haber sido herido—. Esta noche, escúchame, voy a hacer que te arrepientas...

Se agachó para modelar otra bola de barro. Su tiro salió desenfrenado, rozando un pastel de carne que hizo caer de la estantería del furioso Theo Bull en el quiosco número nueve.

—¡Señor! —suplicó el director del coro—. ¡Basta! —luego míster Benson miró hacia la izquierda y tuvo una inspiración.

Cerca de la entrada, dentro de la glorieta, formados sobre los tablones en dos filas de seis, una frente a la otra, se hallaban doce niños del coro con la hoja de música en la mano. No llevaban vestimenta especial ni signo distintivo. Debían cantar el himno favorito del obispo Diez mil veces diez mil cuando el director del coro diera la señal al pianista.

Pero Henry Merrivale había descubierto barro debajo de los tablones de su

quiosco. «Paf», pegó una bola de barro contra la mejilla del obispo. Paf, devolvió luego el obispo manchando con una gran estrella negra la chaqueta blanca nueva de Theo Bull.

—¡Vamos! —gimió míster Benson, alzando el diapasón.

Los niños del coro se enderezaron para iniciar Diez mil veces diez mil. Nadie, por supuesto, podía oír un diapasón en este tumulto. Pero el pianista, atento a las miradas de reojo de los niños, vio que se inflaban las mejillas de míster Benson. El coro hizo una profunda aspiración, y el doctor Schmidt, con todo el estrépito a sus órdenes, inició Adelante, soldados de Cristo.

No se puede echar toda la culpa al coro. Cuando se tiene un canto ante los ojos y en las cuerdas vocales, no se puede cambiar inmediatamente a otro aunque se sepa la letra. Algunos sufrieron un traspíe al empezar; otros trataron de ser soldados de Cristo y no pudieron recordar las palabras, y los demás simplemente gorgotearon.

—¡Callen! —dijo el obispo de Glastontor.

Su modo de ordenar fue tan tranquilo, su voz culta con una inflexión tan eclesiástica, que el silencio lentamente cayó sobre todos, incluso sobre el doctor Schmidt que estaba intrigado con la carta del obispo.

—Míster Benson —dijo con energía el obispo—, ¿qué pasa con su coro?

—Nada, Eminencia —repuso míster Benson con ánimo—. Creo que alguien le ha dado los himnos equivocados a nuestro pianista.

—¡Ah! —dijo el obispo, volviendo la vista hacia Henry Merrivale. Luego, confortándose, avanzó por la nave, con barro hasta más arriba de sus tobillos.

Era evidente que tomaba la ofensiva.

Sir Henry Merrivale, arrojando a un lado la mesa y apretándose el tocado de guerra a la cabeza, salió pesadamente para derrotar a Pinkey. Virtue, pasando las piernas y las faldas por encima de la mesa, haciendo volar y romperse la porcelana, se plantó en el barro. Theo Bull saltó fuera con un jugoso pastel de carne en la mano. Míster Benson salió formalmente, de brazos cruzados, como si andara en el aire.

El obispo, girando, dio un paso hacia adelante en dirección a la glorieta. Al ver a los niños del coro, paseó su mirada de derecha a izquierda.

—Si no saben cantar —les retó—, ¿sabrán hacer bolas de barro?

Los niños del coro, reprimidos durante mucho tiempo, soltaron un alarido y una docena de pares de botas se juntaron en medio del salón para arrojar una gran cantidad de barro.

—¡Muchachos intrépidos! —les alentó el obispo—. ¡Ahí está el enemigo! ¡Qué triunfe la virtud!

Instantáneamente Henry Merrivale giró hacia el fondo del salón. Había desaparecido toda actitud de jefe indio y se encontró por lo menos con veinte miembros de la plantilla de Tommy Wyatt, esparcidos por el fondo. El Viejo Maestro se metió dos dedos en la boca y profirió un agudo silbido.

—¡Diablillos de Satanás! —bramó—. ¡Ataquen a ese tipo!

Y así empezó la Gran Lucha del Barro que perdurará y se convertirá en leyenda en Stoke Druid en los cien años venideros.

Joan Bailey, en el quiosco número once, el de los pasteles, y Ralph Danvers, que la miraba por encima de los libros en el número doce, pudieron hablarse solamente cuando el oleaje de la lucha desparramó a los espectadores por el barro para incorporarse también a la batalla.

—Me encantaría participar —se lamentó Joan—. Pero con este vestido precioso... ¿Cree que me lo podría quitar y pelear en enaguas? —la joven estaba realmente desesperada.

—¡Le suplico, miss Bailey, que no lo haga! ¡Mire a mistress Conklin en qué estado está!

Al otro extremo del salón, debajo de una glorieta rústica de flores artificiales entrelazadas, se hallaban dos personas que tampoco habían participado en la batalla. El estado de una de ellas era lastimoso. Las venas azules sobresalían en la frente del reverendo James Cadman Hunter. Los ojos expresaban un tremendo deseo de participar: cerraba y abría las manos.

Marión, observándole con ojos atentos, estaba pronta a arrojarle los brazos al cuello y a colgarse de él si intentaba meterse en el barro.

—James, ¿has visto a los policías? Han entrado tres, dos por un lado detrás de los quioscos y uno por el otro.

—¡Policías!

—Sí, James. Y no podemos permitir que arresten a tu tío por armar este alboroto

—Marión tomó una decisión—. Querido, me parece que debes ir a buscarlo. Pero ¡prométeme, prométeme que no meterás la cabeza de nadie dentro del barro!

El vicario tragó saliva, asintió y entró. Apenas Marión se había dado la vuelta cuando vio a su lado a la figura del inspector Garlick. Como desde las seis y media había cesado la lluvia, su impermeable estaba solamente húmedo y sus ojos pequeños se abrían de par en par, observando la trifulca.

—Buenas tardes, inspector —dijo Marión temblándole la garganta—. Ha venido a inspeccionar nuestra fiesta inocente a favor de la iglesia de St. Jude.

—Fiesta inocente, ¿eh? —dijo el inspector Garlick. Los dos esquivaron el pesado juguete de metal que pasó silbando por encima de ellos y desapareció—. Pero hay allí una mujer... no puedo decirle quién es; hay demasiado barro... que está medio desnuda y que rompe platos sobre la cabeza de la gente. Y otra (miss Bailey, una joven excelente donde las haya) con el cabello suelto y vestida solamente con una de esas prendas de seda, que trepa a un mostrador con un pastel en las manos. ¿Se han vuelto todos chiflados?

El reverendo James salió acompañando a un dignatario bajo y grueso que, a primera vista, parecía un hombre de barro como los imaginados por H. G. Wells.

—Inspector Garlick —dijo el vicario—, le presento a mi tío: el obispo de Glastontor.

El inspector Garlick cerró los ojos.

—Y ahora, seguramente —dijo el hombre embarrado a su sobrino—, me presentarás una lista de mis iniquidades para darme motivo de que perdone las tuyas.

—¡No lo haré! —replicó el reverendo James—. Si a usted y a su diócesis no les agrada lo que he hecho, pueden irse al diablo. Más aún —se volvió hacia la petrificada Marión—, voy a casarme con esta joven, y, ¿cómo se propone impedírmelo?

Por debajo de la capa de barro brillaba algo como una sonrisa.

—James, es la respuesta que deseaba y por la que he rezado —dijo el obispo—. ¡Y por supuesto te has de casar con esta joven! ¿Crees que en cuanto te vi no lo supe? ¡Inspector Garlick! Y respecto a la sencilla fiesta...

—Dios mió —contestó Garlick, evitando una botella de *whisky* embarrada que estalló fuera—, no quiero ni intento meter a nadie en la cárcel. Quiero simplemente despejar el salón.

—¡Excelente! —exclamó el hombre embarrado. Y, al salir con Marión de un brazo y el vicario del otro, nadie hubiera podido dejar de admirar al gatillo.

Otro policía entró rápidamente.

—¡Hágalos salir poco a poco! —dijo el inspector—. Si hay alguna forma de disimular la luz sin apagarla del todo, hágalo; la oscuridad siembra el pánico. Díales que no habrá arrestos, que sólo es para acabar con la pelea.

Luego Garlick alzó la voz.

—«¡Atención, todos!».

Rápidamente, y sin alboroto, el salón quedó desalojado con dos excepciones. Las luces estaban apagadas. Por las ventanas del oeste penetraba la luz de la luna llena. En las puertas de entrada, casi cerradas, había dos personas que llevaban impermeables ajenos.

—Fue espantoso —dijo Virtue—. Pero ¡oh Dios, qué bonito!

—No estuvo mal, ¿no es verdad? —reconoció modestamente *sir* Henry Merrivale, que había birlado una servilleta de una mesa de té y había descubierto las cualidades del barro para remover tanto las pinturas como el mismo barro.

—Pero, ¡queridito! Los beneficios...

—¡Oh!, no sé —dijo Henry Merrivale, disculpándose—. No me extrañaría nada que recibiese mañana el vicario un cheque que cubra todos los gastos y perjuicios y también algo más. Caramba, el viernes por la mañana me habló de esta ceremonia.

—Pero...

Virtue calló. De alguna parte de aquel viejo y oscuro caserón, donde la luz de la luna caía débilmente sobre los quioscos, provenía un ruido que, según Virtue, era ajeno a la escena. Era el sonido de un golpe sordo, como si un objeto pesado chocara contra una madera aún más pesada.

Tum, sonaba a la luz de la luna. Luego hubo una pausa de unos diez segundos, tum. Otra pausa y tum.



—Virtue —dijo Henry Merrivale, poniendo las manos sobre los hombros de su compañera—, sabe cuándo me hago el tonto y cuándo no. Váyase ahora a su casa. La veré más tarde.

—Más problemas, ¿eh? ¿Peligro?

—Oh, una pequeña molestia. Nada serio.

—¡Oh!, viejo bastardo —dijo Virtue con una obstrucción en la garganta—. Así lo diría usted, ¿no es verdad?, aunque fuera recto hacia una ametralladora.

—¡Váyase!

—Viejo bastardo —sollozó Virtue, y salió corriendo.

Henry Merrivale se movió y cerró suavemente la puerta tras él. Tanteó buscando algo en la pared y lo que halló lo echó al bolsillo de su impermeable. Tum, continuó el golpe lento y pesado. Tum.

Henry Merrivale, echándose la toalla sobre los hombros, avanzó por el centro del salón; sus zapatos grandes hacían poco ruido sobre el barro pisoteado.

Pudo ver el fulgor de una linterna, colgada detrás, pero que iluminaba varias otras sin usar.

Delante aparecía la puerta de roble, de medio metro de espesor, del polvorín de la torre, en forma de tambor. Aunque a las seis menos diez había una llave puesta en la puerta, ahora no había nada a la vista. Tum, seguía el ruido lento. El pequeño y viejo ariete de *sir* John Courtenaye, una pequeña viga cuadrada con la cabeza de bronce oscurecida de color de hierro, oscilaba sobre las cuerdas nuevas, en un bastidor muy bajo con ruedas. El inspector Garlick y cuatro auxiliares lo hacían funcionar.

—Tenía la idea de que yo daba las órdenes aquí —dijo Henry Merrivale.

El inspector Garlick se enderezó.

—Si le encontrábamos, señor. Pero como no le encontramos, decidí cerrar. Las paredes tienen dos metros y medio de espesor y no hay otra manera de entrar. La Viuda ha hecho un disparo, pero no ha podido pasar por la puerta. Le digo: La Viuda se ha metido en la tierra sin tener otra forma de entrar...

—¿Oh, cree que no? ¡Despejen! ¡Todos!

—Señor, protesto...

La voz sonora de Henry Merrivale no era alta, pero tenía un rencor concentrado que dio en la cara a Garlick como si fuera vitriolo.

—Obedecerá mis órdenes, hijo. O... que Dios me ayude... le separaré de las Fuerzas tan rápidamente que ni siquiera sabrá que ya no tiene uniforme.

Garlick abrió la boca, titubeó y bajó la vista.

—¿Qué desea que hagamos?

—Despejen, como les he dicho, y no vuelven hasta dentro de una hora exacta. Usted que va de paisano, déme esa linterna. ¡Vamos! Denme un revólver.

—Debería saber, señor —observó secamente Garlick—, que no nos está permitido llevar armas.

—No. Pero ese individuo de paisano tiene un revólver. Lo veo sobresalir del

bolsillo de la cadera.

—Es míster Meadows, un ciudadano particular y amigo mío. Tiene licencia para llevar...

—Está bien, tiene licencia. Déme el revólver... ¡ah!, gracias; es un treinta y ocho... y retírense todos.

Henry Merrivale esperó con la linterna en alto hasta que se retiraron. Las ruedas del ariete estaban en tierra seca. Henry Merrivale le dio un potente empujón que lo envió para atrás. Luego se aproximó a la cerradura de la puerta.

—Ya voy —gritó— y tal como prometí, vengo' solo.

De un bolsillo (había escondido el revólver en el bolsillo del otro lado) sacó la segunda llave de la torre, que había estado colgando de un clavo, afuera, al lado de la entrada principal. Abrió la puerta, entró y la cerró. Con la otra mano levantó en alto la linterna.

Las paredes de piedra tosca, como había dicho el inspector Garlick, tenían dos metros y medio de espesor y ninguna abertura para dejar entrar la luz. Un borde ancho de piedra daba la vuelta en parte, contra la pared de enfrente.

Sobre el borde, con las piernas cruzadas, con el Webley treinta y ocho colgando de la mano y con los ojos clavados en el recién llegado, por debajo de la visera de su gorro de lana, se hallaba sentado el coronel Bailey.

**H**enry Merrivale entró lentamente y colocó la linterna en el borde, cerca de donde estaba el coronel Bailey.

—Buenas tardes, coronel —dijo Henry Merrivale.

—Buenas tardes, Merrivale —el coronel Bailey igual podría haber dicho, entre dientes, estas palabras de saludo en su club.

—Hubiese deseado infinito que esto no hubiera ocurrido —refunfuñó Henry Merrivale sin mirarlo—. En usted hay mucho de bueno y ha sido un hombre maltratado por su propio país... —hizo una pausa.

—Si cree que me importa mucho ser ahorcado por el homicidio de Cordy... —dijo inflexiblemente el coronel.

—¡Oh, el homicidio de Cordy! —repuso Henry Merrivale descartando esto con un ademán como si fuera peccata minuta.

¿Matar a un chantajista codicioso? Si eso fuera todo cuanto ha hecho, yo podría haber borrado las pruebas en contra de usted y tal vez todavía pueda hacerlo. Pero hay otras cosas que no puedo olvidar. Usted es La Viuda. Ha sido siempre La Viuda. No puedo olvidar la muerte de Cordelia Martin. No puedo olvidar el montón de personas honradas que casi han perdido la cabeza.

»Coronel, si alguien alguna vez le tildara de despreciable y de falta de corazón... —aquí el coronel Bailey se enderezó—, usted querría fulminar a esa persona. Sin embargo, en el fondo y aun cuando no lo haya sabido del todo, esto ha sido y es usted.

De repente Henry Merrivale giró la cabeza y le miró de frente.

El coronel Bailey sostenía con naturalidad el revólver Webley en la mano, a pesar de que su cara pecosa parecía lívida.

—¿Me permite que le diga por qué era tan evidente que usted era La Viuda? —preguntó Henry Merrivale.

—Usted me escribió. Dijo que conocía mi estrategia, pero no dijo que yo fuese La Viuda. Bueno, me gustaría escuchar lo que tenga usted que decir.

—Se ha jactado de ser un estratega —repuso Henry Merrivale— y nadie podría decir que no sea usted uno de los buenos. Yo también, en mi vida, me he ocupado mucho de estrategia. Comprendí su juego y en su nerviosismo cometió un grave error.

—¿Cuál?

—Supe que era usted culpable la primera vez que hablamos, en la noche del sábado trece. Estábamos (¿lo recuerda?) de pie junto al mapa en relieve entre las dos ventanas. Usted tenía el cristal de aumento encima de unos soldados de infantería casi invisibles.

—Lo recuerdo. ¿Y?

—Dio su primera opinión sincera sobre el autor de los anónimos. Dijo: «Salvo por la falta de corazón que hay en ello...».

El coronel Bailey se perturbó.

—Puedo comprender el (¿cómo diría yo?) trabajo mental del individuo que escribe estas cartas —repitió Henry Merrivale—. Dijo esto cometiendo un error en medio de su estrategia. Las demás personas que encontré, entonces o después, se refirieron claramente a la mujer o a ella. Dieron por descontado que La Viuda era una mujer. Porque usted lo sabía, dijo inadvertidamente «individuo».

El coronel Bailey nada repuso, pero miró el Webley calibre treinta y ocho que brillaba a la luz de la linterna a su lado, balanceándolo en la palma de la mano.

—No obstante —continuó Henry Merrivale—, éstas no fueron todas sus palabras. No, ¡caramba! Para alejar de usted las sospechas añadió: «En este mundo hay muchas personas que tienen en su interior una bilis amarga. Algunos se libran de ella vertiéndola en el War Office, como yo. Otros... bueno, tiene el resultado en la mano».

Un fulgor sardónico asomó debajo de los párpados del coronel, pero inmediatamente se desvaneció.

—Ahora, esto parece tan suave como la crema. Puede pasar inadvertido, consolidando su inocencia —dijo Henry Merrivale—. Pero en mí tuvo el efecto contrario y le he dicho que fue lo más importante que dijo.

»Porque, coronel, no era verdad. No puede uno librarse de la bilis escribiendo cartas, a no ser que las mismas surtan efecto. Y con su eterna e interminable correspondencia con el War Office (ordenada en los legajos que tiene en los estantes) ni siquiera había conseguido hacer un rasguño en una pared de granito.

»Sabía que tenía razón; se sentía frenético ante la certeza de tener razón. Y los obstinados sinvergüenzas ni siquiera se avenían a escucharle. Era angustioso. La bilis se había adueñado de usted hasta el extremo de hacer vacilar su razón.

»Y no me fue difícil recordar lo que usted había dicho poco tiempo antes. ¿Lo recuerda, coronel? Estaba de pie delante del mapa en relieve, con aquel enorme cristal de aumento sobre los soldados de infantería tan pequeños que apenas se podían ver.

»“¡Poder!”, exclamó usted sin que tuviera ninguna relación con nada de lo que había dicho. Podría haber sido el propio Hitler hablando.

»No fue ni siquiera un descuido. No se acordaba de mí. Pensaba en aquellos soldados de infantería, apenas visibles, que no eran verdaderos seres humanos y que no servían para otra cosa sino para ser aplastados. Mucho más tarde el inspector Garlick, hablando en general, le clasificó a usted en el tercer grupo de los autores de anónimos (a pesar de que cerré la boca y me negué a hacer ninguna clase de comentario) cuando dijo “es como el amor de Hitler por lo que no puede conseguir”. Y en conjunto “principalmente hombres”.

»Esta clasificación no le abarcaba, por lo menos fácilmente. Vertía su bilis amarga

en perjuicio de muchos y no en uno solo, porque quería herir a la gente en general como le habían herido a usted. Pero hubo una cosa que se resistió a hacer. El sábado por la noche yo dije que usted era una combinación de algo tan inocente como un niño, pero tan perspicaz como Boeny y Washington juntos. Es verdad que en una forma menos pomposa.

»Pues el domingo por la mañana... ¡Diantre!

»Bueno, conseguimos un cesto lleno de cartas. El vicario se empeñó en pronunciar aquel sermón, aunque esperaba que hubiese sido más moderado. ¿Comprende por qué no obtuvimos ni una carta de ningún aldeano, a excepción de Rafe Danvers y del doctor Schmidt, que no pueden ser clasificados como aldeanos en el sentido al que usted se refería?

El coronel Bailey no escuchaba.

—¡Hitler! —refunfuñó con una voz cargada de odio. Los ojos parecían envejecidos y perdidos en su cara alargada—. Pero nunca pensé... ¡Dios lo sabe! ¿Qué pensé?

Henry Merrivale, a su vez, no era ni el acusador ni el vengador. Hablaba con tono grave. Nunca se dirigió a su interlocutor llamándole «hijo» o sin formalidad.

—Comprende, coronel —insistió—, ¿por qué ninguno nos presentó el más mínimo pedazo de papel? Porque esas cartas eran «demasiado» perversas. Llevó las cosas demasiado lejos, por eso causó la muerte de Martin. Cultivaba la amistad de los aldeanos, conversaba y tomaba una copa con ellos, como parte de su programa. Era el señor. Ellos eran los plebeyos.

»Por otra parte, se veía obligado a enviar cartas a todos, pues de no ser así, hubiese parecido extraño. Pero no podía (no tenía valor) para herir a sabiendas a alguien a quien realmente quería de verdad. Insistí tanto en afirmar que nadie podía creer en los anónimos que algunas personas habrán pensado que estaba loco.

»Usted insistía en acusar a Joan de tener relaciones con el vicario. Importunó a West el cargo de mantener intimidad con Stella Lacey porque sabía muy bien que nadie lo creería, dado que Theo Bull y sus amigos (cuando el sábado quisieron pegarse con el vicario) se rieron de que se dijera que Joan estaba complicada en una relación amorosa, lo que excluía también al vicario.

»West fue acusado de conducirse de forma indecente con Stella Lacey; aunque no descubrí las cartas de mistress Lacey hasta después, no supuse que así era. Le pregunté a Virtue Concklin (como representante de la opinión de la aldea) y a Marión Tyler (como representante de la clase media) qué pensaba la gente. Las dos dijeron que no eran más que tonterías. Y Stella Lacey, cuyo elogio usted ha repetido por todas partes, tampoco quedó realmente manchada. Además, por eso las cartas no contienen muchas indecencias. Usted sabía, o pensaba, que deberían contener un poco. Pero usted es un señor. “No pudo llegar a hacerlo”.

»Caramba, nos estamos adelantando. Volvamos a aquel complaciente cesto de cartas reunidas el domingo.

»Un aspecto interesante fue su fraseología, que fastidió después los oídos del inspector Garlick porque sabía que le resultaba familiar (especialmente a él) y no conseguía dar con el porqué. Pero es bastante fácil, coronel, si toma algunos ejemplos.

La prodigiosa memoria de Henry Merrivale le hacía peligroso en las discusiones o en el tribunal. Con su figura grotesca enfundada en el impermeable y con su cara todavía sin limpiar, parpadeó un momento mirando hacia un rincón del techo.

Luego comparó los comienzos de las cartas que podemos recordar.

—Al doctor Schmidt. Escuche: «Según mi última carta, encuentro...», y sigue. A Joan Bailey omitiendo el principio, «Bueno, bueno», tenemos: «Siguiendo las averiguaciones hechas sobre usted, Joan, he descubierto...», y sigue. Al vicario: «Al parecer, usted y Joan Bailey están bajo la impresión...», y lo demás.

Henry Merrivale miró al coronel.

—¿No oye el eco de «En respuesta a su carta del uno de junio, el mariscal de campo Orejas de Bronce solicita que en testimonio...», y lo demás? Es la cadencia, la sequedad de estilo de las cartas oficiales. Incluso el que habla con expresiones comunes cae en la costumbre de recurrir a ella cuando escribe. Y usted, coronel, ha mantenido correspondencia con el War Office durante mucho tiempo. Se vuelve en contra suya como un *boomerang*.

Henry Merrivale hizo una pausa.

—¡Oh, hay pequeños detalles! —gruñó—. Si odia sinceramente los chismes, ¿dónde averiguó esas cosas pequeñas o grandes para azotar a los aldeanos? Incluyó al Squire Wyatt entre las personas sin importancia porque considera que es un patán; le hirió tan profundamente que todavía no ha reaccionado; pero esto va de paso.

»Su sobrina... recuerde que he vagado durante una semana recogiendo datos... su propia sobrina reconoce, sin reservas, que ella le gustan los chismes, y sé que se pasa la mitad del día al teléfono. ¿Dónde está el teléfono? Al final del pasillo, muy cerca de la puerta de su estudio y, como todos pueden verlo y muchos de nosotros observarlo, hay un espacio bastante holgado debajo de la puerta por donde usted podía oír con claridad.

»Habla de otra peculiaridad de las cartas antes de dejarlas para tratar de algo más cautivante, como es la desaparición de una persona de una habitación cerrada.

»Cuatro epístolas fueron dirigidas al doctor Schmidt llamándole nazi y sumiéndole en un estado tremendo de agitación. Lo raro fue que no consiguieron indignar a nadie de la aldea, pero el hecho real es que no les hicieron caso porque la gente se reía de la pandilla de Hosat-Vessel y Hanish. Le apuesto a que si preguntase a Marión Tyler o aun al vicario, ambos contestarían que no les importaba un ápice.

»Pero en la noche del domingo vi que sus ojos se dirigían al casillero señalado War Office, cuando se mencionó al doctor Schmidt. Observé algo raro en su cara a pesar de que usted hizo una observación evasiva. Coronel, ¿quién si no usted podría

haber considerado peligroso a este tonto rechoncho? ¿Quién si no usted podría haberle escrito esas cartas acusándole de nazi?

El coronel Bailey pestañeó y cerró con fuerza una mano.

—Lo es, ¿no es verdad? —preguntó el coronel con voz áspera.

—Por supuesto que lo es. Le diré un pequeño secreto, porque... —Henry Merrivale calló de pronto.

—¿Bueno?

—De todos modos, la Sección Especial le ha vigilado durante un año. No necesito citar ejemplos de cómo se ha traicionado porque lo hace cada vez que abre la boca.

»Volvamos a aquella noche del sábado cuando hablamos y relacionémosla con la aparición y desaparición de La Viuda el domingo por la noche. Como dije, le consideré a usted culpable desde el principio. ¿Recuerda cómo insistía en que su sobrina corría un grave peligro, o que así lo creía ella, a causa de un anónimo (yo todavía no lo había visto) que debía haber recibido aquel día?

—¡Sí, sí, lo recuerdo!

—El domingo siguiente por la tarde, me mostró ella la carta de La Viuda. Le anunciaba una visita para unos minutos antes de medianoche.

»Y reconozco que este viejo estaba asustado. Podría haber apostado varios ducados contra un zapato viejo a que La Viuda era realmente usted, que esa noche iba a intentar cierta tramoya, y me juré a mí mismo que se lo impediría. Coincidió con otra de mis ideas que le comuniqué como advertencia el domingo por la noche cuando ambos estábamos sentados en la oscuridad, en la parte de afuera de la puerta cerrada de la habitación de Joan.

»¿La idea? Le expliqué que había corrido el rumor en la aldea, durante toda la semana, de que llegaría de Londres un detective importante con un nuevo indicio. Le demostré que no podía tratarse de mí. Pregunté por qué, “por qué” La Viuda, que había descansado durante todo un mes, había cursado dos cartas en el momento que podía resultar más peligroso.

»Bueno, podría tener cien motivos. Pero una de las cartas, en la que La Viuda anunciaba su visita, fue la que aterrorizó tanto a Joan. Una buena razón pudiera ser ésta: “La Viuda, es decir, usted, trataría de probar que no podía ser La Viuda, en ninguna circunstancia, y de acabar con las sospechas de una vez por todas”. Habría lógica en esto. Podría ser o no verdad.

»Pero resultó ser una idea morbosa. ¿Estaba usted fuera de sus cabales? ¿Mataría a la joven nada más que para probar que no era usted el autor de los anónimos?

El coronel Bailey abrió desmesuradamente los ojos. Trató de enderezarse apoyado en la pared de piedra tosca, haciendo balancear el Webley. Habló con voz ronca apenas audible.

—¡Merrivale, por el amor de Dios! ¿Verdaderamente, no se imaginó...?

Henry Merrivale tendió su manaza y el coronel Bailey volvió a sentarse.

—¡Lo sé, lo sé! —refunfuñó *sir* Henry Merrivale—. Quiere mucho y de verdad a

Joan, no le tocaría ni un pelo de la cabeza. Es verdad. Pensó, sinceramente, que poco la asustaría el juegucito de manos que iba a hacer.

»Estas mujeres, Bailey, pueden soportar cualquier cosa, ¿no? Pueden estar sentadas en el sitio de Hackaboola tocando la mandolina con las balas del rifle dando en las cuerdas. Pero no podía permitirme el lujo de pensar en refinamientos como éste. Debía proteger a la joven. Y por si le puede causar alguna satisfacción, le diré que usted me engañó por completo mientras yo esperaba el número de magia. ¿Le agradaría que le dijese lo que hizo?

De pronto, tan fugazmente que podría haber sido una ilusión, cruzó por los ojos del coronel Bailey un destello desagradable de vanidad ante su propio talento.

—Dudo que sepa lo que hice —dijo brevemente.

—¿No? Empecemos entonces con lo ocurrido en el estudio cuando usted, West y yo conversábamos, antes de iniciar la vigilancia alrededor de la habitación de Joan. El plan de West, que usted pretendió poner en tela de juicio, era su propio plan, y es tan claro como el agua que usted mismo se lo sugirió a West sin que él se percatase de ello.

»¿Cómo lo sé? West dijo que nuestro cuarto guardián sería Cordy. ¡Hum!, repuso usted vacilante. West le replicó: “Caramba, usted dijo que él era el único en quien podíamos confiar”. ¿Oye la Voz del Amo? Cuando West propone que usted monte guardia fuera de la casa, le hace callar diciendo que usted y yo nos quedaremos dentro, delante de la puerta de la joven. ¿Quién sugirió las dos píldoras de nembutal, que eran indispensables para el plan? Usted.

»...¡Por Satanás! Sabía que andaba ideando algo, pero me quedé como un estúpido con usted fuera de esa puerta cerrada.

»Convinimos en entrar y salir, alternativamente, cada diez minutos, para ver cómo se encontraba Joan. No me era posible oponerme, a eso, porque no podía exponer mis razones sin que se me pidiera la prueba y se me tirara de las orejas. Pero espí por el ojo de la cerradura y, al ver a Cordy en una ventana, usted no hizo nada.

»Y la última vez que entró, a las doce menos diez (nadie más entró antes de que oyéramos los disparos de revólver), no parece que hubiese hecho usted otra cosa más que encender un fósforo, apagarlo y mantener una prolongada conversación con West, en voz baja, a través de la ventana. Después de esto, salió directamente.

»El reloj de arriba dio las doce. Todo estaba tan pacífico como una balsa de aceite. Yo parecía desconcertado. Como le he dicho en una oportunidad anterior, el motor zumbaba a cien millas por hora y ni siquiera podía decir en qué dirección.

Henry Merrivale calló mientras observaba la figura alta y delgada, de aspecto amable, que se hallaba sentada en el banco. El coronel Bailey abrió los ojos

—Coronel —dijo Henry Merrivale con voz gruesa y pesarosa—, ¿ha visto usted alguna vez el croquis imaginario de La Viuda, hecho por un artista vagabundo a principios del siglo XIX y que con frecuencia se reproduce en tarjetas postales?

—Quizá —dijo el coronel Bailey.



Henry Merrivale buscó en el bolsillo del pantalón y sacó una tarjeta postal arrugada. Contempló el rostro de una persona de mediana edad con mirada desagradable, los ojos y la boca torcidos en las comisuras, el cabello castaño oscuro cayendo sinuoso sobre los hombros, marcado evidentemente por la perversidad, como él lo había visto antes.

—Esta figura ha asustado a su sobrina desde que era niña. Ella misma nos lo dijo en el comercio de Rafe Danvers.

»Usted hizo la mitad del trabajo, coronel, cuando entró en la habitación un poco antes de las doce menos diez y volvió a salir tan inocentemente después. Cuando habló con West a través de la ventana, usted estaba sentado en la posición que siempre ocupaba, al borde de la cama, a la cabecera y junto a la mesilla de noche que está próxima a la ventana.

»Una ancha franja de sombra cubría la cabecera de la cama, ¿lo recuerda?, pero el resto, a los lados, estaba iluminado por la luz de la luna. Un hombre afuera y mirando a través de la ventana no puede tener mucha visión. West alcanzaba a ver el lado de la cama, detrás de la lámpara, porque usted miraba alternativamente a él y a Joan. West tampoco podía ver mucho porque tenía la lámpara y la mesa en medio de su campo de visión.

»¿Qué había (y hay) justo enfrente de los pies de la cama? Se lo diré. Una mesa de tocador, bastante alta, como la cama, y encima un gran espejo. Una vez me miré a ese espejo y tomé un peine para examinarlo con más detenimiento.

»¿Es aficionado a la acuarela? Sí, lo es. Llevaba dentro de sus bolsillos tres o cuatro pinturas envueltas. Llevaría el pincel en el bolsillo interior de su chaqueta. Si se inclinaba cerca de la joven, en la sombra, no estaba demasiado oscuro para poder ver el perfil de su rostro gracias a la luz de la luna que iluminaba la habitación.

»¿Qué había sobre la mesilla de noche? Un tazón de agua y un trozo de franela. Pero usted no podía usarlo porque aparecería la pintura. En la parte inferior de la mesilla de noche tenía otro tazón de agua y otro trozo de franela, que había puesto allí por la tarde.

»No ha olvidado (¿no es así, coronel?) que el cabello de Joan le caía sobre la almohada hasta los hombros, como lo vimos entonces y como lo hemos visto en su disfraz de hoy. Con la acuarela hizo un trabajo hábil sobre el rostro de Joan. Ella no usa afeites, con excepción de polvos; pudo realizar el trabajo de maquillaje como un relámpago mientras hablaba con West, porque requería pocas pinceladas.

—¿Alguna otra cosa?

—¡Oh, sí! Cuando entró allí por vez primera, había empujado la mesa de tocador con el espejo grande contra los pies de la cama (pues sin hacer ruido se deslizó con las ruedecitas sobre la gruesa alfombra). Con ayuda de un pañuelo quitó la bombillita eléctrica de la lámpara y la puso sobre la mesilla de noche. La pintura fue cuestión de segundos y salió a las doce menos diez, cerrando compasivamente la puerta, mientras la joven dormía narcotizada sin notar nada.

La cara sucia de Henry Merrivale parecía tan dura como el granito. Rompió la tarjeta postal en pedazos y los arrojó al suelo.

—¿Qué ocurrió luego? Las doce. Las doce y cuatro; Fred Cordy hizo tres ruidosos disparos de revólver justamente en la parte de afuera de la ventana. ¿Qué haría ese ruido espantoso? Despertar a una joven atontada aún a causa de una droga. Ella se sentó en la cama y se miró al espejo grande casi a los pies de la cama. No vería su propia cara. Vería la cara de La Viuda Burlona, exactamente como en la terrible figura, a la luz de la luna llena.

»Sus labios se contrajeron como para gritar, lo mismo hicieron amenazantes los de la Viuda. Ella alargó la mano para alejarla. La Viuda pareció tenderle la mano...

»Debería estar orgulloso, coronel Bailey.

»Me tuvo mucho tiempo confundido que Joan dijese que la figura estaba cerca de la cama y que la había tocado. ¡No era exacto!; fue debido a la histeria, pero realmente lo creyó. ¿No ve que era lo que temía y exactamente lo que se imaginó haber visto?

»Ahora, mi estimado coronel, le hablaré de su noble proceder. Embistió bastante bien al entrar. Cuando pensé que tropezaba con el mueble de ruedecitas, en realidad empujaba la mesa de tocador para volver a colocarla en su sitio contra la pared. ¿Alguien podría haberlo oído tropezar? No, porque en ese lugar la alfombra está doblada. ¿Los artículos de tocador? No, porque mucho antes (quizá aquella misma tarde, cuando colocó el tazón de agua dentro del armarito) había metido el cepillo, el espejo de mano y lo demás en la cómoda.

»Yo los vi allí. Rafe Danvers dijo que él también. Aunque Joan misma lo notara, como posiblemente habrá ocurrido, estaba demasiado asustada para importarle tanto.

»Joan, después de gritar varias veces, volvió a sumirse en el sueño cuando la droga la venció. West, detrás del cristal de la ventana, que siempre es engañoso a la luz de la luna, no vio que el espejo había sido cambiado de posición... quizá ni siquiera lo habrá observado... con las luces y las sombras entrecruzadas. Ya no podía verlo porque estaba detrás y muy a un lado.

»¡Pero el coronel!

»¿Qué más natural que correr al lado de la cama, sentarse y pasar agua una y otra vez por la cara de Joan? Su cuerpo ocultaba la cara para que no se la pudiese ver incluso en la oscuridad. (¿Quiere despertarse, coronel? Le estoy hablando).

»En la parte inferior de la mesilla de noche buscó el trozo de franela y remojó en el tazón de agua limpia próximo a la cama. Tenía que hacer desaparecer completamente del rostro de Joan los brazos de La Viuda Burlona con una franela bien mojada. Disponía de tiempo suficiente mientras nosotros, como abejorros, dábamos vueltas en busca de la bombilla. ¡Diantre, oímos salpicar agua! El cabello no importaba. El verdadero cabello de Joan podría parecer castaño oscuro y bastante ondulado con esa tenue luz.

»¿Recuerda cómo se desarrolló esa misma escena delante de nosotros el día

anterior, pero invertida? En la carrera de la maleta, cuando usted se hallaba sentado frente al caballete, mi maleta saltó sobre usted y le ensució la cara. Joan, que reía, gritó para explicar que era acuarela y que se lavaba fácilmente.

»¿Se ríe ahora, coronel Bailey? ¡Apuesto a que sí!

»Tuvo que meter en la parte inferior de la mesilla de noche la franela manchada, las pinturas, el pincel y el tazón de agua sucia y confiar en sus dioses para que nadie mirara allí antes de que usted los retirara. Bueno, mis felicitaciones. Nadie lo hizo.

El coronel Bailey, vestido de *plus-fours*, y con la gorra puesta, se irguió con lentitud. Su rostro no era menos amable, pero sus ojos parecían desesperadamente preocupados.

—¡No pensé hacerle daño a mi sobrina! —protestó—. Jamás lo pensé. Yo... yo...

Parecía querer demostrar, de alguna manera, que se le había hecho mucho daño a él, lo que así era, y que él, de alguna forma, había querido desquitarse con cualquier persona a su alcance. Levantó lentamente el Webley 38, pero le dio la vuelta sobre la palma de la mano con una débil sonrisa.

—Está descargado —dijo.

—¡Oh!, lo sé —repuso Henry Merrivale al azar—. Tres balas que disparó Cordy, dos para Cordy y una más que se disparó aquí. Es un arma anticuada de seis balas, no pensé que la volvería a cargar para mí.

»Pero a la mañana siguiente —continuó Henry Merrivale, tratando de sostener la mirada— comprendí la treta de la habitación cerrada. ¿Cómo? Porque estaba en mi habitación del hotel, mirándome en un espejo de cuerpo entero, vestido de indio. Y de repente se me aclaró la inteligencia, y comprendí su treta.

»La idea del homicidio hacía tiempo que me rondaba por la cabeza. Pero el lunes pude ver la intención y la verdadera víctima. Antes de esto había pensado en Joan.

»Supe entonces que quien corría peligro era Fred Cordy. Había sido cómplice en el espectáculo del domingo por la noche.

»Fue sencillo, ¿no? Justamente cuando el reloj de la iglesia dio las doce, Cordy hizo los disparos. Eso olía a señal. Es cierto que La Viuda debía aparecer unos minutos antes de medianoche. Pero Cordy no podía saberlo. No tenía reloj, como descubrí más adelante, y el reloj de la iglesia atrasaba cuatro minutos.

»Le apuesto una limusina contra seis peniques —dijo Henry Merrivale encarándose con el coronel— a que cuando habló con West en la ventana le pidió, como algo natural, que le quitara el arma a Cordy. Esperaba que West no lo tomara muy en serio. Y West no le quitó el revólver.

»Más tarde Cordy dejó escapar tres disparos al aire. West, como cualquiera que corre de prisa por entre los arbustos a la luz de la luna, con gran ansiedad por la suerte de Joan, no estaba en condiciones de ver nada. Era sincero cuando dijo “la maldita sombra de aspecto extraño”. Y si West hubiese estado complicado en alguna forma, habría podido decirle la hora a Cordy, porque lleva un reloj de pulsera. ¿No es verdad, coronel? Usted, y solamente usted, fue quien dijo a Cordy que hiciera esos

disparos, con el único propósito de despertar a Joan.

»Esto resultó peor, ¡mucho peor! Si la máquina de escribir se encontraba donde yo creía, usted estaba ligado aún más fuertemente a ese pequeño acróbata al necesitar su ayuda para ocultarla en la cabeza de La Viuda. Era la máquina de Cordy. Él se había jactado hace tiempo de haberla arrojado al río, cuando sólo la había escondido en un armario. Lo que es más, Cordy podría haber contado muchos más escándalos de los aldeanos de los que usted hubiera podido oír por el teléfono. Mientras usted escribía, quizá en el sótano, avanzada la noche...

—Yo era la espada de la justicia —dijo el coronel abriendo los ojos—. ¡Por Dios, cómo pegué, pegué y pegué! Lo merecían. Alguien debía ser castigado.

—El lunes fue fácil notar que Cordy se encontraba en una situación peligrosa. Sabía demasiado. Como lo insinuó Garlick, se trataba de un caso de chantaje...

—¡Oh!, ya lo había hecho.

—¿Y le mató?

—Naturalmente, le maté —dijo el coronel con talante un tanto quejoso, dándole tan poca importancia como mucha le prestaba Henry Merrivale—. Primero fueron cinco chelines, luego diez o una libra. Después de los disparos quería veinte libras.

»No podía pagarlas, Merrivale. No las tenía, eso es todo. Yo cogí el revólver de casa de West. El revólver es mío, desde mucho antes del catorce; nunca estuvo inscrito. Me arreglé para encontrar a Cordy tan lejos de mi casa como pude. En el parque del lado oeste, cerca de la casa de Wyatt.

»Caramba, no... no me “proponía” hacerle ningún daño. ¿Alguna vez ha pensado cómo esa palabra “usted”, repetida una y otra vez por un mal bicho que jura que va a hablar, puede enloquecer a uno? Saqué el revólver y traté de agarrarle del cuello. Se soltó y salió corriendo por el camino.

»No lo seguí. Era demasiado peligroso. Corrí por entre los árboles del parque, persiguiéndolo en dirección norte. Soy muy rápido para correr; pregúntele a cualquiera que me haya visto jugar al tenis, como aquel día cuando el vicario... —la débil sonrisa del coronel desapareció.

»Le alcancé con dos balas, disparando por encima de la pared del parque, hacia el norte. Una cacería peligrosa a la luz de la luna. Casi me desmayo cuando parecía que no iba a caer. Pero cayó y también La Viuda.

El coronel Bailey se cubrió los ojos con las manos.

—Comprende, coronel —dijo Henry Merrivale, reprochándoselo con amargura—, mi gran error (y Garlick nunca dejará de decírmelo) fue el de no atrapar a Cordy tan pronto como adiviné que la máquina de escribir se hallaba en la cabeza de La Viuda y el de no encerrarle a usted también para interrogarle.

»De nada vale decir que sólo era una suposición mía; una pequeña ascensión nocturna por uno de los hombres de Garlick hubiese solucionado el problema. Y Cordy no hubiese podido negarlo; teníamos el testimonio del comerciante a quien le compró la máquina.

»Pero podríamos no haber sacado nada de usted y se hubiese descubierto todo demasiado pronto. Tal vez, en el fondo de mi corazón (si lo tengo), esperé que comprendiera usted la advertencia y cerrara el pico.

»El lunes por la noche fui al dormitorio de Joan y traté de encontrar rastros de la pintura de acuarela: las pinturas, el pincel, el tazón con el agua teñida, el trapo manchado que había usted pasado por la cara de ella. Sabía que los había retirado la noche anterior, cuando Joan subió a dormir. Pero como había hecho un trabajo rápido, con mala luz, pensé que podría haber manchas de pintura dentro del armarito de la mesilla de noche.

»No encontré ninguna. Pero esta mañana me enteré en la ciudad, por Masters, que pueden descubrir y poner de manifiesto si hay manchas con sólo revisar la mesilla. Así que tal vez de cierta manera resolví el problema correcto resolviendo el erróneo.

»Pero, coronel, “no quiso” usted pararse a tiempo. Había conseguido su propósito de atemorizar a Joan hasta llegar a ponerla fuera de sí, demostrando que usted no podía ser La Viuda. Le dije a todo el mundo que ella no había sufrido ningún daño y que no volvería a ver a La Viuda.

»En ese dormitorio, el lunes por la noche, creí volverme loco. Completamente loco. Rafe Danvers estuvo haciéndome preguntas con tirabuzón, como un verdadero tirabuzón. Me preguntó si La Viuda había estado realmente en la habitación. Bueno, la propia Joan “era” la figura de La Viuda, aunque ella no lo sabía. Dije entonces que sí, sintiéndome contento, y Rafe calló.

»Le pedí a usted que se encontrara aquí conmigo cuando yo hubiese provocado una pelea y ni un solo ser viviente de Stoke Druid pudiese observarle a usted. Quería darle... bueno, todavía puedo hacerlo. En cuanto a probar su culpabilidad por lo que respecta a los anónimos, está usted vencido. Respecto a Cordy...

El coronel Bailey juntó fuertemente sus dedos largos y nudosos y volvió a ponerse de pie.

—Le repito otra vez —gruñó, desdichado—, ¿cree que soy un cobarde? ¿Cree que me importaría ir decorosamente a la horca?... pero ¡estas cartas! ¡El escándalo! ¿Ha comprendido alguna vez que la tortura no me molestaría tanto como el escándalo?

—Ajá. Lo he notado. ¿Ha provocado ya bastante escándalo, no es así?

—Yo... sí, lo merezco. No hay nada que decir.

—Hay algo interesante en nuestros procedimientos policiales —observó Henry Merrivale con tono persuasivo—. Si la policía acusa de un delito a un hombre y ese hombre muere, nunca sale a relucir ni una sola palabra. Ni una palabra. La prensa se pone histérica, pero no tiene importancia. La ley inglesa, esa desatinada vieja ley de la que tanto nos burlamos, piensa que de esta suerte protege a los familiares inocentes del delincuente.

—Pero yo...

—Coronel, ¿recuerda usted lo que dijo que hacían sus amigos en el ejército, hace

treinta o cuarenta años, cuando sabían que un hombre había hecho algo imperdonable?

—Yo... yo pensaba en el vicario. ¡Equivocadamente! Yo...

—Dijo que los dejaban solos con un revólver y les daban diez minutos para usarlo.

Henry Merrivale buscó en el bolsillo de atrás, que era muy profundo, y sacó el Webley 38 que había pedido con la carga completa.

—Escuche, coronel —explicó a modo de disculpa—, me voy a dar un pequeño paseo. Regresaré dentro de diez minutos.

Y ahora se comprenderá el motivo por el cual el coronel Bailey parecía tan desesperado cada vez que tocaba su revólver vacío. Una especie de resplandor cruzó por la vieja cara, cansada y medio enloquecida y sus hombros se irguieron.

—Tendrá dificultades por esto, ¿sabe? —y sonrió.

—Ajá —dijo Henry Merrivale con voz inexpresiva.

El coronel Bailey cambió de tono.

—Gracias, Merrivale.

—De nada, coronel.

Henry Merrivale abrió la puerta de la torre en forma de tambor, que dejó ligeramente entreabierta. Bajo la luz de la luna, que penetraba a raudales por las ventanas del oeste, caminó lentamente por la nave central en dirección a la puerta de entrada. No había llegado aún a ella cuando oyó el estampido de un disparo de revólver. Henry Merrivale inclinó un momento la cabeza. Luego giró sobre sus talones y volvió hacia atrás.



JOHN DICKSON CARR (30 de noviembre de 1906 – 27 de Febrero de 1997) fue un escritor norteamericano de novelas policíacas. Además de firmar mucho de sus libros, también los seudónimos Carter Dickson, Carr Dickson y Roger Fairbairn.

Pese a su nacionalidad, Carr vivió durante muchos años en Inglaterra y a menudo se le incluye en el grupo de los escritores británicos de la edad dorada del género. De hecho la mayoría, pero no todas, de sus obras tienen lugar en Inglaterra. De hecho sus dos más famosos detectives son ingleses: Dr. Fell y *Sir Henry Merrivale*.

Se le considera el rey del problema del cuarto cerrado (parece que debido a la influencia de Gaxton Leroux, otro especialista en ese subgénero). De entre sus obras, *The Hollow man* (1935) fue elegida en 1981 como la mejor novela de cuarto cerrado de todos los tiempos.

Durante su carrera obtuvo dos premios Edgar, uno en 1950 por su biografía de *Sir Arthur Conan Doyle* y otro en 1970 por su cuarenta años como escritor de novela policíaca.

# Notas



[1] El libro era «Últimos estudios de criminología», por H. B. Irving, (Londres, W. Collins Sons and Co., Ltd., 1921). Las referencias que siguen figuran en las páginas 89-178. <<

[2] Primer verso del poema de D. G. Rosseti «The blessed damozel». (*N. de la T.*). <<